



Historia
de Santa Isabel
de Hungría

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX4700

.I7

M6

V.1

C.1

85469



1080023851



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

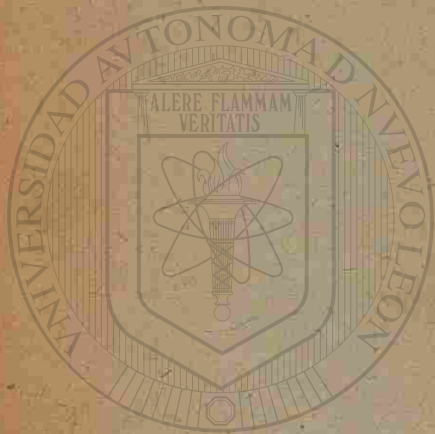
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Revisado de Trujillo. E. J. de los Angeles
Caselle*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA
DE
SANTA ISABEL DE HUNGRIA,
DUQUESA DE TURINGIA

(1207-1231);

POR
EL CONDE DE MONTALEMBERT,
PAR DE FRANCIA.

TRADUCIDA, SEGUN LA SÉPTIMA EDICION, AL CASTELLANO

POR
D. JOSÉ PUENTE Y VILLANÚA.

Ab antiquo scriptis unum contentus:
ipse quoque scripturæ incipit: non
ut scientiam meam, quæ potest multa
est, proponerem, sed ut res abscon-
ditas, quæ in summe veritatis latu-
bant, convellerem in lucem.
(GUILIEM. MATHÆSS. DE GIES-
BEE v. II. Prof.)

TOMO I.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.

85469

LIBRERÍA RELIGIOSA,

CALLE DE AVINÓ, NÚM. 20.

1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Téllez

V
922 BX4700
1 .F7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Juan de Palau y Soler, Pbro., Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario General Gobernador de la Diócesis de Barcelona por el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. D. Antonio Palau y Térmens, Obispo de la misma, he leído traducida al español, comparándola con el original francés, la *Historia de santa Isabel de Hungría*, escrita por el Conde de Montalembert, Par de Francia.

Dulce y duradera espero será en mi alma la impresion que me causó la lectura de esa obra, debida á la pluma de tan sábio y piadoso autor. Su estilo sencillo y grave, cual conviene á todo historiador, y que tan bien se adapta al siglo que sabiamente nos describe en su Introduccion, como á la insigne Heroína cuya historia nos detalla, deja á descubierto los vivos y luminosos rayos de santidad con que esta resplandeció en aquel, y con los cuales brilla todavia y brillará para consuelo y edificacion de los fieles.

No me queda duda alguna de que la *Vida* de la santa Duquesa de Turingia, hermana de la abuela de santa Isabel de Portugal que tuvo por padres á nuestros Reyes de Aragon, va á interesar en gran

009075

manera la piedad de los españoles, y á producir entre ellos saludables impresiones aun en las personas que de grado ó por fuerza se hallan engolfadas en medio de las frivolidades é influencias mundanas. El traductor ha sabido constituirse con maestría y fidelidad el digno intérprete del ilustrado Conde, y nada he encontrado en su traduccion que se oponga á las sanas costumbres y sagrados dogmas de nuestra santa fe.

Barcelona 28 de diciembre de 1857.

FR. JAIME ROIG, Pbro., Lector en Filosofía, de la Orden de Carmelitas calzados exclaustros.

APROBACION.

Barcelona veinte y nueve de diciembre de mil ochocientos cincuenta y siete. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la historia de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER,
Vicario General Gobernador.

INTRODUCCION.

El día 19 de noviembre de 1833 hacia alto un viajero en Marbourg, ciudad de la Hesse electoral situada en las amenas orillas del Lahn, y se puso á examinar una iglesia gótica que hay allí y que se ha hecho célebre, ya por su pura y perfecta belleza, ya por haber sido el primer templo de Alemania en el cual la ojiva triunfó de la bóveda circular ó de medio punto cuando la gran renovacion del arte en el siglo XIII. Llámase esta iglesia de *Santa Isabel*; y justamente aquel día era el de su festividad. Nada habia que anunciáse tal solemnidad en aquel templo, luterano hoy como toda la comarca donde radica; únicamente en honor de tal día, y contra la costumbre de los Protestantes, se hallaba abierto y andaban por dentro una porcion de muchachos corriendo y saltando sobre las tumbas y sepulturas. El viajero recorrió aquellas naves desiertas

y devastadas, aunque jóvenes todavía de elegancia y ligereza. Pegada á un pilar vió la estatua de una mujer jóven en traje de viuda, de semblante dulce y resignado, en actitud de dar limosna á un pobre estropeado, y sosteniendo con la otra mano el modelo de una iglesia. Pasó mas adelante, y sobre altares desnudos, de cuyo aseo no cuidaba la mano de ningun sacerdote, vió y observó con curiosidad unas pinturas antiguas sobre madera medio borradas y varias esculturas de relieve mutiladas tambien, pero que, así como las pinturas, llevaban fuertemente impreso el tierno y cándido encanto del arte cristiano. Entre otras cosas representaban estas pinturas y esculturas una mujer que con muestras de sorpresa y espanto enseñaba á un guerrero coronado su faldellin lleno de rosas; mas adelante este mismo guerrero destapaba con furia una cama y encontraba en ella acostado un Crucifijo; mas léjos, estos dos personajes se arrancan mutuamente de sus brazos con señales de un dolor muy grande; despues la jóven, mas hermosa que en ninguno de los otros pasos, estaba tendida en un lecho mortuario, rodeada de sacerdotes y monjas que lloraban; y por último

habia unos cuantos obispos que desenterraban un ataúd sobre el cual un emperador colocaba su corona. Dijeron al viajero que todas estas pinturas eran pasajes de la vida de santa Isabel, soberana que fué de esta tierra, que habia muerto hacia seis siglos en aquel mismo dia, y que la habian enterrado en aquella iglesia. En el fondo de una sacristía lóbrega le enseñaron tambien la caja de plata, cubierta de esculturas, donde habian sido guardadas las reliquias de la Bienaventurada hasta que un descendiente suyo, partidario del Protestantismo, las hizo arrojar al viento. Bajo el dosel de piedra que en otro tiempo cubria esta caja observó el viajero que cada una de las gradas estaba profundamente desgastada, lo cual provenia, segun le dijeron, de la multitud de peregrinos que antes venian á hincarse allí de rodillas, pero que hacia ya tres siglos habian dejado de acudir. Dijeronle que habia, si, en la poblacion algunos fieles y un sacerdote católico, pero nada de misa ni recuerdo alguno de la Santa en honor de su aniversario de aquel dia. La fe, que tan honda huella imprimiera en aquellas duras piedras, ninguna habia dejado en los corazones.

El forastero besó aquella piedra, mella-
da por las generaciones fieles, y volvió á
emprender su ruta solitaria, mas sin poder
echar del pensamiento la dulce y triste
memoria de la olvidada Santa cuyo aniver-
sario habia venido á celebrar á manera de
involuntario peregrino. Formó desde luego
el proyecto de estudiar su vida, y para ello
dióse á registrar, uno tras otro, los ricos
depósitos de antigua ciencia que en tal
abundancia posee la Alemania ¹. Creciendo
por días el encanto que le causaban sus
descubrimientos y las noticias que iba ad-
quiriendo, este pensamiento llegó á ser la
estrella conductora de su camino. Agota-
dos los libros y crónicas, consultados los
manuscritos mas olvidados, quiso, á imi-
tacion de los antiguos historiadores de la
Santa, interrogar los lugares y las tradicio-
nes populares. Anduvo, pues, de ciudad
en ciudad, de castillo en castillo, de igle-
sia en iglesia buscando por todas partes
las huellas de aquella que en todos tiem-
pos se llamó en la Alemania católica *la*

¹ Estas indagaciones han sido posteriormente
completadas por otras en las diferentes bibliotecas
de Flandes é Italia, especialmente en la Vaticana y
Laurentina.

amada santa Isabel. Trató en vano de visi-
tar su cuna en Presburgo en la apartada
Hungria; pero logró á lo menos habitar al-
gun tiempo en Wartbourg, donde ella vi-
vió, primero cuando niña, luego cuando
jóven, y últimamente despues de casada
con un esposo tierno y piadoso como ella;
el viajero pudo tambien trepar por los es-
cabrosos senderos por donde ella iba á dis-
tribuir á sus queridos amigos los pobres
las limosnas de su caridad inagotable. Si-
guióla tambien á Creuzburg, donde fue
madre por vez primera; al monasterio de
Reinhartsbrunn, donde á la edad de vein-
te años tuvo que separarse y despedirse
del esposo que iba á morir por el sepulcro
de Cristo; á Bamberg, donde la dieron asi-
lo contra sus crueles perseguidores; á la
santa montaña de Andechs, cuna de su fa-
milia, á donde ella llevó en ofrenda su tra-
je de novia, cuando de esposa tiernamen-
te amada vino á ser viuda errante y dester-
rada. En Erfurth bebió en el pobre vaso
que dejó para memoria á unas humildes
monjas: y por fin en Marbourg, donde con-
sagró los últimos años de la vida á obras
de caridad heroica, y donde murió á la
edad de veinte y cuatro años, volvió á

orar sobre su tumba profanada y á recoger penosamente algunos recuerdos de boca de un pueblo que renegó del culto de su bienhechora como había renegado de la fe de sus mayores.

Este libro, pues, que doy al público, comprende y encierra el fruto y los resultados de todas estas piadosas peregrinaciones.

Acontece muchas veces que, al andar vagando por nuestras ciudades enlucidas y pintarrajeadas ó por las campiñas desnudas de su vetusta ornamentacion, en fuerza de horrarse cada día los monumentos de la vida de nuestros abuelos, la vista de un fragmento libertado de la devastacion, una estatua tirada en la yerba, una puerta cimbrada, un roseton desfondado, viene á excitar la imaginacion; y el ánimo, pasmado como los ojos, entra á preguntarse cuál sería el papel que este fragmento desempeñaría en el conjunto, y se deja involuntariamente arrastrar á la reflexion y el estudio: insensiblemente álzase ante los ojos del alma el edificio entero, y una vez terminado este trabajo de reconstruccion interior se ve la abadía, la iglesia, la catedral presentes con toda su nobleza y her-

mosura: créese uno que anda bajo aquellas bóvedas majestuosas entre el oleaje de la multitud devota en medio de las simbólicas pompas é inefables armonias del culto antiguo.

Una cosa parecida ha sucedido al autor de este libro. Habiendo viajado largo tiempo por países extranjeros y por los siglos pasados, ha reunido estos despojos y los ofrece á los que tienen la misma fe y las mismas afecciones que él, para ayudarles á reconstruir con el pensamiento el sublime edificio de las edades católicas.

Merced á los numerosos y verdaderamente ricos monumentos que nos quedan acerca de la vida de santa Isabel en las grandes colecciones históricas de Alemania, no menos que en los manuscritos de sus bibliotecas; merced á los innumerables y enteramente íntimos pormenores que nos han sido transmitidos por narradores, unos contemporáneos y otros dominados por el encanto que su carácter y destino son tan á propósito para infundir en toda alma católica; merced á este conjunto ejemplarmente raro y singular de circunstancias felices, cabe un doble objeto en la narracion de esta vida. Sin perder

de vista la idea fundamental de un trabajo de esta clase, que es dar una *vida de Santa*, una *leyenda* de los siglos de fe, se puede por otro lado aspirar á presentar un cuadro fiel de los hábitos y costumbres de una época en que el imperio de la Iglesia y de la caballería habian llegado á su apogeo. Ya hace tiempo se ha echado de ver que aun la historia puramente profana de una era tan importante para los destinos de la humanidad no puede menos de ganar en exactitud y profundidad, dirigiendo un espíritu investigador especial hácia los objetos de las creencias mas fervorosas y afectos mas caros de los hombres de este tiempo. Me atrevo á decir que en la historia de la edad media hay pocas biografías que mejor se presten á un estudio de esta especie que la de santa Isabel.

Por otra parte, antes de hablar por extenso de esta Santa y de las ideas que representa y simboliza, me parece oportuno presentar un bosquejo del estado de la cristiandad en la época en que ella vivió; pues para quien no conozca ni aprecie bien su siglo, todo seria inexplicable en su vida. No solamente su destino, su familia, su nombre se ligan de cerca ó de

lêjos con una multitud de sucesos de aquel tiempo, sino que su carácter ofrece, con todo cuanto el mundo veía entonces sobre una mayor escala, analogías harto numerosas que hacen inevitable la tarea de recordar á los lectores de mi obra los principales rasgos del conjunto social en que su nombre ocupa lugar tan venerado. Séame, pues, permitido apartar de ella la atención de los lectores para concentrarla, por modo de prólogo, sobre sus contemporáneos y su época.

Habiendo nacido nuestra Santa en 1207 y muerto en 1231, su breve carrera viene á colocarse en el centro de esa primera mitad del siglo XIII, que es quizás el periodo mas importante, el mas completo y brillante de la historia de la sociedad católica. Por lo menos creo difícil hallar en las páginas gloriosas de la Iglesia una época en que haya ésta influido sobre el mundo y la familia humana en todos sus desarrollos de una manera mas vasta, mas fecunda y mas incontestable: puede ser que nunca la Esposa de Cristo haya ejercido tan absoluto imperio sobre el pensamiento y el corazón de los pueblos. Transformados y vencidos á sus piés todos los elementos antiguos con

los que habia luchado por tanto tiempo, el Occidente entero doblaba la cerviz con amor respetuoso bajo el yugo de su ley santa. En la prolongada lucha que desde su origen divino tuvo que sostener contra las pasiones y la rebelion de la humanidad caida, nunca como entonces las combatió con mejor éxito ni alcanzó mas completo triunfo sobre ellas. Cierito que la victoria no era decisiva, ni podia serlo, pues que en el mundo está para combatir, y espera el cielo para triunfar; pero cuando menos entonces, mas que en ningun otro momento de este rudo combate, el amor de sus hijos, su número, adhesion y valor, creciendo cada dia, ofrecian á esta madre inmortal fuerzas y consuelos de que despues la han despojado de un modo harto cruel.

Bajo este aspecto es el siglo XIII tanto mas notable, quanto que el fin del XII distaba mucho de pronosticar felizmente acerca del venidero. Efectivamente; el eco de la gran voz de san Bernardo, que parece haberle llenado por entero, se habia debilitado á la postre, y con él la fuerza exterior del pensamiento católico. La funesta batalla de Tiberiades, la pérdida de la verdadera Cruz, y la toma de Jerusalem por

Saladino (1187) presentaban el espectáculo del Occidente vencido por el Oriente sobre el terreno rescatado por las Cruzadas. Los desórdenes y tiranía de Enrique II de Inglaterra, el asesinato de santo Tomás Becket, el cautiverio de Ricardo, Corazon de Leon, las violencias de Felipe Augusto contra su esposa Ingerburga, las atroces crueldades del emperador Enrique IV en Sicilia, todos estos triunfos de la fuerza bruta eran cierta é inequívoca señal de que la vitalidad católica habia sufrido algun tanto; mientras que el progreso de la herejia valdense y albigense, y el clamoreo universal contra la relajacion del clero y del monacato, revelaban en el seno de la Iglesia la existencia de un mal peligroso. Iba no obstante á declararse muy pronto una reaccion gloriosa. En los últimos años de este siglo (1198) subió á ocupar la silla de san Pedro un hombre en la flor de la edad, que bajo el nombre de Inocencio III debia luchar con incontrastable valor contra todos los enemigos de la justicia y de la Iglesia, y dar al mundo el modelo quizás mas acabado de un soberano pontífice, el tipo por excelencia del Vicario de Dios. Como esta grande figura domina todo el siglo

inaugurado por ella, se me habrá de disimular el que entre en algunos pormenores acerca de este personaje. Gracioso y benévolo en sus maneras; dotado de una presencia y cualidades físicas poco comunes; confiado y en extremo tierno en sus afecciones; generoso cual ninguno en sus fundaciones y limosnas; orador elocuente y fecundo; escritor ascético y sábio¹; favorecido también por las musas, como lo demuestran sus himnos *Veni, Sancte Spiritus*, y el *Stabat Mater*, sublime elegía que por mucho tiempo le ha sido atribuida; grande y profundo jurisconsulto cual convenia serlo al juez sin apelacion de la cristiandad; celoso protector de las ciencias y estudios religiosos; severo guardian del mantenimiento de las leyes de la Iglesia y de su disciplina, poseia además todas las cualidades capaces de ilustrar su memoria, á haberle tocado gobernar la Iglesia en épocas tranquilas y fáciles, ó si su gobierno hubiera podido ceñirse al cuidado de las cosas espirituales. Pero le estaba reservada otra mision. Antes de ascender al trono sacerdotal, habia comprendido y dado tam-

¹ Véanse sus *Sermones* y sus tratados de *Contemptu mundi* y sobre los *Siete Salmos penitenciales*.

bien á entender en sus escritos el objeto y destino del pontificado supremo, el cual no debia atender solamente á la salvacion de las almas, sino ocuparse además en el buen gobierno de la sociedad cristiana: pero lleno de desconfianza en sí mismo, no bien es elegido cuando se dirige á todos los sacerdotes del universo católico pidiéndoles con instancia oraciones especiales para alcanzar de Dios que le ilumine y conforte; y Dios oye estas plegarias generales dispensándole los auxilios necesarios para continuar y llevar á cabo la grande obra de Gregorio VII. Joven todavía, y cuando estaba haciendo en París sus estudios, habia ido en peregrinacion á visitar en Cantorbery el sepulcro del mártir santo Tomás; y fácil cosa es imaginarse cuál se inflamaria su corazon en presencia de aquellas reliquias en amor á la libertad de la Iglesia de que en adelante fue el campeón victorioso. Mas al propio tiempo que defendia esta libertad suprema, la constitucion de la Europa en esta época le conferia las funciones gloriosas de celador de todos los intereses de los pueblos, de amparador de todos sus derechos y vigilante del cumplimiento de todos sus deberes. Durante los diez y ocho años

de su pontificado se mantuvo siempre á la altura de mision tan elevada y colosal. Amenazado y atacado sin tregua por sus inmediatos súbditos los habitantes turbulentos de Roma, no por eso dejaba de abarcar con su mirada la Iglesia toda y el mundo cristiano con imperturbable calma, con permanente y minuciosa solicitud, sin que nada se escapara á sus ojos de padre y de juez. De Islandia á Sicilia, de Portugal á la Armenia no se infringe una ley eclesiástica que al punto no sea por él desagraviada y restaurada; no hay injuria contra el débil que no repare, garantía atacada que no proteja. La cristiandad entera no es á sus ojos otra cosa que una majestuosa unidad, un solo reino sin fronteras interiores ni distinción de razas, de quien á él le toca ser el defensor intrépido en lo exterior y el juez inexorable é incorruptible en lo de dentro. Reanimando el entibiado ardor de las Cruzadas la pone al abrigo de los enemigos de fuera; y por eso se le ve entusiasmado cual ninguno por los combates en favor de la Cruz, luchas gloriosas que inflamaron el corazón de los romanos Pontífices desde Gregorio VII hasta Pio II que murió cruzado. El pecho de los Papas era enton-

ces cual foco de donde irradiaba el ardor santo al de las naciones cristianas; sus ojos estaban incesantemente fijos en los peligros que amenazaban la Europa; y mientras Inocencio empleaba su esfuerzo en mandar todos los años un ejército contra los sarracenos vencedores en Oriente, en el Norte propagaba la fe entre los pueblos eslavos y sármatas: en el Occidente, predicando á los reyes de España la unión y concordia y exhortándoles á hacer contra los moros un esfuerzo decisivo, presidía sus milagrosas victorias contra la media luna. Sin otras armas que la fuerza de la persuasión y la autoridad de un gran carácter, reducía á la unidad católica reinos los mas apartados, como la Armenia y la Bulgaria que, vencedoras de los ejércitos latinos, no dudan someterse al escuchar la voz de Inocencio. Su infatigable y ardiente celo por la verdad no le quitaba ser tolerante en alto grado con las personas; protegía contra las exacciones de los príncipes y el ciego furor de los pueblos á los judíos, testimonio viviente de la verdad cristiana, imitando por lo demás en esto á todos sus predecesores sin excepcion; y en obsequio de la paz y de la salvacion de las almas mante-

tenia correspondencia con los principes musulmanes. Mientras luchaba con incansable constancia y perspicacia rara contra las mil herejías que, brotando por doquiera, amenazaban derribar los fundamentos del orden social y moral del universo entero, no cesaba de inculcar á los católicos vencedores é irritados, y aun á los mismos obispos, principios de moderacion y clemencia. Por mucho tiempo trabaja en traer á la Iglesia cismática de Oriente á la union con la de Occidente por los caminos de la conciliacion y dulzura; y despues, cuando el éxito inesperado de la cuarta cruzada, derribando el imperio de Bizancio, sometió por la fuerza á su autoridad esta extraviada mitad del mundo cristiano, y duplicó con esta victoria su poder, Inocencio recomienda la dulzura para con la Iglesia vencida; y léjos de manifestar, al saber esta conquista, sentimiento alguno de alegría ú orgullo, se niega á tomar parte en la gloria y el triunfo de los vencedores; rechaza todas sus excusas, todos sus pretextos religiosos, porque en aquella empresa se habian olvidado de las leyes de la justicia y del sepulcro de Cristo. Y es que teniendo identificada su vida con la religion y la jus-

ticia, estas dos cosas eran todo para él. El amor ardiente por la justicia inflamaba su alma de tal suerte, que no se paraba en acepcion de personas, obstáculos ni contratiempos: desde que el derecho figuraba en una contienda, para nada tomaba en cuenta los reveses ni la fortuna; dulce y misericordioso con los débiles y vencidos, inflexible con los soberbios y poderosos; en todas partes y siempre protector del oprimido, de la debilidad y de la equidad contra la fuerza triunfante é injusta. Por eso le vemos defender con una especie de noble encarnizamiento la santidad del lazo conyugal como la clave de la bóveda social y de la vida cristiana. Nunca la esposa ultrajada se acogió en vano á su mediacion poderosa: el mundo admirado le vió luchar por espacio de quince años contra su amigo y aliado Felipe Augusto defendiendo los derechos de aquella infortunada Ingerburga, venida del fondo de la Dinamarca para ser el ludibrio y objeto de los desprecios de este Príncipe, sola, prisionera, abandonada de todos en medio de una tierra extraña, excepto por el Pontífice que supo al fin reintegrarla en el trono de su marido en medio de los aplausos del pueblo que se

consideraba feliz en ver en el mundo una justicia igual para todos ¹.

El mismo espíritu de justicia era el que le impulsaba á velar con paternal cuidado y hasta en los mas remotos países por los derechos y títulos de los legítimos herederos de las coronas, y por la suerte de mas de un régio huérfano. Vémosle que supo mantener en su derecho y patrimonio á los príncipes de Noruega, de Polonia y Armenia (1199), á los infantes de Portugal, al jóven rey Ladislao de Hungría, y hasta á los hijos de los enemigos de la Iglesia, como Jaime de Aragon, cuyo padre muriera en las filas de los herejes, y que habiendo caido prisionero del ejército católico, fue puesto en libertad por órden de Inocencio; Federico II, único heredero de la raza imperial de Hohenstaufen, rival el mas temible para la Santa Sede, pero que puesto bajo la guarda de Inocencio durante su minoría, es educado, instruido y amparado

¹ Tambien salió triunfante en la defensa de la reina María de Aragon cuando llegó á servir de carga á un marido libertino, y de la reina Adelaida de Bohemia que su esposo queria repudiar para contraer otra union mas ventajosa y condenada ya por un concilio.

por él, y mantenido en su patrimonio con el afecto y celo, no ya de un tutor, sino de un padre. Y lo mas admirable de todo, á mi parecer, es verle ofrecer un asilo al viejo Raimundo de Tolosa, aquel empedernido y terco enemigo del Catolicismo, y á su jóven hijo; defender él mismo la causa de ambos contra los prelados y cruzados victoriosos; y despues de agotar inútilmente su elocuencia para convencer á éstos, y prodigar los consejos mas tiernos al jóven príncipe, señalarle, á despecho de la murmuracion y el descontento, el Condado y la Provenza á fin de que no se quede sin patrimonio el inocente hijo del culpable despojado ¹. ¿Podrá ya causar admiracion que en una época en que la fe se miraba como la base de todos los tronos, y cuando la justicia personificada de tal manera se sentaba en la cátedra de Pedro, trataran los reyes de unirse á ella con los vínculos mas

¹ Los datos de los historiadores contemporáneos sobre este pasaje de la vida de Inocencio se ven confirmados de la manera mas notable en la *Historia de la cruzada contra los Albigenses*, en verso provenzal, publicada por Mr. Fauriel en la Coleccion de documentos inéditos sobre la historia de Francia, vers. 3160 á 3733.

fuertes? ¿Parecerá extraño que el valiente Pedro de Aragon no encuentre para la naciente independencia de su corona mejor garantía que atravesar los mares para deponerla á los piés de Inocencio y recibirla de su mano como vasallo? que Juan de Inglaterra, perseguido por la justa indignacion de su pueblo, se proclame tambien vasallo de aquella Iglesia á quien él tan cruelmente habia vejado, seguro de hallar en ella el asilo y el perdon que los hombres le negaban? que además de los dos reinos mencionados, los de Navarra, Portugal, Escocia, Hungría y Dinamarca se honrasen de pertenecer en algun modo á la Santa Sede por medio de un vínculo de proteccion enteramente especial? Nadie ignoraba que para Inocencio los derechos de los reyes respecto de la Iglesia eran tan sagrados como los de ésta respecto de aquellos. El culto que tributaba á la equidad iba unido á una elevada y previsora política, imitando en esto á sus ilustres predecesores. Por eso, oponiéndose á la incorporacion del imperio por herencia en la casa de Suabia, sosteniendo la libertad de las elecciones en Alemania, es como salvó á este noble país de la centralizacion monár-

quica que, alterando su naturaleza, hubiera ahogado todos los gérmenes de la prodigiosa fecundidad intelectual de que justamente blasona. Por eso, restaurando y defendiendo con infatigable constancia la autoridad temporal de la Santa Sede, aseguró la independencia de Italia no menos que la de la Iglesia. Con su ejemplo y sus preceptos forma toda una generacion de pontífices igualmente adictos á esta independencia y dignos auxiliares suyos, como lo fueron Estéban Langton en Inglaterra, Enrique de Gnesen en Polonia, Rodrigo de Toledo en España, Foulquet de Tolosa en medio de los herejes; ó dignos de morir mártires de esta causa santa como san Pedro Parenticio y Pedro de Castelnau¹. Su gloriosa vida se termina con aquel célebre concilio de Letran (1215), que convocó y presidió, en el cual fueron estrechados todos los lazos de la Iglesia; donde los *juicios de Dios*, degenerados y convertidos en un abuso de la fuerza, quedaron definitivamente abolidos; donde fue prescrita la comunión pascual; establecido aquel proce-

¹ Muertos ambos á manos de los herejes: el primero en Orvieto en 1199, el segundo en Languedoc en 1209.

dimiento criminal ¹ que sirvió luego de norma al de todos los tribunales seculares, y finalmente presentados, por decirlo así, al orbe cristiano los dos grandes institutos ú órdenes religiosas de santo Domingo y san Francisco que debían infundirle una nueva vida y que Inocencio III tuvo la gloria de ver nacer ambos á dos bajo su pontificado ².

Los sucesores de este gran Papa, léjos de degenerar, ofrecen por espacio de cerca de medio siglo el sublime espectáculo de una lucha sostenida sin otras armas que la fuerza de la fe y de la justicia contra todos los recursos del genio y el poder humano concentrados en el emperador Federico II, y empleados en sacar triunfante el imperio

¹ En el cánón 8.º de este concilio.

² Los trabajos de los historiadores protestantes de Alemania, Juan de Muller, Wilken y Raumer, han rendido por fin homenaje al genio y virtudes de este gran Pontífice tan indignamente desconocido por tantos historiadores franceses. Y mas tarde un escritor de la misma nacion, Mr. Hurter, en su *Historia de Inocencio III y de sus contemporáneos*, ha levantado á su gloria y la de la Iglesia un monumento que merece el reconocimiento de todos los amigos de la verdad. (Fue traducida por Mr. Saint-Cheron; Paris, 1838. *Nota del Traductor.*)

de la fuerza. Honorio III es el primero á quien le toca entablar la lucha con este ingrato pupilo de la Santa Sede. Por su dulzura y paciencia aparece como colocado entre dos combatientes imperiosos é inflexibles, Inocencio III y Gregorio IX, como para manifestar hasta dónde podia llegar la mansedumbre apostólica. Esta propia mansedumbre es la que predicaba á los reyes; para atender á los gastos de la cruzada se desprendia de todos los recursos de su tesoro. Tuvo la dicha de confirmar solemnemente las tres Órdenes santas que habian de encender en algun modo una nueva hoguera de caridad y de fe en el corazon de los pueblos cristianos, á saber, los Dominicos (1226), los Franciscanos (1223), y los Carmelitas (1226). Á pesar de su dulzura se vió precisado á echar mano una vez de los rayos de la Iglesia contra el Emperador, dejando á Gregorio IX, sucesor suyo, el cuidado de proseguir el combate principiado. Gregorio, que se ciñó la tiara á los ochenta años de edad, cual si al tomar á su cargo el depósito del poder delegado por el Eterno hubiera echado de sí el peso de los años, ostentó durante los quince de su pontificado una indomable energía. Él fue el

protector y amigo de la santa Isabel que ha sido para mí ocasion de estudiar detenidamente este siglo; él quien la puso en relaciones con san Francisco de Asis, cuyas heroicas virtudes supo ella imitar, segun veremos; él quien la protegió cuando se vió viuda y todos la abandonaron; él quien proclamó sus derechos á la perpétua veneracion de los fieles y la inscribió en el catálogo de los Santos cuando plugo al Señor llevarla consigo. Su proteccion se extendia á los débiles y oprimidos de toda jerarquía; y mientras ofrecia su amparo á la régia viuda de Turingia, atendia con paternal solicitud á los pobres siervos de los mas distantes países de la cristiandad, como se ve en la carta que dirigió á los señores polacos echándoles en cara, como una detestable fechoria, el gastar la vida de sus vasallos, rescatados y ennoblecidos con la sangre de Jesucristo, en cuidar de los halcones ó aves de rapiña. Celoso amigo de la verdadera ciencia, funda la universidad de Tolosa, hace restablecer la de París no sin haber sábiamente protestado contra la intrusion de la filosofia profana en la teologia. Por medio de la coleccion de decretales tiene la gloria de dar á la Iglesia su có-

digo, que era entonces tambien el de la sociedad entera. Digno sobrino de Inocencio III supo hermanar siempre la justicia con la firmeza: reconciliado con Federico, despues de haberle levantado la excomunion, le sostiene con noble imparcialidad contra la rebelion de su hijo Enrique (1235), y aun contra las exigencias exageradas de las ciudades lombardas con todo de ser éstas las mejores aliadas de la Iglesia (1237). Cuando mas adelante este Emperador falta á sus mas solemnes promesas, cuando es forzoso excomulgarle por segunda vez, ¡cuán hermoso es ver á este anciano casi centenariano empeñarse resuelto en una lucha desesperada, pero sin olvidarse de recomendar encarecidamente al ejército de Juan de Brienne que marcha contra el pérfido Emperador la clemencia, la dulzura y todo miramiento con los prisioneros! Despues, vencido y abandonado de todos, sitiado en Roma por Federico aliado con los mismos romanos contra el Pontifice, en tan terrible momento y en el seno de la debilidad humana vuelve á encontrar esa fuerza que solo pertenece á las cosas divinas: hace sacar del santuario las reliquias de los santos Apóstoles, las lleva en procesion por

las calles de la ciudad, y pregunta á los romanos si son capaces de ver perecer este sagrado depósito que sin ellos ya no puede él defender ni conservar. Conmovero el corazon con estas palabras, juran aquellos hombres morir por el Pontífice; el Emperador es rechazado, y la Iglesia libertada.

El sucesor de este papa, Inocencio IV, amigo y partidario de Federico hasta su elevacion al pontificado, no bien es elegido, cuando sacrifica á la augusta mision que le confian sus anteriores compromisos y relaciones, entrando al punto en aquella maravillosa unidad de miras que por espacio de dos siglos animara á sus predecesores. Perseguido, amenazado, encerrado y cogido entre las garras imperiales, que desde el Norte al Mediodía, desde la Alemania á Sicilia, hacen de Roma una prision para él, necesita fugarse á todo trance. Pero ¿dónde hallará un asilo? Todos los reyes, incluso san Luis de Francia, se lo niegan; pero felizmente Lyon es una ciudad libre y pertenece á un obispo independiente: Inocencio reúne en ella en concilio general á todos los obispos que pueden sustraerse del tirano, y á sus hermanos los cardenales; da á éstos el capelo, cuyo color de sangre

les ha de recordar á cada momento que deben estar dispuestos á verter la suya por la Iglesia: y luego, desde el seno de este tribunal supremo, invocado y reconocido por Federico mismo y ante el cual envia á sus abogados para que defiendan solemnemente su causa, el Pontífice fugitivo fulmina contra el Soberano mas poderoso del mundo la sentencia de deposicion y destronamiento por opresor de la libertad religiosa, despojador de la Iglesia, hereje y tirano¹. ¡Memorable é imperecedero testimonio del derecho contra la fuerza, de la fe sobre el interés material! tercer acto del sagrado dra-

¹ Del sepulcro de este Papa en la iglesia de San Genaro en Nápoles, he copiado la inscripcion siguiente, que creo es poco conocida:

Hic superis dignus requiescit Papa benignus,
Ortus de Fiesco, sepultus tempore prisco,
Vir sacer et reclus, sancto velamine teclus:
Ut iam collapsa mundo temeraria passo
Sancta ministrari urbs posset quoque rectificari,
Concillium fecit veteraque iura refecit.
Haeresis illisa tunc exilit atque recisa.
Moenia direxit; rite sibi credita rexit:
Stravit inimicum Christi colubrum Fredericum.
Ianua de palo gaudet sic glorificalo;
Laudibus immensis urbs tu quoque Parthenopensis
Pulchra decore satis dedit hic sibi plurima gratis.
Hoc titulavit ita Umbertus Metropolita.

Sabido es que era jenovés y de la casa de Fiesco.

ma en que san Gregorio VII y Alejandro III habian ya aplastado bajo sus piés al elemento rebelde en medio de los aplausos de los Santos y de los hombres! Bien sabido es que la Providencia tomó á su cargo el confirmar este fallo; nadie ignora la caída y los años últimos de Federico, así como la muerte prematura de su hijo y la ruina total de aquella raza temible. Por una admirable señal de la confianza absoluta que la Santa Sede inspiraba por su rectitud, así como en otro tiempo el mismo Federico todavía en la cuna y huérfano habia sido puesto bajo la proteccion de Inocencio III, los parientes y aliados de su nieto Conradino, último é infortunado vástago de la casa de Suabia, no quisieron confiar su tutela á ningun otro mas que al mismo Pontífice que destronara al abuelo, y que cumplió lealmente con el cargo hasta que le fue demasiado pronto arrancado por el pérfido Mainfroy.

Prosigue la lucha contra éste y todos los demás enemigos de la Iglesia con la misma intrepidez bajo Alejandro IV, (1254), digno vástago de aquella familia Conti que ya diera al mundo á Inocencio III y Gregorio IX; continúa sin allojar un punto ba-

jo Urbano IV (1261), hijo de un zapatero, y que léjos de avergonzarse de su humilde origen, manda pintar en las vidrieras de colores de Troyes á su padre en actitud de ejercer el humilde oficio; pontífice á quien cupo la gloria de encontrar un nuevo alimento á la piedad cristiana en la institucion de la fiesta del Corpus (1264); pastor sereno y firme en medio de los peligros mas grandes, que muere sin tener dónde reclinar su cabeza, pero que deja á la Iglesia la proteccion del hermano de san Luis, y un trono francés á las Sicilias. Concluye esta conquista bajo Clemente IV que reclama inútilmente la vida de Conradino, víctima inocente y expiatoria de su culpable familia. Y así es como fenece por algun tiempo esta noble guerra de la Iglesia contra la opresion de los legos, para comenzar de nuevo, no con menos gloria, bajo Bonifacio VIII.

Es preciso no olvidar que mientras estos Papas se hallaban de tal manera ocupados en luchas tan colosales, léjos de ser absorbidos enteramente por los cuidados que debian ocasionarles, todavía dedicaban á la organizacion interior de la Iglesia una solicitud y afan propios solamente de épocas de

paz profunda. Uno en pos de otro continuaban con incontrastable perseverancia la obra gigantesca que corria á su cargo desde la caída del Imperio romano; obra que consistia en fundir y amasar los diversos elementos de las razas germánicas y septentrionales que habian conquistado y reanimado la Europa, depurándolos para santificar y civilizar lo que en ellos habia de bueno, saludable y puro, despues de descartar todo cuanto hallaban verdaderamente bárbaro. Al mismo tiempo y con igual constancia propagaban la ciencia y los estudios, poniendo ambas cosas al alcance de todos; consagraban la igualdad natural de la raza humana encumbrando á las mas altas dignidades á cuantos individuos descollaban por la virtud y la ciencia, aun cuando pertenecieran á las clases mas bajas de la sociedad; elaboraban y promulgaban el magnifico conjunto de la legislación eclesiástica, y afianzaban la jurisdiccion clerical, cuyos beneficios eran tanto mas y mejor sentidos, cuanto que era entonces la única que no conocia el tormento ni pena alguna cruel, ni acepcion de personas entre los Cristianos.

Cierto que en el seno de una Iglesia que

tales hombres tenia á su cabeza no faltaban miserias humanas á vueltas de tanta santidad y grandeza; pero prescindiendo de que así será siempre mientras sean muchos de hombres las que tengan el depósito de las cosas divinas, se puede en mi juicio poner en duda si el número de estas manchas fue menor en ninguna otra época, y si jamás fueron los derechos de Dios y del hombre defendidos con valor mas noble y por campeones mas ilustres.

En presencia de esta majestuosa Iglesia alzabase la *segunda majestad*, á la cual doblaban la rodilla los hombres de esta época; hablo del santo Imperio romano del cual parecian proceder todas las majestades secundarias. Por desgracia desde que en el siglo XI acabó la casa de Sajonia, este santo Imperio vino á ser patrimonio de las de Suabia y Franconia; y en ambas se habia extinguido por grados el grande y piadoso espíritu de Carlomagno, reinando en su lugar otro espíritu de novedad, levantisco y rebelde contra todo yugo espiritual, altanero y engreido con la fuerza de las armas y vínculos feudales, intentando de continuo confundir y mezclar los dos poderes y absorber la Iglesia en el Imperio. Tan funesta

tendencia, vencida por san Gregorio VII en la persona de Enrique IV, y por Alejandro III en la de Federico Barbaroja, tentó nuevo esfuerzo en la de Federico II; pero también se vió derrotada por la Santa Sede. Federico II domina y abraza con su reinado este medio siglo casi por completo ¹. Me parece cosa imposible, aun para los lectores mas preocupados y prevenidos, el que no llame la atencion la inmensa diferencia que se advierte entre los principios de su reinado, mientras guardó fidelidad á aquella Iglesia romana que habia velado por él en su minoría ², y sus veinte últimos años durante los cuales se marchitaron una por una todas las diferentes glorias que adornan su juventud. Nada mas brillante, poético y grandioso que aquella corte imperial presidida por un príncipe que en medio de su juventud ostenta todas las cualidades eminentes del espíritu y del cuerpo; entusiasta por las artes, la poesía y la instruccion; poseedor de seis lenguas y de conocimien-

¹ Rey de Sicilia en 1198, emperador en 1215, muerto en 1250.

² Tuvieron parte en esta tutela Inocencio III, Honorio III y Gregorio IX, el primero como papa, los otros dos como cardenales.

tos en una multitud de ciencias; otorgando, mientras el Papa le corona (1220) en Roma, al reino de Sicilia códigos sábios y notables por su unidad; publicando mas adelante en Mayenza, despues de su primera reconciliacion con la Santa Sede, las primeras leyes de Alemania en su lengua nacional; reuniendo en torno suyo la flor de la caballería de sus vastos dominios; dando el ejemplo del valor y del talento poético en sus bellos palacios de Sicilia, donde se hallaban en contacto y reunidos por él los diversos elementos de la civilizacion germánica, italiana y oriental. Pero justamente la mezcla y confusion de estas cosas fue lo que al fin hubo de perder á este Príncipe que, como dice un cronista, no tuviera rival en el mundo *si hubiera amado su propia alma*; mas una fatal inclinacion le arrastraba á dejarse dominar por las costumbres orientales. Aquel á quien por un momento se pensó en darle por esposa á santa Isabel, ya viuda, y solicitó con empeño la mano de santa Inés de Bohemia ¹, se encerró en un afrentoso ser-

¹ Esta Princesa rehusó la propuesta por tomar el hábito de franciscana: cuando el Emperador lo supo, dijo: «Si me dejara por otro hombre, yo me

rallo custodiado por guardia sarracena. En pos de este sensualismo moral no tardó en proclamar una especie de materialismo político, prematuro por lo menos para aquel siglo: trastornó además todas las ideas de la cristiandad yendo al Santo Sepulcro en calidad de aliado de los príncipes musulmanes, y no como conquistador de la Tierra Santa. Al volver á Europa, poco satisfecho con la magnífica posición de emperador cristiano, el primero entre los poderosos y los fuertes y no el amo de un rebaño de esclavos, el abogado de la Iglesia y no su opresor, deposita en la sociedad los gérmenes de las funestas doctrinas que mas tarde dieron por desgracia demasiado fruto. Desvanecido con su poderío, como sucedió también mas adelante á Luis XIV y á Napoleon, la intervencion de toda fuerza espiritual le repugna; y por medio de su canceller Pedro de las Viñas hace declarar que el derecho de disponer de todas las cosas divinas y humanas pertenece al Emperador. Era el siglo muy cristiano todavía para soportar una invasion de tal naturaleza sobre la fuerza vital del Cristianismo: pavengaria; pero pues me pospone á Dios, nada tengo que replicar.»

ra reinar entonces sobre las convicciones y la imaginacion era necesario, aun en el poder laical, otro espíritu diferente; y éste se halló en san Luis. Por eso vemos á este Federico que, segun el dicho del santo Rey, habia *guerreado á Dios por sus dones*, herido por el anatema de la Iglesia hacer cada dia nuevos progresos en la crueldad, la perfidia, la duplicidad y el dolo¹; abrumar los pueblos con impuestos y vejaciones; hacer dudar de su fe por los excesos de su libertinaje, y morir en fin en la extremidad de Italia ahogado á manos de su propio hijo en medio de los sarracenos, cuya adhesion no servia sino para hacerle mas sospechoso á los ojos de los Cristianos. Bajo su reinado, como bajo el de sus predecesores, la Alemania, donde en verdad se le vió muy poco, se hallaba en un estado floreciente, pues veia engrandecerse en Baviera el poder de los Wittelsbach; admiraba en Austria el brillo de sus príncipes Federico el Victorioso, Leopoldo el Glorioso, de quien se decia ser *valiente como un leon* ®

¹ Por ejemplo; el suplicio del dux Tiepolo, del Obispo de Arezzo; la prision de los cardenales que iban al concilio conyocado á instancias y peticion suya.

y público como una niña; celebraba las virtudes de la casa de Turingia en el suegro y marido de santa Isabel; veía en el arzobispo Engelberto de Colonia ' un mártir de la justicia y de la seguridad pública, á quien la Iglesia se apresuró á colocar en el número de los Santos. Sus ciudades, como las de los Países Bajos, se desarrollaban con una poderosa y fecunda individualidad: Colonia y Lubeck se hallaban en el colmo de su influencia, y la célebre Hanse principiaba entonces á formarse. Desplegábase grandiosamente su legislación en los dos *Espesjos* de Sajonia y de Suabia y en una multitud de códigos locales, todos basados en el respeto de los derechos establecidos y de las antiguas libertades, y respirando una mezcla tan noble del pensamiento cristiano con los elementos del antiguo derecho germánico, todavía no alterado con la importación gibelina del derecho romano. En fin, contaba ya entre sus caballeros de pro un verdadero monarca cristiano; pues á la sombra del trono de los Hohenstaufen crecía en silencio aquel Rodolfo de Habsbourg ², digno de

¹ Muerto en 1225 por el conde de Alena.

² Fue presentado al bautismo por Federico II en mayo de 1218.

ser fundador de una raza imperial, como que libertó á su país de la anarquía, y se presentó al mundo como un verdadero representante de Carlomagno. Bien pudiera augurarse del reinado de un príncipe que no teniendo á la mano cetro en el acto de su consagración, tomó del altar un Crucifijo, diciendo: «¡Ved aquí mi cetro! no quiero tener otro que éste.»

Si el Imperio aparecía arrancado de sus vías naturales, la Francia en cambio le reemplazaba en cierto modo y le robaba aquel carácter de santidad y grandeza que tanto lustre había de comunicar al trono cristianísimo. Mas, también esta nación llevaba en su seno una llaga que debía á toda costa cicatrizarse, so pena de comprometer para siempre su unidad y sus grandes destinos; á saber, aquel foco de herejías á la vez antisociales y antireligiosas que manchaban con sus excesos las regiones del Mediodía, y que se hallaban arraigadas en las masas corrompidas designadas con el nombre de Albigenses. Hoy sabemos ya á qué atenernos en cuanto á las costumbres y doctrinas de estos hombres dignamente representados por príncipes cuyos desórdenes estremecen, y que á ex-

pensas de la verdad y la Religion han sido ensalzados y encomiados por historiadores prevaricadores. Está ya bien averiguado que fueron por lo menos tan perseguidores como perseguidos ¹; y que de todas maneras pesaba sobre ellos el crimen de agresores contra la ley comun de la sociedad en esta época. Si la cruzada no se hubiera predicado con éxito contra este impuro foco de doctrinas paganas y orientales, no ya la Francia sola sino tambien la España y la Italia se hubieran perdido desde entonces para la fe y la civilizacion verdadera. Cier- to es que para domar esta rebelion contra el Cristianismo se echó mano con harta frecuencia de medios lamentables, repug- nantes á la caridad cristiana, que la poste- ridad debe reprobar y que la Santa Sede reprobó siempre, aun en lo mas fuerte de la pelea. Pero hoy está ya plenamente ave- riguado que estas crueldades eran cuando menos recíprocas; y hasta ahora, que yo sepa, no se ha inventado un método para hacer la guerra, y guerra religiosa espe- cialmente, con amenidad é indulgencia. Si-

¹ Véase Michelet, *Historia de Francia*, y sobre todo la *Vida de santo Domingo* por el P. Lacordaire.

mon de Montfort, el campeón del Catolicis- mo en esta lucha terrible, ha empañado con su ambicion desmesurada y con rigores, que de buena fe no cabe excusar, una parte de su gloria; pero así y todo aun le queda mucha para que no se avergüencen los Católicos de proclamarla en voz alta. Pocos caracteres ofrece seguramente la historia grandes como el suyo por la voluntad, la perseverancia, el valor y desprecio de la muerte; y cuando se fija la consideracion en el fervor y humildad de su piedad, en la inviolable pureza de sus costumbres, en aquel respeto á la autoridad eclesiástica tan decidido y ciego que le hace retirarse solo del campo de los cruzados delante de Zara únicamente porque el Papa le habia prohibido batirse contra cristianos, se concibe bien todo el exceso de su indignacion contra los que turbaban la paz de las con- ciencias y derribaban todas las barreras de la moral. Su carácter y su época se pintan de un golpe en el famoso dicho que pronunció al lanzarse á una lucha desigual: «Toda la Iglesia ora por mí; es imposible que yo sucumba.» Y tambien cuando, perseguido por el enemigo, atraviesa con la caballeria un rio que los peones no pueden

salvar, lo repasa acompañado de solos cinco hombres, exclamando: «¡He de ponerme yo en salvo mientras los pobres de Cristo quedan expuestos á la muerte! No; me vuelvo con ellos: ¡hágase en mí la voluntad del Señor!»

La batalla decisiva de Muret (1212), que aseguró el triunfo de la fe, pinta también, por el contraste de sus dos protagonistas, la naturaleza de esta lucha: Monfort, el uno de ellos, á la cabeza de un puñado de combatientes buscando en la oración y los Sacramentos los derechos de demandar una victoria que solo por milagro podía obtenerse; el otro, Pedro de Aragón, viniendo á buscar, debilitado por el libertinaje, la derrota y la muerte en medio de su numeroso ejército.

Mientras terminaba esta lucha y se preparaba por medio de ella la agregación de estas provincias reconquistadas á la corona de Francia, un rey digno del sobrenombre que llevaba, Felipe Augusto, esmaltaba esta corona con los primeros rayos de gloria é influencia moral fundadas en la Religión, que por tanto tiempo debia conservar. Cuando en sus embelesamientos y meditaciones de la juventud le pregunta-

ban, en qué estaba pensando: «Pienso, responde, en los medios de restituir á la Francia el brillo y la fuerza que tenia en el tiempo de Carlomagno:» idea que no le abandonó un punto durante su dilatado y glorioso reinado. La reunion de la Normandía y de las provincias quitadas al asesino Juan-sin-Tierra echa los verdaderos cimientos del poder de los monarcas franceses. Despues de concluir su noviciado de defensor de la causa de Cristo por medio de las Cruzadas, durante toda su vida se manifiesta el amigo y el apoyo mas firme de la Iglesia¹; y bien lo dió á entender cuando se impuso el penoso sacrificio de triunfar de la arraigada repugnancia que sentia hácia la esposa que le imponia Roma. Reconciliado con ésta, y de resultas con su pueblo, no tarda el cielo en darle la recompensa con la gran victoria de Bouvines (1215); victoria tan religiosa como nacional, pues que en ella quedaron tan humillados como los de la Francia los enemigos de la Iglesia: verdad confirmada por todo cuanto los historiadores nos han transmitido relativo á los impíos proyectos de los confederados que eran todos excomulgados;

¹ Nunca se batió en domingo.

por las fervorosas plegarias del clero durante la lucha, y por las bellas palabras de Felipe á sus guerreros: «La Iglesia ruega por nosotros: voy á combatir por ella, por «la Francia y por vosotros¹.» Á su lado combaten todos los héroes de la caballería francesa, Mateo de Montmorency, Enguerrando de Coucy, Guillermo des Barres y Guerin de Senlis, pontífice, ministro y guerrero á la vez. Derrotado el enemigo, todos ellos se asocian al Rey para fundar en honor de la santa Virgen la abadía de Nuestra Señora de la Victoria, destinada á consagrar por el nombre de María la memoria de un triunfo que habia salvado la independencia de la Francia.

Bajo el breve cuanto próspero reinado de Luis VIII, víctima de la castidad, continuaron cobrando esplendor el trono francés y su dominacion sobre las provincias meridionales que á la postre debian ser absorbidas por él; y lo mismo sucedió bajo la brillante regencia de Blanca de Castilla, aquella madre tierna cuanto animosa y prudente soberana que preferia para sus hijos la muerte á verlos manchados con mortal culpa, sin descuidar por eso la exquisi-

¹ Guillermo el Breton, etc.

ta vigilancia por su temporal grandeza; Blanca, objeto bien natural del romancesco amor del poeta-rey Tibaldo de Champaña que tan tierna devocion profesaba á nuestra santa Isabel¹. Fue esta regencia digno anuncio del reinado de aquel modelo de reyes, san Luis, en quien se resume el pensamiento del historiador como el personaje quizás mas cumplido de los tiempos modernos, y la oracion del cristiano honra el cúmulo de las virtudes que pueden merecer el cielo. Al leer la historia de esta vida sublime y á la vez tan interesante, se pregunta uno á si mismo si jamás sobre la tierra tuvo el Rey del cielo un servidor mas fiel que este ángel coronado por algun tiempo con caduca diadema á fin de hacer ver al mundo como la fe y el amor pueden transfigurar al hombre. ¡Cuál es el corazon cristiano que no palpita de admiracion cuando piensa en todo lo que hubo de grande y sublime en el alma de san Luis! en aquel sentimiento tan puro y enérgico del deber; en aquel arrebatado y escrupuloso culto de la justicia; en aquella exquisita delicadeza de conciencia que le impulsaba á repudiar las adquisiciones ilegítimas de

¹ Véase el capítulo XXVI de esta Historia.

sus antecesores aun á riesgo de la seguridad pública y del afecto de los vasallos; en aquella tierna solícitud por el alma del prójimo; en aquel inmenso amor de sus semejantes que, brotando de su corazón y después de haber inundado á la esposa querida, á la madre y á los hermanos cuya muerte lloraba con tal amargura, le impulsaba en busca del último de los vasallos, y le hacía encaminar sus pasos en las horas de ocio hácia la cabaña de los miserables á quienes consolaba y aliviaba personalmente! Y todas estas virtudes hermanadas con un valor que rayaba en temeridad, hacían de él el mejor caballero y el mejor cristiano de la Francia, como se vió en Taillebourg y en Mansurah. Y es que no podía tener miedo ni al combate ni á la muerte quien habia hecho pacto inviolable con la justicia de Dios y de los hombres; quien sabia serle fiel aun contra su propio hermano; quien antes de darse á la vela para la cruzada enviara por todo el reino frailes mendicantes encargados de preguntar por chozas y cabañas si alguien recibiera desaguizado á nombre del Rey, y de reparar inmediatamente el daño á expensas del Monarca. Por eso, cual si fuera una encarna-

cion viva de la justicia suprema, en todos los grandes procesos de la época le escogieron por árbitro, ya sea el litigio entre el Papa y el Emperador, ya entre los barones de Inglaterra y su Rey; y hasta los mismos infieles que le tienen prisionero quieren que sea juez de sus contiendas. Arrastrado dos veces por amor de Cristo á bárbaras regiones, halla en ellas el cautiverio y luego la muerte, especie de martirio, único que se hallaba á su alcance, como también la única muerte digna de él. Desde el lecho de muerte dicta á su hijo sus famosas instrucciones, palabras las mas memorables que hayan jamás salido de boca de un rey. Al ir á exhalar el postrer suspiro, se le oye decir en voz baja: «¡Oh Jerusalem, Jerusalem!» Estas palabras ¿eran un pesar ó una esperanza sublime? ¿iban dirigidas á la Jerusalem del cielo ó á la de la tierra? En esta última no habia querido entrar el santo Rey por tratados y sin ejército, por temor de que su ejemplo autorizase á los demás reyes cristianos á hacer otro tanto. Pero ellos lo hicieron mejor todavía: ni uno siquiera después de él fué á la ciudad santa: Luis, el último de los reyes cruzados, de los reyes verdaderamente cristianos, de los reyes pon-

tífices, fue tambien el mas grande de todos ellos; y nos ha dejado dos monumentos inmortales que son su oratorio y su sepulcro, ambos á dos puros, simples, lanzados como él hácia el cielo; sin contar otro mas bello y mas inmortal todavía en la memoria de los pueblos, á saber, la encina de Vincennes ¹.

En Inglaterra la perversa raza de los reyes normandos, tiranos del pueblo y opresores encarnizados de la Iglesia, no habia podido oponer á Felipe Augusto sino el infame Juan-sin-Tierra, y á san Luis el flojo y débil Enrique III. Pero junto á este trono escandaloso brilla con toda su luz la Iglesia, y la nacion se conquista garantías vitales y duraderas. La Iglesia sobre todo habia sido dotada en esta nacion de una serie de hombres eminentes que ocuparon la silla primada de Cantorbery cual quizás no tiene igual en sus anales. Bajo el reinado de Juan fue Estéban Langton digno sucesor de san Dunstan, de Lanfranc, san Anselmo, santo Tomás Becket, y el digno representante de Inocencio III. Despues de haber defendido con invencible intrepidez las in-

¹ El santo Rey administraba justicia á sus vasallos sentado familiarmente bajo estos árboles. (Nota del Traductor).

munidades eclesiásticas, se pone á la cabeza de los barones insurrectos y formados en ejército de Dios y la santa Iglesia. Esta santa liga arranca al rey Juan la célebre *Gran carta*, base de la constitucion inglesa tan admirada por los modernos, los cuales parece que al mirarla no tienen en cuenta que fue producto de la organizacion feudal; y que esta misma Carta, léjos de ser una innovacion, no era otra cosa mas que la rehabilitacion de las leyes de san Eduardo, una confirmacion del derecho público europeo, universal de la época, fundado en el mantenimiento de todos los derechos antiguos é individuales. Bajo Enrique III, sostenido en su vacilante trono únicamente por la Santa Sede que impide la reunion con la Francia por la conquista del hijo de Felipe Augusto, la Iglesia tuvo tambien sus defensores animosos y sus nobles victimas en san Edmundo de Cantorbery, muerto en el destierro (1242), y en san Ricardo de Winchester, y la nacion llevó á cabo la conquista de sus libertades capitaneada por el noble hijo de Simon de Montfort, valiente y piadoso como su padre, vencido y muerto al fin de la carrera, mas no sin haber convertido esta guerra popular en una cruzada.

da é introducido los diputados del pueblo en la primera asamblea política que haya llevado el nombre, despues tan célebre, de *Parlamento británico* (1258).

Se ve por el mismo tiempo en Escocia al piadoso rey Guillermo aliado de Inocencio III, dar una prueba de su afecto á la Iglesia y á la santísima Virgen en la ley que manda al pobre pueblo descansar del trabajo todos los sábados despues de mediodía (1202). En los reinos escandinavos se abre el siglo XIII bajo el noble arzobispo Absalon de Lund (1201), guerrero intrépido y pontífice santo, bienhechor y civilizador de estos pueblos: prospera la Suecia bajo el nieto de san Erico; y bajo Haquin V (1217-1263), su principal legislador, saborea una paz desconocida la Noruega donde se conservan mas vestigios de la vetusta constitucion germánica. El mas illustre de los reyes de Dinamarca Waldemaro el Victorioso extendia su imperio á todos los países meridionales del Báltico (1202-1252); y preludiando la union de Calmar, concebía y estaba en visperas de llevar á cabo el grandioso proyecto de reunir bajo un solo cetro todas las comarcas ribereñas del Báltico, cuando la batalla de

Bornhoveden (1227) vino á dar á las razas germánicas la preponderancia sobre las escandinavas. Mas, nunca en el discurso de sus conquistas perdió de vista la conversion de los pueblos paganos á que sin cesar le exhortaba la Santa Sede: sus esfuerzos por la propagacion de la fe coincidían con los que hacían por otro lado la Orden militar de los Porta-espadas fundada precisamente con este objeto (1203), y mas tarde la Teutónica. La traslacion del grueso de las fuerzas de esta segunda Orden á Prusia para implantar allí el Cristianismo (1234), es un acontecimiento inmenso en la historia de la Religion y la civilizacion del Norte de Europa; y si es cierto que muy pronto entraron las pasiones humanas á mezclarse en esta cruzada, que duró dos siglos, no lo es menos que á ella debe el Cristianismo el haber penetrado en el seno de aquellas poblaciones obstinadas, así como no se puede menos de pagar un tributo de admiracion al celo de los Papas por suavizar el régimen de la conquista ¹. En la misma línea ofrecía ya la Polonia las

¹ En 1249 fué á Prusia un legado del Papa para garantir á los pueblos conquistados la libertad de matrimonios, sucesiones, etc.

bases del *reino ortodoxo* ¹; el arzobispo Enrique de Gnesen, legado de Inocencio III, restablecía allí la disciplina y la libertad eclesiástica contra los ataques del duque Ladislao; en el trono, la tía de nuestra Isabel, santa Hedwigis, ofrece el ejemplo de las mas austeras virtudes al mundo, y á Dios en holocausto la vida de su hijo que muere mártir de la fe á manos de los tártaros. La Polonia, al oponer á estas hordas terribles, que habian avasallado la Rusia é inundado la Hungría, un baluarte que nunca lograron forzar, vertió durante todo el siglo torrentes de sangre, ensayándose á ser lo que siempre ha sido en los tiempos posteriores, la víctima gloriosa de la cristiandad.

Al descender hácia el Mediodía para ponerse á contemplar esa Italia, la mas animada y brillante de las naciones cristianas; afligese el alma con el espectáculo de las crueles é interminables luchas de güelfos y gibelinos y del formidable imperio del odio que cundía á la sombra de la guerra de principios, de donde tomaran su origen estos partidos. La historia de Italia

¹ Titulo que dieron despues los Papas á la Polonia,

en todas épocas aparece como dominada por este elemento del odio, combinado con no sé qué política pagana y egoista, residuo de los recuerdos de la república romana que durante toda la edad media se sobrepuso en los corazones italianos á la idea de la Iglesia ó del Imperio, y que contribuía no poco á sustraerles de la saludable influencia de la Santa Sede, de quien debieran haber sido los primeros vasallos, y cuyo poderío y decision heroica pudieron apreciar cual ninguno durante toda la lucha de las ciudades lombardas contra los emperadores. Pero por muy repugnante que sea el espectáculo de estas discordias que desgarraban el seno de la Italia, ¿quién no se admira al ver aquella inmensa energía moral y física, aquel patriotismo ardiente, aquella profundidad de convicciones que se descubre en la historia de cada una de las repúblicas de que estuvo cubierto su suelo? ¿A quién no pasma esa increíble fecundidad de monumentos, instituciones, fundaciones, hombres grandes en todos los ramos, poetas, artistas, guerreros que se veian brotar en todas esas ciudades de Italia hoy tan desiertas y despobladas? ¿Seguramente jamás desde los bellos siglos de

la antigua Grecia se habia visto tan poderoso desarrollo de la voluntad humana, tan maravillosa estimacion del hombre y de sus obras, tan abundante vida en espacio tan reducido! Pero cuando el pensamiento se fija en los prodigios de santidad que el siglo XIII vió nacer en Italia, se descubre cuál era el vínculo que mantenía enlazados todos aquellos corazones impetuosos; y se viene á la memoria aquel rio de caridad cristiana que corria profundo é incomensurable bajo estas tempestades y embravecidas olas. En lo récio de la general refriega se fundan ciudades y se enriquecen y prosperan, creciendo su poblacion hasta el décuplo de la que tienen hoy dia, produciendo obras maestras del arte y dando vigoroso é incesante impulso al comercio y sobre todo á la ciencia¹. Al revés de los países germánicos, toda la existencia política y social se concentra con la nobleza en las ciudades, no llegando á tener con todo ninguna de ellas bastante predominio para absorber la vida de las otras; explicándose en parte la inaudita fuerza de

uu ¹ La célebre universidad de Padua se fundó en 1222; la de Vincenza en 1202, Vercei en 1228, Treviso en 1290, Nápoles en 1224.

que disponen por esa libre concurrencia entre todas ellas. La liga de las ciudades lombardas, triunfante despues de la paz de Constanza, desafiaba victoriosamente todos los esfuerzos del poder imperial. Habian comunicado las Cruzadas un vuelo incalculable al comercio y á la prosperidad de las repúblicas marítimas de Génova y Venecia; y en especial la segunda de las dos, bajo el dux Enrique Dandolo, héroe octogenario y ciego, iba convirtiéndose en una potencia de primer orden por la conquista de Constantinopla y de aquel *cuarto y medio* del imperio de Oriente con que se envaneció por tanto tiempo. La liga de las ciudades toscanas, sancionada por Inocencio III, aseguraba con nuevas garantías la existencia de esas poblaciones cuya historia vale por la de los mas grandes imperios, como Pisa, Luca, Siena, que se dedicaba con solemne voto á la Virgen antes de la gloriosa batalla del Arbia, y sobre todas las demás Florencia, unidad tal vez la mas interesante de los modernos tiempos. En cada página de los anales de estas ciudades hallamos rasgos en que compite la piedad mas tierna con el mas generoso amor á la patria. Y para citar uno entre

mil, cuando se ve á un pueblo como Ferrara quejarse de que no se le imponen bastantes tributos para las necesidades de la patria, falta el valor para criticar severamente unas instituciones que hacian compatible hasta tal punto el desinterés y el patriotismo. Sabido es que con este movimiento puramente italiano corria parejas la lucha entre el poder espiritual y temporal, presentándose allí flagrante como en ninguna otra parte; y por cierto que el segundo, reducido á tener por representante al atroz Eccelino lugarteniente de Federico, rinde con esto suficiente y cabal homenaje á la superioridad moral de la Iglesia. El Mediodía de Italia bajo el cetro de la casa de Suabia debió á Federico II y á su canceller Pedro de las Viñas una legislación sábia y completa y todo el esplendor de la poesia y las artes; pero al mismo tiempo este Emperador y su hijo Mainfroy inundaron aquel país de colonias sarracenas, hasta que Roma llamó allá una nueva raza francesa, la casa de Anjou, que como los bravos normandos de otro tiempo vino á garantir la independenciam de la Iglesia, y á cerrar á los infieles esta puerta de la Europa.

Pero si el historiador al juzgar la Italia no puede menos de luchar con cierta tristeza, en cambio la España de este siglo XIII le presenta un objeto de admiracion pura. Esta noble nacion se hallaba entonces en sus tiempos heróicos bajo todos los aspectos, pues en ellos mereció conquistar no solamente el territorio de la Península y su independenciam, sino tambien el título glorioso de *monarquía católica*. De las dos grandes divisiones de la España, Aragon nos presenta desde luego, en pos de aquel Pedro III á quien vimos tomar voluntariamente de manos de Inocencio III su corona para concluir muriendo en Muret haciendo armas contra la Iglesia, á su hijo D. Jaime el Conquistador casado con una hermana de santa Isabel, y que se ganó este dictado arrebatando á los moros Mallorca y Valencia; que escribió como César su propia crónica, y que en los sesenta y cuatro años de su reinado nunca fue vencido, ganó treinta victorias y fundó dos mil iglesias. Ábrese este siglo en Castilla con el reinado de Alfonso VIII, fundador de la Orden de Santiago y de la universidad de Salamanca, dos glorias de la España: brilla al lado del Monarca el ilustre arzobispo de Toledo Ro-

drigo Jimenez (1208-1215), digno precursor del que dos siglos mas tarde habia de inmortalizar este mismo nombre; pues como otros muchos prelados de aquel tiempo era á la vez guerrero intrépido, político profundo, predicador elocuente, historiador exacto, y pródigo limosnero. Este Rey y este Prelado fueron los héroes de la sublime batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212), en la cual hizo la España por la Europa lo que la Francia hiciera en tiempo de Carlos Martel, y lo que mas tarde hizo tambien la Polonia con Sobieski cuando la salvó de la irrupcion de cuatrocientos mil musulmanes que iban á tomarla por la espalda. Desde esta memorable jornada quedó roto el imperio de la media luna; tipo verdadero de una batalla cristiana, quedó consagrada en la memoria del pueblo por medio de milagrosas tradiciones; y el grande Inocencio III no creyó deber hacer menos, para celebrarla dignamente, que instituir la fiesta del *Triunfo de la santa Cruz* que todavía hoy se observa en dicho día en España. Sucede á Alfonso el rey san Fernando, contemporáneo y primo hermano de san Luis, y que honra tan esclarecido parentesco juntando, como el

Monarca francés, á todas las virtudes de un Santo todas las glorias de guerrero cristiano, al amor mas ardiente de Dios el afecto mas tierno á sus vasallos. Jamás consintió en imponer á éstos nuevas gabelas, pues decia: «Dios proveerá por otro camino á nuestra defensa; mas que á todo el ejército moro, temo yo la maldicion de cualquiera pobre mujer de mi pueblo.» Y sin embargo prosigue con inaudita fortuna la obra de la restauracion nacional: toma á Córdoba, asiento del califato de Occidente; dedica la principal mezquita á la Virgen, y luego hace transportar á Compostela en hombros de los moros las campanas que Almanzor habia robado de allí y hecho conducir sobre las espaldas de los Cristianos. Conquistador del reino de Murcia (1210), del de Jaen (1216), y por último del de Sevilla (1248), ya no deja á los árabes mas que Granada; pero tantos laureles no le vanecen, ni su humildad naufraga en este piélago de glorias; antes bien al hallarse en su lecho de muerte, próximo á rendir el último suspiro, exclama llorando: «¡Oh Señor y Dios mio! ¡cuánto habeis sufrido por mí! y yo, desgraciado, ¿qué es lo que he hecho por amor de Vos?»

Tenia la España sobre su propio territorio una cruzada permanente; el resto de Europa iba léjos á buscarla, ya contra los bárbaros del Norte, ya contra los herejes del Mediodía, ya al Oriente contra los profanadores del Santo Sepulcro. De cuando en cuando este gran pensamiento, cayendo en medio de todas las agitaciones locales y pasiones personales, las absorbía por completo formando de todas ellas una sola. Con san Luis bajó esta idea al sepulcro; pero en la primera mitad del siglo XIII se hallaba aun en toda su fuerza. Á primeros de este siglo Foulques de Neuilly, rival de Pedro el Ermitaño y de san Bernardo por la elocuencia y el entusiasmo que inspira, anda de torneo en torneo haciendo tomar la cruz á toda la caballería de Francia: en Venecia dase á la vela un ejército de barones y va á derribar el imperio de Bizancio como una ruta para Jerusalem. Respetando el fallo que contra esta pasmosa conquista arancó á Inocencio III su equidad severa é inexorable, es imposible por otra parte desconocer lo grande de la empresa y el sentimiento cristiano que la inspirara. Se ve á los caballeros franceses presentar siempre como base primera de las negociaciones la

reunion de la Iglesia griega con Roma, y hacer de este punto el primer resultado de su victoria. Además hay que mirar esta conquista como un justo castigo impuesto á la perfidia de aquellos emperadores griegos, siempre traidores á la causa de los cruzados, así como á aquel pueblo degenerado y sanguinario siempre esclavo ó asesino de sus príncipes. Aun cuando la idea de la cruzada debiera naturalmente perder fuerza al esparcirse en distintas direcciones, hemos podido no obstante formar concepto de la intensidad de esta fuerza por medio de todos aquellos generosos príncipes que creían incompleta y manca su vida si la terminaban sin haber visto la Tierra Santa: tales eran Tibaldo de Champaña, á quien tan bellos versos inspiró esta expedición; el santo y piadoso Luis, marido de nuestra Isabel, á quien verémos morir en el camino; Leopoldo de Austria, y hasta el lejano rey de Noruega, que quiso ser compañero de expedición de san Luis. Las esposas de estos valientes no vacilaban en acompañarles en tan arriesgada peregrinación, contándose en el campo de los cruzados casi tantas princesas como príncipes; hasta los niños experimentaban el influjo del ge-

neral entusiasmo, y en todos los puntos de Europa se vió en 1212 con emocion indecible esta cruzada de niños cuyo éxito fue tan funesto, pues que todos perecieron, pero que era la suprema prueba de este amor del sacrificio, de esta ciega adhesión á las creencias y convicciones que animaban á los hombres de entonces desde la cuna hasta el sepulcro. Lo que estos pequeñuelos intentaran hacer antes de tener edad para ello, no se cansaban tampoco de emprenderlo ancianos gastados por los años; testigo aquel Juan de Brienne rey de Jerusalem, que, despues de haber consagrado toda la vida á combatir por la fe y por la Iglesia aun contra su propio yerno Federico II, á la edad de ochenta años cumplidos corre todavía á tomar á su cargo la defensa del nuevo imperio latino de Oriente; y despues de lances de milagrosa fortuna, espira á los ochenta y nueve años desfallecido de victorias aun mas que de vejez, no sin haberse despojado primero de la púrpura imperial y la gloriosa coraza para vestir el sayal franciscano, insignias del triunfo con que pone el sello á todos sus triunfos anteriores (1237).

Al par de estas manifestaciones indivi-

duales de celo, la Europa veía todavía florecer como milicia permanente de la Cruz las tres grandes Ordenes militares, las confraternidades belicosas del Temple, de San Juan de Jerusalem y de Santa María de los Alemanes. Los caballeros de esta última tenían por gran maestre á principios del siglo XIII á Hermann de Saltza, ilustre por su noble é incansable esfuerzo para conciliar la Iglesia y el Imperio, y bajo cuyo reinado tuvo lugar la primera expedición de los caballeros Teutónicos en Prusia, mientras uno de los focos principales de la Orden, y mas adelante su capital, se hallaba junto al sepulcro de santa Isabel en Marbourg.

Así, pues, en Oriente la toma de Constantinopla y la ruina del imperio griego por un puñado de francos; en España las Navas de Tolosa y san Fernando; en Francia Bouvines y san Luis; en Alemania la gloria y la ruina de los Hohenstaufen; en Inglaterra la Gran carta; en la cima del mundo cristiano el gran Inocencio III y sus sucesores, hé aquí un conjunto de cosas, bastante en mi concepto, para señalar á la época de santa Isabel un lugar memorable en la historia de la humanidad. Buscando en

ella las ideas fundamentales, fácilmente las encontraremos por una parte en la magnífica unidad de la Iglesia que atendía á todo, proclamando, tanto en sus misterios augustos, como en sus mas ligeros pormenores, la supremacía definitiva del espíritu sobre la materia; consagrando con prudente y paternal solícitud la ley de la igualdad entre los hombres, y que asegurando hasta al siervo mas infeliz la libertad del matrimonio y la santidad de la familia, señalándole en el templo un sitio inmediato al de su señor, abriéndole sobre todo el camino á todas las dignidades espirituales, cavaba un abismo entre su condicion y la del esclavo mas favorecido en la antigüedad. Tras la Iglesia vemos el poder temporal, el imperio, el trono, con frecuencia, sí, profanado por los que eran sus depositarios, pero sujeto por mil lazos á los caminos de la caridad; enfrenado por doquiera en sus desmanes por las barreras alzadas por la fe y por la Iglesia; no avezado todavía á deleitarse en esas legislaciones generales que con sobrada frecuencia aplastan el genio bajo el nivel de una estéril uniformidad; encargado por el contrario de velar por la conservacion de todos los derechos indivi-

duales y de santas costumbres de los antepasados, así como por el desarrollo regular de las necesidades locales é inclinaciones particulares; presidiendo en fin á aquella grande organizacion feudal fundada enteramente sobre el sentimiento del deber como fuente natural é indefectible del derecho, y que daba á la obediencia el carácter de una virtud llena de dignidad y de un afecto desinteresado y generoso. Harto claro se ve por los horrores de Juan-sin-Tierra durante su prolongada lucha contra la Iglesia, y por la miserable decrepitud del imperio bizantino, lo que en esta época hubiera sido el poder temporal entregado á sí mismo, mientras que aliado con la Iglesia daba al mundo santos coronados como san Luis y san Fernando, esto es, reyes cuales nunca volvió á ver el mundo.

Tal era, pues, como acabo de decir hasta aquí, la vida política y social de este siglo. La vida del alma y de las creencias, la vida interior en cuanto cabe distinguirla de esa otra, nos ofrece un espectáculo mas grande y maravilloso todavía y mas íntimamente relacionado con la vida de la Santa cuya historia he escrito. Vamos á ver al lado de los grandes sucesos que inundan la faz

de los imperios, otras revoluciones mas completas y permanentes en el reino de los espíritus; al lado de esos guerreros ilustres, de esos Santos sentados sobre tronos, verémos ahora á la Iglesia dar á luz, para enviarlos en busca de almas para Dios, conquistadores invictos y ejércitos de Santos reclutados en todas las clases altas y bajas de la sociedad.

Efectivamente; andando el tiempo habia invadido á esta sociedad una gran corrupcion de costumbres, que tomando la forma de herejías de diversas clases, la amenazaba por todas partes, y habia enfriado la piedad y el fervor de las gentes; Cluny, el Cister, la Cartuja, el Premonstrato, todas estas grandes fundaciones de los precedentes siglos no bastaban para reanimar la moribunda llama cuyo foco por otro lado obstruía con harta frecuencia la árida lógica que reinaba en las escuelas. Habia menester la cristiandad enferma de nuevo y soberano remedio; de violenta sacudida sus entorpecidos miembros; de brazos nuevos y de mayor pujanza su cabeza la Iglesia de Roma. Y como Dios nunca faltó á esta Esposa, que ha jurado no faltar á Dios nunca, no dejó de enviarla el ansiado y necesario remedio.

Mas bien visiones proféticas que sueños, eran los que tuvieron entonces Inocencio III y Honorio III cuando se les aparecía la basilica de Letran, madre y catedral de todas las iglesias cristianas¹, sostenida, en el momento de venirse abajo, ya por un mendigo italiano, ya por un pobre sacerdote español. Vedle venir! Ese sacerdote que baja de los Pirineos al Mediodía de Francia invadido por la herejía, que anda á piés descalzos por medio de las espinas y abrojos á predicar á los herejes, es el gran santo Domingo de Guzman², á quien su madre cuando aun le lleva en su vientre ha visto en sueños bajo el símbolo de un perro que trae una antorcha encendida entre las quijadas, emblema profético de su vigilancia y encendido celo por la Iglesia: una estrella lleva en la frente este niño al tiempo de bautizarle; crece luego en la pureza y la piedad sin conocer mas amor que el que profesa á aquella Virgen divina cuyo

¹ La inscripcion, único resto de la fachada primitiva, que se ve sobre la puerta moderna de San Juan de Letran, dice: «Dogmate papali datur ac simul imperiali, quod sim cunctarum mater et caput ecclesiarum, etc.»

² Nació en 1170; principió á predicar en 1200; murió en 1221.

manto le parece cobijar á toda la patria del cielo; exhalan sus manos un aroma que infunde la castidad en todos cuantos se le aproximan; es dulce, amable, humilde con todos; tiene don abundantísimo de lágrimas; vende hasta los libros de su uso para socorrer al pobre; y cuando ya no tiene qué vender, se ofrece á sí mismo en venta para rescatar una alma cautiva en poder de herejes. Mas viendo ser tan grande el número de almas que peligran en medio de tantos escollos, concibe la idea de una Orden religiosa cuyos afiliados no han de estar, como los de otras, encerrados en claustro y sedentarios, sino recorriendo el mundo en busca de la impiedad para confundirla, y se llamarán los *Predicadores* de la fe. Va á Roma á pedir la aprobacion del saludable proyecto; ve en sueños á Cristo preparado á castigar al mundo culpable, y á María que intercede y presenta, para apaciguar á su divino Hijo, al mismo Domingo acompañado de otra persona desconocida para él. Al dia siguiente ve, al entrar en una iglesia, cierto hombre cubierto de harapos, en quien reconoce al compañero que la Madre del Redentor le daba por compañero en la vision de la noche anterior, y

precipitándose en sus brazos le dice: «Tú eres mi hermano, destinado á las mismas batallas que yo; permanezcamos unidos, «y nadie podrá contra nosotros.» Y, á contar de aquel momento, ambos tuvieron un solo corazon y una alma. El hombre de los harapos era san Francisco de Asis, el glorioso pobre de Cristo ¹, el que tambien concibiera el plan de reconquistar el mundo por medio de la humildad y el amor, haciéndose el *Menor*, el mas pequeño de los hombres. Á la edad de veinte y cinco años, proponiéndose dar un esposo á aquella divina pobreza, viuda desde la muerte de Cristo ², rompe todos los lazos de familia, honra, bienestar; y desnudo de todo, desciende de su montaña de Asis para ofrecer al mundo el mas acabado ejemplo de la locura de la cruz, y cual nunca se viera desde que esta cruz fue plantada en la cima del Calvario. Mas, el mundo, léjos de rebelarse contra esta locura, es subyugado por

¹ Il glorioso poverello di Christo. — Nació en 1182; murió en 1226.

² Questa, privata del primo marito,
Mille e cent'anni e più dispetta e secura
Fino a costui si stelli senza invito...

(Dante, *Parad.* c. 11).

ella. En vano el sublime demente se envilece y rebaja de propósito para hacerse digno, por su humildad y el desprecio de los hombres, de ser el vaso del amor; tales extremos de abyeccion solo sirven para hacer mas brillante su gloria y difundirla mas lejos; para que los hombres corran en pos de él apresurados, ambicionando los unos despojarse, á imitacion suya, de todo cuanto poseen, y aspirando los demás á recoger ávidos la palabra que sale de su inspirada boca, ya que otra cosa no les sea asequible. Inútilmente va al Egipto en busca del martirio, pues el Oriente le echa de sí al Occidente, que es la region que él debe fecundar, no ya con su sangre, sino con aquel torrente de amor que lanza su pecho y con aquellas cinco llagas que tan gloriosamente le habian sido comunicadas por Aquel que habia amado al mundo hasta la muerte. Tambien él abrazaba en su amor el mundo entero: en primer lugar á los hombres todos y con amor sin medida: «Si yo no diese lo que tengo, dice al quitarse el único vestido que le queda, para abrigar con él á un pobre, á quien lo necesita mas que yo, el gran Limosnero, que está en el cielo, me acusaria de ladron:» en segundo lu-

gar á la naturaleza entera animada é inanimada, tratando de hermano y hermana á toda especie de criaturas, predicando á todas ellas la palabra del Padre comun, procurando libertar á todas de la esclavitud del hombre, y dispuesto siempre á sacrificarse para curar sus dolores. «¿Por qué, dice á un carnicero, colgais así y torturais á mis hermanos los corderos?» Y á unos pájaros cautivos: «Tortolillas simples, inocentes y castas, hermanitas mias, ¿cómo os dejásteis prender de esa suerte?» Sabia, dice su santo biógrafo, que todas las criaturas tenian el mismo origen que él; con la ternura que á todas profesaba, y la milagrosa obediencia que le guardaban todas, demostró Francisco lo que el hombre, vencedor del pecado y que ha logrado restablecer en su persona las naturales relaciones con Dios, puede llegar á ser respecto de esta naturaleza que decayó por causa del hombre, y del hombre aguarda su rehabilitacion. Jesús y María le abren por sí mismos todos los tesoros de la Iglesia en aquella capillita de la Porciúncula que nos

¹ *Sororeulae meae turtures, simplices, innocentes et castae, ut quid vos ita cepi permisistis?..* (S. Bonavent. *Vita S. Francisci*).

ha quedado cual reliquia inestimable de aquella pobreza de la cual era Francisco el amante desesperado, segun la expresion de Bossuet ¹: el Papa confirma estos favores del cielo cuando ve las rosas blancas y rojas que Francisco le presenta en medio del invierno. Luego sube á las rocas de la Alvernia, y allí recibe la impresion de las llagas triunfantes ² que debian perfeccionar su conformidad con el Salvador, y hacer de él á los ojos del pueblo cristiano el verdadero cruciferario, el gonfalonero de Cristo ³, hasta que dentro de tres siglos le proclame la Santa Sede el ángel de Oriente marcado con la señal del Dios vivo.

Al ver á estos dos hombres comprendió el siglo que la salvación habia venido para él, y que iba á ser infiltrada en sus venas una nueva sangre. Corre una multitud innumerable de discipulos á alistarse bajo

¹ «¡Feliz mil y mil veces el pobre Francisco, el mas ardiente, el mas entusiasta, y si me es lícito decirlo así, el mas *desesperado* amador de la pobreza, que nunca quizás haya visto la Iglesia!» (Bossuet, *Panegirio de san Francisco*).

² Corpore suo Christi triumphalia stigmata praeferenti. (Bula de Alejandro VI, *Benigna*).

³ *Il gonfalonniere di Christo*. (Fioretti di san Francesco, *passim*).

aquellas mágicas banderas; álzase un grito de entusiasmo y simpatía, que prolongándose al través de los siglos resuena por doquiera en las constituciones de los Soberanos Pontífices, lo mismo que en los cantos de los poetas ¹. «Cuando el Emperador mortal quiso, dice el Dante, salvar á su ejército comprometido, envió al socorro de su Esposa á estos dos campeones; y con hechos y palabras redujeron al extraviado pueblo ².» «Estas dos Órdenes, dice Sixto IV en 1479, despues de dos siglos y medio de experiencia, á guisa de los dos rios primeros del paraíso de las delicias, han regado la tierra de la Iglesia universal por su doctrina, sus virtudes y sus méritos, y la hacen de cada dia mas fértil; estos son los dos serafines que, levantados en alas

¹ Cieco era il mondo; tu faillo visare:
Libroso; haillo mondato:
Morto; l'hai suscitato:
Sceso ad inferno; faillo al ciel montare.
(Guittone d'Arezzo, *Canz. a S. Francesco*).

² Quando lo' mperador che sempre regua
provide alla milizia ch'era in forse...
... a sua sposa soccorse
Con duo campioni, al cui fare, al cui dire
Lo popol disviato si raccorse.

(Dante, *Paradiso*).

«de la contemplacion sublime y de amor
«angélico sobre todas las cosas de la tierra,
«por medio del canto nunca interrumpido
«de las alabanzas divinas y la manifesta-
«cion de los inmensos beneficios dispensa-
«dos por Dios, obrero supremo, al género
«humano, traen sin cesar á los graneros de
«la santa Iglesia las abundantes gavillas de
«la pura cosecha de las almas rescatadas
«con la sangre preciosa de Jesucristo. Es-
«tas son las dos trompetas de que el Señor
«se sirve para llamar á los pueblos al ban-
«quete de su santo Evangelio ¹.»

No bien nacen aquellas Órdenes que ha-
bian de hacerse acreedoras á tan magní-

¹ Instar duorum primorum flumium à coelestium voluptatum paradiso egredientium SS. universalis Ecclesiae terram..., irrigantes, magis in diem fructuosam efficiunt. Hi sunt duo seraphim, qui in sublimis contemplationis et seraphici amoris alis elevati, à terrenisque rebus abstracti, assiduo divinarum laudum clamore, et immensorum beneficiorum humano generi à summo opifice Deo exhibitorum declaratione... Domino Deo mundae segetis animarum scilicet Redemptoris nostri J. C. pretiosi sanguinis effusione redemptarum, copiosos in horrea sanctae Ecclesiae manipulos referunt. Hi sunt duae tubae per quas Dominus praecipit ad pabulum S. Evangelii universum populum... advocari.

ficos elogios, cuando ya su propagacion y su poder vienen á ser uno de los mas importantes sucesos históricos de la época. De improviso se halla la Iglesia con dos ejércitos numerosos, movibles y siempre dispuestos á servirla, que desde el primer momento se lanzan á invadir el mundo. En 1277, medio siglo despues de la muerte de santo Domingo, contaba ya la Órden de Predicadores en Europa cuatrocientos diez y siete conventos. San Francisco, cuando todavía vivia, reúne en un dia en Asis cinco mil frailes de su Órden; y treinta y cinco años mas tarde, al pasar revista en Narbona á las fuerzas del Instituto seráfico, resulta haber ya, repartidos en treinta y tres provincias, ochocientos monasterios, y por lo menos veinte mil religiosos: un siglo mas tarde este número sube á ciento cincuenta mil. Principia de nuevo la predicacion del Evangelio á las naciones paganas: los Franciscanos enviados por Inocencio IV y por san Luis penetran hasta Marruecos, Damasco y el Mogol; pero su principal tarea consiste en vencer las pasiones del Paganismo en el corazon de las naciones cristianas: con este fin recorren en todas direcciones el suelo de Italia despedazada por

tantas discordias, procurando por doquiera reconciliar bandos, desarraigar errores, decidiendo como jueces supremos sin mas ley que la ley única del amor. En 1233 se les ve atravesar toda la Península con cruces, incensario y ramos de olivo, cantando y predicando la paz, reprendiendo sus faltas y sus enemistades á los pueblos, á los principes y hasta á los mismos prelados de la Iglesia. Dan tregua, siquiera por un momento, los pueblos á sus odios, inclinando la cerviz ante esta sublime mediacion: á la voz de un franciscano se reconcilian el pueblo y la nobleza de Plasencia; Pisa y los Visconti á la de un dominico; y en las llanuras de Verona se vió á doscientas mil almas apiñarse al rededor del dominico Juan de Vicencio, encargado por el Papa de apaciguar todas las discordias de la Toscana, de la Romanía y de la marca Trevisana. En ocasion tan solemne el bienaventurado religioso toma por texto de su sermon aquellas palabras: *Mi paz os doy, mi paz os dejo*; antes de acabar su exhortacion, una explosion de sollozos y lágrimas le advierte que ya todos los corazones están trocados; y los cabezas de las casas de Este y de Romano dan, abrazándose, la señal de la reconciliacion universal.

Verdad es que tan felices resultados duraban poco; pero á lo menos se combatia el mal vigorosamente, reanimábase en las almas la sávia del Cristianismo, y todos los dias en todas partes se daba una gran batalla en nombre de la equidad contra la letra muerta de la ley, en nombre de la caridad contra las malas inclinaciones del hombre, en nombre de la gracia y de la fe contra la sequedad y la pobreza de los razonamientos científicos. Esta nueva influencia se extendia á todas las cosas, agitando á los campesinos, compartiendo el imperio de las universidades, buscando hasta los mismos reyes en sus tronos. Joinville nos refiere que en el primer punto donde desembarcó san Luis al volver de la cruzada, salió á recibirle un franciscano, quien le dijo con la lisura del mundo, «que nunca reino se perdió sino por falta de justicia, y así que tuviera él cuenta con administrarla derecha y pronta á su pueblo.» Todos saben como este santo Rey trató de abandonar á su esposa tan amada, á sus parientes y consejeros, para renunciar aquella corona con tanta gloria ceñida, y marcharse por el mundo á mendigar como san Francisco: pero tuvo que contenerse.

tarse con ser penitente de la Tercera Orden; pues en aquel ejército conquistador podia sentar plaza todo el mundo. Mientras se formaban estos regimientos de frailes, abriáanse tambien numerosos monasterios para las vírgenes que aspiraban al honor de inmolarse por Cristo; y las vastas afiliaciones conocidas con el nombre de Tercera Orden brindaban con una plaza á los príncipes, guerreros, esposos, padres de familia, en fin, á todos los fieles de uno y otro sexo que, á lo menos indirectamente, querian asociarse á la grande obra de la regeneracion de la cristiandad.

Segun la tradicion refiere, los dos gloriosos Patriarcas de esta regeneracion habian formado por un momento el proyecto de reunir sus esfuerzos y refundir sus respectivos Institutos en uno solo, ya que tan semejantes eran en apariencia; mas la inspiracion celestial que les guiaba les reveló que, contra los progresos é invasion del mal, habia lugar para dos fuerzas diferentes, y necesidad tambien de dos especies ó maneras de combate. Estos dos hombres se condujeron de modo que parece haberse repartido su mision sublime, así como se habian repartido el mundo moral, ha-

ciendo concurrir sus comunes esfuerzos y tareas á restituir al seno de la Iglesia y conciliar en ella el amor y la ciencia, dos grandes rivales que no obstante es preciso que vivan juntas: y esta conciliacion fue llevada á cabo por ellos cual nunca lo habia sido hasta entonces. Mientras el amor que devoraba y absorbia el alma de san Francisco le ha valido siempre en la Iglesia el título de Serafin de Asis, no será quizás temerario atribuir á santo Domingo, segun lo hace el Dante ¹, la fuerza y la luz de los Querubines. Sus hijos respectivos se ostentaron siempre fieles á estas distintas tendencias que daban por resultado la misma unidad eterna; y despues de tomar en cuenta algunas brillantes excepciones, puede decirse que, á contar de esta época, el papel que en la historia de la Iglesia desempeña mas especialmente la Orden seráfica consiste en destilar y difundir á torrentes los tesoros del amor y los misteriosos goces del sacrificio; al paso que el de los Predicadores, como su nombre lo indica, ha si-

¹ L'un fu tutto serafico in ardore,
L'altro per sapienza in terra fue
Di cherubica luce uno splendore.
(Dante, *Paradiso*.)

do el de propagar la ciencia de la verdad, defenderla y arraigarla. Ambas Órdenes cumplieron con su instituto; ambas en su adolescencia y durante el medio siglo de que hablamos, engendraron para la Iglesia un número de santos y sábios mayor del que en tan corto período poseyera desde los primeros siglos de su existencia. En pos de aquel atleta santo de la fe, de aquel coadjutor del Agrícola eterno ¹, santo Domingo, lanzóse el primero el B. Jordan digno de ser su primer sucesor en calidad de general de la Orden dominicana; viene luego san Pedro de Verona ², decorado con el título de mártir por excelencia, y que asesinado por los herejes escribía sobre la tierra con la sangre de sus heridas las primeras palabras del símbolo cuya verdad proclamaba á costa de la vida; san Jacinto ³ y su hermano Ceslas, jóvenes y distinguidos polacos que con solo encontrarse en Roma con santo Domingo se deciden á renunciar toda terrenal grandeza á fin de im-

¹ Della fede cristiana il santo atleta
... l'Agricola che Christo
Elesse all'orto suo per ajutarlo.
(Dante, *Paradiso*).

² Nació en 1252.

³ 1183-1257, cononizado en 1602.

portar á su patria esta nueva luz que tan rápidos progresos debia hacer luego en la Lituania, Moscovia y Prusia; san Raimundo de Peñafort, escogido por Gregorio IX para coordinar la legislación eclesiástica, autor de las *Decretales* y sucesor de santo Domingo; en fin, Teobaldo Visconti ¹, que bajo el nombre de Gregorio X debia presidir los destinos de la Iglesia en la tierra, para luego recibir eternamente sus oraciones como bienaventurado en el cielo. Mientras la Iglesia consagraba la santidad de estos hombres, recibía de otros muchísimos de la misma familia el tributo del talento y el estudio. Alberto el Grande ², hombre de colosal saber, propagador de Aristóteles y maestro de santo Tomás de Aquino; Vicente de Beauvais ³, autor de la grande Enciclopedia de la edad media; el cardenal Hugo de San Caro, autor de la primera Concordancia de la Biblia; el cardenal Enrique de Suze, autor de la *Suma dorada*; y superior á todos en virtud y ciencia el gran santo Tomás ⁴, el *Doctor angelico*, pensador gi-

¹ Nació en 1210, papa en 1271; murió en 1275.

² Nació en 1198; murió en 1280.

³ Murió en 1256. Es autor del *Speculum morale, historiale, naturale et spirituale*.

⁴ Nació en 1225. — Bene de me scripsisti, Tho-

gantesco que parece resumir en su persona la ciencia toda de los siglos de fe, cuya grandiosa síntesis ha dejado burladas todas las tentativas posteriores, y á quien la continua y profunda abstraccion no estorba el ser admirable poeta, ni el merecer ser elegido por san Luis para íntimo consejero en los negocios mas arduos y espinosos del reino. «Bien has escrito de Mi, le dice un día Jesucristo; ¿qué me pides en recompensa?» — «A Vos mismo,» responde el Santo: palabra en que está encerrada toda su vida y todo su siglo.

No eran menos gloriosos los jefes que acaudillaban el ejército franciscano: todavía viviendo el Santo habían alcanzado en tierra de infieles doce hijos suyos de los primeros la palma del martirio ¹. Toda aquella venerable compañía de los beatos Bernardo, Gil, Gui de Cortona, compañeros y discípulos del santo Fundador, le sobreviven y conservan el depósito inviolable de aquel espíritu de amor y humildad

ma: quam ergo mercedem accipies? Non aliam, Domine, nisi teipsum. (*Breviario romano*).

¹ Cinco en Marruecos en 1219, canonizados por Sixto IV; siete en Ceuta en 1221; su culto fue autorizado por Leon X.

que habia inflamado al Serafin de Asis. Cuando éste acaba de tomar su lugar junto al trono de Dios, viene á ocupar el que deja vacante en la tierra para con la veneracion y entusiasmo de los pueblos su primogénito, segun le proclaman todos, san Antonio de Padua, célebre, como lo habia sido su Padre espiritual, por aquel imperio sobre la naturaleza, que le valió el dictado de Taumaturgo; apellidado por Gregorio IX *Arca de los dos Testamentos* ¹; ornado con el don de lenguas como los Apóstoles; que despues de haber edificado la Francia y la Sicilia, pasa los últimos años de la vida predicando á las ciudades lombardas la union y la paz; obtiene de los paduanos el privilegio de cesion de bienes para los deudores desgraciados; se atreve él solo á echar en cara su tiranía al feroz Ezzelino, quien confiesa que aquel religioso le hace temblar, y por último muere en el Señor á los treinta y seis años y en el mismo que santa Isabel. Mas adelante Rogerio Bacon ²

¹ *Arca utriusque Testamenti et divinarum Scripturarum armarium.*

² Nació en 1214. Se le atribuye el descubrimiento de la pólvora, del telescopio, etc. Sabido es que este fraile presentó á Clemente IV la reforma del calendario llevada á cabo por Gregorio XIII.

rehabilita y santifica el estudio de la naturaleza, clasifica todas las ciencias, y preve, ya que no le es dado realizarlo, los grandes descubrimientos de los tiempos modernos. Duns Escoto disputa á santo Tomás el imperio de las escuelas; su genio eminente encuentra un rival y un amigo en san Buenaventura ¹, aquel *Doctor seráfico* que interrogado por su ilustre competidor, el Doctor angélico, de qué biblioteca tomaba su ciencia admirable, saca y enseña sin decir palabra un Crucifijo; y á quien hallan fregando la vajilla del convento los que van á llevarle el capelo de cardenal.

Pero donde brilla con sin igual resplandor en este siglo la Orden franciscana es en el sexo femenino, que, emancipado por el Cristianismo y realizándose gradualmente en el amor y estimacion de los pueblos, segun crecia diariamente el culto de la santísima Virgen, no podia menos de tomar una parte muy activa é influyente en el nuevo desarrollo de la fuerza á que era deudor de su libertad. Así es que santo Domingo habia ya introducido en la regla religiosa de las esposas de Cristo una reforma fecunda abriendo á las virtudes de

¹ Nació en 1221.

aquellas una nueva carrera ¹: mas únicamente cuando llegó la época de las Margarita de Hungría ², Inés de Monte Pulciano ³, y Catalina de Sena, es cuando llegó á producir esta rama del árbol dominicano los prodigios de santidad que tan numerosos fueron despues. Mas feliz en esto san Francisco, encuentra desde el principio una hermana y una aliada digna de él. Mientras el humilde hijo del mercader de Asis daba principio á su empresa en compañía de otras personas oscuras de su clase, Clara Scifli ⁴, hija de un poderoso conde de la misma ciudad, se siente inflamada de un celo parecido. Un domingo de Ramos ⁵, cuando tenia ella solos diez y ocho años, las palmas que los otros fieles llevan en las manos se secan y ponen marchitas, y la suya se pone de pronto verde y florida. Toma ella este prodigio por un precepto y aviso del cielo; y aquella misma noche se fuga de la casa paterna, penetra en la *Portiúncula*, se postra á los piés de Francisco,

¹ En Roma en 1218.

² Sobrina de santa Isabel, nació en 1242.

³ Nació en 1268, y murió en 1317.

⁴ Nació en 1194, y murió en 1253, y fue canonizada en 1255.

⁵ 19 de marzo de 1212.

recibe de manos de éste el sayal tosco y el cordel, y se consagra para siempre á la pobreza evangélica. En vano la persiguen los parientes: una hermana suya con otra multitud de doncellas vienen á reunirse con ella y á rivalizar en privaciones y austeridades. Los Soberanos Pontífices la suplican, pero sin fruto, que se sirva moderar su celo, y que consienta en poseer alguna cosa fija; pues que no pudiendo por razon de la severa clausura salir como los frailes á mendigar el sustento, se verá reducida á esperarlo de la casualidad. Clara se resiste obstinadamente, y por fin Inocencio IV la expide el *privilegio de perpétua pobreza*, único, dice, que nadie le pidiera hasta entonces: «Pero Aquel, continúa el Pontífice, que alimenta las aves del cielo, que visitó la tierra de yerbas y flores, sabrá cómo ha de vestiros y alimentaros á vosotras hasta que llegue el dia en que se os dé á sí mismo por alimento eterno, cuando con su victoriosa diestra os abraza en su gloria y bienaventuranza¹.» Tres Papas y una multitud de Santos y nobles personajes vienen á pedir á esta humilde virgen

¹ Breve de 9 de agosto de 1253, ap. Giuseppe di Madrid, *Vita de S. Chiara*; Roma, 1832.

luzes y consuelos. Clara llega á ver en el discurso de pocos años todo un ejército de piadosas mujeres, con princesas y reinas á la cabeza, levantarse y acampar en Europa bajo la regla de Francisco de Asis, y bajo su direccion y nombre, pues se apellidan *Claras* ó *Clarisas*. Mas, es tan grande en medio de este imperio de las almas la modestia de esta mujer, que solo una vez en la vida se la vió alzar los párpados al pedir la bendicion al Papa, no habiéndose sabido hasta entonces de qué color eran sus ojos. Cuando los sarracenos vinieron á asaltarla el monasterio, se levanta de la cama donde se hallaba enferma, toma en sus manos el viril, sale al encuentro de los infieles y los pone en precipitada fuga. Despues de catorce años de santa confraternidad y union pierde á san Francisco; alligida tambien ella por crueles y prolongadas dolencias, muere despues de dictar un testamento sublime; y el Pontífice que la habia visto morir, la propone á la veneracion de los fieles proclamándola *Clara entre todas las claridades*, luz resplandeciente del templo de Dios, princesa de los pobres, duquesa de los humildes¹.

¹ Clara claris praeclara... clarissima illux-

La bienaventurada Elena Ensimelli fue para san Antonio de Padua lo que para san Francisco había sido santa Clara, una amiga y una hermana; mas, por un admirable efecto de la divina gracia, entre las hijas de los reyes es donde recluta sus Santas la Orden de aquel mendigo que se propuso abrazarse con todos los excesos de la pobreza; pues ó bien estas señoras adoptan la estricta observancia de las *pobres Clarisas*, ó bien, por ser casadas, se contentan con abrazar la regla de la Tercera Orden. La primera en tiempo y en fama es aquella Isabel de Hungría cuya vida he escrito; no en vano, segun veremos, el papa Gregorio IX hace que san Francisco se despoje de su pobre manto para enviarlo á ella; pues, cual Eliseo al recibir el de Elías, en este manto debia encontrar Isabel la fuerza necesaria para ser su heredera. Inflamada con tal ejemplo Inés de Bohemia, su prima hermana, rehusa la mano del emperador de los romanos y del rey de Ingla-

it... Haec fuit altum sanctitatis candelabrum, vehementer in habitaculo Domini rutilans... Pauperum primiceria, ducissa humilium, magistra continentium, abbatissa poenitentium. (Alexander IV, *Bulla canoniz.*)

terra, y escribe á santa Clara ¹ para decir-la que tambien ella ha jurado vivir en absoluta pobreza: Clara contesta por medio de una admirable carta que nos ha sido conservada, remitiendo juntamente á la régia neófito una cuerda para ceñirse las carnes, una escudilla de barro y un Crucifijo. Isabel de Francia, hermana de san Luis, se niega igualmente á ser la esposa del emperador Conrado IV para tomar el hábito de clarisa y morir santa como su hermano ². Margarita, viuda de este último, hijas las dos de san Fernando de Castilla, Elena, hermana del rey de Portugal, siguen este ejemplo. Mas, como si la Providencia hubiera querido bendecir el tierno vínculo que unia á nuestra Isabel con san Francisco y santa Clara, á quienes ella tomara por modelos, se observa que la familia de esta Princesa es la que principalmente ofrece á la Orden seráfica como un plantel de Santas; á saber, la ya citada Inés su prima; la bienaventurada Salomé, su cuñada, reina de Galicia; su sobrina santa Cunegundis, duquesa de Polonia; y mientras otra sobrina suya tambien prefiere

¹ En 1236.

² En 1269.

la Orden de santo Domingo, en la cual muere á los veinte y ocho años, la nieta de su hermana (llamada como ella Isabel ¹ y mas tarde reina de Portugal) abraza, á imitacion suya, la Tercera Orden de san Francisco, donde igualmente que ella merece las palmas eternas.

Al par de estas Franciscanas de régia estirpe, hay que hacer mencion de otras que la gracia de Dios sacaba de las últimas clases del pueblo; como santa Margarita de Cortona ², que de cortesana pasó á ser modelo de penitencia; y sobre todo como santa Rosa de Viterbo ³, ilustre y poética heroína de la fe, pues teniendo apenas diez años de edad, á la sazón que al Papa fugitivo no le quedaba un solo rincon de tierra en Italia, se presentó en la plaza pública de su ciudad natal á perorar en defensa de los derechos de la Santa Sede contra la autoridad imperial; el triunfo que contra esta consigue con su elocuencia le vale el destierro, cuando era aun niña de quince años, por orden de Federico II; vuelve

¹ Nació en 1271; fue canonizada por Urbano VIII.

² Nació en 1214.

³ Nació en 1235, y murió en 1252.

luego triunfante con la Iglesia, y á los diez y siete años muere dejando admirada la Italia y un nombre que hasta hoy es sumamente popular en toda ella.

Á pesar de la diversidad de caractéres y de medios de accion de estas dos Órdenes religiosas que, removiendo el mundo, poblaban el cielo, ambas convenian en una tendencia comun; el amor y el culto á María. Desde la proclamacion de la maternidad divina en el concilio de Éfeso, la influencia de esta creencia sublime en la Virgen María ejerció sobre los corazones un imperio siempre creciente: nada hay, pues, que extrañar el que en el siglo XIII fuese tambien uno de los caractéres distintivos del inmenso movimiento de las almas. Si ya en el anterior siglo san Bernardo habia comunicado á la devocion del pueblo á la santísima Virgen el mismo entusiasmo que logró imprimir en todos los otros nobles instintos de la cristiandad, puede tambien afirmarse que las dos grandes Órdenes religiosas mendicantes elevaron este culto y devocion al apogeo de brillo y de poder de que ya no debia bajar en adelante. El Rosario creado por santo Domingo, y la predicacion del dogma de la Concepcion In-

maculada por los Franciscanos, son como dos columnas, una de práctica y otra de doctrina, levantadas en honor de la Virgen, y desde cuyo chapitel presidia la dulce majestad de la Reina de los Ángeles á la piedad y á la ciencia de los Católicos. El grande y docto teólogo san Buenaventura se hace poeta para cantar sus glorias, y escribe dos veces en honor suyo la paráfrasis del Salterio entero¹. Las obras todas y las instituciones de esta época, y en particular las inspiraciones todas del arte, segun han llegado á nosotros por medio de las catedrales y los cantos de los poetas, nos indican un inmenso desarrollo de la ternura y veneracion hácia María en el corazon del pueblo cristiano².

¹ Además de su *Speculum B. M. V.*, obra quizás la mas popular en la edad media, se cree que este Santo escribió el *Psalterium minus B. M. V.*, compuesto de ciento cincuenta salmos análogos á los de David y alusivos á la Virgen; luego el *Psalterium minus* compuesto de ciento y cincuenta estancias de cuatro versos cada una; por último el *Laus B. M. V.* y una paráfrasis de la *Salve* tambien en verso.

² En 1220 fue cuando el margrave Enrique de Moravia y su esposa Inés fundaron la primera capilla en Mariazell en Estiria, objeto hasta hoy de una peregrinacion célebre y muy popular en Ale-

En el seno mismo de la Iglesia, y fuera de las dos familias Dominicana y Franciscana, el culto de la santa Virgen engendrabá creaciones tan preciosas para la salvacion de las almas, como venerables por su duracion. Aparecen tres Órdenes nuevas que desde la cuna se consagran á la Virgen y se ponen á la sombra de su sagrado nombre. La de Carmelitas¹, venida de Palestina cual postrimer vástago de aquel suelo tan fecundo en prodigios, daba con la introduccion del Escapulario una especie de estandarte nuevo á los fieles de María. Siete mercaderes de Florencia fundaban al propio tiempo² aquella Orden cuyo solo nombre indica todo el orgullo que infundia en aquellos tiempos de abnegacion caballeresca el someterse al yugo tan dulce y ligero de la Reina del cielo; hablo de la Orden de *Servitas* ó Siervos de María que pronto dió á la Iglesia un san Felipe manía. El uso general del *Ave María* no principia sino hácia el año 1240.

¹ Recibió la primera regla del patriarca Alberto en 1209; fue confirmada en 1226; hizose mendicante en 1247. La Virgen dió el Escapulario á san Simon Stock, que murió hácia 1250.

² En 1239. Fue confirmada en el concilio de Lyon en 1247.

Benicio, autor de la tierna devoción de los Siete Dolores de la Virgen. Por último, este nombre querido iba unido también á otro Instituto digno de su corazón maternal, la Orden de Nuestra Señora de la Merced¹, destinada á rescatar cristianos cautivos en poder de infieles: la Virgen, decían, se había aparecido en una misma noche al rey Jaime de Aragón, á san Raimundo de Peñafort y á san Pedro Nolasco invitándoles á velar por amor á ella por la suerte de sus hermanos cautivos. Obedecieron todos tres, y Pedro vino á ser el cabeza y fundador de la nueva familia que progresó rápidamente, produjo aquel san Ramon Nonato que se vendió á sí mismo para redimir un cautivo, y sufrió el tormento del candelero que los infieles le pusieron en la boca para librarse del miedo que les daba su evangélica palabra. Ya á fines del precedente siglo, y bajo los auspicios de Inocencio III, había nacido, con el mismo objeto de compasión y de propaganda á la vez, otra Orden parecida, la de los Trinitarios², cuyo origen es debido á los comunes esfuerzos de dos Santos que pertenecen á lo

¹ Iniciada en 1223, aprobada en 1235.

² Fundada en 1198.

menos en parte al siglo XIII, san Juan de Mata y san Félix de Valois¹, especial devoto de María: por espacio de seiscientos años y hasta nuestros días estas dos Órdenes han continuado en su pacífica pero peligrosa cruzada.

Son, pues, ya cinco Órdenes nuevas, todas nacidas en los treinta primeros años del siglo XIII; pero no es esto todo. Era todavía mucho más lo que exigía aquella necesidad de reunir todas las fuerzas para el bien; necesidad fundada en la caridad de Dios y del prójimo, que todo entonces contribuía á desarrollar. Cada día se formaban en el seno de la Religión madre otras *religiones* como se las llamó en adelante: los Humillados recibieron su regla definitiva de Inocencio III; los Agustinos bajo Alejandro IV² forman la cuarta rama de la gran familia de los Mendicantes en la cual habían ya ingresado los Carmelitas junto á los Menores y Predicadores: los Celestinos fundados por Pedro de Mouron, que más tarde debía ser papa y luego canonizado bajo este mismo nombre de Celestino, fueron confirmados por Urbano IV³.

¹ El primero murió en 1213, el segundo en 1212,

² En 1256. — ³ En 1263.

En otra esfera mas reducida y local san Eugenio de Estrigonia establecia los ermitaños de san Pablo en Hungría ¹; y tres piadosos profesores de la universidad de París se refugiaban en un valle solitario de la diócesis de Langres para fundar allí con treinta y siete de sus discípulos la nueva Orden de *Val-de-Escolares* ². Por otra parte los cristianos á quienes el deber ó la inclinación retenia en el camino ordinario y profano, viendo tan diversas y numerosas carreras abiertas al cielo y abnegacion de las almas que querian consagrarse á Dios, y las grandes Órdenes militares á la sazón tan brillantes en Oriente y en España, no podian, segun parece, resignarse á permanecer pasivos sin tomar parte en aquella vida de oracion y sacrificios que miraban con admiracion y envidia; y por eso se organizaban de la manera posible formando congregaciones análogas. Tal es sin duda el origen de los *Fraatri gaudenti* ó caballeros de la Virgen ³, los cuales sin renunciar al mundo se ocupaban en honor de María en restablecer la paz y concordia en Italia;

¹ En 1215.

² En 1218.

³ En 1233.

el de las *Beguinas* que tienen por patrona á santa Isabel y todavía son tan numerosas en Flandes; en fin, la numerosa familia de la Tercera Orden franciscana y dominicana, pues en una y otra podian ingresar todas las personas casadas ó ligadas de cualquier otro modo con el mundo, y que deseaban servir mejor á Dios; introduciéndose así la vida monástica en la familia y la sociedad.

Y como si aquella época gloriosa no se saciase con la inmensa riqueza de santidad en que abundaban las nuevas Órdenes religiosas, brotaban al mismo tiempo lumbreras de santidad así de las antiguas religiones como del episcopado y de las demás clases de los fieles. Además de los ya nombrados, san Edmundo, arzobispo de Cantorbery, y santa Hedwigis de Polonia, que tomó el hábito de cisterciense, hallamos en esta misma Orden á san Guillermo, arzobispo de Bourges, acérrimo defensor de la libertad eclesiástica y predicador de la cruzada; san Tibaldo de Montmorency (1247); el obispo de Die, Estéban de Chatillon (1208), y el arzobispo de Bourges, F. Berruyer (1226), ambos beatificados; otro san Guillermo, abad del Paracle-

to en Dinamarca, á donde llevó este prelado la piedad y ciencia de los monjes de Santa Genoveva de París, que era su convento ¹; en la Orden de san Benito á san Silvestre de Osimo y san Guillermo de Monte-Virgen, autores de las reformas á que dieron sus respectivos nombres; en los Premonstratenses al beato Hermann José (1236), tan célebre por su ardiente afecto á la Madre de Dios y las extraordinarias gracias que recibió de esta Señora; en fin, entre los Agustinos á san Nicolás de Tolentino ², que despues de setenta años de ejemplar vida oia todas las noches los cantos de los Angeles en el cielo, causándole tal gozo sus melodias que no sabia cómo vencer la impaciencia que tenia de morir. Entre las mujeres santas, la beata Mafalda, hija del rey de Portugal; la beata María de Oignies (1213); y la dulce santa Humildad ³, abadesa de Valumbroso, y cuya vida toda está pintada en el nombre que lleva. Entre las vírgenes, santa Verdiana, la austera reclusa de Florencia, cuya invencible caridad no excluia ni aun á

¹ Murió en 1209.

² Nació en 1239.

³ Nació en 1210.

las mismas serpientes ¹; santa Zita, que vivió y murió en Luca en el humilde estado de criada, y á quien no se desdeñó de tomar por patrona esta poderosa república ²; en Alemania santa Gertrudis ³ y su hermana santa Mecthilde, que entre las vírgenes santas, á quienes el Señor ha revelado las luces mas íntimas de su ley, ocupan en el siglo XIII el mismo lugar que en el XIV santa Catalina de Sena y santa Hildegarda en el XII.

En fin, al hablar de las maravillas del siglo de Isabel es imposible no hacer mencion de la *Imitacion de Cristo*, obra que todos los siglos han mirado como inimitable y sin par, cuyo glorioso anónimo no ha sido posible descifrar completamente ⁴, pero

¹ Murió en 1222.

² Nació en 1218. *Ecce uno degl'anzian di santa Zita*, dice el Dante (*Infern.* cant. 21), para designar un magistrado de Luca.

³ Nació en 1222.

⁴ Tomás de Kempis, autor, el mas generalmente reconocido de la *Imitacion*, nació en 1380, entró canónigo regular en 1399, y se ordenó de presbítero en 1413. Son tres los personajes á quienes se atribuye el honor de ser autores de la *Imitacion*; Tomás de Kempis, Juan Gerson, canceller de París (1363 á 1429), y Juan Gersen, abad de Verceil; tambien hay manuscritos y ediciones antiguas que

cuyo presunto autor, Juan Gersen, abad de Verceil, vivia en esta época, con cuyo espíritu, sea por lo demás lo que quiera, este divino volúmen se halla perfectamente en consonancia. La *Imitacion* es la fórmula mas completa y sublime de la ardiente piedad cristiana de una época que habia producido ya el Rosario y el Escapulario en honor de María, y que se termina y cierra de una manera magnífica con la institucion de la fiesta del Corpus, la cual tuvo por primer autor á una pobre monja cisterciense

atribuyen este libro á san Bernardo. Segun se ve por el texto que motiva esta nota, Mr. Montalembert parece inclinarse á los que opinan en favor del abad de Verceil. Asi como Heser y Rosweyde son los que con mas talento han sostenido la causa de Kempis, y Gence la de Gerson, entre los de Gersen se ha distinguido el jurisconsulto piamontés Gaspar de Gregory que nació en 1769 y murió en 1846. Este escritor en su *Historia literaria* de Verceil atribuye á Gersen la *Imitacion*. Gence (1753-1840) impugnó esta opinión en una crítica muy viva á la cual replicó Gregory en 1827; y habiendo este último encontrado en 1830 en París un manuscrito de la *Imitacion* del siglo XIII, y por consiguiente anterior á Gerson, le dió á la estampa (1833 en 8.º) acompañado de todas las piezas que juzgó á propósito para corroborar su dictámen adoptado y seguido por los italianos, pero rechazado por los franceses y belgas, de los que los pri-

(santa Juliana de Lieja), por confirmacion el milagro de Bolsena ¹, y por cantor á santo Tomás de Aquino ².

No temo el que se me tache de difuso por detenerme en tan larga enumeracion de los Santos é instituciones religiosas de una época cuyo carácter trato de dar á conocer; pues cuantos hayan estudiado con alguna atencion la edad media, no podrán menos de conocer que estas cosas son los verdaderos ejes de la sociedad de aquel tiempo; que la fundacion de una Orden

meros están por Gerson y los segundos se atienen á Kempis, habiendo hecho unos y otros de esta cuestion literaria un punto de amor propio nacional. El profesor de la universidad de Turin, Mr. Paravia, en sus *Memorie piemontese di letteratura e di storia* (Turin, 1830), ha tratado de nuevo esta materia y defendido la opinion de Gregory, fundándola en el citado manuscrito. Lo cierto es que, como dice un escritor moderno, el autor verdadero de la *Imitacion* se ha envuelto en tan densas tinieblas, que nunca se llegará á conocerle con certeza. (*Nota del Traductor*).

¹ 1263. La fiesta fue instituida en 1264 por Urbano IV en memoria de este milagro.

² El fue quien redactó el oficio de la misa del Santísimo y el autor tambien del *Lauda Sion Salvatore* y del incomparable himno *Adoro te supplex*. Hay en Bolonia un cuadro que representa al Santo escribiendo el *Lauda Sion* bajo el dictado de Angeles.

nueva era entonces para todos los espíritus un acontecimiento mucho mas importante que la formacion de un reino nuevo, ó la promulgacion de una legislacion sábia; que los Santos eran entonces los verdaderos héroes del pueblo y absorbían casi por completo toda la popularidad de la época. Para comprender la presencia y la accion de un Inocencio III y de un san Luis, es necesario saber apreciar en todo su valor y significacion el papel é importancia que en la opinion pública tenían la oracion y los milagros, y estudiar y entender la carrera y la vida de san Francisco y santo Domingo.

Mas la fe y el pensamiento católico no imperaban solamente sobre el mundo político; en su unidad majestuosa abrazaban todo el espíritu humano, sirviéndose de él ó asociándole á todos sus desarrollos; y por eso mientras, léjos de servir de rémora, consagraban todos los progresos de las ciencias, imprimian su poderío y su gloria cual profundo y bien marcado sello en todas las producciones del arte y la poesia de esta época. Por otra parte un siglo tan fecundo para la fe no fue estéril para la ciencia. Nombrar, como ya lo hice mas arriba, á Rogerio Bacon y Vicente Beauvais, equi-

vale á indicar el estudio de la naturaleza purificado y ennoblecido por la Religion, y al mismo tiempo la introduccion del espíritu clasificador y generalizador en la direccion de las riquezas intelectuales del hombre. Santo Tomás y contemporáneos, nombrados al hablar de las Órdenes mendicantes, recuerdan las mas bellas glorias de la teología, que es la primera de las ciencias. El Doctor angélico y el Doctor seráfico comentaron á porfía al famoso Pedro Lombardo, el *Maestro de las sentencias*, que por tanto tiempo reinara en las escuelas; no debiendo echar en olvido á Alain de Lilla, el *Doctor universal*, que vivia todavia en los primeros años del siglo, ni á Guillermo Durand, que á fines de él dió á luz el código mas completo de liturgia en su *Rationale*. La mayor parte de estos grandes hombres abarcaban á la vez la teología, la filosofia y el derecho, perteneciendo por igual su nombre á la historia de esas tres ciencias. Raimundo Lulio¹, cuya vida ejemplar le hizo honrar como á santo, pertenece mas especialmente á la filosofia. La traduccion de las obras de Aristóteles, emprendida á instancias y expensas de Federico II

¹ Nació en 1234, en la isla de Mallorca.

y que se hizo popular en tan corto tiempo, abrió á esta última ciencia nuevos caminos iniciados ya en la época que vamos examinando. En cuanto á la legislación, acaso no tuvo período mas bello que este. Los Papas por una parte, órganos supremos de la fe y del derecho á la vez, daban al derecho canónico todo el desenvolvimiento de que era susceptible esta magnífica garantía de la civilización cristiana, administrando justicia por sí mismos con una ejemplar asiduidad ¹, publicando colecciones nuevas y fundando numerosas escuelas. Por otro lado se veía nacer las legislaciones nacionales de gran parte de la Europa; los grandes *Especios* de Suabia y de Sajonia; las primeras leyes en alemán publicadas por Federico II en la dieta de Mayenza; el código dado por el mismo á la Sicilia; en Francia los Estatutos de san Luis acompañados del *Derecho consuetudinario* de Pedro des Fontaines, y de las *Costumbres de Beauvoisis* por Felipe de Beaumanoir; y por fin la ver-

¹ Inocencio III tres veces á la semana; Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII eran célebres jurisconsultos: ya hice mención de san Raimundo de Peñafort y del cardenal Enrique de Suze, mencionado por el Dante en su *Paraíso*.

sion francesa del *Assises de Jérusalem*, resumen el mas competente que nos ha quedado del derecho cristiano y caballeresco. Todos estos preciosos monumentos de la antigua organización cristiana del mundo han llegado á nosotros en las lenguas mismas de los diversos pueblos para los cuales se hicieron; y aun menos que por esto, se distinguen por su generoso y piadoso espíritu de aquel funesto derecho romano cuyos progresos iban bien pronto á alterar todos los principios de la sociedad católica. Al par de las ciencias intelectuales florecía la medicina en sus metrópolis de Montpellier y Salerno, siempre bajo el influjo y alianza de la Iglesia; y el papa Juan XXI antes de subir al solio pontifical hallaba tiempo para escribir su *Tesoro de pobres ó Manual del arte de curar*. La introducción del álgebra, de los números arábigos ¹, la invención ó al menos la admisión general de la brújula ², señalan todavía esta época como una de las mas importantes en los destinos de la humanidad.

¹ En Italia bajo Federico II por Leonardo Tinabonacci, y en Francia bajo san Luis.

² Véase la *Biblia Guyot* del tiempo de Felipe Augusto.

Pero donde el genio creador de este siglo se ostenta principalmente es en el arte; pues á él le cupo la gloria de producir aquel majestuoso y suave poderío del arte cristiano cuyo brillo no habia de palidecer hasta la época de los Médicis, llamada *El Renacimiento*, y que en efecto lo fue del renacimiento de la idolatría pagana en las letras y las artes ¹. Con el pintor Cimabue y la catedral de Colonia principia en el siglo XIII aquella prolongada série de esplendores que no se cierra hasta Rafael y la catedral de Milan. La arquitectura, como la primera de las artes en duracion, popularidad y sancion religiosa, debia ser la primera tambien en someterse á la nueva influencia desarrollada en los pueblos cristianos, y en desplegar á la vista sus grandes y elevados pensamientos; y en verdad que aquel inmenso movimiento de las almas representado por un san Francisco, un santo Domingo y un san Luis, no podia traducir-

¹ Sabida es la exclamacion del papa Adriano VI á su entrada en Roma despues de la muerte de Leon X, cuando vió todas aquellas estatuas antiguas poco há desenterradas: *Proh! idola Barbarorum!* Grito ciertamente arrancado tanto por un justo sentimiento del arte cristiano, como por la piadosa emocion del Jefe de la Iglesia católica.

se con expresion apropiada sino por medio de esas gigantescas catedrales que parece intentan elevar hasta el cielo en la punta de su flechas y chapiteles el homenaje universal de amor y de la fe victoriosa de los Cristianos. Las anchurosas basílicas de los siglos precedentes parecieron ya á aquellas generaciones una cosa demasiado desnuda, pesada y hueca para las nuevas emociones de su piedad y el rejuvenecido ardor de su fe. Esta ardiente llama de la fe ha menester un medio de transformarse en piedra para, de esa suerte, pasar á la posteridad á manera de legado: los pontífices y arquitectos andan en busca de alguna combinacion nueva que se preste y adapte á todas las nuevas riquezas del espíritu católico; y la encuentran por fin en esas columnas que, alzándose unas frente á otras en la basílica cristiana, suben hácia el cielo á guisa de plegarias que, encontrándose en la presencia de Dios, se inclinan y se abrazan como hermanas; este abrazo revela la ojiva. Esta novedad, que hasta el siglo XIII no llega á generalizarse, lo modifica todo; no precisamente en el íntimo y misterioso sentido de los edificios religiosos, sino en su forma exterior. En vez de extenderse sobre

la tierra cual dilatadas techumbres destinadas á cobijar á los fieles, es menester ahora que todo en el conjunto suba y se lance hácia el Altísimo. La línea horizontal desaparece poco á poco: tanto es lo que domina la idea de la elevacion, la tendencia hácia el cielo. Desde este momento no mas criptas ni iglesias subterráneas; el pensamiento cristiano, exento ya de todo temor, se producirá todo entero, en medio de la luz del día. «Dios ya no quiere, dice el *Tirturel*, poema el mas grande de la época y en el que se halla formulado el ideal de la arquitectura cristiana; Dios ya no quiere que su amado pueblo se reúna tímido y vergonzante en agujeros y cuevas¹.» Este *amado pueblo*, así como quiso verter en las Cruzadas toda su sangre por Dios, así ahora quiere consagrar todas sus fatigas, su imaginacion y su poesia á la fabricacion de palacios correspondientes á la majestad y poderío de ese mismo Dios. Fe-

¹ Boiserée, *Ensayo sobre la descripcion del templo del Santo Grial*, en el tercer canto del *Tirturel*. Munich, 1834. Este sábio, ya ventajosamente conocido por su *Catedral de Colonia*, ha hecho un nuevo servicio al arte por medio de la publicacion que acabo de citar.

cundada así la tierra por el Catolicismo, germina por doquiera florecientes bellezas que se reproducen en cada templo por la prodigiosa vegetacion de chapiteles, campanarios y ventanales. Mil veces mas léjos de nuestro propósito nos llevaria el entrar en los pormenores de grandeza y poesia con que el mundo ha sido enriquecido y hermoseado por esta transformacion del arte en el siglo XIII. Nos limitaremos, pues, á consignar, que la primera y mas acabada produccion, al menos en Alemania, de la arquitectura llamada *gótica* ú ojival, fue la iglesia construida sobre el sepulcro de *la amada santa Isabel*¹ con el producto de las ofrendas de los muchísimos peregrinos que venian á visitarle. Nombraremos tambien á lo menos algunas de las inmortales catedrales que á un mismo tiempo se alzaban en todos los puntos de la Europa cristiana, y que si no todas fueron entonces concluidas, fueron trazadas por la manó de hombres de genio que se desdeñaron de darnos á conocer su nombre, pues amaban mucho

¹ Mr. Moller, célebre arquitecto alemán de nuestros dias, ha publicado una obra especial en folio acerca de esta iglesia. (Vease el cap. XXXI de esta nuestra Historia).

á Dios y á sus hermanos para pensar en la gloria mundana. Eran estas iglesias en Alemania, despues de Marbourg, Colonia (1246 ¹), iglesia modelo respecto de la cual la confianza de las generaciones fieles ha sido burlada por la posteridad; pero que, así y todo con su gloria en suspenso, es un reto lanzado á la impotencia moderna; Colonia, que forma con Estrasburgo y Friburgo la magnífica trilogía gótica de las orillas del Rin. En Francia, Chartres, dedicada en 1260 despues de siglo y medio de perseverancia; Reims (1232), la catedral de la monarquía; Auxerre (1215), Amiens (1228), Beauvais (1250), la Santa-Capilla y San Dionisio, la fachada de Nuestra Señora (1223). En Bélgica, Santa Gudula de Bruselas (1226) y la iglesia de las Dunas construida por cuatrocientos monjes en cincuenta años (1214-62). En Inglaterra, Salisbury, la mas bella de todas (1220); una mitad de la de York (1227-60), el coro de Ely (1235), la nave de Durham (1212), y la abadía nacional de Westminster (1247). En España, Búrgos y Toledo, fundadas por san Fernando (1228); y con la circunstancia

¹ Las fechas que van en paréntesis indican el principio de los trabajos para estas obras.

de que todas estas obras colosales, emprendidas y llevadas á cabo por una ciudad ó un cabildo, dejarían burlados los esfuerzos de los reinos mas poderosos de nuestro tiempo que á pesar de la exuberante acción fiscal de que disponen, no podrían acabar una sola de ellas. ¡Majestuosa y consoladora victoria de la humildad y la fe sobre el orgullo incrédulo! Victoria tal, que aun en aquellos tiempos pasmaba á las almas sencillas, y arrancaba á un monje esta exclamación de noble sorpresa: «¿Cómo en tan humildes corazones se alberga tan potente genio ¹?»

No podia la escultura quedarse en zaga de la arquitectura, y por eso desde entonces principia á producir hermosos frutos. Salen entonces de la piedra esas bellas filas de Santos y de Ángeles que pueblan las fachadas de las catedrales ²: de entonces datan esos sepulcros en que parecen dormidos con el sueño de los justos el esposo junto á la esposa entrelazadas á veces las manos en muerte como lo estuvieran en vi-

¹ Et mirum in tam humili corde potuisse inesse tam magnum animum. (*Vita Hugonis abb. ap. Digby, mores catholici.*)

² Warton, *Essay on gotich. architect.*

da; ó bien la madre acostada en medio de sus hijos; símbolos expresados por medio de estatuas tan graves, tan piadosas y tiernas, impregnadas de toda la placidez de la muerte cristiana, sostenida la cabeza por Angeles que están como recogiendo el último suspiro, ó bien cruzadas las piernas cuando se queria indicar que el difunto habia estado en la guerra santa de la Cruz¹. Las reliquias de Santos en tanta abundancia traídas de Bizancio, ó pertenecientes á la multitud de elegidos del Señor contemporáneos, eran perpétua ocasión de trabajo y ejercicio para la escultura y orfeverría católicas. La caja tan ricamente trabajada de santa Isabel es todo un monumento de la fecundidad de estas artes inspiradas entonces por una piedad fervorosa: la de santa Genoveva valió á su autor, el platero Raoul, la primera patente de nobleza que se dió en Francia, y así es como en la sociedad cristiana el arte ha triunfado antes que la riqueza de la desigualdad de nacimiento.

La pintura, si bien se hallaba en manti-

¹ Bloxam, *Monumental architect. sculpt.* Los más antiguos ejemplos de esto son los sepulcros de Guillermo Larga-Espada en Salisbury; de los hijos de san Luis en Rochemaunt.

llas, anunciaba su porvenir glorioso. Ofrecíanla campo nuevo las vidrieras de colores que se hacían de uso general y derramaban luz nueva y misteriosa en todas las ceremonias del culto. Las admirables miniaturas del *Misal* de san Luis y de los *Milagros de la santa Virgen* por Gauthier de Coinsy que se conservan en la biblioteca Real, demuestran bien de cuánto era capaz la inspiración cristiana. En Alemania despuntaba ya aquella escuela del bajo Rin tan mística y tan pura, y la cual aventajaría á todas las otras en juntar al brillante colorido el encanto é inocencia en la expresión. La popularidad de esta arte naciente era ya tan grande, que el ideal de la belleza no se buscaba en los tipos de la naturaleza degenerada y caída, sino en aquellos tipos misteriosos y profundos, cuyo secreto arrancaran humildes artistas del seno de sus contemplaciones religiosas¹.

Si en esta enumeración rápida no he nombrado todavía la Italia, es porque me-

¹ Wolfram de Eschenbach, uno de los más célebres poetas de aquel tiempo (1220), para dar una idea de la belleza de uno de sus héroes, dice que los pintores de Maestricht ó de Colonia no serían capaces de hacer una cosa tan bella. (*Ap. Passavant, Kunsttreisse*).

rece un lugar especial y separado. Efectivamente, esta patria eterna de lo bello dejaba ya muy atrás al resto del mundo en el culto del arte cristiano: Pisa y Siena, todavía hoy tan bellas en su melancolía y abandono, servían de cuna á la pintura y preparaban los caminos á Florencia, que debía ser después la metrópoli del arte. Aunque ya pobladas de admirables edificios de un siglo á aquella parte, Pisa cincelaba la preciosa Santa María *della Spina* (1230), y preparaba el Campo Santo ¹, monumento sin par de la fe, de la gloria y del genio de una ciudad cristiana; Siena quería construir una nueva catedral (1225) que debía eclipsar á todas las de su clase, si hubiera podido acabarse según los planos. En estas dos ciudades Nicolás Pisano ² y su ilustre familia fundaban aquella escultura tan animada y tan pura que infundía corazón en la piedra y no debía concluir hasta el púlpito de *Santa-Croce* de Flo-

¹ Su plan fue concebido en 1200 por el arzobispo Ubaldo; pero no se ejecutó hasta 1278.

² Floreció entre 1270 y 1330; sus obras maestras son la tribuna del baptisterio de Pisa, la cúpula de Siena, y el sepulcro de santo Domingo en Bolonia.

rencia. Giunta de Pisa y Guido de Siena anuncian en la pintura la inspirada y grave escuela que muy luego debía tomar ensanche con Cimabue y Giotto para llegar hasta el cielo con el bienaventurado monje de Fiesoli. Florencia acogía como un triunfo una obra de Cimabue, y creía que un Ángel había bajado del cielo para pintar la cabeza verdaderamente angélica de María en la Anunciación que se venera allí todavía ¹. Orvieto levantaba una catedral digna de figurar entre las del Norte (1206-1214); Nápoles tenía bajo Federico II su primer pintor y su primer escultor ²; en fin, Asís alzaba, con su triple y piramidal iglesia sobre el sepulcro de san Francisco, el santuario á la vez de las artes y de un irresistible entusiasmo por la fe. Ya más de un franciscano se hacía notable en la pintura; pero en adelante la influencia de san Francisco sobre los artistas seculares fue inmensa: parecía como que todos ellos habían hallado el secreto de todas sus inspiraciones en el prodigioso desenvolvimiento que el Santo había dado al elemento del

¹ En la Iglesia de los Servitas: fue pintada según la leyenda de 1252.

² Tomás de Stefani y Nicolás Masuccio.

amor; al escoger asuntos, siempre junto á la vida de Cristo y de la Virgen, habia de figurar la de san Francisco y santa Clara; y todos los pintores de mas fama en aquel siglo y en el inmediato pagaron tributo á Francisco, adornando con obras suyas la basilica de Asis. Cerca de allí debia nacer tambien la escuela mística de la Umbria que alcanzó los ápices de la perfeccion cristiana con Perugino y Rafael antes de su caida. Diríase que por una dulce y maravillosa justicia habia Dios querido conceder la corona del arte, adorno el mas bello del mundo, á aquel lugar de la tierra de donde habian subido á su trono las plegarias mas fervorosas y los mas nobles sacrificios ¹.

Si en esta época eran ya tan ricas las artes y tan en armonía estaban con el movimiento de las almas, ¿qué no dirémos de

¹ Cuanto acabo de indicar sobre la pintura y el arte en general, y sobre todo acerca de la influencia de san Francisco, se halla probado y desenvuelto con elocuencia en un libro publicado por Mr. Rio despues de la primera edicion de esta mi *Historia de Santa Isabel*, y cuyo título es *De la pintura cristiana en Italia*. Esta obra ha operado ya una revolucion saludable en el estudio y apreciacion del arte, tanto en Francia como en Italia.

su hermana la poesía? Nunca, á la verdad, desempeñó en el mundo un papel tan popular y universal como entonces; pues la Europa se asemejaba á un vasto taller de poesía, del cual salia diariamente una obra, un ciclo nuevo. Prescindiendo de la abundancia de las inspiraciones, comenzaban además entonces los pueblos á hacer uso de un instrumento que debia prestar una fuerza inmensa al desarrollo de su imaginacion. En efecto, esta primera mitad del siglo XIII, tan productiva en todos conceptos, segun hemos visto, fue tambien la época de la florescencia y de la expansion de todas las lenguas vivas de Europa, y cuando todas ellas principiaron á dar á luz monumentos que han llegado hasta nosotros. Traducciones de la Biblia ¹, colecciones legislativas hechas por primera vez en lengua vulgar moderna, prueban bien su creciente importancia; resultando que cada pueblo se halló de pronto con una esfera de actividad para su pensamiento enteramente nueva y adaptada al desarrollo de su genio nacional peculiar y privativo. Con la historia se forma la prosa por medio de

¹ En castellano por orden del rey Alfonso; en francés por Guyart-Desmoulins.

aquellas crónicas que, escritas para el pueblo, y á veces por el pueblo mismo, rivalizan con las crónicas latinas por tan largo tiempo despreciadas, no obstante su elocuencia y sus especiales bellezas totalmente desconocidas al latin clásico ¹. Pero la poesía conservó por mucho tiempo la supremacía que le daba su derecho de primogenitura, viéndosela desde entonces revestirse, en casi todos los pueblos de Europa, de todas aquellas formas que por luengos años se ha creído ser patrimonio exclusivo de la civilización pagana ó moderna. La epopeya, la oda, la elegía, la sátira, el drama mismo, han sido para los vates de este período cosas tan familiares como á los siglos de Augusto y Luis XIV: y cuando aquellas producciones se leen con la simpatía que engendra una fe religiosa idéntica á la de los autores, con la imparcial

¹ No hallo ejemplo mas concluyente en apoyo de esto que la *Vida de santa Isabel*, por Teodorico de Turingia: por las frecuentes citas que haré de ella en el discurso de la mía, se podrá formar idea de lo que es y vale el autor. Entre los principales autores de esta época, debe citarse á Saxo Grammaticus en los reinos escandinavos; al P. Vicente Kadlubek en Polonia; al cardenal Santiago de Yitry para las Cruzadas.

opreciación de una sociedad en que tan alto era el dominio del espíritu sobre la materia, con una indiferencia nada difícil de concebir hácia las reglas de la versificación moderna, no puede uno menos de preguntarse qué es lo que han inventado de nuevo en esta materia los escritores de los siglos sucesivos; así como en vano se busca también lo que el pensamiento y la imaginación han ganado en desquite de los puros tesoros que perdieron. Porque es necesario saber que estos genios desconocidos han cantado y glorificado ante sus contemporáneos todos los asuntos dignos de un culto literario; Dios, el cielo, la naturaleza, el amor, la gloria, la patria, los grandes hombres: nada se les ha escapado; no hay secreto del alma que no hayan descubierto, mina de sentimientos que no hayan explotado, fibra del corazón humano que no hayan removido, ninguna cuerda de esta inmortal lira que no haya producido, pulsada por sus dedos, acordes deliciosos.

Principiando por la Francia, vemos que su lengua, formada por los trovadores del anterior siglo y tal vez también por los sermones de san Bernardo, tenía ya el carác-

ter de una riqueza nacional; pero bajo el reinado de san Luis es cuando toma aquel ascendiente europeo que nunca perdió en lo sucesivo. Mientras Brunetto Latini, maestro del Dante, escribía su *Tesoro*, especie de Enciclopedia, en lengua francesa, por ser ésta, según él afirma, la más difundida en Europa, san Francisco entonaba cantares en francés por los caminos y carreteras¹. La prosa francesa, instrumento de san Bernardo y de Bossuet, iniciaba con Villehardouin y Joinville aquella serie de grandes modelos que ninguna otra nación ha sobrepujado; pero la poesía, como en todas partes, se llevaba la palma en cuanto á fecundidad en las producciones y la afición y gusto general que despertaba. Nada diré de la literatura provenzal de los trovadores, ya que la crítica moderna ha tenido la bondad de dejarla su reputación; y porque, aun cuando en el siglo XIII se mantenía en todo su brillo, creo y entiendo que esta poesía no entraña elemento alguno católico, y por otra parte rara vez lo-

¹ Y aun se llega á afirmar por algunos que este nombre, Francisco, se lo dieron las gentes en vez del de su padre, por lo muy familiar y habitual que le era el francés.

gró elevarse sobre el culto de la hermosura material y terrena, representando, salvo alguna rara excepcion, la tendencia materialista é inmortal de las herejías meridionales de la época. Antes al contrario, en la Francia septentrional brilla con todo su esplendor la epopeya nacional y católica junto á las rimas y fablas que se daban demasiado la mano con el carácter licencioso de los trovadores y poetas romanceros. Los dos grandes ciclos en que se concentra la más elevada poesía de los siglos católicos, á saber, el de las epopeyas carlovingias y el de la Tabla Redonda y el Santo Grial, inaugurados en el anterior siglo por Cristian de Troyes, se poblaron entonces con aquella multitud de *romances* cuya popularidad era inmensa. El *romance de Roncesvalles* en la forma que hoy tiene, los de *Gerardo de Nevers*, *Partenope de Blois*, *Berta de los piés grandes*, y demás transfiguraciones de las tradiciones francesas, son todos de esta época; como tambien los de *Renart* y el de la *Rosa*, que son los que alcanzaron boga más duradera. Mas de doscientos vates, cuyas obras conservamos, florecían en este poético siglo¹: quizás al-

¹ Se hallan enumerados en la *Historia literaria*

gun día tengan los católicos la idea de ir á buscar en sus obras algunas de las mas encantadoras producciones de la musa cristiana, en vez de creer bajo la palabra del adulador Boileau, que la poesía no apareció en Francia hasta Malherbe. Entre ellos harémos mención de Tibaldo, rey de Navarra, quien cantó las Cruzadas y las glorias de la Virgen con tan puro entusiasmo que mereció las alabanzas del Dante, y al morir legó su corazón á las pobres Clarisas fundadas por él en Provins; á su amigo Albuino de Sezana; Raoul de Coucy, nombre popular siempre, muerto á la vista de san Luis en Mansurah; el prior Gauthier de Coisny¹, que tan bello monumento dedicó á Maria en sus *Milagros*; luego aquella mujer de ignorado origen, mas á quien el talento y el éxito nacional que obtuvo valieron el glorioso nombre de Maria de Francia; en fin Rutebeuf, que no encontró para sus cantos heroína mas ilustre que á nuestra Isabel. Por el mismo tiempo Estéban Langton, de quien ya hablamos como primado de Inglaterra y autor de la gran Car-

de Francia; Roquesfort, *Estado de la poesía francesa*; P. Paris, *Romancero francés*.

¹ Nació en 1177, y murió en 1236.

ta, interpolaba versos en sus sermones y escribía el primer drama conocido de los modernos, cuya escena es en el cielo, y en el cual la Justicia, la Verdad, la Misericordia y la Paz discuten acerca de la suerte de Adán despues de la caída, y Jesucristo viene á reconciliarlas¹. Cuanto digo no pasa de ser una ojeada rápida sobre una época en que la poesía hacia en las costumbres francesas un papel tan popular, que san Luis admitía á su real mesa, sin desdeñarse de ello, á los poetas ó trovadores ambulantes, y estos mismos tenían adquirido por ley el derecho de eximirse de pagar cualquier peaje mediante una canción.

En Alemania figura el siglo XIII como el momento mas brillante de la admirable poesía de la edad media; así lo reconocen multitud de sábios que por un momento lograron restituirla de nuevo su popularidad en este país. Y, por lo que á mí toca, digo con

¹ De la Rue, *Archaeologia*, t. III. Juan Bodel de Arras es reputado como el poeta mas notable de esta época en el drama; uno muy hermoso titulado *Jeu de saint Nicolas*, escrito por este autor, ha sido publicado por Mr. Onésimo Leroy en su obra sobre los misterios (*dramas sacros de la edad media*).

profundo convencimiento, que no existe poesía mas bella que esta, ni hay otra que posea en tal grado semejante juventud de corazon y pensamiento, entusiasmo tan ardiente, pureza tan sincera; y que en ella con preferencia á todas han conseguido el triunfo mas completo y brillante los nuevos elementos depositados por el Cristianismo en la imaginación humana. ¡Ojalá me fuera posible tributar homenaje mas cabal y cumplido á las deliciosas emociones que su estudio me ha proporcionado, cuando, para conocer bajo todas sus fases el siglo de Isabel, he recorrido los volúmenes en que duerme esta maravillosa belleza! ¡Cuán sorprendente y admirado me quedé viendo en estas obras olvidadas todo cuanto la gracia, la fuerza y la melancolia debieran reservar, al parecer, para la madurez del mundo, reunido á la ingenuidad, la sencillez, la fervorosa y grave piedad de las primeras edades! Mientras la familia de las epopeyas de raza puramente germánica y escandinava se desarrolla en pos de los Niebelungen ¹, magnífica iliada de las razas germanas, el doble ciclo francés y bre-

¹ Este célebre poema data, en la forma que hoy le tenemos, de los primeros años del siglo XIII.

ton, de que hablé antes, encuentra allí intérpretes sublimes en los poetas que conservando el fondo de tradiciones extranjeras, imprimen á sus obras el sello de una nacionalidad incontestable. Todavía son desconocidos en Francia sus nombres, como lo eran también hace treinta años los de Schiller y Goethe, mas tal vez no lo serán siempre. El mas grande entre todos ellos, Wolfram de Eschenbach ¹, ha dado á su patria una admirable traducción del *Parceval* y la única que el mundo posee del *Titurel* ², obra maestra del genio católico que sin vacilar puede colocarse, al enumerar sus glorias, junto á la *Divina Comedia*. Vienen despues Godofredo de Estrasburgo que publica el *Tristan*, resumen de las ideas de los siglos caballerescos acerca del amor y de las mas bellas leyendas de la Tabla Redonda; y Hartemann de l'Aue el *Iwain*, junto con la exquisita leyenda del pobre *Enrique*, en la cual este poeta caballero toma por heroína á una pobre aldeana en cuya persona se complace en reunir todas cuantas inspiraciones podian sumi-

¹ Floreció de 1215 á 1220.

² El original francés de este poema por Guyot de Provins se ha perdido.

nistrar la fe y las costumbres de su tiempo sobre abnegacion, sacrificio, desprecio de la vida y de sus bienes, y del amor del cielo. Y ¡cuántas otras epopeyas religiosas y nacionales que seria inútil ahora hasta el nombrarlas ¹! No era en este rico suelo de Alemania menos abundante el genio lírico que el épico. En vano ha intentado la pedante y necia crítica de los siglos increíble borrar los recuerdos nacionales de la numerosa y lucida falange de cantores del amor (*Minnesænger* ²), que de 1180 á 1250 salió de las filas de la caballería alemana, llevando á su cabeza, en consideración á la alcurnia, al emperador Enrique VI, mas por razon del genio á Walter de Vogelwei-

¹ Tales son el *Wigalois* por Wirnt de Gravenberg, vasallo del abuelo de Isabel, y que acompañó al marido de ésta á la cruzada; *Guillermo de Orange*, que el suegro de Isabel pidió á Wolfram de Eschenbach; *Floires et Blanche fleur* por Conrado de Flecke; el *Canto de Rolando* por el poeta Conrado; *Barlaam y Josafat* por Rodolfo de Hohenems, etc.

² La principal coleccion de sus obras se halla en la biblioteca Imperial de París, en el manuscrito llamado *de Manesse*. Contiene los versos de ciento treinta y seis poetas. El profesor de Berlin, Hagen, ha hecho una edicion excelente con adiciones sumamente preciosas.

de cuyos escritos son como el espejo de todas las emociones del tiempo, y el mas completo resumen de esta encantadora poesía. Ninguno de sus contemporáneos y rivales logró en tan alto grado reunir á los afectos terrenos y á un patriotismo puntilloso y entusiasta el ardimiento por las cosas santas, el entusiasmo por la cruzada en que tomó parte, y sobre todo por la Virgen María cuya misericordia y mortales dolores ha cantado con sin igual ternura. Leyéndole, se conoce bien que el título de *Cantores de amor*, dado á él y á sus compañeros del arte, no tanto se fundaba en la glorificación del amor humano, cuanto en el conocimiento del amor celestial y todas sus riquezas. María, reina universal de la poesía cristiana, imperaba de un modo especial en Alemania; y entre los que le han ofrecido el puro incienso de sus versos, no es posible dejar de hacer mencion de Conrado de Wurtzburgo, que en su *Fragua áurea* parece haber querido concentrar todos los rayos de ternura y belleza con que plugo adornarla á la veneracion del mundo católico. Y como para recordarnos que todo en este siglo debe relacionarnos con santa Isabel, vemos á los siete cabezas de estos

poetas épicos y cantores de amor, reunirse en solemne concurso en la corte de Turingia, hospedados por su especial protector el duque Hermann, suegro de nuestra Heroína, en el momento de nacer ésta: los cantos que produjo en esta justa literaria la pléyada brillante forman, reunidos bajo el título de *Guerra de Wartburgo*, una de las mas ruidosas manifestaciones del genio germánico y uno de los mas abundantes tesoros del misticismo legendario de la edad media, á la vez que una corona de poesía para la cuna de Isabel.

Por doquiera se ven testas coronadas entre los poetas de esta edad; mas en la península ibérica son los reyes los que guían á la poesía en sus primeros pasos. Pedro de Aragon es el trovador mas antiguo de España: Alfonso el Sábio, hijo de san Fernando, y que mereció antes de Francisco I el título de *Padre de las letras*, además de historiador y filósofo, fue tambien poeta; no hay versos españoles mas antiguos que sus cantares á la Virgen, y la relacion en dialecto gallego de la milagrosa curacion de su padre. Dionisio I de Portugal es el poeta mas antiguo de los conocidos en aquel reino. En España comenzaba con el res-

plandor mas vivo aquella admirable efusion de esplendor cristiano que duró allí mucho mas tiempo que en ninguna otra parte, y no se eclipsó hasta despues de Calderon. Mientras allí la poesía legendaria despedia una luz dulce en las obras de Gonzalo Berceo ¹, cantor verdaderamente inspirado de María y de los Santos de su patria, se ve surgir la epopeya española en esos famosos *romances* ² que forman para la España una gloria aparte, y tal que no puede disputársela otra nacion alguna; donde están registradas todas las luchas y bellezas de su historia; donde tiene el pueblo su archivo de recuerdos imperecederos; donde se refleja toda la elegancia y galanteria de los moros, sin perder nunca el severo carácter católico que en España, mucho mejor que en otra parte alguna, consagraba la dignidad del hombre, la fidelidad del vasallo, y la fe del cristiano. Hasta el fin del periodo que vamos examinando no vió la

¹ 1198-1268. Sus obras han sido publicadas por Sanchez.

² Los del *Cid*, que pasan por los mas antiguos de todos, no han podido, segun los mejores críticos, ser compuestos antes del siglo XIII.

Italia nacer al Dante ¹; pero ya durante el mismo anunciaba su venida de una manera noble y digna la poesia que hasta entonces, menos precoz que en Francia y Alemania, no brota de su seno, si bien con prodigiosa abundancia ². En todos los puntos de esta noble y fecunda tierra aparecen escuelas de poetas, mientras llegan las de los artistas que vendrán pronto. Tiene en Sicilia su primera cuna la musa italiana ³; aparece allí pura, animada, enamorada de la naturaleza, delicada, simpática al vivo con el genio francés que dos veces debía hacer herencia suya la Sicilia, pero, en medio de todo, siempre profundamente católica ⁴. En Pisa y Siena es mas grave y solemne, cual los bellos monumentos que conservan estas ciudades dentro de sus muros: en Floren-

¹ Nació en 1265.

² Es necesario ver la coleccion titulada *Poeti del primo secolo*, esto es, del XIII, donde hay obras de primer orden bastantes à dejar desconcertados à los que imaginan que la poesia italiana no principiò hasta el Dante.

³ Así à lo menos opinan el Dante, *de Vulg. Elog.*, y Petrarca, *Trionfo d'amore*.

⁴ Véase el hermoso canto à la Hostia por Guilielmotto de Otranto, en 1256.

cia y ciudades vecinas tierna, abundante, piadosa y de todo punto digna de su patria ¹. Erase allí una verdadera legion de poetas capitaneados por el emperador Federico II, los reyes Enzo y Mainfroy sus hijos, y por el canciller Pedro de las Viñas ²; luego Guittone de Arezzo, poeta tan profundo, tan elocuente y tierno à veces, con encarecimiento sumo loado por Petrarca, y tambien imitado por él; en fin Guido Guinicelli, à quien el Dante no ha vacilado en proclamar maestro suyo. Pero à todos ellos tomó la delantera y dejó muy atrás san Francisco de Asis ³; su influencia debía vivificar el arte y su ejemplo inflamar à los poetas. Al paso que reforma el mundo, Dios le permite usar el primero de aquella poesia que iba à producir al Dante

¹ Se debe citar sobre todo las lindas poesias del *Notajo d'Oltrarno* (1240); están en Crescimbeni y en las *Rime antiche*.

² Se le tiene por autor del primer soneto italiano.

³ Debo aqui hacer mencion del bello trabajo de Mr. Garres, titulado *San Francisco de Asis trovador*, traducido en la *Revista Europea* de 1833. No hay versos italianos anteriores à los de san Francisco, cuya fecha pueda fijarse con exactitud. Mas arriba hice ya mencion de los bellos poemas de san Buenaventura.

y á Petrarca. Como únicamente su alma era la que le inspiraba sus versos, y en ellos no se atenia á regla alguna, hacíalos corregir por el hermano Pacifico, discípulo suyo, despues de haber sido el poeta laureado de Federico II; y cuando ya estaban corregidos, iban cantándolos á duo por los caminos, llamando la atencion del pueblo con estos himnos nuevos, y diciendo á todos que ellos eran músicos de Dios y no querian otra paga que la penitencia de los pecadores. Todavía se conservan estos radiantes cantos en que el pobre mendicante celebraba las maravillas del amor celeste en la lengua del pueblo, y con una pasion tal que él mismo llegaba á temer la tomasen por locura.

Nulla donca oramai più mi riprenda,
Si tal amore mi fa pazzo gire.
Già non è core che più si difenda,
D'amor si preso, che possa fuggire,
Pensi ciascun come cor non si fenda,
Fornace tal come possa patire...
Data m' è la sentenza,
Che d'amore io sia morto.
Già non veglio conforto;
Se non morir d'amore...
Amore, amore grida tutto 'l mondo;
Amore, amore ogni cosa clama...
Amore, amore tanto penarmi fai,

Amore, amore nol' posso patire:
Amore, amore tanto mi ti dai,
Amore, amore ben credo morire:
Amore, amore tanto preso m'hai,
Amore, amore famm' in te transire:
Amore dolce languire,
Amor mio desioso,
Amor mio diletto,
Annegami in amore !.

No; jamás ese amor que, segun vimos, formaba toda su vida, despidió grito tan entusiasta, tan verdaderamente celestial, tan plenamente desprendido de la tierra; y lo es hasta tal punto, que los siglos siguientes no solo no fueron capaces de igualarle, pero ni siquiera de comprenderle. Mas conocido es aquel célebre cántico al sol *su hermano*, compuesto tras un éxtasis durante el cual recibió la certidumbre de su salvacion eterna. No bien sale de su corazon este himno, corre á cantarle en medio de la plaza pública de Asis, donde estaban para llegar á las manos el podestá y el obispo. Mas al oír esta lira divina el odio se extingue en los corazones, los enemigos se abrazan llorando, y renace la concordia restablecida por la poesia y la santidad.

¹ *Rime di san Francesco*, en Crescimbeni, *Commentarij della volgar poesia*.

Y por último, la mas elevada y bella de las poesías, la liturgia, produce en este siglo algunas de sus principales y mas populares composiciones; y si santo Tomás le da el *Lauda Sion* y todo el admirable oficio del Sacramento, un discípulo de san Francisco, Tomás de Celano, es quien nos lega el *Dies irae*, grito sublime de terror y espanto, y el B. Jacopone, de la misma Orden, disputa á Inocencio III la gloria de ser autor del *Stabat Mater*, canto el mas hermoso inspirado por el mas puro y tierno de los dolores.

Y hé aquí que nos encontramos de nuevo con san Francisco, como no puede menos de suceder cuando se bosqueja á grandes rasgos una época que puede resumirse por entero en las dos grandes figuras de Francisco de Asis y san Luis de Francia.

El uno, hombre del pueblo, que en pro del pueblo hizo lo que hasta entonces nadie, elevando la pobreza al rango de dignidad suprema, tomándola por condicion y salvaguardia de una influencia enteramente nueva sobre las cosas del cielo y de la tierra; investido de esa sobrenatural vida del Cristianismo que tantas veces ha conferido la soberanía espiritual á los mas humildes

de sus hijos; calificado por sus contemporáneos como el hombre que mas de cerca siguiera las pisadas de Cristo; embriagado durante toda su vida en el amor divino; y hecho, por la virtud omnipotente de este mismo amor, orador, poeta, legislador y conquistador.

El otro, seglar, caballero, peregrino, cruzado, rey ceñido con la primera diadema del mundo, valiente hasta la temeridad, tan decidido para exponer la vida como para doblar la cerviz ante Dios; amator de los peligros, de la humildad, de la penitencia; infatigable campeón de la justicia, de los débiles y oprimidos; personificación excelsa de la caballería cristiana en toda su pureza y del trono en toda su grandeza augusta. Ambos devorados por la sed del sacrificio, del martirio; ambos de continuo absorbidos por la salvación del prójimo; ambos señalados con la cruz de Cristo, Francisco en las gloriosas llagas que le son comunes con el Crucificado, Luis en *aquel punto céntrico del corazón do se anida el amor*¹.

Estas dos almas tan idénticas por su na-

¹ Mitten an daz herze, dà diu liebe liget. Walther von der Vogelweide; edit. Lachmann).

turaléz y tendencias, tan bien organizadas para comprenderse y amarse, nunca se encontraron en la tierra. Mas hay una tradicion piadosa segun la cual san Luis fué en peregrinacion á visitar el sepulcro de su glorioso contemporáneo, y encontró allí en el venerable Egidio un digno sucesor de san Francisco, de quien era discípulo. La historia de esta entrevista da una exacta medida del siglo de que hablamos, y merece por tanto que yo la repita aquí. Como san Luis llegara al convento donde habitaba Egidio en Perusa, hizo que le pasaran recado de que un peregrino deseaba verle y hablarle. Mas el religioso tenia al mismo tiempo una vision que le dió á conocer al rey de Francia en el peregrino que le llamaba. Corrió, pues, á su encuentro, y en cuanto se vieron, que era por vez primera en su vida, ambos cayeron de rodillas á un tiempo, y abrazados tiernamente permanecieron así una buena pieza pegados uno á otro los corazones, y confundidos en ósculo de amor y efusion íntima, y sin proferir palabra. Después de haber continuado largo rato en esta actitud, de rodillas y en el mas profundo silencio, soltáronse mutuamente de los brazos, se levantan y se vuelven, el

fraile á su celda y el Rey á su reino ¹. Pero, como los otros frailes hubieran sabido que aquel peregrino era todo un rey de Francia, fuéronse para Egidio y le reconvinieron en términos muy fuertes: «¿Cómo, le decian, has estado tan grosero que ni siquiera dijiste una palabra á un rey que expresamente viene á visitarte?— ¡Ay amados hermanos! contestó él entonces, no os admire que ni él ni yo hayamos desplegado los labios; desde el punto en que nos abrazamos, la luz de la divina sabiduría me ha revelado todo su corazon, y á él tambien el mio; y por eso, mirándonos en nuestros corazones, nos conocíamos mucho mejor que hablándonos, y con mucho mayor consuelo que si con pala-

¹ Esce di cella e corre alla porta... insieme con grandissima divozione inginocchiandosi, s'abbracciarono insieme, e bacciaronsi con tanta dimestichezza, siccome per lungo tempo avessono tenuta grande amistade insieme; ma per tutto questo non parlava nè l'uno nè l'altro, ma stavano così abbracciati, con quelli segni d'amore caritativo, in silenzio. E stati che furono per grande spazio nel detto modo senza dirsi parola insieme, si partirono l'uno d'all'altro, e santo Lodovico se n'andò al suo viaggio, e frate Egidio si tornò alla cella. (*Fioretti di san Francesco*, cap. 34: crónica célebre de fines del siglo XIII).

«bras intentáramos expresar nuestros sentimientos; pues tanto es la humana lengua incapaz de expresar los secretos misterios de Dios¹.» Admirable y tierno símbolo de esa inteligencia secreta, de esa victoriosa armonía que unía entonces á las almas superiores, á las almas santas, cual eterno y sublime pacto.

Puede tambien decirse que estas dos almas, fundidas en una, se han encontrado en la de una mujer completamente; á saber, en la de santa Isabel, cuyo nombre ha salido ya una porcion de veces de mi pluma en el discurso de este bosquejo del siglo XIII. El ardiente amor de la pobreza que abrasaba al Serafin de Asis; el deleite

¹ O frate Egidio, perche sei tu stato tanto villano?... Carissimi frati, non vi maravigliate de cio, imperocchè nè io a lui, nè egli á me poteva dire parola, perocchè si tosto come noi ci abbracciammo insieme, la luce della divina sapienza rivelò e manifestò a me il cuore suo, et á lui il mio, e così per divina operazione ragguardandoci ne cuori cio ch'io volea dire a lui, ed egli a me, troppo meglio cognoschemmo, che se noi ci avessimo parlato colla bocca, e con maggiore consolazione che se noi avessimo voluto esplicare con voce quello che noi sentivamo nel cuore, per lo difetto della lingua umana, la quale non puo chiaramente esprimere li misterj segreti di Dio... (*Ibid.*).

de los sufrimientos y humillaciones; el culto supremo de la obediencia se despiertan de improviso y forman como una hoguera en el corazon de una princesa jóven, que desde el fondo de la Alemania reconoce en él su modelo y su padre. Esa inmensa simpatía hácia la Pasion del Salvador, que hacia á san Luis, cuando tenia veinte y cuatro años, salir á piés descalzos al encuentro de la santa corona de espinas, que le impelia á alistarse, y por dos veces, en las banderas de la cruz y buscar en África el cautiverio y la muerte; esa sed de una vida mas perfecta, que originó los debates con la familia y los amigos sobre el empeño de abdicar la corona y entrarse fraile franciscano; ese respeto á la pobreza, que le hacia besar la mano de los que reciban limosna de la suya; esas lágrimas tan abundantes, su dulce familiaridad con Joinville, y hasta su viva ternura conyugal, todo esto reunido se encuentra en la vida de Isabel, hermana suya, no menos por las emociones é íntimas simpatías de su vida, que por sus comunes compromisos bajo la regla de san Francisco.

Ha quedado sentado en nuestros dias como una verdad, que el siglo XIII se hizo

notable por la creciente influencia de la mujer en el mundo social y político; que en él muchas mujeres, como soberanas, empuñaron el timon de vastos Estados ¹, y que de dia en dia crecian los homenajes que la mujer recibia, así en la vida pública, como en la privada. Esto era un resultado forzoso del culto de la santísima Virgen, cuyos progresos he reseñado mas arriba. Es menester, dice un poeta contemporáneo, considerar en todas las mujeres, que la Madre de Dios ha sido también mujer ². En efecto, ¿cómo los reyes y los pueblos pudieran ponerla á cada paso por medianera entre ellos y su Hijo divino, poner bajo su patrocinio todas las obras que emprendian, escogerla por especial objeto de su devoción mas ardiente, sin referir una parte de esta veneración al sexo que la Virgen representaba cerca de Dios, y del cual era el tipo regenerado? Puesto que la mujer era tan poderosa en el cielo, con razon habia

¹ Blanca de Castilla; Isabel de la Marca que dirigia toda la política de Juan-sin-Tierra, su esposo; Juana, condesa de Flandes, que reclamó el derecho de asistir como par de Francia á la consagración de san Luis.

² *Frauentob*, poema del siglo XIII.

de serlo también en la tierra. Pero mientras otras princesas aprendian á compartir con los reyes el mando supremo, la hija del rey de Hungría, procedente de raza de Santas y que debia con su ejemplo producir otras muchas, hacia ver que para la mujer existia otra jerarquía régia de las almas, superior á todas las pompas de la tierra; y ejerciéndola es como, sin quererlo ni saberlo, ha conquistado su puesto en la historia.

Su vida, corta y todo como fue, presenta una reunion, sin ejemplo tal vez, de las fases mas diversas, de los rasgos mas amables y juntamente mas austeros que pueda encerrar la vida de una cristiana, de una princesa, y de una santa. Sin embargo, en los veinte años transcurridos desde que tañita la condujeron á su prometido en una cuna de plata, hasta que espiró sobre el camastro del hospital que ella quiso fuera su lecho de muerte, hay en su vida exterior cuando menos, ya que no en su carácter, dos partes bien distintas; la una enteramente cabaleresca, de todo punto poética, á propósito para encantar la imaginación é inspirar también la piedad. Del fondo de la Hungría, tierra semidesconoci-

da, semioriental, frontera de la cristianidad, de misterioso y grandioso aspecto para las imaginaciones de la edad media¹, viene Isabel á la corte de Turingia, la mas brillante y poética de toda la Alemania. Durante la infancia, pasa desapercibida su precoz virtud, y es su piedad despreciada: se trata de devolverla á su padre de una manera afrentosa; pero su prometido le guarda fidelidad inviolable, la consuela de las persecuciones de los malos, y en cuanto llega á ser dueño de sus reinos, se apresura á tomarla por esposa. El santo amor de hermana se mezcla entonces en su pecho con la ardiente ternura de esposa para con aquel cuya infancia ha compartido antes de compartir el lecho, y que rivaliza con ella en piedad y devocion: preside á la union de estos esposos un abandono lleno de encanto, una confianza ingénuo y deliciosa.

¹ La famosa Berta la Buena, esposa de Pepino, madre de Carlomagno, principal heroína del ciclo de las epopeyas carlovingias, era tambien hija del rey de Hungría. Véanse *li Reali di Francia*, y la novela *Berta de los piés grandes*, edic. de M. P. Paris. Floires, el héroe de una de las epopeyas mas populares de la edad media, *Floires et Blanche-fleur*, era heredero del trono de Hungría. (Vid. Mss. de la bibliot. Imper.).

En toda su vida conyugal ofrecen el ejemplo mas tierno y edificante del matrimonio cristiano; pudiéndose afirmar que entre todas las Santas no hay una que presente en el grado que Isabel el tipo de la esposa cristiana. Mas en medio de esta feliz existencia, de los goces de la maternidad, de los homenajes y brillo de una corte caballeresca, ya su alma se lanza hácia la eterna fuente del amor por medio de la mortificación, la humildad y la devocion mas fervorosa; y los gérmenes de esta vida superior, en ella depositados, se desarrollan y desenvuelven en una caridad sin límites, en una infatigable solicitud por todas las miserias de los pobres. Entre tanto el irresistible llamamiento de las Cruzadas, el deber supremo de libertar el sepulcro de Cristo arrastra léjos de ella á su jóven esposo despues de siete años de una tierna union; y aunque él no osa revelarla este proyecto, secreto todavia, ella lo descubre en un momento de expansion y familiaridad íntima. No sabe cómo resignarse con tan acerbo destino; sigue al esposo y le acompaña mucho mas allá de las fronteras de sus Estados; no acierta á arrancarse por fin de aquellos brazos queridos. En la desesperacion

que la despedaza el alma durante esta despedida tan tierna, y cuando vienen á noticiarle el prematuro fin del esposo amado, se conoce bien cuánta energía y ternura se albergaba en aquel jóven corazón; preciosa é invencible energía digna de ser empleada en la conquista del cielo; ternura profunda é insaciable que únicamente Dios podía remediar y remunerar.

Por eso, una vez ya consumada la separación acerba, su vida cambia por entero; y en aquella alma entra Dios á ocupar el lugar de todas las cosas. La desgracia se complace en agobiarla: primero la echan brutalmente de su residencia soberana; luego anda errante por las calles con sus pequeños hijos de la mano, muriendo de hambre y de sed, ¡ella que tantos y tantos pobres había alimentado y vestido! ¡la que tantos infortunados había albergado, en ninguna parte encuentra dónde ponerse al abrigo de la intemperie! Y cuando llega el momento de reparar todas estas injurias, no por eso ella se reconcilia con la vida mundana. Viuda á los veinte años de edad, rehusa la mano de muy poderosos príncipes; una vez rotos los vínculos del amor perecedero, el mundo le causa hastío, pues

se siente herida de un amor divino¹; su corazón, á la manera del sagrado incensario, está cerrado á todo lo que viene de la tierra, y abierto únicamente por la parte que mira al cielo². Contrae con Cristo una segunda unión indisoluble; le busca y le sirve en la persona de los pobres, á quienes reparte todas sus posesiones y tesoros; y cuando ya nada tiene que darles, se da á sí misma á ellos, haciéndose pobre para mejor comprender y aliviar mejor la miseria de los pobres, consagrándoles su vida en los servicios mas repugnantes. El rey de Hungría, su padre, le envía un embajador para que la traiga á su lado, pero en vano; este señor la encuentra hilando y decidida á preferir el reino del cielo á todos los ré-

¹ Haec sancto amore saucia. *Himno del Breviario romano.*

² Li cuers doit estre
Semblans à l'encensier,
Tous clos envers la terre,
Et overs vers le ciel.

Le Seraphin, poema mss. de la bibliot. Imper. número 1362. El autor desconocido de esta obra, parece haberse adelantado en este pasaje á la magnífica expresión que Bossuet empleó cuando, al hablar del corazón de Mad. La Vallière, dijo que *no respiraba ya sino del lado del cielo*.

gios esplendores de su patria. En recompensa de tantas austeridades, de esta su pobreza voluntaria, de este yugo de la obediencia con el cual quebranta su ser entero todos los días, el Esposo divino le concede una alegría y poder sobrenaturales. Ni la mas ligera sombra de tristeza viene á turbarla en medio de las calumnias, privaciones y mortificaciones de toda especie; una mirada, una oracion suya es bastante para curar los males de sus hermanos. Madura ya y sazónada para la eternidad en la flor de su juventud, espira entonando un cántico de triunfo que se oye á los Angeles repetir en los cielos.

De manera que durante los veinte y cuatro años que duró su existencia, la vemos sucesivamente huérfana, extranjera y perseguida; desposada modesta é interesante por sus gracias y virtudes; esposa sin rival por la confianza y ternura; madre fecunda y sacrificada á sus deberes; soberana poderosa, no tanto por su rango, cuanto por sus beneficios; luego viuda oprimida con crueldad, penitente sin pecados, religiosa austera, verdadera Hermana de la Caridad, esposa fervorosa y favorita de Dios que la glorifica con milagros antes de

llamarla á la gloria eterna; y en todas las alternativas de esta vida, siempre fiel á su carácter fundamental, á esa simplicidad perfecta fruto dulcísimo de la fe, perfume fragantísimo del amor, y por medio de la cual su vida entera se transformó en aquella célica infancia á que Jesús tiene prometido el reino de los cielos.

En la rápida existencia mortal de esta jóven, tal encanto é interés tan grande no cabe atribuirlos en manera alguna ni á la creacion de algun poeta ni á una piedad abultada por la distancia del tiempo; tienen, al contrario, en su favor todo el apoyo y garantías de la historia. La profunda impresion que sobre su siglo hicieron el destino y heróicas virtudes de Isabel, se ha manifestado por medio del tierno cuidado y diligencia escrupulosa con que una generacion tras otra ha recogido y repetido las acciones mas insignificantes de su vida, las palabras mas indiferentes que salieran de su boca, y mil rasgos que iluminan hasta los últimos repliegues de aquella alma tan cándida y tan pura. Así es como á seis siglos de distancia podemos hoy dar cuenta de esta bienaventurada vida con todos los pormenores familiares é íntimos

que pudieran parecer propios únicamente en memorias escritas ayer, y con circunstancias tan poéticas y á la par tan novelescas, que al primer golpe de vista cuesta algun trabajo persuadirse no ser el resultado de una imaginacion exaltada que se ha complacido en embellecer con todos sus atractivos una heroína de novela. Y sin embargo, no hay forma de poner en duda su autenticidad histórica, por cuanto la mayor parte de estos pormenores recogidos al mismo tiempo que las noticias acerca de los milagros de la Santa y comprobados en virtud de solemnes pesquisas luego despues de su muerte, han sido registrados por historiadores graves en las crónicas nacionales y contemporáneas que hacen fe en los demás sucesores de la época ¹. Á los ojos de estos piadosos narradores, cuya pluma se movia al compás de la sociedad en que vivian, esto es, bajo el imperio exclusivo de la fe, una victoria de Cristo tan bella, tanta caridad y solicitud en favor del pobre pueblo, tan ruidosas manifestaciones del poder divino operadas por medio de un ser tan débil y tan jóven, aparecian como

¹ Véase mas adelante la *Indicacion de las fuentes históricas*.

un dulce campo de descanso en medio de las batallas, las guerras y revoluciones políticas.

Y esta vida tan llena de poesía al mismo tiempo que tan edificante, no solo tiene el certificado de la historia, sino que está revestida además de una sancion muy alta; puesto que al recibir la corona de *Santa*, quedó hermoseedada con un brillo ante el cual palidecen los prestigios de la imaginacion y la fama mundana y cuanta popularidad cabe recibir de historiadores y retóricos, y adornada con la corona mas bella que los hombres conocen. Glorificada por el culto del mundo cristiano, le ha cabido en suerte esa popularidad de la plegaria, única eterna, única universal, única que confieren á la vez los sábios y los ricos, los pobres, infelices é ignorantes, única que da la inmensa masa de hombres que no tienen ni tiempo ni criterio para ocuparse en las glorias humanas. Y para la porcion escogida en quienes la imaginacion domina, ¡qué felicidad tan grande no es el sentir que tan gran poesía, tales y tan encantadores rasgos de cuanto mas puro y tierno puede experimentar el corazon humano, todo esto es lícito y plausible recordarlo, ru-

miarlo, glorificarlo, no ya en las páginas de una novela ó en el escenario de un teatro, sino bajo las bóvedas de nuestras iglesias, al pié de los santos altares, en la efusion del alma cristiana á los piés de su Dios!

Quizás yo, extraviado, como á menudo sucede, por la involuntaria parcialidad que uno siente hácia todo lo que constituye el objeto de un estudio y de una afición sostenida por muchos años, me haya exagerado la belleza y la importancia de mi asunto. Bien conozco que, aun dejando aparte la imperfeccion de mi trabajo, muchos han de reparar que este siglo tan remoto de que estoy hablando nada tiene de comun con el nuestro; que esta biografía tan minuciosa y la pintura de costumbres tan anticuadas, ningun resultado provechoso y positivo ofrece á las ideas religiosas de nuestros días: las almas sencillas y piadosas, á las que va dedicado este libro, juzgarán como les parezca. Lo cierto es que su autor se ha hecho á sí mismo una objecion grave. Seducido, al poner mano á su tarea, por el carácter poético y legendario que á primera vista ofrece la vida de Isabel, tropezó, sin echarlo de ver y á medida que avanzaba en su obra, con la dificultad de que se

hallaba metido nada menos que en el estudio de un admirable desarrollo de la fuerza ascética engendrada por la fe, y abrumado con la revelacion de los misterios mas profundos de la iniciacion cristiana: llegó entonces el caso de preguntarse á sí mismo, si tenia derecho de emprender una obra de tal naturaleza, y si el relato de los triunfos sublimes de la Religion no debia reservarse para otras plumas que hicieran honor á esta Religion, ó que cuando menos estuvieran exclusivamente dedicadas á ella. Hubo de reconocer francamente que para esto no tenia mision alguna; y por lo mismo, temblando es como dió cima á una obra que por ningun título parecia estar en armonia con sus cortas fuerzas, con su edad y con su carácter seglar.

Y no obstante todo esto, tras largas vacilaciones se dejó arrastrar por la necesidad de obtener algun resultado de unos estudios prolongados y concienzudos, y el deseo de presentar, no solamente á los amigos de la Religion, sino tambien á los de la verdad histórica, un fiel y completo cuadro de la vida de una Santa de los tiempos antiguos, y de uno de esos seres que resumian en su personalidad todas las creen-

cias y las afecciones mas puras de los siglos cristianos; procurando, en cuanto de mí dependiera, imprimir en mi obra los colores de la época en que vivió mi Heroína, haciendo ver á ésta con todo el esplendor de la acabada hermosura con que ella y los que á ella se parecian se presentaban á los ojos de los pueblos de la edad media.

No se me oculta que para emprender el relato de una vida de esta especie en toda su integridad, hay que acometer de frente todo un órden de hechos é ideas que la indecisa religiosidad de los tiempos modernos reprueba abiertamente, y que una piedad sincera, pero meticulosa, ha descartado con demasiada frecuencia de la historia religiosa: me refiero á los fenómenos sobrenaturales tan frecuentes en la vida de los Santos, consagrados por la fe bajo el nombre de milagros, y calificados por los sábios del mundo con la denominación de leyendas, supersticiones populares, tradiciones fabulosas. En la historia de Isabel son muy numerosos estos hechos, y yo he procurado reproducirlos con la misma escrupulosa exactitud que dedico á las otras partes restantes de su vida. Ni por sueños se me ofreció siquiera la idea de omitirlos,

de paliarlos cuando menos ó interpretarlos con moderacion astuta: antes bien considerara como un sacrilegio ocultar, para dar gusto á la orgullosa razon de nuestro siglo, lo que yo tengo por cierto y verdadero; y fuera además de parte mia inexactitud culpable omitir unos milagros referidos por los mismos autores y atestiguados con la misma autoridad en que se apoya la relacion de los demás sucesos; no concibiendo, en verdad, á qué regla habia de atenerme para admitir su veracidad en unos puntos y desecharla en otros. Y por último, pecara de hipócrita callando; pues confieso sin rodeos que creo á puño cerrado en todos los milagros mas estupendos que se cuentan de los Santos de Dios en general, y de santa Isabel en particular. Para esto no me ha sido necesario obtener de mi flaca razon la victoria mas pequeña; puesto que no hay á mis ojos cosa mas razonable ni mas sencilla para todo cristiano que el inclinarse reconocido ante la misericordia del Señor cuando la ve suspender ó modificar las leyes naturales, por ella sola establecidas y criadas, á fin de asegurar y glorificar el triunfo de las leyes del órden moral y religioso, mucho mas importantes y elevadas.

¿No es una cosa dulce y bien fácil de concebir el que la bondad de Dios hallase un teatro siempre preparado en unas almas del templo de la de Isabel y de sus contemporáneos, exaltadas por la humildad y la fe á una altura muy superior, é inaccesible á los frios razonamientos de la tierra, purificadas por todo género de sacrificios y virtudes, habituadas á vivir de antemano en el cielo? ¿no es una cosa muy natural el que la fe ardiente y sencilla del pueblo exigiese, y, si cabe decirlo así, justificase la intervencion frecuente y familiar de esa fuerza omnipotente negada, puesto que la rechaza, por el orgullo insensato de nuestros dias?

Por lo cual no he podido menos de estudiar por mucho tiempo con un respeto lleno de amor esas innumerables tradiciones de las generaciones fieles en que la fe y la poesía cristiana, las lecciones mas elevadas de la Religion y las creaciones mas dulces de la fantasía se ven confundidas en union tan íntima que no hay forma de descomponerlas ni segregarlas. De modo que aun cuando no tuviera la dicha de creer con absoluta simplicidad las maravillas que esas tradiciones nos refieren, nunca tendria va-

lor para tratar con desprecio las inocentes creencias que por espacio de tantos siglos fueron el encanto y la emocion de millones de hermanos nuestros; todo cuanto en ellas pudiera encontrarse de pueril si se quiere, se agiganta y santifica á mis ojos con solo considerar que fue objeto de la fe de nuestros padres, de aquellos que estaban mas cerca que nosotros de Cristo; no sintiéndome con aliento para desdeñar lo que ellos con tanto fervor creyeron, y con tanta constancia amaron. Muy léjos de ello, confieso á la faz del mundo que muchas veces he hallado en estas cosas consolacion y socorro, y no soy solo á sentirlo de este modo; pues si por todas partes se ve que son el desprecio y befa de las gentes que se titulan sábias é ilustradas, asilos hay todavía en donde las aman y veneran los pobres y los sencillos. Yo he visto tributarles culto entre los habitantes de la Irlanda, del Tirolo, y sobre todo de la Italia, y aun de alguna provincia de Francia; de sus labios las he recogido yo y de las lágrimas que corrian de sus ojos al referirmelas; sí, todavía tienen un altar en el mas bello de los templos, que es el corazon de los pueblos. Me atrevo á decir tambien que en

cierto modo falta algo á la gloria humana de los Santos á quienes no ciñe la auréola de esa tierna popularidad, y que junto con los homenajes de la Iglesia no recibieron ese dulce tributo de humilde amor y confianza íntima que paga, so la cabaña al rincón del fuego durante las veladas, la boca y el corazón de los simples y los pobres. Isabel, á quien dotara el cielo de sencillez tan cumplida, y que en medio de los esplendores de su rango prefirió siempre á toda otra compañía la de los pobres y desdichados que desprecia el mundo; Isabel, la amiga, la madre, la esclava de los pobres, no podía ser olvidada por éstos: recuerdo dulce con el cual se explican algunos de los más encantadores relatos que habré de repetir en mi historia.

No siendo este el lugar propio de profundizar la cuestión sobre la fe que se debe á los milagros contenidos en las vidas de los Santos, bástame haber enunciado mi punto de vista personal; pero aun en caso contrario no me fuera posible dispensarme, al escribir la vida de Isabel, de exponer todo cuanto acerca de ella han creído los Católicos, ni de tomar en cuenta la gloria é influencia que para con los fieles le han va-

lido sus milagros. En todo estudio de la edad media el historiador no puede prescindir de apreciar la extraordinaria fuerza que la fe implícita del pueblo, la adhesión unánime de la opinión pública comunican á todas las tradiciones populares inspiradas por la Religión; de tal modo que, aun dejando á un lado su valor teológico, se necesita ser ciego para no ver el papel que en todo tiempo han desempeñado en la poesía y la historia.

En cuanto á la poesía, difícil sería negar la inagotable mina que encierran; lo cual será más claro cada día conforme vayamos volviendo hácia las fuentes de la verdadera belleza. Aun en el caso de llegar al extremo de no mirar la leyenda sino como la *mitología cristiana*, según la desdeñosa y altanera expresión de los grandes filósofos de nuestros días, todavía así fuera para nosotros un manantial de poesía mucho más pura, original y abundante que la vetusta mitología del Olimpo. Mas ¿cómo es posible admirarse de que por mucho tiempo se le haya negado absolutamente el derecho á una influencia poética? Las generaciones idólatras que habían concentrado todo su entusiasmo en los monumentos

é inspiraciones del Paganismo, y las generaciones impías que han decorado con el nombre de poesía á las musas asquerosas del último siglo, no podian en verdad dar el mismo nombre á este delicado fruto de la fe católica; el único homenaje que podian tributarle, era el del insulto y la burla; y así lo hicieron efectivamente.

Bajo el punto de vista puramente histórico las tradiciones populares, y en especial las que se enlazan con la Religion, si carecen de certidumbre matemática y del carácter de lo que llamamos hechos positivos, tuvieron á lo menos todo el poder é influencia de tales, ejerciendo ambas cosas sobre las pasiones y costumbres de los pueblos de una manera mas grande y decisiva que los otros hechos admitidos por la razon como mas incontestables. Y con este titulo merecen á fe la atencion y el respeto de todo historiador sério y sólidamente crítico.

Y lo mismo debe ser para cuantos se interesen en la supremacia del espiritualismo en la marcha de la familia humana, y colocan el culto de la belleza moral sobre la dominacion exclusiva de los intereses é inclinaciones materiales; pues conviene no perder de vista que en el fondo de las

creencias, aun las mas pueriles, y de las supersticiones mas ridículas que por cierto tiempo han podido reinar entre los pueblos cristianos, siempre se ve el reconocimiento formal de una fuerza sobrenatural, y una generosa protesta en favor de la dignidad del hombre caido, pero no sin remedio. Por todas partes y siempre graban estas cosas en las convicciones del pueblo la idea de la victoria del espíritu sobre la materia, de lo invisible sobre lo visible, de la gloria inocente del hombre sobre su desgracia, de la pureza primitiva de la naturaleza sobre su corrupcion. La mas insignificante leyenda católica ha ganado para estas inmortales verdades muchos mas corazones, que entre todas las disertaciones de los filósofos. Siempre el sentimiento de esa gloriosa simpatía entre el Criador y la criatura, entre el cielo y la tierra, es lo que se abre paso y aparece al través de los siglos; pero con la diferencia de que la antigüedad pagana no hizo mas que balbucearla cuando dió y atribuyó á sus dioses todos los vicios de la humanidad, mientras que las edades cristianas la han proclamado, levantando hasta los cielos á la humanidad y el mundo, regenerados por la fe.

En los siglos de que estoy hablando, estas apologías hubieran sido una cosa enteramente fuera del caso. Nadie en la sociedad cristiana dudaba entonces ni de la verdad, ni de la inefable dulzura de estas tradiciones piadosas. Vivían los hombres en una especie de tierna é íntima familiaridad con aquellos de sus antepasados que manifestamente habia Dios llamado á sí, y la Iglesia aclamado como Santos. Esta Iglesia, que los habia colocado sobre los altares, no podia á la verdad ofenderse de que sus hijos vinieran en tropel y en alas de su infatigable ternura á depositar todas las flores de su alma y de su imaginacion á los piés de aquellos testigos de la verdad eterna, ornados ya con la palma de la victoria, y á quienes los hijos de la Iglesia militante no cesaban de felicitar por su triunfo, aprendiendo con su ejemplo la ciencia de vencer al mundo. De esta suerte se formaban lazos de afeccion inefable y saludables protectores entre los Santos de la Iglesia triunfante y los humildes combatientes de la militante. De entre este pueblo glorificado, cada uno escogia á su arbitrio un padre, una amiga, un amigo, con objeto de caminar bajo su amparo con mas seguridad y

confianza hácia la eterna luz de los cielos. En ellos tenían clavado el pensamiento de una especial manera todos y cada uno, desde el papa y el rey hasta el mas infeliz artesano; santas amistades cuya fortificante y consoladora influencia se dejaba sentir en lo mas récio de los combates y en los trances mas duros y dolores de la vida. San Luis espirando por la cruz al otro lado de los mares, invoca con fervor á la humilde pastora, patrona de la capital de su reino: los héroes españoles acorralados por los moros ven á Santiago incorporarse en las filas cristianas; vision que vuelve el desaliento en brio, y la derrota en victoria. San Miguel y san Jorge son los modelos y abogados de los caballeros y nobles, y santas Catalina y Margarita, las señoras de sus piadosos pensamientos: si les acacece morir prisioneros y mártires por la fe, piensan en santa Inés, jóven doncella que tambien entregó su cuello al hacha del verdugo ¹. En los templos tiene el labrador las imágenes de san Isidro con su arado, y la criada ti-

¹ «Y entonces me persigné y me hiqué de rodillas al pié de uno de ellos que tenia una hacha danesa de carpintero, y dije: Así murió santa «Inés.» (Joinville).

rolesa santa Notburga con su falce: el pobre artesano, el hombre de trabajos ásperos y rudos, tropieza á cada paso con la colosal imágen de san Cristóbal, encorvado bajo el peso del niño Jesús, símbolo de las penalidades de la vida, labor ingrata cuya cosecha está en el cielo. Sobrepujaba á los demás pueblos la Alemania por su fertilidad en este género de creencias; cosa que aun hoy se concibe sin esfuerzo al ponerse á estudiar el primitivo espíritu tan ingenuo y puro de este pueblo, al ver en él la completa ausencia é ignorancia del sarcasmo y la risa burlona, muerte de toda poesía, y al sonar su lengua tan rica y tan expresiva. Fuera cosa de nunca acabar el ponerse á hacer una reseña de la multitud de vínculos de esta especie que enlazaban el cielo con la tierra, é interminable la tarea de penetrar en esa esfera vasta do se ven confundidas y enlazadas con celestiales protectores todas las afecciones y deberes de la vida mortal, esfera en la cual hasta las mas solitarias y abandonadas almas hallan todo un mundo de consuelos é intereses al abrigo de todos los desengaños de la tierra. Bella manera de ejercitarse ya en esta vida en el amor de los que en la otra

debemos amar eternamente; pues quien así ama, cuenta con encontrar al otro lado de la tumba á los Santos protectores de la cuna, las dulces amigas de la infancia, los fieles patronos de la vida entera: las generaciones de entonces no tenían sino un vasto amor que reunía las dos vidas del hombre, y que iniciado en el seno de las tempestades del tiempo, se prolongaba al través de la gloria de la eternidad.

Pero todas estas creencias y tiernas afecciones que del corazón de los hombres de aquel tiempo brotaban para saltar al cielo, venían á confluír y fijarse juntas sobre una imágen suprema. Todas estas piadosas tradiciones, locales unas, personales otras, se eclipsaban y confundían en las que el mundo entero repetía acerca de María. Reina de cielos y tierra, todas las frentes y corazones se inclinan ante ella, así como todos los espíritus eran inspirados por su gloria: mientras el mundo se cubría de santuarios y catedrales levantadas en honor suyo, la imaginación de estas poéticas generaciones no cesaba de descubrir nuevas perfecciones y nuevas bellezas en el seno de esta belleza suprema. Cada día era portador de alguna

leyenda mas maravillosa que las anteriores, de alguna nueva gala ó adorno que la gratitud del mundo ofrecia á aquella por quien le habian sido franqueadas las puertas del cielo, que habia repoblado las angélicas huestes, y quitado á los hombres el derecho de quejarse del pecado de Eva; á la sierva humilde coronada por Dios con la diadema que Miguel arrancara á Lucifer al lanzarle al infierno ¹. «Menester es, en verdad, decian con deliciosa sencillez, que «acojas nuestras plegarias; ¡es tal la dicha «que tenemos en honrarte ²!» «¡Ah! exclama Walter, cantemos siempre á esta dulce Virgen á quien su Hijo no sabe negar «cosa alguna. Ved en ella nuestra consolacion suprema; en el cielo se cumple cuanto ella quiere y desea.» Llena de indestructible confianza en el objeto de amor tan grande, convencida de su maternal vigilancia, la cristiandad se encomendaba á ella en todos sus peligros y penas, y des-

¹ Expresiones del poema de la *Guerre de Waribourg* de la época del nacimiento de santa Isabel, y de otros de los siglos XII y XIII.

² Cántico en honor de María, que trae Hoffman, *Histoire des chants de l'Église en Allemagne*.

cansaba tranquila en esta esperanza, segun la hermosa imágen de un poeta contemporáneo de santa Isabel:

Duerme la cuitada,
La Señora no:
Jamás la Gloriosa
Su faz amorosa
Al sueño entregó.
Vela por el mundo
De noche y de día
La Virgen María;
Que si ella durmiera
Una hora siquiera,
Del mundo acabara
La máquina toda,
Rota por la culpa
De la humana gente,
Pasada y presente ¹.

En el sentir de estos siglos dotados de tal exuberancia de amor y de fe, el mundo habia sido inundado por dos rios; pues no so-

¹ Imitacion de la rima, y traduccion literal de un pasaje que aqui inserta el original, tomado de un poema del prior Gualtero de Coínsy, titulado: *Miracles de la Vierge*. Mss. de la bibl. Real.—El contenido de este pasaje viene á ser el pensamiento magnífico expresado por nuestro Donoso Cortés al hablar de la eficacia y necesidad de la oracion. El prior Gualtero se adelantó sobre quinientos años á nuestro desengañado y célebre publicista. (Nota del Traductor).

lo habia sido rescatado por la sangre de Jesús, sino que tambien quedara purificado por la leche de María; por aquella leche que fue el primer alimento de Dios en la tierra y cuyo dulzor le traia á la memoria el cielo ¹; el mundo habia menester de ambos, y, como dice un piadoso monje que escribió tambien la vida de santa Isabel, «todos tienen derecho á entrar en la familia de Jesucristo, cuando saben aprovecharse de la sangre de su Redentor y Padre, y de la leche de la sagrada Virgen su Madre; sí, de esa sangre adorable, aliento y fuerza de los Mártires que con ella se deleitaban en sus dolores: de esa leche virginal que endulza nuestras amarguras aplacando la cólera de Dios ².» Y es nece-

¹ Salvatorem saeculorum, ipsum Regem angelorum, sola Virgo lactabat ubere de coelo pleno. (*Oficio de los Maitines de la Circuncision*).

² Anterior de dos siglos á la piadosa exclamacion que acabo de citar, hay un cuadro en que consagró el mismo pensamiento uno de los pintores mas favorecidos por la inspiracion del arte cristiano, llamado Francesco Francia de Bolonia. Se ve en él á san Agustín de pié, teniendo á la derecha á María que ofrece el pecho á su divino Hijo, y á la izquierda á Jesús crucificado: en cada una de las manos correspondientes tiene un letrero que dice, el de la derecha, *Hic ab ubere lactor*;

sario añadir todavia que el entusiasmo de esta filial ternura no satisfacía por completo á estas almas tan piadosas para con la Virgen: érales necesario otro sentimiento aun mas tierno, si cabia, mas íntimo y alentador, el mas puro y dulce que fuera dado al hombre imaginar y concebir. Al cabo María ¿no fue una criatura mortal, una mujer que conoció todas las miserias de la vida, una mujer que tuvo que pasar por la calumnia, el destierro, el frio y el hambre? ¡Ah, pues siendo esto así, María era mas que madre; el pueblo cristiano veía y amaba tambien en ella á una hermana! Y por eso sin cesar la rogaba tomase en cuenta esta fraternidad tan gloriosa para la raza desterrada; y un gran Santo, el mas apasionado de sus siervos, no vacila en invocarla en estos términos: «¡Oh María! nosotros te suplicamos como Abrahan suplicaba á Sara en la tierra de Egipto... ¡Oh María, oh Sara nuestra! dí que eres nuestra hermana, á fin de que el Señor nos dispense sus bondades, y nuestras almas

el de la izquierda, *Hic à vulnere pascor*; y sobre la cabeza otro que dice, *Positus in medio, quo me vertar nescio: Dicam ergo: Jesus, Maria, miserere*. Se guarda este cuadro en la pinacoteca de Bolonia.

«vivan en Dios por tu gracia. Dilo, pues,
«así, amadísima Sara nuestra, dí que eres
«nuestra hermana; y en gracia de tal her-
«mana los egipcios, esto es, los demonios,
«tendrán miedo de nosotros; en gracia de
«tal hermana vendrán los Angeles á for-
«marse en batalla á nuestro lado; y el Pa-
«dre, el Hijo, y el Espíritu Santo tendrán
«por tal hermana misericordia de nos-
«otros ¹.»

Así es como amaban á María estos cris-
tianos de aquel tiempo. Pero este amor,
después de abrazar al cielo y á su Madre
con todos sus bienaventurados habitantes,
volvía á bajar á la tierra para poblarla tam-
bien y amarla á su vez. La tierra que les
había sido señalada por mansion, esta her-

¹ Obsecrare possumus Mariam sicut Abraham
obsecravit Saram, dicens: Dic, obsecro, quod soror
mea sis, ut bene mihi sit propter te, et vivet anima
mea ob gratiam tui. O ergo Maria, ó Sara nostra,
dic quod sis soror nostra, ut propter te bene nobis
sit à Deo, et ob gratiam tui vivant animae nostrae
in Deo. Dic, inquam, charissima Sara nostra, quod
sis soror nostra, ut propter talem sororem Aegyp-
tii, id est daemones, nos reveantur, ut etiam
propter talem sororem angeli nobis in acie coniun-
gantur, ut insuper propter talem sororem Pater et
Filius et Spiritus Sanctus nostri misereantur. (San
Buenaventura, *Speculum Mariae*, lect. IX).

mosa criatura de Dios, venía también á ser
el objeto de su fecunda solicitud, de su ad-
miración ingénuo. Hombres que entonces
se llamaban, y tal vez no sin razón, sábios,
estudiaban la naturaleza con aquel escru-
puloso cuidado propio de cristianos ocupa-
dos en el estudio de las obras de Dios; pero
no se resolvían á convertirlas ó considerar-
las como un cuerpo sin vida superior, an-
tes bien en ellas buscaban, ante todo, rela-
ciones misteriosas con los deberes y las
creencias del hombre redimido por su Dios;
viendo en las costumbres de los animales,
en los fenómenos de las plantas, en el can-
to de las aves, en las virtudes de las pie-
dras preciosas otros tantos símbolos de las
verdades consagradas por la fe ¹. El mundo
reconquistado á Dios por el Cristianismo no
había sido invadido todavía ni profanado
por pedantescas nomenclaturas. Cuando en
medio de la noche levantaba el pobre los

¹ El estudio de la naturaleza, bajo este punto de
vista, estaba sumamente difundido en el siglo XIII,
según puede verse en el *Speculum naturale* de Vi-
cente de Beauvais, y en la multitud de *Bestiarios*,
Volucrarios, *Lapidarios*, que por este tiempo vie-
ron la luz, tanto en prosa como en verso; y tam-
bien imprime su sello en toda la poesía de esta
época.

ojos al cielo, en lugar de la vía láctea de Juno veía el camino que guiaba á sus hermanos en la peregrinacion de Compostela, ó el que seguian los bienaventurados para ir al cielo. Sobre todo las flores ofrecian un mundo poblado de encantadoras imágenes, un lenguaje mudo que expresaba los sentimientos mas tiernos y vivos. El vulgo y los doctos estaban de acuerdo para dar á estos dulces objetos de su atencion cotidiana los nombres mas queridos al pueblo ya de los Apóstoles, ya de sus Santos favoritos, ya en fin de Santos cuya pureza é inocencia parecian reflejarse en la pura belleza de las flores. Tuvo tambien nuestra Isabel su flor, una flor humilde y escondida, como ella quiso serlo siempre ¹. Pero sobre todo María, esta flor de las flores, esta rosa sin espinas, este lirio sin mancha ², tenia dedicadas un sinnúmero de flores que, llevando su dulce nombre, eran tanto mas bellas

¹ En Alemania llaman *Elisabethsblumchen* ó *Florecita de Isabel* al *Cystus Helianthemum*.

² *Lilium sine macula, rosa sine spinis, flos florum*, expresiones de las antiguas liturgias de la Iglesia, mil veces reproducidas por los poetas de todos los países en los siglos XII y XIII. *Ovaga mia rosa*, dice tambien san Alfonso Ligorio en sus *Canzoncine in onore di Maria santissima*.

y tanto mas estimadas por su pueblo. Á manera de reliquias esparcidas por doquiera y sin cesar renovadas, habia diversas flores cuyos nombres estaban destinados á recordar las diferentes partes de que se componia el vestido que la Virgen llevaba durante su vida mortal. Los grandes sábios respetables de nuestros dias han creido encomendar la plana á los hombres de aquel tiempo sustituyendo á estos recuerdos de María el recuerdo de Vénus ¹. La simpatía, al sentir de aquellas generaciones, debia

¹ Por ejemplo; la flor que en todas las lenguas de Europa se llamaba *Zapato de la Virgen*, ha recibido el nombre de *Cypripedium calceolus*. Citemos todavia otro rasgo notable del grosero materialismo que caracteriza estas nomenclaturas brutales. Todo el mundo conoce esa linda flor azul celeste «cuyos lóbulos redondeados se asemejan á una guirnalda azul ciñendo una corona de oro» llamada por los alemanes *No me olvidas*, por los franceses antiguamente *Cuanto mas te veo, mas te quiero*, y mas generalmente *Ojos de la Virgen*. El pedantismo moderno ha reemplazado todos estos dulces nombres con el de *Myosotis scorpioides*, ó en términos claros *Oreja de raton, cara de escorpion!* ¡Y esto se llama progreso de las ciencias! Véase el excelente ensayo de Mr. Carlos Nodier sobre las *Lenguas de convencion* en sus *Noiones de Lingüística*.

ser reciproca; la tierra debia mostrarse reconocida por verse asociada de esta suerte á la Religion del hombre. Asi es que en la noche de Natividad iban las gentes á noticiar á los árboles que Jesús iba á venir al mundo; *Aperiatur terra, et germinet Salvatore*¹. Pero en recompensa la tierra estaba obligada á producir rosas y anémonas en aquellos parajes en que se derramaba sangre humana; lirios donde caian lágrimas. Cuando moria una santa, todas las flores del contorno debian marchitarse á un tiempo, ó inclinarse haciendo la reverencia cuando pasaba su ataud². De este modo no causa admiracion la ardiente fraternidad que unia á san Francisco con toda la naturaleza, así animada como inanimada; sentimiento que arrancaba de su corazon gritos tan admirables y quejumbrosos. Todos los Cristianos estaban entonces animados mas ó menos de esta especie de afecto; pues la tierra, hoy tan despoblada y estéril para el alma, se hallaba entonces impregnada de una inmortal belleza. Los pájaros y las plantas, en fin, todo cuanto el hombre hallaba á su paso quedaba marca-

¹ Así se practica todavia en el Holstein.

² Leyenda de santa Juana de Portugal.

do por él con el sello de su fe y de su esperanza. Vasto reino de amor y tambien de ciencia, puesto que todo tenia su razon, y su razon en la fe; así como los miembros de san Francisco quedaron marcados con las sagradas cicatrices impresas por los rayos abrasadores derivados de las llagas de Cristo, del propio modo los rayos lanzados del corazon de la raza cristiana, del hombre sencillo y fiel, habian impreso en cada una de las particulas de la naturaleza el recuerdo del cielo, la huella de Cristo, el sello del amor.

Sí; por espacio de doce siglos ha sido la tierra un inmenso libro donde cincuenta generaciones han escrito sus creencias, sus emociones, sus embelesamientos con una ternura y paciencia infinitas: no solamente habia en este libro una página para cada misterio de la fe, cada triunfo de la Cruz, sino que tambien cada flor, cada fruto, cada animal figuraban en él sucesivamente. Así como los antiguos misales y los antifonarios de las viejas catedrales¹ adornados con aquellas preciosas y brillantes pinturas en que la inspiracion fervorosa y pro-

¹ Por ejemplo en la biblioteca de la catedral de Siena, en San Lorenzo de Nuremberg, etc.

funda á la vez retrataba al vivo las grandes escenas de la vida de Cristo y de los Santos, ostentaba el metafórico libro el texto de las leyes de Dios y de su divina palabra encuadrado por todas las bellezas naturales, y el concierto universal de los seres animados reunidos para cantar las alabanzas del Señor acompañados por Angeles que con este objeto salian del cáliz de las flores. Esta era la *Leyenda*, la lectura de los pobres y gente sencilla, el Evangelio engalanado, ilustrado, como se dice hoy, para su uso, la *Biblia pauperum*! Sus ojos inocentes leian allí millares de bellezas, cuyo sentido está hoy para siempre perdido; descubrian el cielo y la tierra poblados de dulcísima ciencia: generaciones dichosas que podian en verdad cantar con sincero acento: *Pleni sunt coeli et terra gloria tua!*

¿Quién es capaz de calcular hasta qué punto se ha empobrecido la vida desde aquellos tiempos acá? ¿Quién se ocupa hoy en pensar en la imaginacion de los pobres, en el corazon de los ignorantes?

Sí; el mundo se hallaba entonces envuelto por la fe como por un benéfico velo que ocultaba las llagas de la tierra y transparentaba los resplandores del cielo. Hoy

sucede al revés: todo en la tierra está desnudo, y todo oculto en el cielo.

Para engalanar el mundo con esta conso-ladora vestidura, era menester la completa y absoluta union de los dos principios tan maravillosamente combinados y unidos en Isabel y su siglo; la simplicidad y la fe. Hoy, segun saben y confiesan todos, ambas cosas han desaparecido de la sociedad en masa: pero sobre todo la primera, la sencillez, ha sido extirpada de raíz, no solo de la vida pública, sino tambien de la poesía, de la vida privada y doméstica, del escaso número de asilos donde aun se conserva la otra. Harto hábil y astuta ha andado la ciencia atea y la filosofía irreligiosa de los siglos modernos al divorciar estas dos cosas antes de condenarlas á muerte. Cuando la deliciosa y santa alianza que las unia quedó rota, estas hermanas celestiales se vieron reducidas á darse los postreros abrazos en el fondo de algunas almas ignoradas, y en algunas poblaciones olvidadas y dispersas; y luego marcharon á morir cada una por su lado.

Mas apresurémonos á decir que esta muerte no ha sido sino aparente, ó mas bien no ha sido sino un destierro. En el se-

no de la Iglesia inmortal han conservado la cuna de donde salieron para poblar y embellecer el mundo: todo hombre que quiera puede volver á encontrarlas allí, é igualmente recoger en el camino por ellas recorrido los restos inmortales que por él dejaron esparcidos, y que no ha sido posible reducir á la nada. Tan grande es su número, tan deslumbrante su hermosura, que casi está uno tentado á creer haber sido de intento permission divina el que por un momento cayeran en el olvido todos los encantos exteriores del Catolicismo, con el fin de que los que permanecieron fieles y les tocó pasar por las pruebas de los tiempos modernos, tuvieran la inesfable dicha de descubrir estas reliquias y revelarlas nuevamente al mundo.

En ellas tienen la poesía y la historia un mundo entero que reconquistar; y la misma piedad inmensos tesoros también. En vano me dirán que ando revolviendo cenizas enfriadas para siempre, y removiendo ruinas irreparables de todo punto: así sería si se tratara de instituciones humanas, pero no de los objetos de mis estudios, á lo menos segun la fe de los católicos; pues, si es una verdad que la Iglesia nunca muere, impo-

sible será igualmente que para siempre muera ninguna de cuantas cosas llegó á tocar una vez con sus manos, ó á inspirar con su aliento. Donde quiera que deposita un germen de su propio principio, ó un rayo de la invariable y permanente belleza que recibió con la vida, allí hay un porvenir asegurado: desde entonces poco importa que los tiempos amontonen tempestades, y los inviernos montañas de nieve; siempre se está á tiempo de desenterrar la raíz, limpiarla el polvo de modernas novedades, desembarazarla de facticias ligaduras, trasplantarla á cualquier tierra buena para devolver á la flor el perfume y la frescura de los días primitivos.

Tendria un verdadero sentimiento en que, á consecuencia de las ideas que acabo de exponer, se creyera que soy entusiasta ciego de la edad media; que todo en ella me parece admirable, digno de envidia, exento de censura; y que en el siglo en que me tocó vivir, las naciones ya no tienen cura como la tuvieron en los tiempos antiguos¹. Léjos de mí el pensamiento de consumirme en estériles votos y deseos, y perder la vista á fuerza de verter lágrimas so-

¹ Sanabiles fecit nationes terrae. (Sap. I. 14).

bre la tumba de las generaciones de que somos herederos! Léjos de mí la idea de resucitar tiempos para siempre fenecidos! Ya sé que el Hijo de Dios murió en la cruz para salvar la humanidad entera, no por espacio de cinco ó seis siglos sino para mientras el mundo dure. Ni Dios ha retirado su palabra, ni se ha acortado su brazo: la misión del hombre puro es siempre la misma; salvarse y servir á su prójimo. Por consiguiente, aunque las admiro, no echo de menos ninguna de las instituciones humanas que, según la ley general, perecieron porque ya pasó su tiempo; pero quisiera, si, ver resucitado y restaurado el soplo divino, el alma que en ellas habia; y eso es lo que lamento y echo de menos, pues veo con amargura que falta de todo punto en las instituciones que han reemplazado á aquellas. No predico, no, la contemplacion estéril de lo pasado, ni el desden y cobarde abandono de lo presente: repito de nuevo que está muy léjos de mí tal pensamiento. Pero así como el desterrado, á quien echaron de sus hogares por su fidelidad á las leyes eternas, envia con frecuencia un pensamiento de amor á aquellas personas que le amaron y le aguardan en la patria; así

como el soldado que se bate en apartados climas, se enardece oyendo referir las proezas de sus antepasados; así tambien séame permitido, á mí que me considero como desterrado por mi fe en medio de la sociedad moderna, levantar mi corazon y mis ojos hácia los bienaventurados habitantes de la patria celestial, y como humildes soldados de la causa que les dió la gloria que tienen, enardecerme tambien oyendo contar sus combates y victorias!

Demasiado sé cuántos sufrimientos, crímenes y ayes hubo en esos siglos de que hablamos, como los hubo antes de ellos y los habrá siempre mientras el mundo sea mundo y esté habitado por hombres degenerados y pecadores. Pero entiendo tambien que entre los males de aquellos tiempos y los males de los nuestros hay dos diferencias incalculables. En primer lugar la energía del mal encontrábase por doquiera con la energía del bien aumentada por la misma provocacion al combate y coronada con repetidas brillantes victorias sobre el mal. Esta resistencia gloriosa tenia su principio en la fuerza de las convicciones reconocidas, y la influencia de estas sobre la vida entera: quienquiera que diga que es-

ta fuerza no ha disminuido ni menguado á medida que se han retirado de las almas la fe y las prácticas religiosas, se pone en abierta contradicción con la experiencia histórica y los recuerdos del mundo. En manera alguna trato de negar el brillante progreso operado en muchas cosas y bajo ciertos aspectos; pero también diré con un elocuente escritor de nuestros días, cuyas palabras muestran bien claro que su parcialidad hácia los tiempos antiguos no debe parecer sospechosa: «Cierto que hoy es la moral mas ilustrada; pero ¿es mas fuerte?... ¿Quién no salta de gozo contemplando la victoria de la igualdad?... Solo que yo temo que al adquirir tan exacto sentimiento de sus derechos, haya tal vez perdido el hombre algo del sentimiento de sus deberes. Oprímese el corazón al ver que en medio de este general progreso la fuerza moral no se ha aumentado cosa alguna.»

En segundo lugar estos males que afligian al mundo, y de los cuales se quejaba con razón, eran mas bien materiales que morales. El cuerpo, la propiedad, la libertad física en ciertos países eran cosas de continuo expuestas á la violación, al atro-

pello y al insulto; así es ciertamente. Pero el alma, la conciencia, el corazón estaban sanos, puros, escudados contra los golpes, libres de esa horrible enfermedad interior que hoy les corroe y mata. Todo el mundo sabia á punto fijo lo que tenia que creer, podia conocer y debia pensar acerca de todos esos problemas sobre la vida y destino del hombre; problemas que son hoy para las almas otros tantos suplicios, logrado ya el empeño de paganizarlas de nuevo. La desgracia, la pobreza, la opresión, no mas extirpadas del mundo hoy que entonces¹, tenían la ventaja de no alzarse cual hoy ante

¹ ¿Cuál es la proporción en que hoy está en el mundo el bien con el mal? ¿Hay hoy, como siempre hubo, para cada hombre agudo cien tontos, para cien pobres un rico, para cada hombre honrado una multitud que está muy lejos de serlo? La inmensa mayoría ¿no se compone hoy, como siempre, de ignorantes, infelices y menos moralizados? Todo inclina á creer que el número de miserias, contradicciones é infamias es hoy mayor de lo que fue en los tiempos antiguos; con la triste desventaja además, de que entonces la Religión, lejos de ser, como ahora, general objeto de controversias y desprecios, contribuía con toda su eficacia á dulcificar estas amarguras. ¿Dónde está, pues, el progreso indefinido? (*Filosofía de un anónimo*). (Nota del Traductor).

el hombre á manera de una fatalidad horrible que se ceba en él como en una víctima inocente. El hombre las soportaba, pero las comprendia : podia sucumbir bajo el peso, pero no desesperarse; pues le quedaba el cielo, y aun no se habia interceptado entonces ninguna de las vias que conducen desde la prision del cuerpo á la patria del alma. Existia una inmensa salud moral que neutralizaba todas las dolencias del cuerpo social, oponiendo á ellas un omnipotente antidoto, un consuelo positivo, universal, perpétuo, por medio de la fe. Esta fe que habia penetrado el mundo, que llamaba á todos los hombres sin excepcion, que se habia infiltrado en todos los poros de la sociedad cual benéfica sávia, ofrecia para todas las enfermedades un remedio seguro, sencillo, igual para todos, al alcance de todos, comprendido por todos, aceptado por todos.

Hoy el mal existe todavia; y no solo existe, sino que está conocido, analizado, estudiado con escrupuloso esmero: se le conoce tan á fondo que, si nos pusiéramos á diseccionar el cuerpo social, resultaria una autopsia exacta. Pero ¿dónde están los remedios para evitar que este vasto cuerpo que-

de cadáver? Los flamantes médicos han gastado cuatro siglos en desecarlo y extraerle aquella divina salutifera sávia que constituia su vitalidad. ¿Qué pondrán ahora en lugar de ella?

Tiempo es ya de llamar á juicio á los que han empujado á la humanidad, para que declaren qué caminos son esos por donde la han conducido. Las naciones cristianas han dejado destronar á su madre; han visto cargadas de cadenas aquellas manos poderosas y tiernas que empuñaban el cuchillo para vengar todas las injurias de sus hijos, y derramaban el bálsamo que curaba todas sus llagas: han visto arrancarla su corona de flores para empaparla en el ácido del racionalismo hasta que cada hoja ha caido por su lado, se ha perdido, ó se ha marchitado. La filosofía, el despotismo y la anarquía han paseado cautiva ante los hombres hartándola de ignominias é insultos, y luego la han encerrado en un calabozo, que llaman su sepulcro, á cuyas puertas están todos tres de centinela.

Y entre tanto ha dejado ella en el mundo un vacío que no puede ser ocupado por ninguna otra cosa. Tamaña desgracia es llorada no solo por las almas que permanecen

fieles, sino tambien por todas las que no se hallan aun bastante degradadas para no notar que la atmósfera que respiran es mortal desde que falta la Religion en ella; almas que no perdieron por completo el sentimiento de su dignidad é inmortal origen, y suspiran por ser reintegradas en ella; y sobre todo aquellas almas tristes que en vano buscan aquí y acullá un remedio para su abatimiento, una explicacion del estado de disgusto y ansiedad en que se encuentran; que por doquiera no ven sino el vacío y ensangrentado sitio que ocuparon las antiguas creencias, y no quieren ni pueden hallar consuelo, *quia non sunt!*

Pues bien, llegará un día, créolo con toda el alma, día en que la humanidad ha de pedir á gritos que la saquen del espantoso desierto donde la han metido; día en que querrá oír de nuevo los cantos de su cuna, respirar los perfumes de su juventud, acercar los secos labios al pecho de su madre, á fin de gustar una vez siquiera, antes de morir, esa leche tan dulce y tan pura con que la alimentaron en la infancia. Y al choque de tantas almas dolientes caerán hechas pedazos las puertas de la prision de esta madre que saldrá de ella

mas fuerte, hermosa y clemente que nunca. No traerá, es verdad, en el rostro la cándida y fresca belleza de los años juveniles cuando vino al mundo tras el cruento alumbramiento de los primeros siglos; brillará mas bien con la grave y santa hermosura de la mujer fuerte que ha releido la historia de los Mártires y Confesores, y enriquecido sus páginas. Veráse en sus ojos la huella de las lágrimas, y en su frente las arrugas del padecer; pero tanto mas digna de homenajes y adoracion parecerá así á los ojos de aquellos que hayan sufrido como ella.

Y entonces volverá á emprender de nuevo su carrera gloriosa, nueva carrera cuya ruta solo Dios conoce: mas, mientras aguarda á que el mundo la vuelva á pedir que se ponga á la cabeza de los destinos humanos como en otro tiempo, sus hijos fieles saben que cada día pueden recibir de su mano socorros y consuelos infinitos. Por eso, como hijos que son de la luz, no temblarán ante eso que el descreido mundo llama su decadencia; y en medio de las tinieblas acumuladas en derredor de ellos, no se dejarán deslumbrar ni seducir por los falaces metéoros de la tormentosa noche,

Tranquilos y confiados clavarán fijamente su mirada con indestructible esperanza en ese eterno Oriente que jamás cesa de brillar para ellos, y en el cual las generaciones sentadas en la sombra de la muerte descubrirán también algún día el único y sagrado sol presto á inundar con sus vendedoras claridades la ingratitud de los hombres.

Por lo demás, libreme Dios de la ambición de resolver lo que se llama el problema del siglo, y de dar la clave de todas las contradicciones de la inteligencia moderna! Mi corazón no abriga pensamientos de tal magnitud; y aun me atrevo á creer que todos los proyectos de esta clase son radicalmente estériles y nulos. Los sistemas mas vastos y atrevidos que ha dado á luz la humana sabiduría á fin de sustituirlos á la Religión, jamás han podido interesar mas que á los sábios, á los ambiciosos, y, cuando mas, á los dichosos del mundo. Pero la inmensa mayoría del género humano nunca tendrá que ver nada con estas categorías. La gran mayoría de los hombres está entregada al dolor y al sufrimiento no solo físico, sino moral también; pues el dolor es el primer pan del hombre, y su

primera necesidad el consuelo. Ahora bien, ¿cuál de estos sistemas consoló jamás una alma afligida, ni pobló un corazón desierto? ¿cuál de sus doctores ha enseñado nunca á enjugar una lágrima? Desde el origen de los tiempos el Cristianismo es el único que prometió consolar al hombre en las inevitables aflicciones de la vida purificando las inclinaciones del corazón; y el Cristianismo es el único que cumplió su palabra. Los que tratan, pues, de sustituirle con sistemas y filosofías, los que quieran lanzarle del mundo, vean primero cómo lanzan de la tierra el sufrimiento y el dolor.

Tales son los pensamientos de que ha estado animado mi corazón mientras he escrito la vida de Isabel de Hungría, que amó mucho y sufrió mucho, pero que halló en la Religión la purificación de sus afectos y el consuelo de todos sus sufrimientos. Yo ofrezco á mis hermanos en la fe este libro que, tanto por su forma, como por el fondo, es de todo punto extraño al espíritu de la época en que vivimos. Pero la sencillez, la humildad, la caridad cuyas maravillas voy á referir son, como el Dios que las inspira, superiores á todo tiempo y lugar. ¡Dichoso yo si la lectura de este libro in-

funde en el alma de los lectores sencillos ó afligidos un reflejo de las dulces emociones que yo experimenté al escribirlo! ¡Dichoso yo si este libro subiera al trono del Eterno cual humilde chispa de esa vetusta llama católica que no se apagó aun en todos los corazones!

1.º de mayo de 1836, aniversario de la Traslacion de santa Isabel ¹.

¹ Esta traslación se verificó en igual día, seis siglos atrás, esto es, en 1236.

INDICACION

DE

LAS FUENTES HISTÓRICAS

CONSULTADAS PARA ESCRIBIR

LA VIDA DE SANTA ISABEL.

Al poner manos á la obra de este humilde monumento que me propuse levantar en honor de la gloria tan dulce y tan pura de la *amada santa Isabel*, me fue preciso renunciar á todo mérito de invención y creación: el único honor que ambicioné, es el de ser mirado como puntual traductor y compilador fiel de los monumentos de la fe de nuestros padres. Una piadosa exactitud es la única cualidad á que creo tener derecho; y para probarlo, copio á continuación una lista de todas las fuentes históricas que he consultado por espacio de tres años de investigaciones y viajes emprendidos con este exclusivo objeto, y en las cuales puede quienquiera verificar las citas que hago. Si éstas parecen á alguno

muchas y largas, contestaré que me he visto obligado á hacerlas así para justificar lo minucioso y familiar de muchos rasgos y pasajes, de algunos discursos sacados de escritores antiguos, poco conocidos en Francia, contemporáneos ó inmediatamente posteriores á la Santa, cuya rica mina de tradiciones de piedad popular han adoptado y recogido los siguientes sin pararse en la dificultad de si estaban ó no en armonía con la razon ó las costumbres de su época. No se me ha escapado el reparo que pondrán muchos acerca de la gran diferencia entre esta manera de escribir la historia de los Santos y la que está en uso de dos siglos á esta parte, especialmente en Francia; mas, sin violentar mi conciencia y mi fe, no me era posible apartarme del método que he empleado en esta. Á los que crean ver en estas páginas mias la huella de una erudicion exagerada, tendré á gran dicha darles con ellas una débil idea del celo, la paciencia y sobre todo de la conciencia con que los escritores alemanes de nuestros días, sin distincion de religion, trabajan el campo tan fecundo y todavía tan poco explorado de la historia de los siglos cristianos. Respecto de otros lectores á quienes el

carácter poético ó novelesco de algunos pasajes pudiera infundir recelos acerca de mi severa veracidad, no puedo hacer otra cosa mas que remitirme á los autores cuya enumeracion sigue, así como á todos los monumentos sobre la historia de los Santos en general, auténticos y anteriores á la época de las mutilaciones y alteraciones modernas. Al transcribir los anales de nuestra Santa, me he propuesto por regla no añadir cosa alguna, pero tambien el *no suprimir absolutamente nada*; y esta regla la he observado con fidelidad escrupulosa. Puedo declarar de una manera solemne, que cuantos detalles refiero y cuantas palabras atribuyo á los personajes de esta historia, todo ello está textualmente sacado de los monumentos impresos ó manuscritos revestidos, á mi juicio, de autoridad bastante. Á este propósito, séame permitido tomar en boca y aplicarme una expresion del primer biógrafo de la Santa, con la felicidad de poder, á cinco siglos de distancia, hablar con la misma fe y la misma sencillez que él cuando dice: «Tomo por testigos á Dios y á sus santos Angeles de que todo cuanto en este librito se contiene, lo he tomado de las obras de autores apro-

«bados, ó de las relaciones hechas por personas religiosas y veraces á toda prueba. «Confieso por lo demás, que me reconozco «indigno de referir estas maravillosas y sublimes obras de la gracia; deseo y espero «venga otro que, leyendo esta historia, «tenga lástima de ella, y la consagre una «erudición y elocuencia mas dignas que la «mia.»

I.

IMPRESOS.

1.º ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE LA SANTA,
Ó ANTERIORES Á LA REFORMA.

Solamente pongo aquí los títulos de las obras consultadas. Para lo que toca á graduar su valor y á los detalles bibliográficos, véase el trabajo especial que sobre esto se encuentra en la sexta edición de esta obra, página cxvii á cxxxv.

1. *Epistola magistri Conradi de Marburch ad Papam, de vita B. Elisabeth.* Impresa en los *Σύμματα* de Leon Alacio, y en el tomo IX de los *Analecta Hassiaca* de J. P. Kuchenbeker, Marburgo, 1735, segun un manus-

crito de la biblioteca de Upsal en Suecia. (*Ep. Conr. Marb.* ¹).

2. *Libellus de dictis quatuor Ancillarum S. Elisabethae, sive Examen miraculorum et vitae ejus.* Impreso en la coleccion de *Scriptores rerum Saxonicarum* de J. B. Mencken, en folio, Leipsick, 1728, tomo II, pág. 2007. (*Dict. IV Ancill.*).

3. *Haec est forma de statu mortis Lantgraviae de Thuringia,* ex MS. Liesbornensi, apud Martene et Durand, *Collectio amplissima*, etc.— Pars I, pág. 1254-56. (*Mart.*).

4. *Bonaventurae sermo de sancta Elisabeth.* Impreso en sus Obras, edición de Mayenza, 1609, en folio, tomo III, pág. 289 (*San Buenaventura*). El Santo confirma y repite en sus discursos muchos de los pormenores contenidos en la relacion de las cuatro doncellas.

5. *Theodorici Thuringi, ordinis Praedicatorum, libri octo de S. Elisabeth, Andrae regis Hungariorum filia.* Impreso en el *The-saurus monumentorum* de H. Canisius, tomo IV de la edición de 1725, pág. 116-152. Mencken ha publicado suplementos muy

¹ Estos paréntesis contienen las abreviaturas de que me serviré para indicar los autores de los pasajes citados en las notas de esta Historia.

importantes, tomo II, pág. 1987; y tambien Struvius, *Act. litter.*, tomo II, fasc. 1. Hay una traduccion alemana impresa en Erfurt, 1520, pero es muy rara: existe manuscrita en la biblioteca de Cassel con adiciones bastante preciosas. Hay traducciones flamencas en la biblioteca de Borgoña en Bruselas. (*Theod.*).

6. *De sancta Elisabeth*, leyenda de la famosa coleccion de las vidas de los Santos, titulada *Aurea legenda Sanctorum quae lombardica hystoria nominatur, compilata per fratrem Jacobum de Voragine*, tantas veces impresa en el siglo XV. (*Leg. Aur.*).

7. *Volgarizzamento della vita di santa Elisabetta di Ungheria: testo antico toscano ora per la prima volta stampata*. Módena, 1848.

8. *Auctor Rhythmicus de vita S. Elisabethae, landgraviae Thuringiae, è codice biblicae Saxe-Gothan*. Apud Mencken, *Script. Rer. Saxonicae.*, tomo II, pág. 2034. (*Vit. Rhyt.*).

9. *Monachi Isenacensis vulgo Johannis Rothe, Chronicon Thuringiae vernaculum*. Apud Mencken, *Script. Rer. Saxonicae*. tomo II, páginas 1633-1824. (*Rothe*).

10. *Legende von sant Elsebetenn*, en la

gran leyenda llamada *Passional*, impresa por *Knoblauch* en Estrasburgo en 1517 en fólío. (*Passional*).

11. *Sermo de sancta Elisabeth* en el *The-saurus novus de Sanctis*. Nurnberg, 1487, *Serm. CLV*.

12. *Pomerium sermonum de sanctis hyemales et estivales, editi per fratrem Pelbartum de Temeswar, divi ordinis sancti Francisci*. Al fin del libro se lee: *Impressi ac diligenter emendati expensis circumspecti viri archibibliopolae Joannis Rynman de Oringaw: in officina industrii Henrici Gran. Finiunt feliciter anno salutis nostrae mille quingentesimo quindecimo, mense octobri*: en fólío á dos columnas. — Pray cita otra edicion de Haguenau, 1501.

13. *Vita illustris ac divae Elisabeth, regis Hungarorum filiae, conscripta stilo elegantissimo opera Christi Sacerdotis Jacobi Montani Spirensis*, inserta en la gran coleccion de Surio, titulada: *De probatis Sanctorum historiis, etc.*, tomo VI, *Coloniae Agrippae*, 1581.

14. *Annales de Hainaut*, par Jean Lefevre, obra publicada á continuacion de la *Histoire de Hainaut* par Jacques de Guyse, segun los manuscritos de la biblioteca Real,

por el Marqués de Fortia de Urban en 1834 y 35. (*Jean Lefèvre*).

2.º ESCRITORES POSTERIORES Á LA REFORMA.

A. CATÓLICOS.

15. *Sermo de sancta Elisabeth vidua*, ap. *Sermones Jodoci Clichtoyei Neoportuensis*, etc. Paris, 1534, in 4.º

16. *Antonii Bonfinii Rerum Ungaricarum Decades quatuor, cum dimidio*. Francof., 1581.

17. *Annales Minorum, seu trium ordinum à S. Francisco institutorum*, à R. P. Luca Waddingo *Hiberno*, etc. Segunda edicion; Roma, 1732, en folio, tomos I y II. (*Wadding*).

18. *Iustus Lipsius, Diva virgo Hallensis*. Opera, tomo II, pág. 808.

19. *Bavaria sancta, descripta à Matthæo Radero, de societate Iesu*. Monaci, 1615. (*Rader*).

20. *Corat verhael van hel leven der heyiligen van S. Franciscus oorden met haer leven-de figuren, wt diversche historie schryvers genomen deur den E. P. Broeder Cornelius Tielmans, guardiaen van der Minderbroede-*

ren binnen Aken. s' Hertogen-Bosch. Schef-fer, 1620, in 8.º goth., fig., 257 pl., sin los prefacios y aprobaciones.

21. *La vie de sainte Elisabeth, fille du roi de Hongrie, duchesse de Thuringe, première religieuse du tiers-Ordre de Saint-François, recueillie par le R. P. Apollinaire; revue, corrigée et augmentée par le R. P. Jean-Marie, du même ordre*. Paris, 1660 (*P. Apoll.*).

22. *La vie de sainte Elisabeth, etc.*, par le P. Archange, *religieux pénitent du troisième ordre de Saint-François*. Paris, 1692. (*P. Arch.*).

23. *Auserlesenes hystory Buch... von den lieben Gottes heiligen*, etc. (Libro de historias selectas acerca de los Santos de Dios) por el P. Martin de Kochem, del Orden de Capuchinos. Ausburgo, 1732. (Primera edicion, 1692). (*Kochem*).

24. *Histoire des Ordres monastiques*, par le P. Helyot. Paris, 1718, tomo VII, páginas 287-293.

25. *Vita S. Elisabethae viduae, landgraviae Thuringiae, ducis Saxoniae, Hassiae principis et comitis Palatinae, nec non D. Margaritae virginis, quarum illa Andrae et haec Belae IV Hungariae regum filiae erat*, MSS. codicibus erudita, ac praevis dis-

sertationibus illustrata, studio Georgii Pray, S. J. sacerdotis. Tynnaviae, 1770.

26. *Die legende der H. Elisabeth*, von Johann Graf Mailath, en el Anuario de la historia nacional publicado por Hormayr, año 1822.

B. PROTESTANTES.

27. *Adami Ursini Molybergensis chronicon Thuringiae vernaculum*, apud Menckennij, *Scriptor. Rerum saxonicae*. tomo III. (Ad Ursin.).

28. *Diva Elisabetha magnifice coronata; Christliche Ehrengedächtniss der H. Elisabeth, in zwei Predigten von J. B. Happel* (cura luterano del Orden Teutónico). Marburgo, 1645. (Happel).

29. *Georg. Michel Pfefferkorn. Auserlesene Geschichte von der berühmten Landgrafschaft Thuringen*, etc., 1684.

30. *J. J. Winkelman, Beschreibung der Fürstenthümer Hessen*, etc. (Descripción histórica de Hesse). Bremen, 1698, in fol. (Winkelm.).

La sexta parte de esta excelente obra contiene la historia del duque Luis y de santa Isabel, en la forma en que llegó á hacerse nacional en estas comarcas; está allí

referida con tal ingenuidad, con tan menudas circunstancias, y con tal simpatía que, despues de las fuentes primitivas, pocas versiones habrá mas útiles para la consulta. Su autor cita á cada paso un manuscrito titulado: *Thesaurus antiquitatum Thuringicarum*, escrito en 1553 por Enrique Cro-lachius, y que todavía en 1696 se conservaba. Yo hice en vano muchos esfuerzos por encontrarle en las actuales bibliotecas de Hesse y Turingia.

31. *Chr. Fron. Paullini Historia Eisenacensis*, etc. Francfort, 1698.

32. *Andreas Toppius. Historia der stad Eisenach, verfasset* 1660.

33. *Joh. Mich. Koch. Historische Erzählung von dem Schloss Wartburg ob Eisenach*, etc.: 1770.

34. *Das im Jahr 1708 lebende und schwebende Eisenach*, von Johann Limperg: 1709.

35. *Bina sanctarum Elisabetharum* (la de Schaengau muerta en 1056 y la nuestra), *veluti illustrissimarum saec. XI et XII, testium veritatis evangelicae in Hassia memoria monumentis et nummis declarata*, à J. A. Liebknecht, etc. Giesse, 1729.

36. *J. H. von Falckenstein. Turingische chronik*, 3 vol. Erfurt, 1738.

37. J. G. A. Galletti, *Geschichte Thüringens*, Gotha, 1783.

38. *Thüringische Geschichte aus Sagittarius hinterlassenen Papieren*, etc.: 1787.

39. *Elisabeth die heilige, Lanagräfin von Thüringen und Hessen*, etc., von Dr. Karl Wilhelm Justi. Primera edición, Zurich, 1797; segunda edición. Marburgo, 1835. (Justi).

Debo un tributo de sincero reconocimiento al Dr. Justi, superintendente (obispo) de la iglesia luterana de Marburgo, cuyos escritos y sabia conversacion me han suministrado las primeras noticias y datos acerca de la historia de nuestra Santa, y que ha consagrado una gran parte de su vida á poner en evidencia las virtudes y gloria de Isabel.

40. J. C. S. Thon, *Schloss Wartburg*, etc., cuarta edición. Eisenach, 1826.

Importante para la historia y topografía de los lugares en que vivió la Santa.

41. *Historia genealógica de la casa de Hesse* por el baron de Turkheim. Estrasburgo, 1819.

42. *Geschichte von Hessen*, von Christoph Rommel: 1820. Resumen bastante superficial, excepto acerca de Conrado de Marburgo.

43. *Geschichte der Hohenstaufen und ihrer Zeit* (Historia de los emperadores de la casa de Hohenstaufen y de su época), por Federico de Raumer.

II.

MANUSCRITOS.

1. *Das Leben des edeln tuginthafte lanthgraven Ludewigis der de was elich gemahel unde wert der heiligen hochgebornen Frouwin Elizabeth... das beschrebin hat er Berlt sin cappellan der yme heymelich gewest ist von joggent bis yn synen tod.* (Vida del noble y virtuoso landgrave Luis, que era esposo legitimo y señor de la santa y nobilísima señora Isabel; escrita por su capellan Bertoldo, quien le trató con intimidación desde su juventud hasta que murió). Manuscrito alemán doble de la biblioteca de Gotha, n.º 53. Hay otro ejemplar en la de Cassel. (Berthold. Ms.).

Esta biografía, infinitamente preciosa por el carácter de su autor que presencié la mayor parte de los hechos que refiere, toma naturalmente el primer puesto entre las fuentes de mi historia. En todo lo con-

cerniente al duque Luis y á la vida conyugal de Isabel, ofrece esta narracion las mismas garantías de autenticidad y exactitud que las declaraciones de las cuatro doncellas en lo tocante á la época de la viudez de la Santa. Abundan en ella los diálogos, mas que en ninguna otra; y evidentemente fue conocida y copiada por Teodorico, aunque nunca la cite. Es sorprendente el que nunca se haya impreso un manuscrito tan precioso; y se cree que este Bertoldo, que acompañó al Duque á la cruzada, era monje del monasterio de Reinhartsbrunn, del cual habla con muchísima frecuencia.

2. *Vita S. Elisabethae landgraviae, à fratre Caesario, sacerdote in monasterio vallis Sancti Petri.* Este precioso documento, debido á un escritor célebre del Orden del Cister, conocido por *Caesarius Heisterbacensis*, y que murió en 1237, seis años despues que la Santa, se halla indicado de una manera muy superficial por Leibnitz, *Introd. in Script. rer. Brunsv.*, tomo II, pág. 45. Justi dice en su última edicion, que nunca pudo certificarse de su existencia: yo le he hallado entre los materiales que los Bolandistas tienen reunidos para la continuacion del *Acta Sanctorum* y se ha-

llan depositados hoy en la biblioteca de Borgoña, en Bruselas.

3. *Der lieben frowen sant Elysabeten der langrefin leben.* (Vida de la amada señora santa Isabel la duquesa). Manuscrito alemán, núm. CV, de la célebre biblioteca palatina de Heidelberg, remitido á Roma por el duque Maximiliano de Baviera en 1622, y restituido á Heidelberg en 1815. (*Cod. Pal. Heid.*).

Estoy convencido de que este manuscrito no es otra cosa que la traduccion del manuscrito latino tantas veces citado por Wadding en sus *Annales Minorum* como obra de un franciscano contemporáneo, á quien califica así en el tomo II, pág. 217: *Anonymus coevius qui se vidisse vel ab aliis certa fide accepisse, quae de sancta femina scripsit, testatur.* Este manuscrito latino existia en Lovaina en tiempo de Wadding; todas las mas eficaces diligencias que he practicado á fin de dar con él en las bibliotecas de esta ciudad, han sido inútiles.

4. *Cy encomence la vie de sainte Elisabeth, fille au roi de Hongrie.* Manuscrito n.º 7633 de la biblioteca Real de París, escritura del siglo XIV. (*Rutebeuf*).

Es una historia de nuestra Santa, escrita

en verso francés por el célebre romancero Rutebeuf, uno de los poetas mas fecundos de nuestra antigua literatura, que floreció en la segunda mitad del siglo XIII y murió en 1310. El autor se nombra á sí mismo en los versos siguientes:

Dont Rutebeuf a fait la rime.
Ce Rutebeuf rudement rime,
Et sa rudesse en sa rime a...

Dice que fue requerido por micer Erardo para que compusiera este poema,

Et toute traire
De latin en rime francoise,

en honor de la reina Isabel, esposa del rey Tibaldo de Navarra. La Santa es siempre llamada allí *Isabel*. Luego dice:

Ceste estoire
Qui est venue de Hongrie,
Si est le proces et la vie
D'une dame que ihesu Criz
Aima tant (ce dit li est escrit),
Qu'il l'apela à son servize.
De lei lit on en sainte église;
Si com hon tient le lit Abel,
Doit on tenir sainte Ysabel
A sainte, à sage et à senée.
Vers Dieu ce fut si asenee,
Que toz i fu ses cuers entiers,
Et sa tendue et ses mestiers¹...

¹ Posteriormente este poema ha sido impreso

5. *Chi commenche de sainte Yzabel*. Manuscrito del siglo XIII de la biblioteca del Rey, en Paris, etc. (*Le moine Robert*).

Es tambien un poema francés en honor de santa Isabel por un autor contemporáneo (como se echa de ver por sola la escritura del libro), y que se nombra en el último verso de la obra, que dice:

Frere Robert de Camblinmuel.

6. *Sente Elsebet Leben*. Poema alemán de los archivos de Darmstadt, de 221 páginas, letra del siglo XIV, pero de un lenguaje que parece remontarse hasta el XIII. Una buena porción de este poema ha sido impresa y publicada en la colección que con el nombre de *Diutiska* ha dado á luz el profesor de Berlin *Graff*. (*Cod. Darmst.*).

7. *Von sente Elysbethen*. Poema alemán, en una gran leyenda rimada de la biblioteca de Estrasburgo, escrita en pergamino y letra del siglo XIV. (*Cod. Argent.*)

La vida de nuestra Santa ocupa las fojas 179 á 203 de este volumen en folio.

8. *Von sente Elsebethen*. Leyenda en prosa de la Santa, inserta en la colección mayor de Aquiles Jubinal en su edición completa de las Obras de Rutebeuf.

nuscrita de Hermann de Fritzlar, intitulada: *Leben der Heiligen Prädigten*, y fechada en 1345 y 1349; en la biblioteca palatina de Heidelberg, núm. CXIII y CXIV. (*Herm. Fritz.*).

9. *Vita beatae Elizabeth*. Manuscrito de la biblioteca del Vaticano, núm. 4401, ff. 20 á 27, en pergamino, armas de Borghese en la encuadernacion, letra del siglo XIV. (*Cod. Vatic.*).

10. *Vita S. Elisabethae Hungariae reginae*. Manuscrito de la biblioteca Laurenciana de Florencia, indicado por Montfaucon, *Bibliot. manusc.*, núm. 292. (*Cod. Flor.*).

11. *Legende der H. Elisabeth und St. Gertraud ir muller* en la *Crónica* manuscrita, llamada de *Andechs* en la biblioteca de Munich, *Cod. Germ.* 218.

12. *Historia ecclesiastica Isenacensis*, per M. Nicolaum Rebhahn, fecha en 1621; biblioteca del gimnasio de Eisenach.

13. Joh. Waldschmidt, *Commentatio succincta de vita et factis M. Conradi de Marburg, confessoris divae Elisabethae*, etc. Coleccion de piezas manuscritas en latin del siglo XVI en la biblioteca de Cassel. (*Hassiaca*, fol. núm. 112).

14. *Leben Mag. Conradi von Marburg*,

par J. N. Schminkius, biblioteca de Cassel. (*Hass. 4.º*, núm. 136).

15. Entre los materiales y documentos manuscritos reunidos por los Jesuitas de Amberes, llamados Bolandistas, para continuar la coleccion, llamada *Acta Sanctorum*, y que en la actualidad se encuentran ya coordinados y bien encuadernados por órden de fechas en la biblioteca de Borgoña en Bruselas, los relativos á santa Isabel ocupan los dos tercios del volumen en sólo consagrado á los Santos de noviembre. Hé aquí su enumeracion completa debida á la escrupulosa diligencia de Mr. Stædler. (*MS. Bolland. Brux.*):

1.º Copia de la declaracion de las cuatro doncellas.

2.º Nota sobre fundaciones en la catedral de Cambrai, atribuidas á la Santa.

3.º Narracion latina anónima del *milagro de los vestidos*, referido en el capítulo XI de mi obra.

4.º Vida de la Santa en latin y en tres partes, remitida desde Munstereiffel, que el P. Gamans equivocó algun tiempo con la de Cesario; no siendo mas que una refundicion en latin clásico de las fuentes antiguas.

5.º Vida de la Santa, en latin, y extractada de un MS. de la biblioteca de Lovaina, escrita en 1320; reproduccion enfática y difusa de Teodorico y las cuatro doncellas, dividida en dos libros; el primero comprende la vida, y el segundo los milagros.

6.º Suplementos á la Vida escrita por Teodorico: los mismos que imprimieron Mencken y Struve.

7.º Muchos capítulos sobre las instrucciones dadas por un Ángel á la Santa, enviados por el P. Gamans en 1641.

8. Vida de la Santa por Cesario Heisterbacense: véase mas arriba el núm. 2.º de esta division.

9.º *Brevis vita S. Elisabethae Thuringiae*, sin importancia.

10. Carta de Conrado al Papa, seguida de la enumeracion de los milagros, en la forma en que mas tarde fue impresa.

11. Correspondencia de los PP. Kritgradt y Willeman, misioneros de Alemania, con los PP. Bolando y Papebroch de Amberes, sobre los diferentes manuscritos y monumentos referentes á la Santa que existian en Wetzlar, Aldenberg y Hemsberg, etc., en 1642, 1697 y 1698.

12. Diversas leyendas, himnos, prosas y

homilias acerca de la Santa, sacadas de Brevariarios antiguos, Misales, etc. En el apéndice reproduciré algunas de estas cosas.

13. Nota sobre el lugar de la sepultura de la duquesa Sofia de Brabante, hija de la Santa.

14. Descripcion de la medalla de la Santa, publicada por Reyher en sus *Monumenta Landgraviorum Thuringiae*. Gotha, 1692.

15. *Revelationes beatae Mariae factae beatae Elisabeth, filiae regis Hungariae*. Este es uno de los monumentos mas preciosos de nuestra historia, y fue enviado de un monasterio de Alemania, cuyo nombre no he podido descifrar.

16. Vida de la Santa por Teodorico con algunas variantes de la version impresa por Canisio y preciosas adiciones, copiada segun un libro de coro de la iglesia de Santa Maria de Wetzlar, y remitida por el padre Wilman en 1696.

No me pareció del caso incluir en esta enumeracion todas las crónicas latinas y alemanas, ni todas las vidas de santos, mas ó menos latas, en que se hace relacion á santa Isabel, y que yo he consultado: su número es grandísimo. El minimita P. Giry, en su *Vida de los Santos* publicada en el siglo

XVII, decia que de esta vida habian escrito mas de cien autores: sin temeridad se puede asegurar hoy que llegan á trescientos.

Pero hay algunas obras especialmente consagradas á nuestra Santa, y que á pesar de mis esfuerzos no he podido ver en ninguna parte. Tales son principalmente:

1.º El manuscrito latino del franciscano contemporáneo, citado por Wadding como de Lovaina. (Véase mas arriba núm. 14 de los impresos y 3.º de los manuscritos).

2.º *Thesaurus antiquitatum Thuringicarum* de H. Crolachius, MS. de 1553.

3.º H. Hanckins, *Angli, Soc. Iesu, Historia de S. Elisabetha*, Paris, 1632, in 8.º

4.º En fin, Enrique de Gante, apellidado el Doctor Solemne, en su libro intitulado: *Catalogus virorum illustrium*, escrito en el siglo XIII para servir de suplemento al Catálogo de escritores eclesiásticos de san Jerónimo, continuado por Sigisberto de Gemblours, dice á propósito de Gerardo, monje de San Quintín en Lila: «Scripsit plurima miracula, quae B. Elisabeth de Turingiae, post mortem suam dicitur fuisse operata.» Citado por Mr. Huet en sus excelentes *Recherches sur la vie et la doctrine de Henri de Gand*, 1838, pág. 196.

HISTORIA

DE

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALDE BIBLIOTECAS



XVII, decia que de esta vida habian escrito mas de cien autores: sin temeridad se puede asegurar hoy que llegan á trescientos.

Pero hay algunas obras especialmente consagradas á nuestra Santa, y que á pesar de mis esfuerzos no he podido ver en ninguna parte. Tales son principalmente:

1.º El manuscrito latino del franciscano contemporáneo, citado por Wadding como de Lovaina. (Véase mas arriba núm. 14 de los impresos y 3.º de los manuscritos).

2.º *Thesaurus antiquitatum Thuringicarum* de H. Crolachius, MS. de 1553.

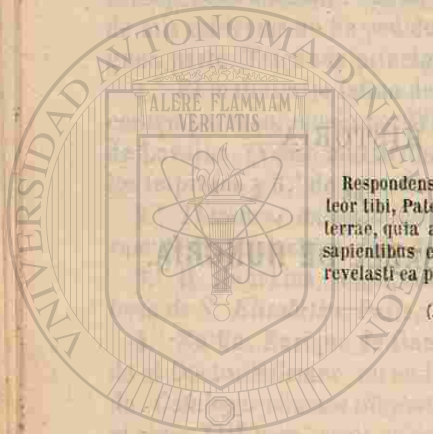
3.º H. Hanckins, *Angli, Soc. Iesu, Historia de S. Elisabetha*, Paris, 1632, in 8.º

4.º En fin, Enrique de Gante, apellidado el Doctor Solemne, en su libro intitulado: *Catalogus virorum illustrium*, escrito en el siglo XIII para servir de suplemento al Catálogo de escritores eclesiásticos de san Jerónimo, continuado por Sigisberto de Gemblours, dice á propósito de Gerardo, monje de San Quintín en Lila: «Scripsit plurima miracula, quae B. Elisabeth de Turingiae, post mortem suam dicitur fuisse operata.» Citado por Mr. Huet en sus excelentes *Recherches sur la vie et la doctrine de Henri de Gand*, 1838, pág. 196.

HISTORIA

DE

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.



Respondens Jesus dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.

(Matth. xi, 25).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NIVE

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO I.

De como el duque Hermann reinaba en Turingia y el rey Andrés en Hungría, y de como nació la AMADA¹ santa Isabel y fue llevada á Eisenach.

Quasi stella matutina in medio nebulae. (Eccli. I, 6).

Hija fue Isabel de un noble rey, y fue de noble familia; pero muy mas noble por la fe y la religion; y á su ascendencia ilustre ennoblecíó ella por el ejemplo, ilustróla con milagros, y la hermoseó por gracia de santidad. (Ann. de Hainaut por Juan Lefèvre, l. XLVI).

Entre los príncipes que reinaban en Alemania á principios del siglo XIII, no se contaba otro ni mas poderoso ni mas afamado que Hermann, *landgrave*² de Turingia y de Hesse y conde palatino de Sajonia.

¹ De esta ingénua calificación se sirven los antiguos escritores alemanes siempre que nombran á nuestra Heroína.

² Este título aleman, traducido literalmente, significa conde ó duque del país.

El valor y talento, heredados de su ilustre padre Luis el *Ferrado*, uno de los príncipes mas notables de la edad media; la especial proteccion del papa Inocencio III; los vínculos de estrecho parentesco que le unian con el emperador Federico Barbaroja, de quien era sobrino, así como con el rey Otocar de Bohemia, y las casas de Sajonia, Baviera y Austria; la posicion de sus vastos domínios enclavados en el centro de la Alemania desde el Lahn hasta el Elba; todas estas cosas reunidas le daban una importancia política extraordinaria. Si bien no pertenecía al número de los siete electores del santo Imperio romano, era no obstante su influencia la que determinaba la eleccion del candidato, mirándose la alianza con Hermann como la señal segura del éxito feliz para el pretendiente de la corona imperial favorecido con ella. Así fue como mas de una vez quedó árbitro de los destinos del Imperio. «Cuando se encuen-
tra un rey ó muy corto ó muy largo, dice
«un poema de la época, ó poco al caso pa-
«ra regocijar al país, el señor de Turingia
«le quita su corona y la da á quien le place.»
A él es á quien principalmente debió su eleccion en 1211 el emperador Federico II.

Respetaba la Alemania á este Príncipe, no solamente por su poder, sino aun mas por su generosidad sin límites, su instruccion y su profunda piedad. Nunca le avino acostarse sin haber leído por sí mismo ó mandándose leer algun capítulo de la Escritura. Educado cuando jóven en París, santuario supremo entonces de las ciencias sacras y profanas, Hermann habia traído de allá un amor á la poesia tan vivo y ardiente, que durante su reinado hizo formar esmeradas colecciones de los poemas heróicos de los antiguos germanos, pensionando con este objeto á varios amanuenses ocupados en copiar los cantos de los viejos poetas¹. Viviendo en unos tiempos en que la poesia católica y caballeresca despedía en Alemania sus mas puros resplandores, comprendió el Príncipe toda su inmortal belleza; y si no pudo, á la manera de Enrique VI y una multitud de príncipes y señores de la época, ser contado entre los bardos eróticos, ni oír como ellos sus cánticos, repetidos en los castillos y cabañas, á lo menos ninguno de aquellos señores le excedió en amor á la *gaya ciencia*, y en esplendidez y afecto á los poetas, quienes

¹ *Annales Paulini Isenac*, pág. 30.

eran su habitual compañía y el objeto de su mas esmerada solicitud y cuidado. En cierto modo era su corte la patria de todos ellos, no habiendo él por su parte desmentido esta afición de sus verdes años durante los muchos y borrascosos de su vida y reinado. Pagáronle ellos tan acendrado cariño celebrando á porfía su gloria y bellas cualidades; y así es como encontramos el nombre de este Príncipe en el *Titurel*, el *Parcifical* y todos los monumentos mas populares de la poesía nacional; y así tambien el mas grande poeta de la época dice de él: «Los otros príncipes son clementísimos, «pero ninguno tan generoso... ahora y «siempre... Á nadie mortifica con caprichos. La flor de Turingia brilla al través «de la nieve; su estío y el invierno de su «gloria son dulces y bellos como la primavera¹.»

Aconteció en el año 1206, que hallándose este duque Hermann en su castillo de Wartbourg², sobre la ciudad de Eisenach,

¹ Walther von der Vogelweide.

² Residencia entonces, y por largo tiempo, de los landgraves de Turingia. En 1521, Federico, elector de Sajonia, encerró á Lutero en este castillo para librarle de sus perseguidores; en este en-

reunió en su corte á seis de los mas célebres poetas de la Alemania, á saber: Enrique Schreiber, Walter von der Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Reinhart de Zwetzen, todos cuatro caballeros de antigua alcurnia; Bitterolf, oficial de su casa; y por fin, Enrique de Ofterdingen, simple particular de una familia piadosa de Eisenach¹. Bien pronto estalló una violenta discordia entre los cinco nobles poetas y este último que, como decimos, aunque no de ilustre cuna, les era igual en popularidad y talento. La tradicion acusa á estos envidiosos hasta de haber atentado contra la vida del pobre Enrique, quien cierto dia, acosado y perseguido por los cinco, no pudo escapar de su furor sino refugiándose en el regazo de la duquesa Sofia (dicese que el mismo Duque iba con los perseguidores) y ocultándose entre los pliegues de su capa. Para terminar de una vez tan enconada rivalidad, se convinieron todos en

cierto, que duró un año, se ocupó Lutero en la traduccion de la Biblia. (*Nota del Traductor*).

¹ Mr. de Spann ha tratado, hace algunos años, de apropiarse al Austria el nacimiento y la gloria de este célebre poeta, á quien atribuye la composicion del poema de los *Niebelungen*.

darse un combate público y definitivo delante del Duque y de su corte, hallándose además presente al acto el verdugo con el dogal en la mano para aborcar acto continuo á aquel cuyos cantos fuesen declarados inferiores, mostrando bien de este modo que para ellos la vida y la gloria eran dos cosas inseparables. Aprobada la condición, presidió el Duque el solemne acto que hizo ruido en toda la Alemania, y al cual concurrieron una multitud de señores y caballeros. Los combatientes cantaron uno tras otro y bajo muy variadas formas: en sus versos celebraron á sus príncipes favoritos, los grandes misterios de la Religión, el maridaje legítimo entre el cuerpo y el alma despues de la resurreccion de la carne, la inagotable elemencia de Dios, el poder del arrepentimiento, el imperio de la cruz; y sobre todo, la gloria de María, la muy amada de Dios, nueve veces mas bella que la misericordia á pesar de ser mas hermosa que el sol. Recogidos por los oyentes estos cantos, han llegado hasta nuestros dias con el título de *Certámen de Wartbourg*¹. Todavía hoy forma esta coleccion

¹ En 1830 ha sido publicada esta coleccion por Mr. Etmuller.

uno de los mas importantes monumentos de la literatura germánica, que es al propio tiempo un tesoro de las creencias antiguas y populares, y un irrecusable testimonio del inmenso papel que en la sociedad desempeñaba la poesía, la ciencia y la fe de este siglo. No hubo medio de ponerse los jueces de acuerdo sobre el mérito preferente de los trovadores rivales, y se determinó que Enrique de Osterdingen pasara á la Transilvania en busca del célebre maese Klingsohr, hombre tan consumado en las siete artes liberales, y en particular la astronomía y la nigromancia, que, segun fama, hasta los mismos espíritus obedecian á sus mandatos, y el rey de Hungría le tenia señalados tres mil marcos de plata anuales por premio de sus importantes servicios. Concedióse á Enrique un año de término para cumplir este encargo; el comisionado fue tan exacto, que el dia señalado se presentó á las puertas de Eisenach en compañía del celebrado sábio.

Mientras que toda la aristocracia alemana tenía fijos los ojos en el ruidoso certámen cuya memoria debia pasar hasta la mas remota posteridad, el Señor, siempre celoso por la gloria de sus escogidos, los

había fijado también para convertirlo en una auréola de gloria y poesía popular que adornara la cuna de una de sus más humildes servidoras.

Efectivamente; alojado el sábio Klingsohr en casa del posadero de Eisenach, Enrique Hellgref, á la izquierda de la puerta de San Jorge, bajó la misma noche de su arribo al jardín de la posada, donde se hallaban reunidos muchos señores de Hesse y Turingia, venidos allí expresamente para ver al sábio, así como otras muchas gentes, oficiales de la corte del Príncipe, y honrados vecinos de la ciudad que, según la costumbre de Alemania, observada también en nuestros días, llegaban á aquel sitio á echar el trago de noche. Toda esta lucida concurrencia rodeó al sábio suplicándole les dijese alguna cosa nueva; á cuya petición se levantó de su asiento, y mirando de hito en hito y por largo tiempo las estrellas, dijo luego á su auditorio: «Voy á comunicaros una nueva muy agradable; estoy viendo una hermosa estrella que se levanta en Hungría, que esparce sus rayos hácia Marburgo y alumbra desde allí al mundo entero. Sabed los que me oís, que en esta misma noche ha nacido

«al rey de Hungría, mi señor, una niña que se llamará Isabel; que se casará con el príncipe heredero de esta tierra, y que será Santa con una santidad que llenará á toda la cristiandad de consuelo y regocijo¹.» Oyeron los circunstantes estas nuevas con muestras de grande alegría; y al día siguiente muy de madrugada, los caballeros subieron á Wartbourg á referirlas al Landgrave á quien encontraron encaminándose á la iglesia á oír misa. No quisieron detenerle, y la oyeron todos juntos; pero al salir de la iglesia le refirieron todo lo sucedido con el sábio el día anterior. Sorprendidos quedaron con tales nuevas así el Príncipe como sus cortesanos; y pidiendo aquel al momento su caballo, se dirigió en persona con numerosa y lucida escolta á buscar á maese Klingsohr para traérsele consigo á su palacio. Vino en efecto, y durante su estancia en Wartbourg recibió honores extraordinarios, sobre todo de parte del clero, el cual le trató como á obispo,

¹ Excusado es advertir que veneramos profundamente las decisiones de la Iglesia contra la astrología, y en particular la admirable bula de Sixto V *Coeli et terrae*: únicamente hacemos mención de una tradición inveterada y que reproducen todos los escritores.

segun refiere un contemporáneo. El Landgrave le hizo comer á su mesa, y despues de la comida conversaron juntos largo tiempo. El Príncipe, cuya ansiedad paternal se hallaba ya sobreexcitada con aquellos pronósticos, preguntó al sábio cómo estaban los negocios de Hungría; qué empresas meditaba el Rey; si estaba todavía en paz con los infieles, ó si habia empezado de nuevo la guerra. Á todo satisfizo menudamente Klingsohr; y luego pasó á ocuparse en el famoso certámen, objeto de su venida á Eisenach. Presidió el nuevo combate entablado por los contendientes, y tuvo la destreza, no solo de calmar la fiera animosidad de los rivales de su cliente Enrique, sino de hacer tambien reconocer públicamente la superioridad de su mérito. Concluido todo esto, regresó el sábio á Hungría, é hizo el viaje de vuelta como habia hecho la venida, esto es, en una noche, segun refiere la tradicion popular.

Gobernaba á la sazón la Hungría Andrés II, cuyo reinado era tan agradable á Dios como á los pueblos. De una piedad profunda y sumamente generoso con la Iglesia y los pobres, habia adquirido con estas cualidades una fama superior á la que

le dieran sus expediciones guerreras contra los pueblos infieles situados al rededor de las fronteras. Bajo su reinado fueron descubiertas algunas de las vastas minas de oro que todavía hoy enriquecen á la Hungría; en lo cual el pueblo fiel no dejó de ver una recompensa concedida por Dios á las virtudes del Monarca. Vinieron cierto día los mineros á darle cuenta de que al excavar uno de los flancos de la montaña, habian oido una voz que les gritaba tuviesen ánimo y trabajasen con ardor, porque dentro de esta roca habia encerrada una masa inagotable de oro que Dios destinaba al rey Andrés en recompensa de su piedad y caridad con los pobres. Rogóse el Rey con este favor divino, y aprovechó el nuevo tesoro para fundar iglesias y conventos, y aumentar el número de sus limosnas.

Estaba casado este Rey con Gertrudis de Merania ó de Andechs, la casa quizás mas ilustre del Imperio en esta época. Descendia en línea recta de Carlomagno, y poseia las provincias mas hermosas del Mediodía de Alemania. El padre de Gertrudis, Bertoldo IV, era duque de Meran y de Carintia, margrave de Istria y soberano del Tirol. Su padre Bertoldo III habia rehusado

en 1198 la corona imperial que le ofrecian por unanimidad de votos todos los principes. Una de sus hermanas, Heduwigis, que mas adelante fue canonizada, era duquesa de Silesia y Polonia; otra de ellas, Inés, célebre por su hermosura y sus desdichas, fue esposa del rey de Francia Felipe Augusto. Rivalizaba Gertrudis en piedad y celo con su marido; y dotada de esforzado corazon y ánimo varonil, como lo dicen los historiadores, era tambien el modelo de las esposas tiernas y enamoradas.

En el año 1207, en el dia y hora pronosticados por Klingsohr en Eisenach, la reina Gertrudis dió á luz una niña ¹, á quien se puso en las fuentes bautismales el nombre de *Elisabeth* ². Celebróse su bautismo con inaudita magnificencia: la recién nacida fue conducida á la iglesia bajo un pálido lo mas hermoso y rico que pudo encontrarse en Buda, que á la razon era una de las principales factorías del lujo oriental.

Ya desde la cuna dió esta niña feliz se-

¹ En Presburgo segun los alemanes; pero segun los húngaros, fue en Saros-Patak, condado de Zemplin.

² Hoy en castellano está cambiado este nombre con el de Isabel. Segun la etimología hebrea de este nombre, significa *llena ó saturada de Dios*.

ñales inequívocas del sublime destino que Dios la reservaba: los nombres consagrados por la Religion fueron las primeras palabras que llamaron su atencion y trató de pronunciar su lengua; y en cuanto se soltó á hablar, en mucho tiempo sus labios no pronunciaron sino oraciones. Prestaba una atencion sorprendente á los primeros rudimentos de la fe, á pesar de que seguramente una luz interior la iluminaba ya para conocer estas santas verdades. Á la edad de tres años, segun cuentan los historiadores, se manifestaba compasiva con los pobres, y dábase trazas de socorrerlos con limosnas. Así en esta vida de la cuna se hallaba como el germen de toda aquella vida, cuyo primer acto era una limosna y la primera palabra una plegaria: echábase de ver que desde entonces estaba admitida por Dios esta niña para poseer aquellas gracias que mas tarde debia derramar con tal abundancia sobre la tierra. No bien nace Isabel, cuando cesan como por encanto las guerras en que estaba empeñada la Hungría; y hasta las discordias interiores del reino se calman al propio tiempo. Esta tranquilidad de la vida pública se hace sentir tambien en la vida privada; son ya menos frecuen-

tes las infracciones de la ley divina, los excesos, las blasfemias: el rey Andrés ve colmados todos los deseos y votos que puede formar el corazón de un rey cristiano. Las gentes piadosas y sencillas de corazón hicieron observar la coincidencia de tan súbita prosperidad y feliz cambio en las cosas con el nacimiento de una niña de virtud tan precoz é ilustre; y cuando mas adelante se vió completamente realizado lo que en tan tiernos años prometia, los húngaros se complacian en recordar que nunca niño de régia estirpe habia atraído á su patria mayor número de gracias y prosperidades.

Entre tanto no omitia diligencia el duque Hermann para averiguar si se habia cumplido la prediccion de Klingsohr, y si efectivamente habia nacido en Hungría una princesa el dia designado por el sábio. Y cuando supo que no solo era cierto el nacimiento, sino que la princesita era un prodigio de piedad prematura y visiblemente origen de mil favores del cielo para su país, concibió el mas vehemente deseo de ver cumplirse por entero el pronóstico, desposando á su jóven hijo con la princesa Isabel. Los viajeros que de vez en cuando lle-

gaban de aquellas comarcas, no mas aisladas entonces que hoy del resto de la Europa, le daban con frecuencia noticias de la hija del rey Andrés. Particularmente cierto dia, un monje recién llegado de Hungría refirió al Duque que, hallándose ciego habia cuatro años, quedó repentinamente curado al simple contacto de la jóven Princesa. «Toda Hungría, dijo el religioso al Duque, se regocija por causa de esta niña que ha traído la paz consigo.»

No fue menester mas para que Hermann decidiese enviar al Rey de Hungría una embajada compuesta de señores y nobles damás, á fin de pedirle solemnemente la mano de Isabel para su hijo Luis y traer la Princesa consigo, si fuera posible, á la Turingia. Eligió para esta embajada al conde Reinhardo de Muhlberg, Gauthier de Varila, su copero, y á madama Berta, viuda de Egilolf de Beindeliben, que al decir de los cronistas era conocida por su sabiduría y su modestia, no menos que por su piedad y reputacion sin tacha. Dióse á esta señora por acompañamiento dos doncellas nobles y dos escuderos. Los embajadores llevaban un séquito de unos treinta jinetes; y era de ver como durante el camino eran aco-

gidos por los príncipes y prelados cuyas tierras atravesaban, con la distincion debida á su rango personal, y al príncipe de quien eran enviados. Habiendo llegado la comitiva con toda felicidad á Presburgo, recibió una hospitalidad régia y todo género de obsequios, entre ellos la celebracion de un sinnúmero de misas desde el día siguiente de su arribo.

Habiendo manifestado al Rey el objeto de su venida, éste reunió un Consejo para tratar de la demanda del duque de Turingia. Klingsohr la apoyó con calor: en un discurso, que puede servir de cuadro del estado de la Turingia en esta época, ponderó largamente las riquezas y poder de Hermann; enumeró los doce condes que eran vasallos suyos, sin contar los barones y caballeros; las buenas fortalezas que defendian el país; hizo ver cuánto éste le habia agradado por lo fértil y bien cultivado, la multitud de hermosos bosques y estanques abundantes en pescado, y lo bien que allí lo pasaba el pueblo, que bebia rica cerveza y comia abundante pan blanco. Pasó luego á encomiar el carácter personal del Duque, añadiendo que, á su parecer, el hijo del Landgrave reunia todas las cuali-

dades que podian exigirse á su edad. También la reina Gertrudis apoyó la peticion del Duque hablando en el mismo sentido que Klingsohr; tanto que el Rey, cediendo á sus razones é influencia, vino en separarse de su querida hija. Pero quiso que antes de la partida se celebrase en su honor una fiesta con brillantes regocijos, á la cual convidó á todos los señores y damas de su corte: los juegos, bailes, músicas, y sobre todo los cantos de los trovadores duraron tres dias consecutivos; al cabo de los cuales, los embajadores del Duque pasaron á despedirse del Rey. Éste les entregó entonces la pequeña Isabel que solo tenia cuatro años, envuelta en un cobertor de seda bordado de oro y plata; y metiéndola en una cuna de oro macizo, la puso en manos de los embajadores. El Rey, dirigiéndose al señor de Varila, le dijo: «Confío á «tu honor mi consolacion suprema.» Á lo cual contestó el caballero: «Yo la tomo bajo mi guarda muy de mi grado, y la seré «fiel hasta la muerte.» Y el caballero mantuvo su palabra como veremos en el curso de esta historia.

Antes de salir de Presburgo los embajadores recibieron del Rey presentes de va-

lor infinito, así para ellos como para el Duque, en calidad de dote de la Princesa. La minuciosa descripción que de estos regalos hacen las crónicas del tiempo, diciendo textualmente que jamás se vió en Turingia cosa mas rica ni de igual hermosura ¹, hace inferir que estos desposorios señalan la introducción en Alemania de un nuevo desarrollo de la industria y del lujo de Oriente que, en tan remota época, no puede carecer de importancia para la historia del arte y de la industria germánica ². Añadió la Reina por su parte mil marcos de plata, con la promesa de doblar esta suma de su bolsillo particular, si no se lo estorbara la muerte.

Por fin partieron los enviados; pero su tren se había aumentado tanto, que en lugar de los dos carruajes que habían traído, hubieron de emplear hasta trece. En la comitiva se contaban trece doncellas nobles, confiadas por el Rey á la embajada para compañeras de Isabel, que el duque Hermann dotó y casó en Turingia.

El regreso fue feliz. Desde que el duque Hermann y la duquesa Sofía tuvieron noti-

¹ *Cod. Darmst.; Vita Rhyt. § VIII, cod. Palat. Heid. cv.*

² *Theod. l. c. Vita Rhyt. l. c.*

cia del éxito de la embajada, y de que la comitiva se hallaba ya cerca, ambos se hincaron de rodillas y dieron gracias á Dios que había oído sus votos. Luego bajaron de Wartbourg á Eisenach para la recepción de los enviados, á quienes Dios había inspirado tan bien en el cumplimiento de su encargo. Tenia á los Duques medio locos la alegría de haber obtenido la jóven Duquesita, segun cuenta uno de los cronistas oficiales de la corte. La comitiva se alojó por disposición de los Duques en la posada de Hellgref, aquella posada donde había pronunciado Klingsobr su profecía, y que era la mejor de aquel tiempo. Allí tomó el Landgrave entre sus brazos á la Princesita; la apretó contra su pecho, y de nuevo dió gracias á Dios por habérsela otorgado: luego subió á Wartbourg para preparar el alojamiento, y la duquesa Sofía pasó la noche entera junto á la niña Isabel. Al día siguiente de madrugada la llevó al castillo, donde el Duque aguardaba en medio de su corte reunida y de una gran concurrencia de gente principal y distinguida, á quienes había invitado para que contemplasen la niña preciosa que Dios y el Rey de Hungría le enviaban.

Celebráronse con gran pompa los desposorios de la Princesa, que tenia entonces cuatro años, con el duque Luis que contaba once: y luego, á imitacion de lo hecho en Presburgo, hubo grandes banquetes, bailes y suntuosas fiestas, en las cuales la poesía, que era la gran gala de la corte de Turingia, lució con su brillo acostumbrado.

Á contar desde este día, Isabel no se separó nunca del que mas tarde debia ser su esposo y á quien desde este momento llamó su hermano. Tierna y saludable costumbre de las edades y familias católicas, esta educacion dada en comun á aquellos cuya vida debia ser tambien comun algun día y para siempre; inspiracion bienhechora que confundia en el corazón del hombre el puro nombre de hermana con el sacro nombre de esposa; que, utilizándolo todo en la vida, hacia resluir las frescas y fugitivas emociones de la vida en pró de los graves y duraderos deberes del matrimonio, que se apoderaba para calmar y santificar el corazón de sus propios ardores é impetus, envolviendo así en los lazos de un mismo y solo amor cuanto de mas íntimo y puro tiene la vida, los recuerdos mas dulces y las afecciones mas santas.

CAPÍTULO II.

De cómo honraba á Dios la niña santa Isabel.

Elegit eam Deus et praelegit.
(Ecclesia).

V ans avoit d'age droit
Sainte Ysabiaux la Dieu aimée,
La fille le roi de Hongrie,
Quant a bien faire commensa.
(Rutebeuf, Mss. bib. Roy. 1633).

Del seno mismo de la familia, que por disposicion de la Providencia se veia privada de la pequeñuela Isabel, nacieron dos causas que contribuyeron desde muy temprano á desarrollar en aquella tierna alma las preciosas disposiciones que ostentó desde la cuna. En primer lugar, Isabel habia visto en su tia materna Heduwigis la union de todas las virtudes cristianas con la majestad soberana; aquella Duquesa de Polonia, que mas tarde colocó la Iglesia en el catálogo de los Santos, y cuya rigida piedad era ya un título de gloria para su familia, se presentaba á los ojos de Isabel como un modelo de edificacion que la preciosa niña supo comprender é imitar.

Celebráronse con gran pompa los desposorios de la Princesa, que tenia entonces cuatro años, con el duque Luis que contaba once: y luego, á imitacion de lo hecho en Presburgo, hubo grandes banquetes, bailes y suntuosas fiestas, en las cuales la poesía, que era la gran gala de la corte de Turingia, lució con su brillo acostumbrado.

Á contar desde este día, Isabel no se separó nunca del que mas tarde debia ser su esposo y á quien desde este momento llamó su hermano. Tierna y saludable costumbre de las edades y familias católicas, esta educacion dada en comun á aquellos cuya vida debia ser tambien comun algun día y para siempre; inspiracion bienhechora que confundia en el corazón del hombre el puro nombre de hermana con el sacro nombre de esposa; que, utilizándolo todo en la vida, hacia resluir las frescas y fugitivas emociones de la vida en pró de los graves y duraderos deberes del matrimonio, que se apoderaba para calmar y santificar el corazón de sus propios ardores é impetus, envolviendo así en los lazos de un mismo y solo amor cuanto de mas íntimo y puro tiene la vida, los recuerdos mas dulces y las afecciones mas santas.

CAPÍTULO II.

De cómo honraba á Dios la niña santa Isabel.

Elegit eam Deus et praelegit.
(*Ecclesia*).

V ans avoit d'age droit
Sainte Ysabiaux la Dieu aimée,
La fille le roi de Hongrie,
Quant a bien faire commensa.
(*Rutebeuf*, Mss. bib. Roy. 1633).

Del seno mismo de la familia, que por disposicion de la Providencia se veia privada de la pequeñuela Isabel, nacieron dos causas que contribuyeron desde muy temprano á desarrollar en aquella tierna alma las preciosas disposiciones que ostentó desde la cuna. En primer lugar, Isabel habia visto en su tia materna Heduwigis la union de todas las virtudes cristianas con la majestad soberana; aquella Duquesa de Polonia, que mas tarde colocó la Iglesia en el catálogo de los Santos, y cuya rigida piedad era ya un título de gloria para su familia, se presentaba á los ojos de Isabel como un modelo de edificacion que la preciosa niña supo comprender é imitar.

Pero además de la influencia de este ejemplo, permitió Dios que un imprevisto y terrible accidente viniera á esparcir las sombras de la tristeza sobre los días de su infancia, y hacerle comprender desde luego la fragilidad de las grandezas mundanas. Á los dos años de haber venido de Hungría á Turingia, la reina Gertrudis, su madre, pereció con una muerte cruel á manos de los vasallos de su esposo. La causa de este asesinato se cuenta de varias maneras: segun unos, la Reina fue inmolada por el Ban de Croacia y Dalmacia que quiso vengar de este modo el honor de su mujer ultrajado por el patriarca Bertoldo, hermano de la Reina; mas segun otra version mas auténtica, la Reina pereció á manos de unos asesinos que conspiraban contra la vida de su esposo, á quien facilitó la huida recibiendo el golpe asestado contra él ¹. La funesta noticia llegó bien pronto á oídos de

¹ Esta version es la de los escritores contemporáneos, y en particular la de Caesarius de Heisterbach. Al aconsejar al Rey la fuga le dijo:

El iou en la garde de Dieu
Remanrai, qui garde est de tous,
De moi ne me chaut fors de vous.

(*El monje Robert*, Mss. de la bib. Real. 1862).

Isabel, y á la impresion que causó en su ánimo atribuyen todos los historiadores una de las principales causas de los graves pensamientos y profunda piedad que se vislumbraban en todas las acciones de esta niña.

El Landgrave habia escogido de las familias mas nobles de su corte siete niñas, y entre ellas á su propia hija Inés, todas de la misma edad poco mas ó menos que su futura nuera, con objeto de educarlas á todas reunidas. Una de estas niñas, de edad de cinco años y de nombre Guta, permaneció siempre al lado de Isabel hasta poco antes de su muerte; y cuando ocurrió ésta, y empezó á difundirse la fama de su santidad y llamar la atencion de las autoridades eclesiásticas, esta misma Guta, interrogada públicamente, refirió los recuerdos y sucesos de su infancia. Á esta declaracion solemnemente conservada y transmitida á la Santa Sede, debemos el conocimiento de los pormenores que vamos á dar sobre el empleo y ocupaciones de los primeros años de nuestra Isabel.

En esta edad tan tierna todos sus pensamientos y emociones parecian como concentrados en el deseo de servir á Dios y ga-

nar el cielo. Siempre que podía se encaminaba á la capilla del castillo, y allí, postrada al pié del altar, hacia que le abriesen un enorme salterio sin embargo de que no sabía leer todavía; y luego con las manitas cruzadas y levantados al cielo los ojos, se entregaba con precoz recogimiento á la oración contemplativa.

Jugando con sus compañeras, y, por ejemplo, al andar brincando sobre un pié, hacia de modo que todas tomasen la dirección á la capilla; y si al llegar allá la encontraba cerrada, besaba con devoción la cerradura, la puerta y las paredes exteriores por amor del Dios que allá dentro se hallaba oculto en el sagrario. En todas las diversiones siempre dominaba en ella el pensamiento de Dios, para quien esperaba ganar dando cuanto ganaba á niñas pobres, encargándolas rezasen cierto número de *Pater* y *Ave Maria*. Buscaba sin cesar ocasiones de acercarse á Dios; y cuando no le había sido posible hacer todas las oraciones y genuflexiones que pensaba, decía á sus compañeritas: «Echémonos en el suelo á ver quién de todas es mas larga.» Y entonces ella, extendiéndose sucesivamente al lado de cada una de las niñas, aprove-

chaba el momento para humillarse ante Dios y rezar una *Ave Maria*. Andando el tiempo, cuando llegó á ser esposa y madre, se complacia en referir estas inocentes astucias de la niñez.

Muchas veces tambien conducia á sus compañeras al cementerio y les decia: «Acordaos que un dia hemos de ser un poco de polvo.» Y luego, acercándose al osario, añadía: «Ved aquí los huesos de los muertos; de criaturas que vivieron como nosotras vivimos ahora, y que murieron como nosotras moriremos; por lo cual es preciso amar á Dios. Postrémonos en tierra y decid conmigo: Señor, por vuestra acerba muerte y por vuestra amada Madre, librad de los tormentos á estas pobres almas; Señor, por vuestras cinco llagas dadnos vuestra santa gloria.» Tales eran, dice un autor, sus juegos y danzas. Estas niñas rezaban la oracion con ella; y bien pronto deslumbradas por el ascendiente que sobre ellas tenia, refirieron que el niño Jesús le salia muchas veces al encuentro, la saludaba tiernamente y jugaba con ella; pero Isabel les prohibió severamente el contar semejantes cosas.

Fuera de las horas de recreo procuraba

aprender cuantas preces podia : bastaba hablarle de Dios y de su santa ley para granjearse su cariño. Tenia designado cierto número de rezos durante el dia : cuando alguna cosa la habia estorbado cumplir con este compromiso voluntario antes de la noche, y sus doncellas la obligaban á meterse en la cama, cumplia con lo que faltaba mientras la creian dormida, acordándose, como David, del Señor en el lecho. Mostrábase conocedora del valor de la modestia que corresponde á las vírgenes cristianas, y arreglaba siempre el velo de tal manera que se descubrieran lo menos posible sus facciones infantiles.

Su alma predestinada sentíase ya abrasada con aquella caridad sin límites, que mas tarde debia identificarse con su propia vida. Daba á los pobres cuanto dinero recibia de sus padres adoptivos, ó que podia adquirir bajo un pretexto cualquiera. Introduciase á cada paso en la reposteria y las cocinas del castillo con el fin de recoger todos los desperdicios que hallaba á la mano y llevarlos á los pobres famélicos, lo cual no dejaba de excitar contra ella el mal humor de los dependientes y empleados de la casa del Duque.

Crecia con los años y crecia tambien con ellos su virtud y piedad, el recogimiento interior y aquel andar siempre en la presencia de Dios que se complacia en adornarla con sus gracias.

En este tiempo era costumbre entre las princesas y doncellas de elevada alcurnia sacar por suerte un patrono entre los santos Apóstoles. Isabel, que ya tenia escogida á la santísima Virgen por su protectora y abogada suprema, profesaba al propio tiempo una devocion, y, como dice un manuscrito, una amistad enteramente particular á san Juan Evangelista, tipo de la pureza virginal. Púsose, pues, á pedir fervorosamente á Dios que se dignase otorgarle la merced de que le tocase por suerte este santo Patrono; despues de lo cual se dirigió con sus compañeras á la ceremonia del sorteo. Hacíase éste colocando sobre el altar doce cirios, en cada uno de los cuales estaba escrito el nombre de uno de los Apóstoles: una vez mezclados y revueltos, cada postulante sacaba uno á la ventura. Cuando llegó su turno á Isabel, sacó el que tenia escrito el nombre de san Juan; pero no satisfecha todavia con esta primera experiencia, repitióla hasta tres veces, y siem-

pre con el mismo resultado. Viéndose de esta suerte recomendada á su amado Apóstol como por una especial manifestacion de la Providencia, sintió aumentarse su devocion al santo Evangelista, y la conservó toda su vida: nunca negó cosa que le pidieran en su nombre, ya fuera perdonar una injuria ú otorgar un beneficio.

Colocada bajo tan excelsa proteccion, la preciosa niña sacó de esto un nuevo motivo para redoblar sus prácticas cristianas y voluntarias privaciones, á fin de hacerse digna del cielo. Ponia sumo cuidado en santificar el nombre del Señor por una extrema reserva en sus palabras: los domingos y dias festivos dejaba siempre una parte de sus galas, prefiriendo honrar á Dios por medio de la humildad del corazon que por el brillo de su tocado y adornos. Gutanos dice, que en tales dias nunca usaba guantes ni mangas con lazos de cintas, al estilo de la época, hasta despues de la misa.

Todos los dias excogitaba algun medio de mortificar su voluntad en cosas pequeñas, á fin de habituarse á los grandes sacrificios. Cuando ganaba al juego y se regocijaba de su buena suerte, lo suspendia de improviso diciendo: «Ahora que me fa-

vorece la fortuna voy á dejarlo por amor «de Dios.» Gustábale el baile, segun la general costumbre del país donde se habia criado; pero al concluir la primera vuelta decia: «Basta con esto para el mundo; renuncio á lo que falta en honor de Jesu-«cristo.» Su prometido Luis, que siempre estaba junto á ella con grande gusto de entrambos, la llamaba *mi cara hermana*, y ella á él *mi amado hermano*.

Tal fue la primera infancia de esta jóven doncella: el Señor le reservaba un destino puro y brillante á sus ojos; pero tenia contado el número de sus dias, y queria llamarla pronto á ocupar su asiento en el cielo. Por eso se dignó abrirle desde muy temprano el tesoro de sus gracias especiales. Su vida debia ser harto breve para dar lugar á esas grandes revoluciones interiores con que se han señalado la vida y la conversion de algunos de los mas ilustres santos. Ninguna tempestad del corazon vino á oscurecer aquel rayo de celestial luz que la condujo desde la cuna al sepulcro. Todo en su bendita carrera debia enlazarse y seguirse. No es la única sierva del Señor que haya dado un precoz testimonio de su poder y misericordia; y en verdad que á los

ojos de un cristiano no hay claridad mas dulce que la aurora de estas grandes lumbreras, cuyo destino es iluminar los cielos y la tierra.

CAPÍTULO III.

Que antes de casarse tuvo santa Isabel que padecer por amor de Dios.

Euntes ibant et fiebant, mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos.

(Psalm. cxxv, 6).

Apenas cumplió Isabel nueve años, cuando murió el padre de su prometido, el duque Hermann. Una noche habia este visto en sueños que los cadáveres de los ajusticiados, que se hallaban colgados en el sitio destinado para las ejecuciones, se transformaban en vírgenes vestidas de blanco, y formándose en procesion con la Virgen y santa Catalina á la cabeza (el Duque era muy devoto de esta Santa), se dirigian hácia la cama donde dormia el Landgrave, á quien dijeron así: «Es menester que en este mismo sitio nos edifiques una casa; que á la hagas habitar por vírgenes consagradas

«á nosotras; y, hecho esto, dentro de poco «te traeremos á nuestro lado.» El Duque puso fielmente por obra este mandato, haciendo edificar en el sitio designado un convento de monjas bajo la advocacion de santa Catalina, dándole por primera abadesa á la jóven Imagina, duquesa viuda de Brabante, y escogiéndole para sepultura suya y de sus descendientes ¹. Despues de lo cual, el Duque murió y fue enterrado (1216), segun lo habia dispuesto.

Entró á heredar á su padre el primogénito Luis, que apenas tenia diez y seis años: sus dos hermanos segundos, Enrique Raspon y Conrado, recibieron cada uno su infantazgo y el gobierno de una parte de los Estados del Landgrave, segun los usos de la casa de Turingia.

Para Isabel fue una desgracia la muerte del duque Hermann. El piadoso é ilustrado Príncipe la habia amado constantemente á causa de su ejemplar y temprana piedad, tratándola como á hija propia y haciéndola respetar de todos; de suerte que nadie se atrevió, durante su vida, á ponerle ningun

¹ El duque Juan Gorge II hizo de este convento un teatro. Hoy es una posada que se llama *Zum Stern*.

ojos de un cristiano no hay claridad mas dulce que la aurora de estas grandes lumbreras, cuyo destino es iluminar los cielos y la tierra.

CAPÍTULO III.

Que antes de casarse tuvo santa Isabel que padecer por amor de Dios.

Euntes ibant et fiebant, mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos.

(Psalm. cxxv, 6).

Apenas cumplió Isabel nueve años, cuando murió el padre de su prometido, el duque Hermann. Una noche habia este visto en sueños que los cadáveres de los ajusticiados, que se hallaban colgados en el sitio destinado para las ejecuciones, se transformaban en vírgenes vestidas de blanco, y formándose en procesion con la Virgen y santa Catalina á la cabeza (el Duque era muy devoto de esta Santa), se dirigian hácia la cama donde dormia el Landgrave, á quien dijeron así: «Es menester que en este mismo sitio nos edifiques una casa; que á la hagas habitar por vírgenes consagradas

«á nosotras; y, hecho esto, dentro de poco «te traeremos á nuestro lado.» El Duque puso fielmente por obra este mandato, haciendo edificar en el sitio designado un convento de monjas bajo la advocacion de santa Catalina, dándole por primera abadesa á la jóven Imagina, duquesa viuda de Brabante, y escogiéndole para sepultura suya y de sus descendientes ¹. Despues de lo cual, el Duque murió y fue enterrado (1216), segun lo habia dispuesto.

Entró á heredar á su padre el primogénito Luis, que apenas tenia diez y seis años: sus dos hermanos segundos, Enrique Raspon y Conrado, recibieron cada uno su infantazgo y el gobierno de una parte de los Estados del Landgrave, segun los usos de la casa de Turingia.

Para Isabel fue una desgracia la muerte del duque Hermann. El piadoso é ilustrado Príncipe la habia amado constantemente á causa de su ejemplar y temprana piedad, tratándola como á hija propia y haciéndola respetar de todos; de suerte que nadie se atrevió, durante su vida, á ponerle ningun

¹ El duque Juan Gorge II hizo de este convento un teatro. Hoy es una posada que se llama *Zum Stern*.

obstáculo en sus prácticas religiosas. Pero, muerto el Duque, ya no fue lo mismo. Es verdad que Luis, á quien ella miraba como á esposo y señor, era soberano del país; pero su tierna juventud le tenia aun en cierto modo bajo la dependencia de la duquesa viuda, su madre Sofía, hija del célebre Oton de Wittelsbach, duque de Baviera. Esta Princesa no miraba con buenos ojos tan grande devocion en una niña, y no perdía ocasion de dárselo á entender á Isabel. Por su parte tambien la jóven Inés, hermana de Luis, educada como dijimos en compañía de Isabel, mas sensible por efecto de su singular hermosura á las vanidades del mundo, la reprendía á cada paso en términos duros por su método de vida retirada y humilde, diciéndole sin ceremonia que no servía sino para doncella ó criada. Las demás señoritas nobles, compañeras de las dos Princesas, viendo que Isabel mostraba cada vez menos afición á los juegos de su edad, al baile, á la frivolidad y atolondramiento, repetían los sarcasmos de Inés, y se burlaban de ella en su cara. Y por último, las personas de mas viso de la corte ducal, echando á rodar los miramientos debidos á su régia stirpe, á su sexo y

tierna edad, no escrupulizaban en mortificarla con sus burlas é injuriarla públicamente, diciéndole que de todo tenia trazas menos de princesa.

Es verdad que Isabel no ocultaba la repugnancia que sentia cuando se hallaba en medio de las jóvenes condesas y nobles señoritas que le habian dado por compañeras, al paso que buscaba con preferencia la sociedad de muchachas de humilde esfera, hijas de familias medianas de Eisenach, y aun la de sus propias criadas, gustándole sobre todo la de las niñas pobres, á cuyas madres socorria ella con sus limosnas. Tanto mas dulce le era esta clase de compañeras, cuanto mas injurias le ocasionaban; sin que por ello diese cabida en el corazón á ningun sentimiento de orgullo, ni se mostrara enfadada ni ofendida. Supo convertir esta primera prueba de la injusticia de los hombres y de las miserias del mundo en un nuevo lazo entre Dios y ella, y en un nuevo motivo para amar y servir al Señor. Como lirio entre espinas, dice uno de sus historiadores, la inocente Isabel germinaba y florecia en medio de las amarguras, y esparcía en derredor de sí el dulce y fragante aroma de la paciencia y humildad.

De esta humildad dió por entonces un notable ejemplo, que todos los historiadores de su vida han referido cuidadosamente. Era el día de la Asuncion, día de grandes indulgencias en las iglesias dedicadas á la Virgen, y destinado para la ofrenda de los granos y frutas del año. La Duquesa dijo á Inés é Isabel: «Bajemos á Eisenach é irémos á la iglesia de Nuestra Señora á oír la hermosa misa de los caballeros Teutónicos que honran hoy á la Virgen de una manera especial; quizás habrá también sermon sobre el misterio del día. Os pondréis vuestros mejores vestidos para ir allá, sin olvidaros de las coronas de oro.» Cumplida esta orden por las Princesas, bajaron á la ciudad en compañía de la Duquesa; y habiendo entrado en la iglesia, se arrodillaron en un situat situado enfrente de un gran Crucifijo. Apenas fijó Isabel sus ojos en la imagen del Salvador moribundo, cuando se quitó de las sienes su corona de oro, y dejándola sobre el banco, se inclinó profundamente hasta besar el suelo, sin otro adorno en la cabeza que su cabellera. Al ver esto la Duquesa, le dijo con aspereza: «¿Qué significa esto, Isabel? ¿Qué extravagancia es esta? ¿Quereis ser el haz-

«mereir de todo el público? Las señoritas «deben guardar una postura decente: es o «de echarse en el suelo es cosa de locas ó «de monjas viejas, que se dejan caer como «matalon cansado. ¿Por qué no os poneis «como nosotras, en vez de imitar á las mu- «chachas mal educadas? ¿Será que os pesa «mucho la corona? ¿Á qué conduce el po- «nerse ahí encorvada como un palurdo?» Incorporóse entonces Isabel, y respondió á la Duquesa: «Amada señora, no lleveis á «mal esta accion mia. En presencia de mi «Dios, el misericordiosísimo Jesús, mi Rey, «coronado de agudas espinas, ¿cómo que- «reis que yo, miserable criatura, permanezca con mi corona de oro, perlas y diamantes? ¿No fuera mi corona una irrision «de la suya?» Dicho esto prorumpió en amargo llanto, porque ya el amor de Cristo habia herido su tierno corazon. Pero volvió á reclinarse como antes; dejó decir á su madre y hermana cuanto quisieron, y continuó su oracion con tal fervor, que la punta de su manto, con la cual se cubria el rostro, quedó empapada en lágrimas. Las dos Princesas, á fin de no escandalizar al público con aquel sensible contraste, tuvieron que imitar á Isabel y cubrirse los

ojos con el manto; lo cual, añade el cronista, *hubieran ellas excusado de muy buena gana.*

Rasgos de esta especie no podían menos de exacerbar el odio que Isabel inspiraba á las almas mundanas; odio y aversion que se propagaba mas cada dia á medida que la Princesa crecía, y que, al llegar á la edad núbil, se convirtió en una explosion general de persecuciones y de injurias en toda la corte de Turingia. Los deudos del Landgrave, consejeros, magnates, todos se declararon contra ella; decían en alta voz que era preciso devolvérsela á su padre y desentenderse de la palabra empeñada del casamiento; que semejante *beatona*¹ no era á propósito para su Príncipe, á quien le es-

¹ *Béquine* dice el original. En la primera mitad del siglo XIII, precisamente en tiempo de santa Isabel, tuvieron origen en la mayor parte de las ciudades de Francia y Alemania las corporaciones de vírgenes ó viudas llamadas de *béquines*, que hacían los votos monásticos excepto el de clausura. Permanecían en sus casas ó formaban barrios llamados *béguinages*, por el estilo de los que todavía hoy se ven en Gante y Brujas. Muy luego tomaron estas beatas por patrona á santa Isabel convirtiéndose así en título de gloria para la humilde Princesa el apodo que sus enemigos le dirigían como una injuria.

taba mejor enlazarse con una princesa de los Estados vecinos que pudiera en caso de necesidad sacarle de sus apuros y auxiliarse; mientras que el padre de Isabel se hallaba á mucha distancia para poder hacer lo mismo, por cuya razon tambien no habia que temer su enojo, dado que se ofendiera por el desaire que querían hacer á su hija; fuera de que, parecia tenerla ya olvidada, cuando no se acordaba de remitir el suplemento de dote prometido por su madre. Los amigos íntimos del jóven Duque le exhortaban á abandonarla y devolverla al Rey de Hungría, so pretexto de que era una jóven demasiado reservada y tímida; la Duquesa viuda la hostigaba sin cesar para que se entrara en cualquier convento de monjas y tomara el velo; hartábala Inés mas que todos de injurias y dicterios, repitiéndole sin cesar que habia errado la vocacion de fregona. Y á propósito de esto, le dijo un dia: «Isabelita, estás muy equivocada si crees que mi señor hermano ha de casarse contigo, á menos de que te vuelvas muy otra de lo que eres.»

Tales eran las cosas que Isabel se oía decir todos los dias. La amargura de su situacion la afectó profundamente; pues casi

niña todavía, se encontraba ya sin amparo, sin amigos, sin humano consuelo, como desterrada de su patria, privada del apoyo de su padre, en medio de una corte extranjera, expuesta sin defensa á la insolencia y persecucion de los enemigos de Dios y suyos. Mas por aquí vino en mas cabal conocimiento de que su vida no debia ser sino una peregrinacion en este mundo deleznable: recurrió á Dios, y abriéndole su corazon en el silencio de la soledad, le confió todas sus angustias. Procuraba renunciar por entero su voluntad y unirla perfectamente con la voluntad de su Padre celestial, á quien suplicaba se dignase cumplir en ella esta voluntad adorable por cuantas pruebas fuesen de su soberano agrado. Y cuando de esta suerte recobraba á los piés del Crucifijo la paz y serenidad del corazon, corria á reunirse con sus criadas y con las niñas de los pobres, sus predilectas compañeras, y las acariciaba con mas cariño que nunca, lo cual por otro lado redoblaba, como era natural, la cólera y los sarcasmos de los cortesanos.

Al llegar á este punto de su narracion, uno de los historiadores la interrumpe y exclama:

«¡Oh amada santa Isabel! Yo venero tu virtuosa juventud y siento tus persecuciones y desprecios. ¡Ojalá que mis primeros años hubieran pasado con la santidad de los tuyos, y hubiera imitado tu paciencia en las contrariedades! Suplícote, por tu dichosa puericia, que me alcances el perdon de las malicias de la mia; y por tu heróica paciencia, el perdon de mis impaciencias y demás faltas ¹.»

CAPÍTULO IV.

De cómo el jóven duque Luis permaneció fiel á santa Isabel y se desposó con ella.

Laetare cum muliere adolescentiae tuae...
In amore eius delectare iugiter.

(Prov. v, 18, 29).

El Dios justo que habia acogido las oraciones y lágrimas de su hija Isabel, no tardó en premiar su paciencia y sumision. El jóven duque Luis era el único que no habia participado de las prevenciones de toda su corte contra ella, y á pesar de lo que todos maquinaban y querian, guardó caballerosa y cristiana fidelidad á aquella á

¹ P. Martin à Kochem, pag. 806.

niña todavía, se encontraba ya sin amparo, sin amigos, sin humano consuelo, como desterrada de su patria, privada del apoyo de su padre, en medio de una corte extranjera, expuesta sin defensa á la insolencia y persecucion de los enemigos de Dios y suyos. Mas por aquí vino en mas cabal conocimiento de que su vida no debia ser sino una peregrinacion en este mundo deleznable: recurrió á Dios, y abriéndole su corazon en el silencio de la soledad, le confió todas sus angustias. Procuraba renunciar por entero su voluntad y unirla perfectamente con la voluntad de su Padre celestial, á quien suplicaba se dignase cumplir en ella esta voluntad adorable por cuantas pruebas fuesen de su soberano agrado. Y cuando de esta suerte recobraba á los piés del Crucifijo la paz y serenidad del corazon, corria á reunirse con sus criadas y con las niñas de los pobres, sus predilectas compañeras, y las acariciaba con mas cariño que nunca, lo cual por otro lado redoblaba, como era natural, la cólera y los sarcasmos de los cortesanos.

Al llegar á este punto de su narracion, uno de los historiadores la interrumpe y exclama:

«¡Oh amada santa Isabel! Yo venero tu virtuosa juventud y siento tus persecuciones y desprecios. ¡Ojalá que mis primeros años hubieran pasado con la santidad de los tuyos, y hubiera imitado tu paciencia en las contrariedades! Suplícote, por tu dichosa puericia, que me alcances el perdon de las malicias de la mia; y por tu heróica paciencia, el perdon de mis impaciencias y demás faltas ¹.»

CAPÍTULO IV.

De cómo el jóven duque Luis permaneció fiel á santa Isabel y se desposó con ella.

Laetare cum muliere adolescentiae tuae...
In amore eius delectare iugiter.

(Prov. v, 18, 29).

El Dios justo que habia acogido las oraciones y lágrimas de su hija Isabel, no tardó en premiar su paciencia y sumision. El jóven duque Luis era el único que no habia participado de las prevenciones de toda su corte contra ella, y á pesar de lo que todos maquinaban y querian, guardó caballerosa y cristiana fidelidad á aquella á

¹ P. Martin à Kochem, pag. 806.

quien desde la niñez miraba como su prometida, á quien amaba mas de dia en dia; y si bien por miramientos á su madre, tal vez consideraba prudente el guardar reserva sobre este punto, esta afeccion pura y santa no dejaba de echar profundas raíces en su enamorado pecho. Tan indiferente á los sarcasmos y exhortaciones de su madre, como á las sugerencias de los falsos amigos y á la voz de las pasiones, veia con admiracion y gozo la verdadera causa de las injurias del mundo contra Isabel, á saber: aquella extremada modestia, la aversion á la pompa en los vestidos, su piedad, su caridad acendrada; virtudes que, léjos de ofenderle como á los otros, le infundian un santo deseo de imitarlas aprendiéndolas de ella. Su capellan Bertoldo, que escribió la vida de este Príncipe, no duda que Dios por un movimiento secreto le inspiraba aquella inclinacion hácia la régia desterrada, puesto que el Duque manifestaba amarla, no solamente con humano y conyugal amor, sino como á una hermana en Jesucristo, y con afecto tan puro, cual si la mano del Altísimo le hubiera depositado en su alma. Los pérfidos consejos no lograban sino avivar su fidelidad y ternura hácia la

inocente extranjera, y cuanto mas los otros la odiaban por su piedad y virtudes, tanto mas se sentia él inclinado á defenderla y amarla; y no contento con esto, aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian de poder, sin ofensa de su madre, ir á consolarla en secreto en sus momentos de abatimiento y tristeza. En esta soledad, sin mas testigo que Dios que ya habia bendecido union tan santa, se hablaban de su mútuo y discreto amor; y el Príncipe con persuasivas y tiernas palabras procuraba calmar las heridas que otros habian causado en aquella alma delicada y suave; lo cual hacia para Isabel de estas dulces relaciones un indecible y grande consuelo. Siempre que el Príncipe se ausentaba por algunos dias, al pasar por pueblos donde habia tiendas de comercio, compraba cosas á su parecer preciosas ó raras para presentarlas á su prometida. Nunca volvia con las manos vacías: unas veces era un rosario de coral, otras un pequeño Crucifijo, una imagen de algun Santo, ó bien un cuchillito, un bolsillo, un par de guantes, alguna joya, cadenas ó alfileres de oro, cualquiera cosa en fin que Isabel no tuviera todavía, lo que el Duque le regalaba gozoso. Cuando

éste volvía de su expedición, Isabel se apresuraba á salirle al encuentro para saludarle, y entonces era cuando recibía de sus manos las cosas que éste le traía, según decimos, como prenda de su amor y una especie de recuerdo suyo durante la ausencia.

Una vez, sin embargo, el Duque vino sin nada porque no pudo separarse un momento de sus compañeros de viaje: Isabel se quedó sin el recuerdo de costumbre. Y como la injusta persecucion que sufría la había hecho un tanto desconfiada, sintió amargamente este olvido, cuyo disgusto dió, al momento que fue notado, gran placer á sus enemigos, los cuales lo atribuyeron, y aun se jactaron de ello, á un cambio en el corazón de Luis en el sentido que ellos apetecían. Habiéndose encontrado con el gran copero Gualtero de Varila, que fue el que la trajo de Hungría, á cuyo cuidado estaba especialmente encomendada la Princesita, y que no cesaba de combatir contra aquellas intrigas cortesanas, Isabel no pudo menos de descubrir su pecho á este antiguo y leal amigo. El caballero se mostró afectado al oír aquella confianza; dió palabra de hablar del caso á su señor, como

lo verificó en la ocasión primera que se le ofreció pronto con motivo de una partida de caza en las inmediaciones de Warthourg. Hallándose ambos sentados sobre la yerba en cierto bosque desde donde se veía á Inselberg, la mas elevada montaña de Turingia, Gualtero dijo al Duque: «¿Tendréis la bondad de contestarme á una pregunta que voy á dirigiros?» Y el buen Príncipe contestó: «Habla con toda libertad, y te diré cuanto quieras saber. — Pues bien, replicó Gualtero: ¿qué pensais hacer de la jóven Isabel que yo traje á vuestra corte? ¿Tomaréisla, en fin, por esposa, ó tratáis de desentenderos de vuestro compromiso y volverla á su padre?» El Duque entonces, poniéndose en pié y extendiendo el brazo hácia Inselberg, le respondió: «¿Veis esa montaña que se halla enfrente de nosotros? Pues bien: si se convirtiera en oro macizo desde la base á la cumbre y me la regalaran con la condicion de dejar á Isabel y volvérsela á su padre, nunca consentiera en tal cosa. Digan y piensen de ella los demás lo que quieran; yo esto te digo á tí, que la amo, y que en la tierra no amo ninguna cosa mas que á ella. Quiero ser suyo á toda costa: su virtud y pie-

«dad la hacen á mis ojos mas amable que
«todas las tierras y riquezas del mundo¹.—
«Os suplico me deis permiso, repuso Gual-
«tero, para referir esta conversacion á la
«Princesa.— Puedes hacerlo, y añadir que
«nunca daré oídos á ningun consejo contra
«ella y contra mi amor, en fe de lo cual le
«darás esto de mi parte.» Al concluir estas
palabras puso el Duque en manos de Gual-
tero, sacándolo de su limosnero, un espe-
jito montado en plata y de doble fondo,
que tenia detrás del cristal azogado una
imágen de Jesús crucificado². Corrió el ca-
ballero á dar tan alegres nuevas á Isabel y
entregarle el regalo del Duque: uno y otro
recibió Isabel con la sonrisa en los labios y
bañado el rostro de alegría; y despues de
haber dado afectuosas gracias á Gualtero
por los oficios de padre y amigo que le de-
bia, abrió el espejito, besó amorosamente
la imágen de Jesús y la apretó contra su
pecho.

¹ Etmüller, I, c. Theod. I, c. Berth. Mss. 42.
Cod. Heid. 7.

² Esta clase de espejos han estado en uso en
Alemania hasta estos últimos tiempos. Segun el
historiador Raumer, este que el Duque regalaba
á Isabel era de marfil, y habia venido de Oriente.
(*Hist. des Hohenstaufen*, t. V).

Estaba ya cerca el momento de que Luis
ocupara su lugar de cristiano y caballero,
y de que Isabel recibiera la recompensa de
su paciencia y el consuelo de sus terribles
pruebas. En 1218, dia de san Kilian, cum-
plidos los diez y ocho años, el Duque se
hizo armar caballero juntamente con otros
jóvenes de la nobleza en la iglesia de San
Jorge de Eisenach, habiendo bendecido las
espadas el Obispo de Naumbourg que vino
de propósito para el objeto, y sin la asis-
tencia de príncipes extranjeros, porque
Luis habia declarado que no queria obte-
ner la órden de caballero sino de Dios y de
sus vasallos. El siguiente año se empleó
parte en una guerra que hubo de sostener
contra el obispo Sigifredo de Mayenza, el
cual á consecuencia de algunos altercados
con el duque Hermann habia excomulgado
á su hijo; pero éste, entrándose sin mas
aviso por las tierras del Prelado, las taló
todas, así como las de sus allegados, y pu-
so á todos en el trance de pedirle la paz;
para cuyo efecto tuvo lugar en Fulda, en
el dia de san Bonifacio de 1219, una con-
ferencia, en la cual fue el Landgrave so-
lemnemente absuelto de las censuras, y pa-
ró todo en una reconciliacion completa. Al

volver de esta primera campaña Luis manifestó públicamente la intencion de casarse con Isabel, y al propio tiempo impuso silencio á todas las injurias é inectivas de que hasta entonces habia sido víctima, no habiendo ya quien en adelante osara oponerse á una voluntad tan decidida, y siendo impotente la astucia de los hombres para separar por mas tiempo dos almas que en sus eternos consejos ya tenia Dios unidas. Admirad, dice su historiador; admirad cómo este afortunado jóven y casto esposo se casa sin tomar en cuenta los impíos consejos ni la sed del oro, sabiendo que una buena esposa es la *buena parte* que Dios tiene prometida al que hace bien en la tierra!

La boda se celebró con gran ostentacion en 1220 en el castillo de Wartbourg, con asistencia de multitud de convidados, entre los que se hallaban todos los condes de Hesse y Turingia, vasallos del Duque, y muchísimos caballeros y escuderos, á todos los cuales sin excepcion hizo el Duque alojar á expensas propias en la ciudad de Eisenach. Los señores todos, de comun acuerdo, designaron para tener el honor de conducir á la desposada á la iglesia, al con-

de Meinhard de Muhlberg y al señor de Varila, los dos que nueve años antes habian ido á buscarla á Hungria y que en cierto modo iban ahora á poner el sello á su expedicion y completarla; la desposada iba además acompañada por todas las señoras y doncellas nobles del país. Nada dicen los cronistas acerca de los sentimientos que animaban á toda esta comitiva de nobles y grandes en presencia del triunfo de aquella que por tanto tiempo habia sido el blanco de sus desaires y persecuciones; pero en cambio se hacen lenguas celebrando la música del convite, el lujo de fiestas y bailes, y el brillante y lucido torneo que duró tres dias y en el que justaron muchos jóvenes de la nobleza. Pasados los tres dias de fiestas, los señores y damas tomaron sucesivamente el camino de sus respectivas tierras y castillos, y el método ordinario de vida comenzó á reinar de nuevo en la vasta mansion de Wartbourg. Los dos jóvenes esposos se pertenecian ya para siempre mutuamente. Luis tenia veinte años, Isabel trece; ambos inocentes de corazon, mas todavía que por su edad tierna; ambos unidos por el espíritu y la fe, mas aun que por los lazos de la carne, se amaron en Dios

con increíble é imponderable afecto, y por eso los santos Angeles habitaban al rededor de ellos ¹.

CAPÍTULO V.

Como el duque Luis, marido de santa Isabel, era agradable á Dios y á los hombres.

Erat vir ille simplex et rectus, ac timens Deum, et recedens á malo.

(Job. 1, 1).

El esposo que la misericordia de Dios habia destinado á su piadosa sierva, y al cual ésta amaba con ternura tan profunda y reservada á la vez, era seguramente digno de ella y de su amor. Todos los historiadores de Turingia y de nuestra Santa hacen acor-

¹ Theod. I, 8. Bert. Mss. 44, *Passional*, 59. Algunos autores, y en especial los manuscritos de Heidelberg, refieren que no sin grande resistencia se resolvió por fin Isabel á casarse; que deseaba consagrar su virginidad al Señor, y que fue menester para reducirla el que muchos sábios sacerdotes la convenciesen de que no podia ella romper el compromiso contraido por su padre. Esta version la contradicen la mayor parte de los autores mas verídicos y mas cercanos á los sucesos. Hasta mas adelante no manifestó Isabel á su confesor ideas de esta naturaleza.

des de él un retrato el mas lisonjero y simpático: y, exceptuando á su glorioso homónimo san Luis de Francia, la historia de aquel siglo no presenta otro príncipe que en tan tiernos años haya reunido en grado tan alto las virtudes del soberano y del cristiano.

Saltaba á la vista de todos en lo exterior de su persona la pureza y nobleza del alma. Pregonaba la fama entre los contemporáneos su varonil hermosura: alaban todos los autores la perfecta proporcion de su estatura, la fresca de su tez, su rubia y luenga cabellera, la serena y benévola expresion de su semblante. Creian muchos ver en este Príncipe una pasmosa semejanza con el retrato que del Hijo de Dios, hecho hombre, habia conservado la tradicion. Nadie podia verle sin amarle; tal era el irresistible encanto de su sonrisa, la nobleza y dignidad de su continente, la extremada dulzura de su voz. Desde sus primeros años se distinguió por una pureza de alma y cuerpo tan cuidadosamente conservada que nunca sufrió la mancha mas ligera. Modesto y púdico como una niña, á cada paso teñia sus mejillas el carmin del pudor; en las palabras guardaba siempre

con increíble é imponderable afecto, y por eso los santos Angeles habitaban al rededor de ellos ¹.

CAPÍTULO V.

Como el duque Luis, marido de santa Isabel, era agradable á Dios y á los hombres.

Erat vir ille simplex et rectus, ac
timens Deum, et recedens á malo.

(Job. 1, 1).

El esposo que la misericordia de Dios habia destinado á su piadosa sierva, y al cual ésta amaba con ternura tan profunda y reservada á la vez, era seguramente digno de ella y de su amor. Todos los historiadores de Turingia y de nuestra Santa hacen acor-

¹ Theod. I, 8. Bert. Mss. 44, *Passional*, 59. Algunos autores, y en especial los manuscritos de Heidelberg, refieren que no sin grande resistencia se resolvió por fin Isabel á casarse; que deseaba consagrar su virginidad al Señor, y que fue menester para reducirla el que muchos sábios sacerdotes la convenciesen de que no podia ella romper el compromiso contraido por su padre. Esta version la contradicen la mayor parte de los autores mas verídicos y mas cercanos á los sucesos. Hasta mas adelante no manifestó Isabel á su confesor ideas de esta naturaleza.

des de él un retrato el mas lisonjero y simpático: y, exceptuando á su glorioso homónimo san Luis de Francia, la historia de aquel siglo no presenta otro príncipe que en tan tiernos años haya reunido en grado tan alto las virtudes del soberano y del cristiano.

Saltaba á la vista de todos en lo exterior de su persona la pureza y nobleza del alma. Pregonaba la fama entre los contemporáneos su varonil hermosura: alaban todos los autores la perfecta proporcion de su estatura, la fresca de su tez, su rubia y luenga cabellera, la serena y benévola expresion de su semblante. Creian muchos ver en este Príncipe una pasmosa semejanza con el retrato que del Hijo de Dios, hecho hombre, habia conservado la tradicion. Nadie podia verle sin amarle; tal era el irresistible encanto de su sonrisa, la nobleza y dignidad de su continente, la extremada dulzura de su voz. Desde sus primeros años se distinguió por una pureza[®] de alma y cuerpo tan cuidadosamente conservada que nunca sufrió la mancha mas ligera. Modesto y púdico como una niña, á cada paso tenía sus mejillas el carmin del pudor; en las palabras guardaba siempre

extremada reserva. El cuidado en conservar este precioso tesoro no se limitó á los primeros é inocentes años de la vida; como que no era el fruto de una juventud sustraída de ocasiones y peligros, ni efecto de emociones fugitivas y resoluciones sinceras pero destinadas á perderse en la primera borrasca de los sentidos, sino producto de una voluntad entera y arraigada que constituyó la regla de su vida entera, y una inflexible resistencia á las repetidas y mas peligrosas tentaciones. Dueño ya de sus acciones al entrar en la adolescencia; señor, á los diez y seis años, de uno de los principados mas ricos y poderosos de Alemania; rodeado de todo el prestigio y halagos del poder, del lujo y de la agitada vida de aquel tiempo; y, mas que todo, asediado de continuo por consejeros pérfidos, ambiciosos aduladores interesados en echar á pique su virtud, nunca la mas ligera sombra empañó la fidelidad prometida á Dios, á sí mismo, y á aquella á quien amaba en Dios. Y á propósito de esto, séanos permitido reproducir aquí dos rasgos que reflejan menudamente los escritores contemporáneos, y muy propios, á la verdad, para edificar á las almas sencillas.

Al poco tiempo de la muerte de su padre, hallándose cierto dia en compañía de su madre, la duquesa Sofia, en el castillo de Ebersberg, quiso uno de los señores de la corte poner á prueba aquella tierna virtud. Fue el caso que habiendo tropezado este magnate en el pueblecito inmediato de Auerbach con una jóven de singular hermosura, trájola consigo al castillo y la introdujo en la cámara del Príncipe. Para esto tenia que atravesar por un corredor donde á la sazón se hallaba Isabel jugando con sus compañeras; la cual en cuanto vió que introducían á la forastera en el cuarto de su prometido rompió á llorar, y dijo á los que se acercaban á preguntarle la causa de su llanto: «Quieren apoderarse de la alma «preciosa de mi hermano para perderla.» En aquel momento se hallaba el Duque tendido sobre su lecho descansando del calor del dia; y cuando oyó llamar á la puerta del aposento, saltó de la cama, y descalzo como estaba fué él mismo á abrirla. Entró la jóven acompañada del caballero y tomaron ambos asiento; despues de lo cual dijo el Duque: «¿Qué venis á hacer aquí, jóven «vencita? — Lo ignoro, señor, respondió

¹ *Damoiselle*, dice el original. El latín *domicel-*

«ella.» «Os la he traido yo conmigo, repuso el caballero, para que cumplais con ella «vuestro gusto.» Llamó al oír esto el prudente y piadoso Príncipe á uno de sus chambelanes, y mandóle que trajese tres marcos de plata pura, y traídos que fueron, alargólos á la jóven diciéndola: «Echaos el «velo, graciosa jovencita, y aceptad este «ligeró presente á guisa de bendición para «que volvais gozosa al seno de vuestra familia.» Y llamando despues aparte al indigno caballero, mandóle restituir aquella muchacha á sus padres cuidando de que no la sucediese ningun desafuero, porque «si le acontece la menor cosa, añadió el «Príncipe, te prometo que te haré colgar «de una horca.» Dice el cronista que, para evitar escándalo, callará el nombre del desatentado caballero. En cuanto á Isabel, viendo partir tan pronto á la forastera, enjugó el llanto y alegróse dando gracias á Dios.

lus y *domicella* derivado del francés se daba á los pajes y damas de honor de las casas grandes. Véase á Ducange y Seguzius. San Francisco en sus opúsculos dice que Jesús en la tierra tuvo por *domicella* á la pobreza.—¿Será tal vez este tambien el primitivo significado del castellano *damisela*? (Nota del Traductor).

Aconteció en otra ocasion que, mirando el Príncipe desde una ventana que daba á la plaza una danza, alguno de los señores que se hallaban á su lado llamóle la atencion hácia una de las jóvenes bailarinas, notable por su gracia y hermosura, insinuándole que, si era gustoso en ello, corria de su cuenta el rendirla á sus deseos. Irritóse el Príncipe al oír la propuesta, y respondió encolerizado: «Callaos; y si otra «vez osais manchar mis oídos con ese lenguaje, os echaré de la corte. ¿Teneis atrevimiento para hacerme cómplice de un «crimen que debo juzgar y castigar todos «los días?»

Tan extraordinaria y esforzada virtud únicamente podia tener por fundamento la fe mas activa y la práctica de todos los deberes impuestos por la Iglesia. Asistia Luis diariamente á los santos misterios con ejemplo devocion, y era defensor celosísimo de los derechos de la Iglesia y de los monasterios, pero sabiendo discretamente distinguir entre estos derechos y los intereses personales de algunos preladós extraviados, segun hemos visto en la guerra que sostu-

¹ Rothe fija la fecha de este lance en 1226. Los mas de los historiadores traen sucesos parecidos.

vo contra el Arzobispo de Mayenza. Mas cuando la brutal injusticia ó la desafortada codicia de sus vasallos seculares turbaban la vida apacible y caritativa de los ministros del Señor, montaba á caballo para amparar con su lanza la causa de Dios y del pobre pueblo ¹. La compañía en que demostraba hallarse mas á gusto era la de los religiosos; y el ordinario paradero de sus correrías en tiempo de paz la abadía de benedictinos de Reinhartsbrunn ², donde tenia designada su sepultura. Al llegar á este sitio, se encaminaba desde luego á la hospedería de pobres y peregrinos, departamento esencial en todo monasterio; y allí se esmeraba en consolar y esforzar con su presencia á los enfermos y débiles, dejándoles siempre por via de limosna alguna prenda de sus ricas vestiduras ó de otros objetos por el estilo. De vuelta al castillo, procuraba imitar en su método de vida algunas de las privaciones que observaba en la vida de los monjes: absteniase por espíritu de penitencia de manjares salados ó sazonados con especias; y contra la costumbre general de los príncipes alemanes de

¹ Véase el cap. XII.

² A seis leguas de Eisenach.

aquel tiempo, nunca bebia cerveza, ni probaba el vino sino en caso de hallarse indispuerto.

Esta sencilla é ingénuu fidelidad en el cumplimiento de los mas ásperos deberes de la vida cristiana, contribuía á dar mas realce á sus prendas de valiente caballero y de príncipe amable y prudente. Ninguno de sus contemporáneos le excedía en arrojo ni aun en vigor físico y destreza en los ejercicios del cuerpo; y dió muestras bien patentes de su ánimo esforzado en un lance de que hacen cuidadosa mencion los historiadores de la época. Fue el caso que el Emperador le habia regalado un leon, el cual se escapó un dia de su jaula y se fué derecho al Príncipe en ocasion que éste se hallaba, bien ajeno del caso, paseando por un patio del castillo, solo, sin armas ni defensa y á medio vestir. Esperó el Príncipe á la fiera á pié firme sin alterarse, y, confiando en Dios, alzó contra ella el puño y amenazóla con la voz. El leon se acurrucó á los piés del Príncipe meneando la cola; y entonces atraído por el ruido de esta escena un centinela que estaba en la muralla, y viendo el peligro de su señor, dió gritos pidiendo socorro. Acudió gente y su-

jetó al leon que no hizo resistencia; y muchos vieron en este ascendiente sobre las bestias feroces una inequívoca prueba del favor del cielo debido á la piedad del Príncipe y á la santidad de la jóven Isabel ¹.

En el curso de esta narracion veremos otras pruebas de este valor que iba unido en grado eminente á aquella noble cortesania que san Francisco de Asis, noble contemporáneo de Luis, llama *la hermana de la caridad*. Respetuoso y lleno de pudor para con las mujeres todas; benévolo y constantemente afable para con todo el mundo, y en especial para con sus inferiores, se complacia en agradar á las gentes, revisitiéndose de una dulce y franca alegría y de amable familiaridad en todas sus relaciones íntimas y domésticas. Alabábanle por lo generoso sus escuderos y caballeros; y los condes y señores que visitaban su corte eran en ella recibidos y tratados con los miramientos y honores debidos á su clase.

Hacian compañía á estas virtudes del caballero todas las que son propias del soberano cristiano. La única pasion dominante en él, al decir de todos los historiadores, era la de la justicia, pues la amaba con de-

¹ Rothe refiere este suceso al año 1227.

cision y energía, y encontraba en esta afliccion la necesaria severidad para castigar á cuantos quebrantaban las leyes. Los señores que oprimian á los vasallos, ó se mostraban altaneros con el pobre, y todos cuantos se entregaban á acciones violentas y atropellos, ó le dirigian delaciones falsas y calumniosas, eran alejados de la corte é irremisiblemente privados de sus cargos y empleos; condenados á llevar durante algun tiempo una señal pública de ignominia ¹ los blasfemos y los que se permitian en su presencia palabras y propósitos obscenos é indecentes. Inflexible para con aquellos que infringian la ley de Dios, era suave, indulgente y blando cuando solo se trataba de faltas contra su persona; y en las que cometian en el cumplimiento de su obligacion algunas personas de su servidumbre, deciales por toda reprension: «Queridos hijos, no volvais á hacer esto, «porque afligis mi corazon.» Una prudencia consumada presidia á todas sus deliberaciones; y en las expediciones militares y actos políticos descubria una habilidad y

¹ Segun algunos autores consistia esta señal en la figura de un asno hecha de madera, como se usa de castigo en algunas escuelas.

previsión que no parecían propias de edad tan tierna y carácter tan sencillo. Ocupábase con celo y constancia en los negocios del gobierno de sus Estados. Veraz á toda prueba, una simple palabra suya tenia la fuerza de un juramento, y con ella podía contarse como con la firmeza de una roca.

Lleno de misericordia y generosidad para con los pobres, todas las clases del pueblo experimentaban los efectos de su extrema solícitud; así como era proverbial la severidad con que trataba á los condes y mas principales señores del país acusados de pillaje y opresion, ni mas ni menos que si fueran de la clase mas ínfima de la plebe: quienquiera que fuese el ofensor, seguro estaba el ofendido de obtener reparacion y justicia. Mas de una vez le verémos salir á campaña para castigar agravios inferidos á humildes vasallos suyos. Con un príncipe de tales prendas no podia menos de desarrollarse y crecer la prosperidad moral y material de la Turingia; y por eso las crónicas del país celebran con entusiasmo la dicha de que gozó durante este reinado demasiado fugaz y breve, y los abundantes frutos que produjo el ejemplo de las virtudes del Soberano. Imitando los nobles á la

cabeza del reino, ya no se oyeron las tropelías y hábitos belicosos á que en pasados tiempos se habian entregado algunos magnates: sumiso y tranquilo el pueblo, reinaban por doquiera la union, la seguridad y la paz. Dentro y fuera del reino solamente sonaba una voz comun y general para ensalzar y envidiar la dicha que la Turingia debia á las virtudes del duque Luis.

En fin, toda su vida y carácter pueden resumirse en la noble divisa que habia adoptado desde la niñez: *Piedad, castidad, justicia*. Mas que ninguno, ha justificado este Príncipe la gloriosa creencia de los siglos católicos que reconocia una analogía fundamental entre la caballería y el sacerdocio; puesto que siempre miró á los verdaderos caballeros como sacerdotes armados de la justicia y de la fe, mientras veia en los sacerdotes á los caballeros de la palabra y la oracion.

CAPÍTULO VI.

*Como el duque Luis y la amada santa Isabel
viven juntos delante de Dios en el santo
sacramento del Matrimonio.*

Pars bona, mulier bona, in parte
timentium Deum dabitur viro pro
factis bonis.

(*Eccli.* xxvi, 3).

Vulnerasti cor meum, soror mea,
sponsa.

(*Cant.* iv, 9).

Para un príncipe que tan acabado modelo ofrecia del caballero cristiano, no podia haber en la tierra mas dulce y hermosa recompensa que el amor de una Santa. Hemos visto como nuestra Isabel no habia conservado con la vida del mundo otro lazo que este amor asociado por ella á tan religiosos pensamientos. Luis por su parte nunca desmintió la tierna fidelidad de sus primeros años.

Por lo demás ella poseia todo cuanto puede interesar y cautivar á un corazón jóven. Si á los ojos de Dios aparecia hermosa por la piedad y la humildad, adornábanla á los de los hombres todos los

atractivos corporales. Los historiadores que nos han conservado su retrato, la representan dotada de una hermosura regular y perfecta, no dejando nada que desear en el conjunto de su persona: la tez morena y pura, negros cabellos; talle elegante y de gracia sin igual, lleno de majestad y nobleza; ojos expresivos, radiantes de ternura, caridad y misericordia, formaban un todo de terrenal hermosura, brillante reflejo de la inmortal belleza de su alma ¹. Mas estos dos tiernos esposos habian fundado la inalterable union de sus corazones, no sobre los efimeros sentimientos de una admiracion y un atractivo puramente humanos, sino sobre una fe comun y la severa observancia de todas las virtudes que esta fe enseña, y de todos los deberes que prescribe. Ni la extremada juventud, ni la vivacidad

¹ Mas aun que la fortuna, habia sido la naturaleza liberal con ella. Tenia el talle mas rico y mas hermoso de la tierra; y en su continente habia un no sé qué de noble, de majestuoso y grande, que no se la podia mirar sin admirarla. No existia en el mundo persona mas hermosa... (Vid. P. Archange, pág. 82, segun Jac. Montan. Spirens. cap. 5).—El conde Mailath en la *Hist. Taschenbuc*, de 1822, repite casi las mismas expresiones copiadas de una crónica anónima.

CAPÍTULO VI.

*Como el duque Luis y la amada santa Isabel
viven juntos delante de Dios en el santo
sacramento del Matrimonio.*

Pars bona, mulier bona, in parte
timentium Deum dabitur viro pro
factis bonis.

(*Eccli.* xxvi, 3).

Vulnerasti cor meum, soror mea,
sponsa.

(*Cant.* iv, 9).

Para un príncipe que tan acabado modelo ofrecia del caballero cristiano, no podia haber en la tierra mas dulce y hermosa recompensa que el amor de una Santa. Hemos visto como nuestra Isabel no habia conservado con la vida del mundo otro lazo que este amor asociado por ella á tan religiosos pensamientos. Luis por su parte nunca desmintió la tierna fidelidad de sus primeros años.

Por lo demás ella poseia todo cuanto puede interesar y cautivar á un corazón jóven. Si á los ojos de Dios aparecia hermosa por la piedad y la humildad, adornábanla á los de los hombres todos los

atractivos corporales. Los historiadores que nos han conservado su retrato, la representan dotada de una hermosura regular y perfecta, no dejando nada que desear en el conjunto de su persona: la tez morena y pura, negros cabellos; talle elegante y de gracia sin igual, lleno de majestad y nobleza; ojos expresivos, radiantes de ternura, caridad y misericordia, formaban un todo de terrenal hermosura, brillante reflejo de la inmortal belleza de su alma ¹. Mas estos dos tiernos esposos habian fundado la inalterable union de sus corazones, no sobre los efimeros sentimientos de una admiracion y un atractivo puramente humanos, sino sobre una fe comun y la severa observancia de todas las virtudes que esta fe enseña, y de todos los deberes que prescribe. Ni la extremada juventud, ni la vivacidad

¹ Mas aun que la fortuna, habia sido la naturaleza liberal con ella. Tenia el talle mas rico y mas hermoso de la tierra; y en su continente habia un no sé qué de noble, de majestuoso y grande, que no se la podia mirar sin admirarla. No existia en el mundo persona mas hermosa... (Vid. P. Archange, pág. 82, segun Jac. Montan. Spirens. cap. 5).—El conde Mailath en la *Hist. Taschenbuc*, de 1822, repite casi las mismas expresiones copiadas de una crónica anónima.

cási infantil del amor que á su marido profesaba, eran parte á que olvidase un punto Isabel que aquel jóven era su cabeza, como Jesucristo lo es de la Iglesia, y que por tanto debia estarle sometida como lo está la Iglesia á Jesucristo. Iba por tanto aquel ardoroso afecto unido á un gran respeto; la mas insignificante palabra de Luis, la menor indicacion por él hecha, eran órdenes solícitamente cumplidas por ella; cuidaba escrupulosamente de que en todas sus acciones y palabras las mas indiferentes nunca hubiera cosa que pudiera remotamente ofender ni impacientar á su esposo. Para ella el matrimonio era un yugo, pero tal como lo quiere la Iglesia, yugo de amor y de paz; porque Luis la dejaba en completa libertad para dedicarse á las obras de piedad y misericordia, únicas que la interesaban; animándola además y sosteniéndola en estas saludables prácticas con solícitud piadosa; y si alguna vez la detenia en ellas, era cuando creia verla entregada á un excesivo celo, haciéndolo entonces por medio de advertencias dictadas siempre por afectuosa prudencia, siempre recibidas con alegre docilidad.

La jóven esposa, aprovechándose de la

ocasion que le daba el sueño, verdadero ó fingido, de Luis, ó sustrayéndose de sus caricias, dejaba todas las noches el lecho conyugal, y arrodillada allí cerca se entregaba largo rato á la oracion pensando en el santo pesebre, y dando gracias á Dios por haberse dignado nacer á media noche en medio de la miseria y el frio para salvarla á ella y á todo el linaje humano. Luis despertaba muchas veces durante la oracion de Isabel; y temeroso de que tales penitencias fuesen superiores á las fuerzas de aquella complexion delicada, la suplicaba que cesase, diciéndole: «Querida hermana, mira por tí y procura descansar.» Luego le tomaba la mano hasta que ó Isabel volvía á acostarse, ó á él le vencía el sueño, quedando así su mano entre las de su esposa, la cual entonces regaba con lágrimas fervorosas aquella mano que parecia querer tenerla pegada á la tierra. Mas nunca Luis hizo uso de su autoridad para obligarla á interrumpir las obras de piedad, que tanto contento y regocijo causaban á su corazon; y la doncella de mas intimidad que tuvo Isabel, Isentrudis, ha referido á los jueces eclesiásticos un rasgo que prueba la indulgencia de Luis. Con el doble objeto de dis-

pertarse á tiempo y de no interrumpir el sueño de su marido, habia una dama de honor encargada de quitarle el sueño á cierta hora tirando por el pié de la Duquesa. Una vez que Isentrudis tenia esta comision, se equivocó, y en vez del pié de la Duquesa tiró por el pié del Duque, el cual despertó de pronto; pero cayendo en la cuenta de lo que aquello significaba, volvió á dormirse sin haber dado la menor muestra de impaciencia ni enfado.

El Duque veia muy bien, dice su historiador, que Isabel amaba á Dios con todo su corazon; y este pensamiento le tranquilizaba: ella por su parte estaba satisfecha de la piedad y prudencia de su esposo, y no le ocultaba ninguna de sus mortificaciones, segura de que nunca se interpondria entre ella y el Señor. Á las repetidas pruebas que mutuamente se daban de su ternura, ambos sabian mezclar dulces exhortaciones para adelantar juntos en el camino de la perfeccion, fortificándose y manteniéndose con esta emulacion santa en el servicio de Dios, sacando así del ardiente amor que les unia el sentimiento y el encanto del amor supremo ¹.

¹ Miro se affectu diligentes, et se invicem ad

El grave y puro carácter de este afecto se dejaba ver principalmente en la tierna costumbre que siempre conservaron de llamarse *hermano* y *hermana* aun despues de casados, como para perpetuar el recuerdo de la infancia que habian pasado unidos, y cual si quisieran refundir su vida toda entera en un solo sentimiento y único afecto.

Para ambos era tan indispensable la dicha de estar juntos; tan poderoso el casto iman que les atraia mutuamente; tan íntima la alianza de sus almas, que el separarse uno de otro no podian sufrirlo ni aun por brevísimo espacio de tiempo. De modo que el Duque, cuando sus excursiones eran cortas, llevaba siempre consigo á su amada Isabel, dichosa en acompañarle, aunque muchas veces por ásperas y peligrosas veredas, á largas jornadas y en medio de furiosos temporales; pero sin que pudieran detenerla las nieves, ni el calor excesivo, ni las inundaciones; pues en tanto estimaba el no estar apartada de aquel que nunca la apartaba de Dios. ®

Dei laudem et servitium dulciter invitantes et confortantes. (*Dict. IV Ancill.* Declaracion de Isentrudis reproducida en una de las lecciones del antiguo oficio de la Santa).

Pero en ocasiones obligaban á Luis los deberes de soberano á emprender expediciones lejanas, á salvar las fronteras de sus dominios sin poder llevar consigo á Isabel. Ocasion eran estas cortas ausencias de consolidar su mútua fidelidad y ternura; pues aprovechándolas los amigos del mal para tentar al Príncipe incitándole á abandonarse á las inclinaciones de la carne, no lograban sino proporcionar brillantes triunfos á su pureza y al amor de esposo cristiano. Dijéronle cierto dia algunos de su comitiva: «¿Por qué no haceis, señor, como otros príncipes y señores hacen? Vos no siempre podeis tener cerca á vuestra esposa, ni resistir siempre á las exigencias de la juventud.» Por de pronto nada contestó á esto; mas viendo la provocativa insistencia en tentarle, «Si estimais en algo, les contestó airado, mis favores, guardaos mucho de volver á hablarme en estos términos: tengo mujer y le debo fidelidad.»

Por lo tocante á Isabel, en cuanto su marido era ido, quitándose las galas de princesa tomaba el traje y velo propios de las viudas, no abandonándolos mientras duraba la ausencia de Luis, y aguardando el

regreso de éste entregada á la oracion, á las vigiliass y á las mas severas mortificaciones. Pero no bien llegaba á su oido el rumor de la vuelta del esposo, tornaba apresuradamente á vestirse y engalanarse con el esmero y brillo propios de su elevada clase, diciendo á sus doncellas: «Mirad que no hago yo esto por carnal complacencia ni vanidad mundana, Dios me es testigo de ello; sino únicamente por caridad cristiana á fin de evitar á mi esposo toda ocasion de disgusto y aun de pecado, si en mí llegara á ver cosa que no fuera de su agrado; y para que no ame sino á mí sola en el Señor, y que Dios que nos ha unido en la tierra nos conceda á ambos la union de la vida eterna.»

Y luego volaba á su encuentro con el cándido alborozo de una niña, esforzándose mientras se hallaban juntos en agradar á su corazon y á sus ojos. Contra lo que prescribia la etiqueta de aquel tiempo, Isabel, que no podia sufrir el estar léjos de su esposo, corria á sentarse al lado de éste cuando se ponian á la mesa; en lo cual satisfacía á un tiempo al amante anhelo del corazon y al deseo de que su presencia sirviera de freno á la lengua ligera y descom-

puesta de los caballeros jóvenes; como en efecto nada era mas á propósito para poner á raya las almas mundanas que el espectáculo de virtud tan grande en tan jóvenes personas. Unidos de esta suerte por una santa concordia; llenos de humildad y pureza delante de Dios; de caridad y buena voluntad para con los hombres; de mútuo y recíproco amor, pero de un amor que arastraba á uno y otro hácia Dios, ofrecian á la tierra y al cielo el mas dulce y edificante espectáculo, realizando de antemano el cuadro encantador de un consorcio celestial, trazado por el mas grande poeta del Catolicismo:

La lor concordia e i lor lieti sembianti,
Amore e maraviglia e dolce sguardo
Faceano esser cagion de' pènsier santi.

(Dante, *Paradiso*).

CAPÍTULO VII.

Como la amada santa Isabel mortificaba su cuerpo.

Or a la dame ainsi vescu
Et de sa vie a fait escu
Por l'ame deffendre et couvrir,
Et por saint paradix ouvrir.

(*Rutebeuf*, Mss. f. 34).

Ved, pues, á nuestra jóven Princesa en posesion de esta dicha de los primeros años, de esas dulces alegrías de la mañana de nuestros dias, que ninguna otra alegría mas tardía puede reemplazar ni dolor alguno sepultar en el olvido. Con su ausencia oscurecese la vida toda en nuestros corazones, y basta su memoria para dulcificar las miserias mas crueles. Por eso Dios provee las mas veces á sus criaturas de este matinal rocío, á fin de que puedan resistir al peso y al calor del día. Pero Isabel, cuyos ojos interiores estaban fijos en el cielo, al aceptar esta dicha con tierno abandono, comprendia tambien sus peligros; y aquella alma escogida hallaba en esta felicidad una prueba de la cual era forzoso triunfar.

Isabel conocia que al unirla Dios con aquel á quien tanto habia amado en el mundo, le habia dispensado una gracia que la obligaba á redoblar su celosa fidelidad y ardiente reconocimiento hácia su celestial Bienhechor. Aunque en verdad su jóven conciencia no la acusase de gravísimas culpas, no ignoraba por eso que para la estricta justicia de Dios las almas mas fieles no son sino siervos inútiles, y que para alcanzar la salvacion, todos los sacrificios son poco. Desde entonces y en fuerza de tal pensamiento, comenzó á acopiar aquella superabundancia de gracias y merecimientos que, segun la dulce y consoladora doctrina de la Iglesia, es para los santos una gloria tan brillante, y para los fieles un tesoro tan rico, y refugio tan seguro.

Domar la carne á fuerza de vigiliass fue su primer cuidado. Ya vimos con cuál perseverante dureza sabia mortificarse sobre este punto, y con qué solicitud mezclada de indulgencia su piadoso marido la veia dejar su compañía de noche para acercarse á Dios. Pero á pesar de su buena voluntad, rendíala el sueño muchas veces en medio de la oracion, quedándose dormida sobre la alfombra al pié de la cama puesta la

mano entre las de su esposo. Cuando al entrar sus doncellas por la mañana y encontrándola en este estado la reconvenian preguntándola si, supuesto que dormia, no se hallaria mas cómodamente sobre la cama que en el suelo al pié de ella, les respondia: «No; porque si no siempre puedo orar, al menos me mortifico separándome de mi marido. Quiero domar mi carne, la cual gana siempre haciendo lo que el alma quiere ¹.»

Quando su marido estaba ausente, ella pasaba la noche entera en vela con Jesús, el esposo de su alma. Pero no se reducian á solo estas las penitencias que se imponia la jóven é inocente Princesa. Bajo los trajes mas espléndidos llevaba siempre un cilicio á raíz de la carne; hacíase azotar en secreto y con dureza, todos los viernes, en memoria de la Pasion dolorosa de nuestro Señor, y diariamente durante la Cuaresma (á fin, dice un historiador, de pagar en algun modo al Señor el suplicio de los azotes), presentándose luego delante de la cor-

Je veux que la chair ait damage
En ce que le souffrir ne puet
A faire ce que l'ame estuet.

(Rutebeuf).

te con alegre y sereno semblante. Andando el tiempo trasladó esta austeridad á las altas horas de la noche, y entrándose en un aposento inmediato á la cámara donde dormía con su esposo, hacia que sus doncellas la diesen áspera disciplina, volviendo despues al lado de su marido con quien se mostraba mas alegre y amable que nunca, confortada con estos rigores contra sí misma y su propia debilidad ¹. Así es como ella, dice un poema contemporáneo, procuraba acercarse á Dios y romper las ligaduras de la cárcel de su carne, como valerosa guerrera del amor del Señor.

Ponia sin embargo un especial cuidado en que estas secretas asperezas no influyesen en sus habituales relaciones de manera que la hicieran aparecer triste y melancólica. Léjos de eso, tomaba parte sin repugnancia en aquellas reuniones y fiestas mundanas donde por razon de su dignidad debia presentarse; y como dice un gran Santo, digno por todos conceptos de juzgar y comprender á nuestra Heroína, «á veces

¹ Lacerabat duris verberibus carnem puella innocens et pudica. Laetam coram hominibus se ostentans... Ad lectumque mariti reversa hilarem se exhibuit et iucundam. (*Theod.*).

«jugaba y danzaba, hallándose en las juntas de pasatiempo sin menoscabo de su «devocion, la cual estaba tan bien arraigada en su alma, que como las rocas que «cercan el lago de Reati crecen combatidas «de las ondas; así su devocion crecia en «medio de las pompas y vanidades á que la «exponia su dignidad ¹.» Como detestaba toda clase de exageracion exterior en las buenas obras, y toda afectacion de dolor, solia decir de las personas que para orar ponian rostro severo ó triste: «No parece «sino que quieren espantar á Dios; déñle «lo que pueden con alegría y buen «razon.»

Por otra parte no perdonaba medio de ofrecer á Dios el tributo de su humildad y obediencia. Tenia por director de conciencia á maese Conrado de Marbourg, de quien hablarémos mas adelante, y á quien habia hecho, permitiéndolo su marido, voto de obediencia en todo cuanto no fuera opuesto á la autoridad marital; y como Conrado habia alzado el grito contra ciertos impuestos cuyo producto se destinaba á cubrir los

¹ San Francisco de Sales, *Introduccion á la vida devota*, parte III, cap. 34, traduccion de Cubillas Donyague, Barcelona, 1762.

gastos de la mesa real, tenia mandado á su penitente que no se llegara á manjar alguno si positivamente no sabia que proviniese de las rentas propias de Luis y no del expresado tributo, ó de otros pechos de los vasallos, que para él eran muy á menudo extorsiones injustas y contrarias á la voluntad de Dios. No hay para qué decir la solitud con que la jóven duquesa acogió y puso en práctica con escrupulosa severidad una idea de esta especie, y eso que muchas veces la embarazaba un poco, en virtud del propósito que, segun dijimos, tenia hecho de permanecer junto á su marido durante las horas de comer; á pesar de que Luis, léjos de oponerse á los deseos de su esposa en esta parte, cuando tres de las doncellas de Isabel le pidieron permiso para seguir el ejemplo de su señora, se lo concedió al momento, añadiendo: «Con mil amores haria yo lo mismo si no temiera la «murmuracion y el escándalo; pero con la «ayuda de Dios bien pronto cambiaré yo «tambien mi método de vida.» Penetrado de un tierno respeto para con la conciencia de su esposa, él mismo se adelantaba á advertirla afectuosamente é indicarle algunos manjares comprendidos en la excep-

cion, así como la instaba á comer de las viandas procedentes de sus rentas y no de los tributos; y, á pesar de todo, Isabel no osaba llegarse á muchos platos por temor de si serian el fruto de los sudores amargos del pobre. Mas todo esto y cuanto hacia por amor de Dios, ocultábalo ella esmeradamente á los ojos del mundo; siendo cosa de ver las menudas y delicadas astucias de que echaba mano cuando, hallándose á la mesa del Duque, trataba de que los circunstantes no se apercibieran de sus privaciones; ya aparentando ocuparse con afan en la puntualidad del servicio, ya repitiendo las órdenes que daba á los criados, ya dirigiendo la palabra á los convidados y sirviéndoles de beber; y á veces tambien desmenuzando el pan ó los manjares que le ponian delante, desparramándolos allá y acullá, para figurar restos lo que era un plato sin tocar. De suerte que muchas veces se levantaba con sed y hambre tras una abundante comida; y las doncellas que la acompañaban en estas penitencias refieren que en ocasiones se veia reducida á tomar por todo alimento un poco de pan seco ó algunas pequeñas tortas que cubria con un poco de miel. Un dia de gran banquete so-

lo pudo reservar para sí cinco pequeños pajarillos que casi enteros se comieron sus doncellas, porque las ajenas privaciones le daban más cuidado que las suyas propias¹: otra vez, yendo á reunirse con su esposo en la Dieta del Imperio, no halló cosa que poder comer en conciencia sino un mendrugo de pan negro, y tan duro que fue preciso remojarlo en agua caliente; pero como era día de ayuno se dió por satisfecha con esto, y sin otro alimento hizo en seguida una jornada á caballo de quince leguas².

Hay una interesante tradicion que demuestra cuán suavizadas eran por Dios, y hasta de una manera material y sensible, estas privaciones de su sierva en lo que de

¹ Solis quinque tortalis melle conditis, solo plerumque pane contenta... Quinque aviculas minutissimas... ex quibus parum reservans reliquam pedisequis misit. (*Dict. IV Ancill.*)

² Maritum secutura ad magnam diaetam, ubi erat... Tantum grossum nigrum panem et durum quem in calida aqua simplice mollefactum comedit... Hoc prandio illa die cum suis contenta... Et sic equitabant eodem die octo milliaria theutonica quae large faciunt *triginta italica*. (*Dict. IV Ancill.* Caesarius, y el Ms. del Vaticano dicen con razon *quadráginta italica*).

áspero y duro tenían. Hallábase cierto día sola, pues Luis estaba ausente, haciendo su pobre comida compuesta de pan seco y agua. Entró de improviso el Duque y quiso, en señal de amistad, beber en el vaso de Isabel, en el cual con gran sorpresa suya encontró un licor tan exquisito, que le tuvo por el mejor vino del mundo. Preguntado el copero de dónde había tomado aquel vino, respondió que él no había servido á la Duquesa sino agua pura. Luis no contestó palabra; pero, segun la piadosa y justa expresion de un cronista, tuvo bastante *discrecion* para ver en esto una señal del favor divino, y una recompensa de los sacrificios que se imponía su esposa.

Isabel recorría con frecuencia en compañía de sus doncellas las oficinas del castillo, informándose minuciosamente de la procedencia de todos los manjares y bebidas; y cuando hallaba alguna vianda de las permitidas, se volvía á sus doncellas y les decía: «No comais mas que de esto.» Y si le mostraban alguna bebida lícita, como vino de las viñas de Luis, decía igualmente: «No bebais sino de esto.» Pero era de ver cuál se regocijaba y palmoteaba alegre como un niño, cuando, recorridas todas las

dependencias, nada habia encontrado que pudiera inquietarla: «Hoy va bien esto, «decia; hoy podemos comer y beber.» Cuando sucedian estas cosas tenia quince años; y en esta edad conservaba la infancia del espíritu y del corazon, sin perjuicio por otro lado de hacerse digna del cielo por la práctica de virtudes bien superiores á su edad.

Este género de vida tan austera, enteramente opuesto á los hábitos y usos de las gentes de su clase, atrajo á la Duquesa la reprobacion y la pública censura de toda la corte; censura que no perdonaba ni al Duque mismo, culpándole de tolerar y autorizar las extravagancias de su esposa: pero ambos sufrían con paciencia estos profanos juicios, mirando agradar mas bien á Dios que á los hombres.

Entre tanto halló bien pronto la jóven Princesa un nuevo campo donde ejercitar su celo, y su amor á la mortificacion. Un dia muy solemne bajó, segun costumbre, de Wartbourg á Eisenach, vestida de riquísimo traje, ataviada de suntuosas joyas, y ceñida la corona ducal, acompañada de su suegra y numerosa comitiva, y todos juntos fueron á una de las iglesias de la ciu-

dad. Siempre que entraba en alguna iglesia, tenia por costumbre dirigir inmediatamente la vista á algun Crucifijo, como lo hizo en esta ocasion: y habiendo visto la imágen de Jesús desnudo, coronado de espinas, atravesados sus piés y manos con agudos clavos, sintióse penetrada de compuncion como otra vez en su infancia, y entrando en sí misma, dijo para sí: «Hé aquí «á tu Dios colgado de un madero, mientras «á tí, inútil criatura, te adornan preciosas «joyas y vestidos. Él lleva ¡ay! corona de «espinas; y tú la llevas de oro.» Y vencida al propio tiempo por la fuerza del sentimiento de su compasion piadosa, cayó desmayada en el suelo. Alzáronla de allí las espantadas doncellas, y sacándola á la puerta del templo para que le diese el aire y rociándole el rostro con el agua bendita de la pila, Isabel recobró luego el conocimiento; pero desde aquel mismo instante formó el propósito de renunciar á toda cla-

¹ En pendet Dens tuus nudus, et tu homo inutilis vestibus pretiosis operiris. Spinis caput ejus pungitur, et tuum caput redimitur auro... Cecidit exanimis effecta... Ad ostium ecclesiae propter refrigerium portaverunt, et reclinantes eam, faciem eius aqua benedicta, quae aderat, consperserunt. (Theod.).

se de galas y adornos, excepto en aquellos casos en que exigiera lo contrario el mandato de su marido, ó las obligaciones de su dignidad. Hallamos en las declaraciones de sus doncellas los pormenores acerca de los diversos objetos que á la sazón eran parte del tocador de una princesa, y que desde entonces no quiso ya usar nuestra Santa. Renunció, por ejemplo, á toda clase de telas y velos de colores fuertes y claros; á las mangas ajustadas y de pliegues, gran lujo de aquel tiempo segun parece; á las cintas y bandas de seda para sujetar el cabello, y en fin á las ropas largas y vestidos de cola. Cuando la necesidad la obligaba á vestirse de ceremonia, bajo la púrpura y el oro guardaba su traje de lana burda y el cilicio que nunca se quitaba; de modo que en las públicas solemnidades siempre se veían unidas en ella la dignidad y la modestia de una princesa cristiana; virtud que siempre recomendaba y encarecía á las grandes señoras que venían á visitarla, exhortándolas con calor á renunciar, en esto á lo menos, á las vanidades del siglo, y aun remitiendo á algunas modelos ó patrones de vestidos de la forma que creía convenirles. No fueron per-

didados estos esfuerzos; porque muchas de estas señoras, conmovidas por el ejemplo de una jóven tan tierna recién casada, dieron de mano á mundanas superfluidades, y aun algunas hicieron voto de perpétua continencia.

Santa sencillez, candor de las primeras edades, pura y cándida ternura de los antiguos dias, ¿volveréis á renacer en el mundo? ó hemos de pasar por el dolor de creer que para siempre os habeis apagado y muerto? Y si es cierto que los siglos son años en la vida del mundo, ¿no volveréis vosotras, dulces primaveras de la fe, á rejuvenecer el mundo y los corazones despues de un invierno tan largo y tan sombrío?

CAPÍTULO VIII.

*De la gran caridad de la amada santa Isabel,
y de su amor á la pobreza.*

Da pauperi, ut des tibi: da pauperi
micam, ut accipias totum panem; da
lectum, accipe coelum; da res peri-
turas, ut accipias aeternas mensuras.
(S. Petrus Chrysologus, *Serm. VIII*
de ieiun. et elemos.).

In te misericordia, in te pietate,
in te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura è di bontate.
(Dante, *Parad. c. 33*).

Mientras Isabel imponía á sus sentidos tan riguroso yugo, y se trataba á sí misma con dureza tan perseverante, rebosaba en su corazón la misericordia y caridad para con los pobres. La tierna piedad de que había dado muestras desde la infancia, iba por grados tomando aquel nuevo incremento que en breve debía llegar á merecerle el glorioso y dulce sobrenombre de *Patrona de los pobres*, bajo el cual la venera hoy la cristiandad. La liberalidad para con los pobres era uno de los rasgos de aquella época, sobre todo entre los príncipes; pero se observaba que en Isabel la caridad no nacía del influjo de su cuna, y menos todavía del

deseo de ser alabada ó atraerse un reconocimiento y gratitud puramente mundanal, sino mas bien de una celestial é interior inspiración. Ya desde muy niña la llenaba el corazón de dolor la vista de un pobre; y ahora que su esposo la dejaba en completa libertad para todo lo que se refería al honor de Dios y provecho del prójimo, se abandonaba sin reserva á la natural inclinación de socorrer á los miembros pacientes de Cristo. Consagrar á los pobres el importe y valor de todas las cosas supérfluas, cercenadas á los hábitos de su sexo y dignidad, era su pensamiento de cada día y de cada momento; y á pesar de que la caridad de Luis ponía á su disposición recursos nada escasos, tan de prisa distribuía cuanto había á las manos, que muchas veces se vió precisada á despojarse de los vestidos que llevaba puestos para poder aliviar á algun desgraciado.

Tan tierna abnegación de sí misma no podía menos de cautivar la imaginación y el corazón del pueblo. Cuentan las antiguas crónicas que bajando un jueves á la ciudad la Duquesa ricamente vestida y puesta la corona, halló al paso una turba de pobres á quienes repartió todo el dinero que lle-

CAPÍTULO VIII.

*De la gran caridad de la amada santa Isabel,
y de su amor á la pobreza.*

Da pauperi, ut des tibi: da pauperi
micam, ut accipias totum panem; da
lectum, accipe coelum; da res peri-
turas, ut accipias aeternas mensuras.
(S. Petrus Chrysologus, *Serm. VIII*
de ieiun. et elemos.).

In te misericordia, in te pietate,
in te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura è di bontate.
(Dante, *Parad. c. 33*).

Mientras Isabel imponía á sus sentidos tan riguroso yugo, y se trataba á sí misma con dureza tan perseverante, rebotaba en su corazón la misericordia y caridad para con los pobres. La tierna piedad de que había dado muestras desde la infancia, iba por grados tomando aquel nuevo incremento que en breve debía llegar á merecerle el glorioso y dulce sobrenombre de *Patrona de los pobres*, bajo el cual la venera hoy la cristiandad. La liberalidad para con los pobres era uno de los rasgos de aquella época, sobre todo entre los príncipes; pero se observaba que en Isabel la caridad no nacía del influjo de su cuna, y menos todavía del

deseo de ser alabada ó atraerse un reconocimiento y gratitud puramente mundanal, sino mas bien de una celestial é interior inspiración. Ya desde muy niña la llenaba el corazón de dolor la vista de un pobre; y ahora que su esposo la dejaba en completa libertad para todo lo que se refería al honor de Dios y provecho del prójimo, se abandonaba sin reserva á la natural inclinación de socorrer á los miembros pacientes de Cristo. Consagrar á los pobres el importe y valor de todas las cosas supérfluas, cercenadas á los hábitos de su sexo y dignidad, era su pensamiento de cada día y de cada momento; y á pesar de que la caridad de Luis ponía á su disposición recursos nada escasos, tan de prisa distribuía cuanto había á las manos, que muchas veces se vió precisada á despojarse de los vestidos que llevaba puestos para poder aliviar á algun desgraciado.

Tan tierna abnegación de sí misma no podía menos de cautivar la imaginación y el corazón del pueblo. Cuentan las antiguas crónicas que bajando un jueves á la ciudad la Duquesa ricamente vestida y puesta la corona, halló al paso una turba de pobres á quienes repartió todo el dinero que lle-

vaba consigo. Cuando ya nada le restaba que dar, acercóse un infeliz pidiendo una limosna con voz y ademan lastimero; y como ella no tuviese qué darle, ni la sufriera el corazón contristar á aquel desdichado, quitóse de la mano uno de sus guantes ricamente bordado de oro y pedrería, y lo entregó al pobre. Acertó á ver la acción un caballero de la comitiva, que corriendo tras el pobre le compró el guante de la Duquesa, y lo puso luego prendido á su casco á modo de cimera, como prenda de la protección divina. Este caballero fué después á la cruzada y adquirió gran fama por sus hazañas. Vuelto á su patria, y estando ya para morir, declaró que toda su gloria y fortuna en los lances de la guerra no podía atribuirlos á otra cosa sino á la dicha de haber poseído y llevado consigo, toda la vida, un recuerdo de la amada santa Isabel ¹.

Pero el amor á los pobres de Cristo no podía quedar satisfecho en el corazón de la Princesa á fuerza de donativos y dinero, sino de personales servicios y cuidados amo-

¹ Rebhahn. *Hist. Eccles. Isenac. Mss.* — *Passional*. Según este último, no fué un guante sino una de las mangas sueltas del vestido; otros autores dicen que fue el rebecillo.

rosos y pacientes, limosna la mas santa, preciosa y aceptable tanto á los ojos de Dios como á los de los mismos desdichados. Practicaba Isabel esta limosna con la sencillez y alegría exterior que le eran habituales. Si los que venian á implorar su caridad eran enfermos, después de darles desde luego lo que podia é informarse de su vivienda para pasar á visitarles, iba allá sin detenerse ni por la distancia ni por el mal camino; sabiendo que nada hay que fortifique el sentimiento de la caridad como el profundizar las miserias humanas en lo que tienen de mas positivo y material. Al penetrar en las chozas mas distantes del castillo y las mas repugnantes por la suciedad y mal olor, ostentaba en estos asilos de la pobreza una especie de devoción y familiaridad á un mismo tiempo; y llevaba consigo aquellas cosas de que creia mas necesitados á sus miseros habitantes, infundiéndoles mayor consuelo aun con sus dulces y afectuosas palabras que con estos generosos dones ¹. Pagaba de su bolsillo las

¹ Ceulx sermoit sainte Ysabiaux,
Les moz lor dizoit doux et biaux
De pacience et de salut.

(Rulebeuf).

deudas de los que hallándose empeñados no tenían con qué satisfacer á los acreedores. Eran objeto predilecto de su compasion las mujeres pobres que se hallaban de parto, yendo, siempre que podia, á animarlas y asistirlas junto á sus miserables lechos, recibiendo en sus brazos con amor de madre á los recién nacidos, envolviéndolos en pañales que habia cosido ella misma, y sirviéndoles muchas veces de madrina en el bautismo, á fin de tener en esta espiritual maternidad un motivo de mas para amarlos y cuidarlos toda la vida. Cuando alguno de sus pobres moria, acudia presurosa á velar el cadáver, amortajarle con sus propias manos, y á veces en sábanas de su mismo lecho; asistía á su funeral dejando suspensos de admiracion á cuantos veian la humildad y recogimiento con que acompañaba el féretro del último de sus vasallos.

En su casa empleaba los ratos de ocio, no en las diversiones delicadas de los ricos, sino, como la mujer fuerte de la Escritura, en trabajos penosos y útiles, hilando con sus doncellas lana con la cual hacia despues ella misma ropas para los pobres ó para los religiosos mendicantes que

por este tiempo vinieron á establecerse en sus Estados. Por toda comida tomaba muchas veces unas legumbres á medio cocer, sin sal ni otro condimento; todo hecho así de propósito á fin de saber prácticamente de qué modo comian los pobres: ella lo hacia con la mayor alegría, á pesar de ser tan escaso y miserable alimento.

Ya vimos que muchas veces pasaba hambre por no querer echar mano de las viandas que suponía proceder del trabajo de los pobres injustamente exigido; pero su celo por la justicia y su tierna solicitud por los desgraciados no se limitaban á tales escrúpulos puramente personales. Cuando al ocuparse en los cuidados ordinarios de su casa echaba de ver las señales de cualquier atentado ó desafuero cometido contra los pobres campesinos, iba volando á dar cuenta de ello á su marido, sin perjuicio de indemnizar por si misma al ofendido hasta donde le era posible hacerlo. Cual si estas tiernas virtudes fueran herencia imprescriptible de la casa de Hungría, dos siglos casi mas adelante volvemos á hallarlas en otra mas adelante volvemos á hallarlas en otra ilustre y jóven soberana, hija, como Isabel, de un rey de Hungría, en la princesa Heduwigis, elegida á la edad de trece años

para reina de Polonia, que por medio de su casamiento con Jagellon realizó la union de la Polonia con la Lituania, y que á la edad de veinte y ocho años (1399) murió en olor de santidad despues de haberse hecho célebre como la mas bella y animosa princesa de su tiempo. Digna de la raza de Isabel por la inmensa piedad de su corazon, ha legado á los anales de su país uno de los dichos mas deliciosos y tiernos que jamás hayan pronunciado los labios de un cristiano. Habiéndose presentado á ella unos pobres paisanos á quejarse de que los criados del rey les habian arrebatado todo el ganado que poseían, corrió á ver á su esposo y obtuvo de él la restitucion inmediata; despues de lo cual añadió ella: «Ya les han vuelto su hacienda; pero ¿quién les «volverá sus lágrimas?»»

Isabel se complacia en llevar ella misma á los pobres, sin que nadie lo viera, no solamente dinero, sino tambien comestibles y otros objetos que destinaba para ellos,

¹ En el apéndice núm. 3 de la edicion en 8.º he procurado presentar un bosquejo de la vida de la reina Heduwigis, que algunos autores llaman santa confundiéndola con la otra Heduwigis, tia de Isabel.

echando con esta carga por extraviados y escarpados senderos que desde el castillo conducian á la ciudad y á las cabañas de los vecinos valles. Un dia en que, acompañada de una de sus criadas favoritas, descendia á lo largo de un sendero sumamente escarpado que todavía se enseña hoy ¹, llevando en la falda de su vestido pan, carne, huevos y otras cosas, se encontró de pronto cara á cara con su marido que volvia de caza por aquel sitio. Admirado el Duque de verla encorvada con el peso de aquel envoltorio, le dijo: «Veamos qué es «lo que llevas ahí;» y al mismo tiempo, á pesar de la resistencia de Isabel, descubrió el bulto que, toda espantada, apretaba contra su pecho; pero no encontró sino una multitud de rosas blancas y encarnadas las mas lindas que jamás hubiera visto; lo cual le dejó tanto mas suspenso y sorprendido cuanto no era entonces la estacion de las flores. Apresuróse á calmar con sus caricias la turbacion de Isabel; pero se detuvo de improviso viendo brillar sobre su cabeza una imagen luminosa en figura de cruz.

¹ Llámase hoy, como entonces, este sitio con el muy expresivo nombre de *Kniebrechen*, esto es, Rompepiernas.

Entonces la instó para que continuara su camino cual si no se hubiesen tropezado; y él subió al castillo meditando con recogimiento en las maravillas que Dios obraba con su esposa, y llevando consigo una de estas prodigiosas flores que guardó durante su vida. En el sitio mismo donde se operó el milagro, y junto á un vetusto árbol que hizo derribar, mandó alzar una columna coronada por una cruz para perpetuar el recuerdo de la que vió aparecer sobre la cabeza de su esposa ¹.

Entre todos los miserables que excitaban su compasion ocupaban en su corazon compasivo un distinguido lugar los leprosos que fueron durante la edad media, en fuer-

¹ Hermann de Fritzlar, el manuscrito de los Franciscanos y Pelbarto de Temeswar en su sermón xcvi refieren este milagro á la niñez de la Santa. Segun ellos, saliendo un dia la Santa de las cocinas con unos víveres que habia tomado de allí para los pobres, encontró á su padre ó su suegro, quien le preguntó: «¿Qué llevas ahí, niña?— Son «rosas, contestó ella, para hacerme una guirnalda. «—Veamos esas rosas.» Y en efecto rosas era lo que habia. He preferido seguir á la mayoría de los autores y la general tradicion que colocan este milagro en la época de la vida conyugal, y hacen intervenir en él al marido segun refiero en el texto. Por lo demás, este es el mas popular y célebre en-

za del misterioso y particular carácter de su infortunio, objeto de una solicitud mezclada de afecto y terror ¹. Á imitacion de muchos príncipes y santos de aquella época, Isabel se deleitaba en sobreponerse á este último sentimiento, y en despreciar todas las precauciones que separaban de la sociedad cristiana en lo exterior á estos seres marcados por la mano de Dios. Donde quiera que acertaba á ver á alguno de ellos, salia á su encuentro sin tener en cuenta el peligro del contagio; se sentaba á su lado, le dirigia tiernas y consoladoras pláticas, le exhortaba á la paciencia y confianza en Dios, y se despedia dejándole abundante limosna. «Debes, le decia, sufrir este mar-

tre los milagros de la Santa: los pintores y escultores católicos la han representado á cada paso con el regazo lleno de flores. Todavía hoy se cultivan rosas en gran cantidad al rededor de su iglesia de Marbourg, y tambien de Wartbourg. El pueblo de aquel contorno, aunque protestante, ha conservado amorosamente esta leyenda. Yo la he oido de boca de un paisano de las cercanías de Marbourg en 29 de junio de 1834, con la circunstancia de la rosa que tomó y llevó consigo el Landgrave, circunstancia que no he visto en autor alguno. El mismo milagro se atribuye á santa Isabel de Portugal y á santa Rosa de Viterbo.

¹ Véase mas adelante el cap. XXV.

«tiro de buena gana, sin tristeza ni impaciencia. Cierta estoy de que si llevas con «resignacion este infierno que Dios te «vió en la presente vida, has de verte libre «y seguro del infierno de la otra. Sábeta «que en esto hay un grandísimo mereci- «miento.» Encontró cierto dia á uno de estos desdichados, que por añadidura de su horrible mal, padecía una asquerosa enfermedad en la cabeza. A pesar de que su aspecto causaba indecible repugnancia, Isabel le hizo venir secretamente á un sitio retirado de su jardin, donde acomodando la cabeza del leproso entre sus rodillas le cortó con sus propias manos el pelo, le lavó y vendó la cabeza: sorprendida en tan singular ocupacion por sus damas de honor, se contentó con dirigirles una sonrisa sin pronunciar palabra alguna ¹.

Un dia de Jueves Santo Isabel reunió á

¹ Mendicium, horrendum aspectu, capitis infirmitate laborantem, secrete assumpsit, caputque eius in sinu suo reclinans, horridos capillos ipsius sanctis manibus totondit, etc. Supervenientibus correpta pedisequis, ridebat et tacebat. (Theod. II Cod. Heid.).

Et elle ne savoit que dire,
Se prenoit par amours à rire.

(Rutebeuf).

una porcion de leprosos; lavóles los piés y las manos, y despues postrada á sus plantas, les besó humildemente las úlceras y llagas. Otra vez, habiéndose ausentado el Duque por algunos dias para su castillo de Naumbourg, situado en el centro de sus posesiones septentrionales y fronterizas de la Sajonia, Isabel se quedó en Wartbourg, y empleó el tiempo que su marido estaba ausente en redoblar el celo para con los pobres y enfermos, lavándolos y aseándolos por sí misma, vistiéndolos de nuevo con ropas que ella habia hecho, no obstante el manifiesto y público desagrado de la duquesa-madre Sofia que vivia con su hijo despues que habia quedado viuda, de cuyas quejas y mal humor hacia muy poco caso la jóven Princesa. Habia entre estos enfermos un jóven leproso, llamado Helias, reducido á tan deplorable estado que ninguna persona queria ni osaba curarle. Solamente Isabel, compadecida de aquel abandono general, se creyó obligada á hacer por él mas que por otro alguno. Tomóle, pues, consigo, le bañó, dióle unturas generales con un bálsamo saludable, y luego le acostó en el mismo lecho donde ella solia dormir con su marido. Llegaba el Duque al

castillo justamente cuando Isabel acababa esta caritativa tarea. La Duquesa-madre, que le vió llegar, salió á recibirle, y no bien le vió apearse, cuando le dijo: «Ven, querido, ven conmigo y te enseñaré una linda proeza de tu Isabel. — ¿Qué significa esto? dijo el Duque. — Te digo que «vengas; tú verás una persona á quien ella ama algo mas que á tí que eres su marido.» Y tomando al Duque por la mano condújole á su cámara; y acercándole al lecho donde yacia el leproso, exclamó: «Mira, hijo querido; tu mujer mete los leprosos en tu propia cama, sin que yo pueda estorbárselo: ya lo ves; quiere, á no «dudarlo, que te se pegue la lepra.» No pudo Luis, al oír estas palabras, dejar de sentir cierta irritacion que se echó de ver en el ademán con que apartó á un lado las sábanas y cubierta de la cama para ver lo que habia dentro. Pero en el mismo instante el Todopoderoso le abrió los ojos del alma, segun la hermosa expresion del historiador; y en vez del leproso, el Duque vió la figura de Cristo crucificado tendido en su lecho. Dejóle estupefacto aquel prodigio, y lo mismo á su madre, y corrió de sus ojos abundante llanto sin poder por lo

pronto proferir una sola palabra. Y al volverse y ver á Isabel, que le habia seguido sin ruido á fin de calmar su cólera contra el leproso, le dirigió estas palabras: «¡Oh Isabel, amadísima hermana mia! en «buen hora dés mi lecho á tales huéspedes «cuantas veces quieras; yo te lo agradece- «ré mucho: no consientas que nadie se «oponga al ejercicio de tus virtudes.» É hincado de rodillas dirigió á Dios esta plegaria: «Señor, apiadaos de mí que soy un «pobre pecador: no merezco yo ver con mis «ojos tales maravillas, harto lo conozco; «dadme gracia para ser un hombre confor- «me á vuestro corazón y divina voluntad.»

Aprovechóse Isabel de la profunda impresion que esta escena habia producido en el ánimo de su esposo para pedirle el permiso de construir un hospicio en la pendiente de la roca que domina á Warthourg y en el mismo sitio donde mas adelante hubo un convento de Franciscanos. En este establecimiento sustuvo desde luego á veinte y ocho pobres enfermos ó achacosos, elegidos entre los que no podían por su gran debilidad subir hasta el mismo castillo; llevándoles por sí misma, todos los dias, de comer y beber, y visitándolos de continuo.

Viviendo de esta suerte con los pobres y por los pobres, no es de maravillarse el que Dios le haya inspirado ese amor santo de la pobreza con que se distinguieron siempre las almas mas favorecidas con sus gracias. Mientras por un lado Francisco de Asis, hijo del pueblo, abria al mundo una nueva puerta del santuario por la cual se lanzaban ardorosamente todas las almas ávidas de sacrificios y abnegación, suscitaba Dios en el seno de la aristocracia alemana esta hija de reyes que ya á la edad de quince años sentia abrasado su corazon en el fuego del deseo de la pobreza evangélica, y que con el hondo y soberano desprecio de todos los bienes terrenos confundia el orgullo y fausto de sus iguales. Parece como que el Señor le designaba así el puesto que debia ocupar, y que ella se apresuró á tomar, en el culto y reverencia á la Iglesia y en el amor al pueblo cristiano junto al héroe de estas dos virtudes, el Serafin de Asis. En la flor de la juventud y de la belleza habia logrado secar en su corazon las mas diminutas raíces de las glorias mundanas: «ella, dice un escritor antiguo, ella que se encontraba en el centro de los honores y de la gloria, buscaba la pobreza para des-

«asirse de todo afecto mundano, y para ser «pobre como lo habia sido Nuestro Señor «Jesucristo.»

Sentia Isabel un irresistible deseo de asociar á su muy amado esposo á todas estas secretas y santas fantasias, á todos los transportes de su infantil imaginacion, acerca de una vida ideal á la vez mas simple y mas conforme á la perfeccion evangélica. Una noche en que hallándose en el lecho ambos estaban desvelados, le dijo: «Si no lo teneis á enojo, quisiera, señor, «deciros cierto pensamiento que tengo sobre el género de vida que podríamos abrazar para servir mejor á Dios.—Decidlo, «dulce amiga mia, respondió Luis.—«Quisiera, repuso ella, que poseyéramos una «sola yunta de tierra para vivir y como «unas doscientas ovejas: vos labraríais la «tierra, cuidaríais de los caballos, llevando «por amor de Dios la fatiga; yo cuidaria «las ovejas, las llevaria al pasto y las esquilaria por mi misma.» Echóse á reir el Duque y replicó: «A bien, querida hermana, que con tanta tierra y ganado, pareceme que no habíamos de ser muy pobres; antes muchos habian de tenernos «por ricos y bien acomodados ¹.»

¹ El monje Roberto.

Encantado el Príncipe de tan ingénuo sencillez, refirió pocos días después esta conversación íntima á su amigo el arzobispo Teodoro de Treves, á quien después la oyó el historiador que nos la ha conservado.

Otras veces se ponía á hablar largamente con sus criadas, que eran también sus amigas, acerca de las alegrías de la pobreza; y con frecuencia la jóven Princesa, tan niña de corazón como de edad, trataba de realizar en imagen siquiera sus piadosos y santos deseos. Para esto, despojándose de sus régias vestiduras, se echaba sobre los hombros un manto ruin de color ceniciento, propio traje de villanos y pobres, y cubierta la cabeza con un velo estropeado y roto, iba andando delante de sus compañeras á guisa de una pordiosera pidiendo pan: luego, como si una celestial inspiración le revelara en aquel instante la suerte que Dios la reservaba en el mundo, decía á sus compañeras: «Así andaré yo cuando sea «pobre, y esté en la miseria por amor de «Dios ¹.»

¹ Coram ancillis in palatio... vili pallio se induens... processit tamquam paupercula... tamquam praesago corde sui futuri status prophetissa, dixit ad ipsas: «Sic procedam cum pro Deo meo meas «miserias sustinebo.» (Theod. loc. cit.).

Al referir san Francisco de Sales en su *Vida devota* á Filotea este rasgo de nuestra Santa, exclama: «¡Oh Dios mío! cómo sabía esta Princesa ser pobre en su riqueza, «y cuán rica era en medio de la pobreza!»

Confieso ingénuamente que en la vida de esta Santa, la cual con tanto amor y detenimiento he estudiado, nada encuentro que me parezca más tierno é interesante, más digno de admiración y envidia, que esta infantil sencillez cuyo relato hará asomar á algunos labios la sonrisa del desden. Mas para mí, este cándido abandono á todas sus impresiones, estas sonrisas, estas lágrimas tan frecuentes, estas alegrías é inquietudes de niña; estos inocentes juegos del alma que se arroja confiada en el seno de su Padre celestial, unidos á pensamientos tan elevados, á una piedad tan fervorosa, á una caridad tan activa, tan decidida, tan ardiente, ofrecen el más dulce y poderoso de todos los encantos. Sobre todo en un tiempo como el nuestro, en que las flores se agostan sin dar lugar á la madurez de los frutos; en que la sencillez está muerta tanto en la vida privada como en la social y pública, es imposible que un cristiano contemple sin emoción y santa envidia

el desenvolvimiento y manifestacion del alma de esta Isabel, cuya fugaz existencia no ha sido mas que una dilatada y celestial infancia, una constante obediencia á aquella palabra que el Señor dijo cuando trajo á sí un pequeño niño, y colocándole en medio de sus discípulos exclamó: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*¹.

CAPÍTULO IX.

De la gran devocion y humildad de la amada santa Isabel.

Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum.

(IV Reg. xix, 30).

Escole fu de bones mors,
Essemble fu de penitence,
El droit miraoiers d'innocence.
(Rutebeuf, Mss.).

Isabel no podia en manera alguna practicar la virtud del amor del prójimo con abnegacion tan sobrehumana sin que su corazon estuviera inundado y dominado

¹ Math. xviii, 3.

por el amor de Dios; ni sin amar á Dios sobre todas las cosas pudiera amar á sus hermanos tanto y mas que á sí misma. Hé aquí por qué la vemos hacer cada dia nuevos progresos en esta sublime ciencia; enriquecerse de continuo con los tesoros de la humildad, que habia sido la primera compañera de su infancia, y ahora crece y se desarrolla en su alma ocupando toda entera aquella santa vivienda, donde Isabel *se encuentra á las mil maravillas*, segun la expresion de uno de sus poéticos biógrafos: hé aquí por qué de dia en dia con el auxilio de esta amiga divina aprende cada vez mejor á domar los últimos restos de la tierra que en su corazon existen; de forma que á despecho de su tierna juventud, de los deberes de su estado, y de las distracciones de su clase, habia llegado ya á un grado de reposo y confianza en Dios, cual pudiera encontrarse en los Santos mas ilustres.

Para llegar á tan alto estado y para mantenerse en él, ninguna cosa la habia ayudado con mas eficacia y constancia que la guarda escrupulosa de los mandamientos de la Iglesia y la frecuencia de los Sacramentos que á sus hijos ofrece esta madre

el desenvolvimiento y manifestacion del alma de esta Isabel, cuya fugaz existencia no ha sido mas que una dilatada y celestial infancia, una constante obediencia á aquella palabra que el Señor dijo cuando trajo á sí un pequeño niño, y colocándole en medio de sus discípulos exclamó: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*¹.

CAPÍTULO IX.

De la gran devocion y humildad de la amada santa Isabel.

Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum.

(IV Reg. xix, 30).

Escole fu de bones mors,
Essemble fu de penitence,
El droit miraoiers d'innocence.
(Rutebeuf, Mss.).

Isabel no podia en manera alguna practicar la virtud del amor del prójimo con abnegacion tan sobrehumana sin que su corazon estuviera inundado y dominado

¹ Math. xviii, 3.

por el amor de Dios; ni sin amar á Dios sobre todas las cosas pudiera amar á sus hermanos tanto y mas que á sí misma. Hé aquí por qué la vemos hacer cada dia nuevos progresos en esta sublime ciencia; enriquecerse de continuo con los tesoros de la humildad, que habia sido la primera compañera de su infancia, y ahora crece y se desarrolla en su alma ocupando toda entera aquella santa vivienda, donde Isabel *se encuentra á las mil maravillas*, segun la expresion de uno de sus poéticos biógrafos: hé aquí por qué de dia en dia con el auxilio de esta amiga divina aprende cada vez mejor á domar los últimos restos de la tierra que en su corazon existen; de forma que á despecho de su tierna juventud, de los deberes de su estado, y de las distracciones de su clase, habia llegado ya á un grado de reposo y confianza en Dios, cual pudiera encontrarse en los Santos mas ilustres.

Para llegar á tan alto estado y para mantenerse en él, ninguna cosa la habia ayudado con mas eficacia y constancia que la guarda escrupulosa de los mandamientos de la Iglesia y la frecuencia de los Sacramentos que á sus hijos ofrece esta madre

inagotable en sus beneficios y bondades. Comprendiendo con toda la inteligencia de la fe el indecible precio de estos tesoros, Isabel comulgaba á menudo, pero siempre llena su alma de temor y respeto: asistia á los oficios divinos con una reverencia respetuosa y amante, y con tan sin par diligencia, que no bien oia tocar la campana de la iglesia, iba como volando á ella poniendo su empeño en llegar antes que su servidumbre; y una vez llegada allí, hacia á hurtadillas multitud de genuflexiones acompañadas de fervorosas jaculatorias á modo de secretas confianzas á su Padre celestial.

Durante la misa procuraba con actos de externa humildad dar á conocer la profunda gratitud que infundia en su alma el sacrificio siempre renovado de la inocente y soberana Víctima. Ya que por miramientos á la presencia de su esposo, y por no chocar con el público, no le fuese posible despojarse del rico vestido correspondiente á su elevada jerarquía, hacia de modo que la humildad de su corazón se manifestara en la modestia y compostura de su continente y ademanes, y en el puntual despojarse de todos aquellos objetos de adorno que, sin

llamar la atención, podia quitar de su persona y depositar al pié del altar, como la corona ducal, el collar, los brazaletes, los anillos y los guantes; demostracion que reservaba en especial para la lectura del Evangelio y el tiempo de la consagracion y comunión. Sucedió, pues, un día, que durante el cánon de la misa, mientras oraba fervorosamente con las manos plegadas en cruz y ocultas bajo el manto, alzado el velo para poder mejor contemplar la santa hostia, viósele de improviso rodeada de una luz milagrosa. El celebrante, hombre de fama y vida sumamente santa, vió, al consagrar, que el rostro de la Duquesa despedia tan gran resplandor que le dejó deslumbrado; y hasta que hubo sumido no cesó de envolverle aquella luz que nacia de en derredor de la Duquesa cual si estuviera en presencia de un sol despejado y brillante. Lleno de sorpresa con tal prodigio, que despues refirió á varias personas, dió gracias al Señor por haberse dignado revelar por medio de aquella visible y maravillosa luz la luz interior de aquella santa alma.

Era ejemplar su solicitud en observar los preceptos y las festividades de la Iglesia; y á pesar de no obligarla á ello todavía la

edad, guardaba rigurosamente la Cuaresma, tiempo en el cual redoblaba tambien su fervor en la oracion y las limosnas. Pero no hay palabras para expresar el fervor, la piadosa veneracion y amor con que celebraba aquellos sagrados dias en que la Iglesia recuerda á los fieles por medio de tier-
nas y significativas ceremonias el misterio doloroso é inefable de nuestra redencion. El dia de Jueves Santo, á imitacion del Rey de los reyes, que en igual dia levantándose de la mesa se quitó sus vestiduras, la hija de los reyes de Hungría, despojándose de todo cuanto pudiera recordarle las pompas mundanas, tomaba el traje ordinario de los pobres mendigos, y calzada con una especie de borceguíes que, segun parece, era peculiar de la clase infeliz, salia á visitar á pié los santos sagrarios. En el mismo dia lavaba los piés á doce pobres, ó á doce leprosos, y daba despues á cada uno de ellos doce monedas de plata, un vestido de paño, y un pan blanco.

La noche del Jueves al Viernes Santo la pasaba entera en oracion contemplando la Pasion de Nuestro Señor; y en cuanto despuntaba la aurora del dia conmemorativo de la consumacion del sacrificio divino, de-

cia á sus doncellas: «Hoy es dia de humillacion para todos; omitid toda consideracion y respeto para conmigo.» Vestida como en el dia anterior, y siguiendo en todo la costumbre de las mujeres pobres del país, proveíase de algunos pequeños lios de lienzo burdo, un poco de incienso y unas cerillas; y luego confundida entre el gentio visitaba á piés descalzos todas las iglesias, postrándose delante de todos los altares y dejando en cada uno de ellos una cerilla, incienso y uno de los lios de lienzo. Acabada en cada iglesia esta visita de los altares, salia á la calle y repartia á los pobres abundantes limosnas; pero como nadie la conocia en aquel traje, la estrujaban y pisoteaban en medio de las apreturas como á cualquiera otra mujer del vulgo.

Algunas personas de la corte la motejaban por lo mezquino de las ofrendas tratándose de dias tan solemnes y de una princesa que debiera aprovechar la ocasion de dar ejemplo de munificencia; pero el instinto de su corazon la decia que el obsequio mejor en tal dia era el de la humildad con preferencia á toda otra virtud. De esta manera, violentando su natural generosidad, podia con mas holgura confundirse con los

pequeñuelos y humildes y ofrecer este sacrificio de un corazón contrito y humillado, que nunca despreciará Dios según lo tiene prometido.

En la festividad de las Rogativas, que por este tiempo era estilo celebrar con mundanos regocijos y principalmente con gran lujo en el vestir y los adornos, la joven Duquesa acompañaba siempre la procesion, vestida de paño burdo y con los pies descalzos. Durante el sermón tomaba sitio entre los pobres más desarrapados, y del mismo modo andaba tras la procesion por la campiña, acompañando las reliquias de los Santos y la cruz del Salvador; pues, como dice uno de sus contemporáneos, toda su gloria la cifraba en la cruz y Pasión de Cristo, teniendo al mundo crucificado para ella y á ella para el mundo.

Dios, que se llama á sí mismo el Dios celeso, no podía permitir que en el corazón de su sierva fiel entrase á dominar, ni por momentos, afecto ni pensamiento alguno puramente mundano, por legítimo que fuera su objeto. Á propósito de esto trae el capellán Bertoldo un rasgo que después han repetido todos los historiadores; rasgo que demuestra hasta qué punto Isabel y su es-

posó llevaban estos escrúpulos que son como el perfume que exhalan las almas escogidas. Habíanse sangrado ambos esposos á un mismo tiempo; y, según la costumbre de aquella época, el Duque dió por espacio de muchos días lujosas fiestas y regocijos, á que fueron convidados los caballeros del contorno¹. Asistiendo todos ellos en uno de estos días á la misa solemne que se celebraba en la iglesia de San Jorge de Eisenach, la Duquesa, olvidándose de la santidad del sacrificio, fijó los ojos y el pensamiento en su amado esposo que se hallaba junto á ella, y estuvo mirándole largo rato, entregada al gusto de contemplar aquella belleza y amabilidad que le hacían el ídolo de todos cuantos le trataban. Mas cuando al tiempo de la consagración vol-

¹ Herm. Fritz.—En la edad media el sangrarse una persona era un acontecimiento importante y solemne. Cuando la operación salía bien se daban gracias á Dios y un convite á los amigos. Los príncipes y señores daban con este motivo fiestas suntuosas. En cuanto á los esposos y novios, era ocasión de un estilo muy tierno. El prometido iba á casa de su amada á pedirle buena sangre, y ella besaba y bendecía la cisura. El bienaventurado Enrique Suson pedía á la bienaventurada Virgen esta buena sangre. (Véase su Vida, edic. de Diepenbrock).

vió en sí misma de aquel embelesamiento, dióle á entender el divino Esposo de su alma cuánto le había desagradado esta distraccion puramente humana; pues cuando el sacerdote alzó la sagrada hostia para que el concurso la adorase, Isabel vió entre las manos del celebrante, en vez de la hostia, al Señor crucificado, con todas sus llagas abiertas y brotando sangre. Consterada con tal espectáculo, reconoció al punto su falta, y postrándose con el rostro pegado al suelo é inundado de lágrimas pidió ante el altar á Dios el perdon de su culpa; quedándose en esta misma postura hasta la hora de comer, en lo cual no reparó el Duque; pues habituado á verla engolfada en sus meditaciones, salió del templo con su comitiva luego de acabada la misa. Pero estando ya la mesa dispuesta para los convidados, y no osando nadie interrumpir la oracion de la Duquesa, fuese allá el mismo Duque y la dijo con dulzura: «¿Por qué no vienes á comer, querida hermana, y nos haces esperar tanto tiempo?» Ella oyendo la voz de su esposo alzó la cabeza y le miró sin pronunciar una palabra; pero viendo el Duque que tenia los ojos como ensangrentados de tanto y tan fuerte llo-

rar, dijo muy turbado: «¿Cómo y por qué lloraste tanto, cara hermana mia?» Y arrodillándose entonces junto á ella y sabida la causa de aquel llanto, él tambien rompió á llorar con su esposa, hasta que pasado un rato se levantó y le dijo: «Espéremos en Dios; yo te ayudaré á llorar tu falta y á que te hagas mejor aun de lo que eres.» Pero viendo que en aquel estado de profundo abatimiento era imposible que se presentara en medio de la corte, el Duque enjugándose las lágrimas volvióse con los huéspedes y la corte, mientras la Duquesa proseguia derramando lágrimas por su falta.

Habia, pues, recibido del cielo esta jóven y piadosa Princesa el *don de lágrimas*¹, de esas lágrimas dulces y refrigerantes que revelan en el fondo del alma la presencia de un tesoro inagotable de gracias y consuelos celestiales. De estas lágrimas, dicen las compañeras de la vida de Isabel, que por abundantes que fueran en nada alteraban la belleza y serenidad de aquel rostro. Por lo demás no era esta una gracia peculiar suya: éralo de todo su siglo, y de todo el pueblo católico de aquellos dichosos tiem-

¹ Habebat gratiam lacrymarum. (*Diet. IV Ancill.*).

pos, como una consecuencia de la sencilla y fervorosa fe que en ellos reinaba. La virtud de este don de lágrimas y su inestimable valor conocíanlo muy bien aquellas fervorosas generaciones que tributaban culto tan tierno á la divina lágrima que Jesús dejó caer sobre el sepulcro de su amigo ¹. Lágrimas hallamos siempre en el fondo de toda la poesía ² y de toda la piedad de los hombres de la edad media. Esta *sangre del alma*, como decia san Agustin, esta *agua del corazon*, como la llaman nuestros antiguos cancioneros ³, brotaba á raudales de los ojos; siendo en cierto modo para las al-

¹ En la hermosa iglesia de la Trinidad de Vendoma se ve todavía el altar donde se veneraba la *santa Lágrima*; es decir, una de las que Jesús derramó sobre el sepulcro de Lázaro (*et lacrymatus est Iesus*. Ioan. xi, 35), con esta inscripción: «Ad bustum amici flens Christus olim dedit testem «hanc amorisque et doloris lacrymam.» El ilustre Mabillon ha publicado un tratado especial para defender la autenticidad de esta santa reliquia, que ha sido negada por Thiers, escritor casi olvidado hoy, gracias al cielo, pero cuya influencia ha sido muy funesta.

² Véase la obra *Contes de Grimm*, la *Leyenda de santa Catalina y del caballero*, etc., etc.

³ Vide *Berthe aux grands pieds*;—París, edic. de Mr. Paulin.

mas sencillas y piadosas una fórmula de oración, un culto íntimo y expresivo á la vez ¹, una tierna y silenciosa ofrenda que les asociaba á todos los dolores, á todos los méritos de Jesucristo y de sus Santos, á todos los homenajes de la Iglesia. Á imitación del beato Domingo del Paraíso, unos lavaban con lágrimas las manchas del alma; otros, como santa Odila, expiaban con lágrimas los pecados de las personas á quienes habian amado en este mundo ²: recogidas por Angeles, que las llevaban á los piés del Padre de las misericordias, eran contadas por él como un don precioso de arrepentimiento y amor santo ³.

La dulzura y poder de las lágrimas no

¹ Dabat pro cantu lacrymas plebs ignara canendi. (*S. Bernard. oper.*, edit. Mabill. t. II).

² Ella rescató el alma de su padre, llorando cinco días con sus noches sin cesar hasta casi quedarse ciega. Por esto es abogada contra los males de ojos. En Alsacia se enseña aun sobre el monte Santa-Odila la capilla de las Lágrimas, donde ella hizo este sacrificio; y una fuente cuya agua, eficazísima contra el mal de ojos, vienen los peregrinos á buscar desde lejanas tierras.

³ Lloraba un día en la iglesia cierta pobre mujer sus culpas y pecados: el obispo que estaba en el altar vió una paloma que venia á recoger sus lágrimas y las llevaba al cielo. (*Grimm*, t. III).

solamente eran sentidos por el pueblo ignorante y por flacas mujeres; ábrase á la ventura cualquier historiador de estos siglos, y se verá á cada página que príncipes, reyes, caballeros, ejércitos enteros se entregaban á la expansion del llanto involuntario y sincero. Todos estos hombres de hierro, todos estos invencibles paladines albergaban en sus pechos un corazon tierno y cándido como el de un niño, porque no estaban enseñados á ajar la inocencia de los sentimientos naturales ni avergonzarse de ellos. Estos hombres no habian ressecado ni helado en sus almas el manantial de las emociones sencillas, puras y fuertes, de ese rocío divino que fecunda y embellece la vida. ¿Quién no recuerda los sollozos y lágrimas inmortales de Godofredo y de los primeros cruzados á la vista de aquel sepulcro de Cristo conquistado por ellos á fuerza de prodigiosas hazañas y pruebas tan duras? Mas tarde, en presencia de Jerusalen, á quien no puede salvar del yugo de los infieles, Ricardo Corazon de Leon llora amargamente ¹; y el confesor de san

¹ Joinville. Véase tambien la admirable escena de los cruzados y venecianos en 1204, referida por Villehardouin.

Luis cuenta de su régio penitente que «cuando oia estas palabras de la letanía, «*Benignísimo Dios y Señor, dignaos darnos una fuente de lágrimas* ¹, el santo Rey decía devotamente: ¡Oh Señor Dios! no me atrevo á pedir os fuente de lágrimas; bástame unas gotitas de lágrimas para rociar este corazon tan seco... Y en conversacion particular refirió á su confesor que en ocasiones le dió el Señor lágrimas en la oracion; las que sintiendo correr dulcemente por las mejillas y caerle en la boca, percibia un sabor dulce no solo en el corazon sino aun en el paladar ².»

¹ En las antiguas letanias, desde el siglo IX para adelante, y en las del Breviario parisiense, hay el verso siguiente: *Ut compunctionem cordis fontemque lacrymarum nobis dones, te rogamus, etc.*

² El confesor, ap. Michelet, *Hist. de Francia*. El Breviario franciscano, en el oficio de san Luis, elogia tambien su asiduidad en las lágrimas: *lacrymarum assiduitas*.

CAPÍTULO X.

Como la amada santa Isabel fue conocida y amada por el glorioso san Francisco, y como tomó por confesor al maestro Conrado de Marbourg.

De paupertatis horreo
Sanctus Franciscus satiat
Turbam Christi famelicam,
In via ne deficiat;
Iter pandit ad gloriam
Et vitæ viam ampliat.
Pro paupertatis copia
Regnat dives in patria,
Reges sibi substituens,
Quos hic ditat inopia.

(Breviario franciscano).

Lo que llevamos ya referido acerca de Isabel, basta sin duda para hacer comprender la especie de parentesco que mediaba entre su alma y la de aquel glorioso pobre de Cristo que iluminaba entonces la Italia con los rayos de su poder milagroso. No quiso Dios que esta interior alianza quedase ignorada y estéril; dispuso por el contrario que fuese fecunda en consuelos para su fiel sierva, y en bendiciones para toda la querida Alemania. Ya en su vida exte-

rior se notaba una singular analogía. En el mismo año 1207, en que Isabel vió la luz en el seno de las grandezas del soberano de Hungría, renació también para Dios san Francisco de Asis; en el momento en que la hija de un rey poderoso y nieta de Carlomagno venía al mundo rodeada del brillo y esplendor del trono, el hijo del mercader Bernardon renunciaba su pobre legítima por amor de Dios, así como su honra y su familia; azotado y preso por su propio padre; sacado del encierro por el amor de su madre; cubierto de lodo y silbidos por sus conciudadanos, se despoja del último de sus vestidos y corre desnudo y solo á la conquista del mundo. No había necesitado Isabel de este segundo nacimiento; pues el cielo la había preparado de todo punto desde los principios de su vida, y desde la cuna había hecho ya de aquel corazón un terreno fértil y puro para aquellas semillas de fuerza y de vida que la mano de Francisco iba á esparcir por todo el mundo cristiano, y de las cuales quería Dios que fuese una de las primeras y más ilustres depositarias.

No nos corresponde referir aquí la maravillosa historia de los triunfos de san Fran-

CAPÍTULO X.

Como la amada santa Isabel fue conocida y amada por el glorioso san Francisco, y como tomó por confesor al maestro Conrado de Marbourg.

De paupertatis horreo
Sanctus Franciscus satiat
Turbam Christi famelicam,
In via ne deficiat;
Iter pandit ad gloriam
Et vitæ viam ampliat.
Pro paupertatis copia
Regnat dives in patria,
Reges sibi substituens,
Quos hic ditat inopia.

(Breviario franciscano).

Lo que llevamos ya referido acerca de Isabel, basta sin duda para hacer comprender la especie de parentesco que mediaba entre su alma y la de aquel glorioso pobre de Cristo que iluminaba entonces la Italia con los rayos de su poder milagroso. No quiso Dios que esta interior alianza quedase ignorada y estéril; dispuso por el contrario que fuese fecunda en consuelos para su fiel sierva, y en bendiciones para toda la querida Alemania. Ya en su vida exte-

rior se notaba una singular analogía. En el mismo año 1207, en que Isabel vió la luz en el seno de las grandezas del soberano de Hungría, renació también para Dios san Francisco de Asís; en el momento en que la hija de un rey poderoso y nieta de Carlomagno venía al mundo rodeada del brillo y esplendor del trono, el hijo del mercader Bernardon renunciaba su pobre legítima por amor de Dios, así como su honra y su familia; azotado y preso por su propio padre; sacado del encierro por el amor de su madre; cubierto de lodo y silbidos por sus conciudadanos, se despoja del último de sus vestidos y corre desnudo y solo á la conquista del mundo. No había necesitado Isabel de este segundo nacimiento; pues el cielo la había preparado de todo punto desde los principios de su vida, y desde la cuna había hecho ya de aquel corazón un terreno fértil y puro para aquellas semillas de fuerza y de vida que la mano de Francisco iba á esparcir por todo el mundo cristiano, y de las cuales quería Dios que fuese una de las primeras y más ilustres depositarias.

No nos corresponde referir aquí la maravillosa historia de los triunfos de san Fran-

cisco en Italia desde el momento en que empezó á predicar; tenemos que limitarnos á aquellos hechos que se relacionan directamente con el destino de Isabel. Hizo-se al cabo de algunos años tan general la conmocion impresa por el nuevo apóstol en las almas adormecidas ó tibias en la fe; tan violenta la revolucion operada en todas las relaciones sociales y privadas, que le fue preciso pensar en los medios de regularizar y moderar la fuerza de que Dios le permitia disponer. Á cada paso tropezaba con una multitud de maridos que querian abandonar á sus mujeres é hijos para consagrarse con él á la pobreza y á la predicacion evangélica, y de mujeres dispuestas á desentenderse de sus deberes de esposas y madres para poblar los monasterios en que Clara, su rival y hermana, presidia las austeridades de las pobres Clarisas. En la penosa alternativa de sofocar los gérmenes saludables que se desarrollaban en todos los corazones, ó de fomentar una perjudicial rebelion contra unos lazos consagrados por el mismo Dios, acudió á un término medio que el cielo debia bendecir como á las demás obras suyas. Á esta muchedumbre ansiosa de obedecerle prometió una re-

gla especial de vida por medio de la cual, y en virtud de obras piadosas y penitentes, los cristianos comprometidos con los deberes de la vida doméstica formarían una sola familia con sus religiosos célibes y encerrados en claustros, sin necesidad de romper los lazos consagrados por el mismo Dios. Al principio se ciñó á dar esta regla de viva voz á muchos fieles de uno y otro sexo que se apresuraron á ponerla en práctica, principalmente en Florencia y ciudades inmediatas. De dia en dia encontraban estos cristianos nuevos motivos de felicitarse por haber encontrado un medio de renunciar á las nocivas distracciones y superfluidades del mundo sin necesidad de entrarse en un convento. Francisco viendo crecer el fervor y el número de los miembros de esta asociacion de una manera tan asombrosa, les dió el nombre de *Penitentes de la Tercera Orden*, como que formaban la tercera rama de su familia en la cual figuraban ya los frailes Menores, de los que era jefe inmediato y directo, y las monjas de santa Clara; y redujo á escrito y publicó para su uso la Regla que de antemano les habia prescrito y enseñado. Segun sus principales artículos, necesitaban los casados para

ser admitidos en la Orden el consentimiento del cónyuge respectivo; precediendo además la reparacion de perjuicios de toda especie inferidos al prójimo y la reconciliacion pública con todos sus enemigos. Aunque el terciario no debia abandonar ni su casa ni su estado, quedaba obligado á vestir precisamente un traje de color gris oscuro, á no usar armas de ninguna clase, salvo en los casos en que fuera necesario para la defensa de la patria ó de la Iglesia¹; á privarse absolutamente de toda clase de festines, bailes y regocijos profanos; además de la puntual observancia de las abstinencias y ayunos ordinarios de la Iglesia, á no comer de carne los lunes y jueves, ayunar desde san Martin á Natividad y todos los miércoles y viernes del año; oír misa todos los dias; comulgar en las tres Pascuas de Navidad, Resurreccion y Pentecostes; rezar diariamente algunas oraciones particulares; visitar á los hermanos y hermanas de la Orden en sus enfermedades, y asistir á sus funerales. Se ve por este resúmen, que la Regla de la Orden Ter-

¹ Las personas autorizadas por su posicion social estaban dispensadas de la observancia de estos dos artículos.

cera no constituia en manera alguna orden monástica sino meramente una especie de asociacion ó confraternidad piadosa: únicamente cuando con el tiempo adoptó el uso de los tres votos solemnes, es como tomó la primera de estas formas que conserva todavía hoy en los países donde existe.

La inmensa y rápida propagacion de la Orden de san Francisco es uno de los acontecimientos mas memorables y calificados de esta época; y puede creerse que la Iglesia debió principalmente este progreso á la asociacion de la Tercera Orden. Multitud de cristianos de uno y otro sexo se afiliaban en ella todos los dias: Italia, Francia y Alemania se vieron sucesivamente invadidas por este nuevo ejército. Muy pronto llegó á figurar entre los negocios mas sérios del siglo, pues los enemigos de la Iglesia se apercibieron desde el momento cuán graves obstáculos iba á oponerles una sociedad cuya organizacion abrazaba los fieles de todas edades, profesiones y jerarquias; al guerrero y al mercader, al sacerdote y al jurisconsulto, al príncipe y al plebeyo; y que imponiendo á sus miembros una severa y minuciosa práctica de los deberes de la religion, estrechaba por necesidad el

vínculo de afeccion y obediencia que los unia con la Esposa inmortal de Cristo, dejándoles no obstante en medio de la sociedad y del mundo para dar allí rienda suelta á sus anchuras á aquel espíritu de abnegacion y amor recien encendido en sus corazones. Asi es que el emperador Federico II se quejó públicamente de los obstáculos que la Tercera Orden le suscitaba embarazando sus proyectos contra la Santa Sede; y en las cartas de su canciller Pedro de las Viñas se lee, que toda la cristiandad en masa parecia haber ingresado en este Instituto, habiendo llegado á ser el poder del cielo, gracias á ella y á sus progresos, mas temible y ventajoso que el de la tierra.

En 1221, año en que san Francisco publicó la Regla de la Tercera Orden, se establecieron sus religiosos definitivamente en Alemania ¹. Ciertamente que en ningun

¹ La primera tentativa de los Franciscanos en Alemania fue poco feliz. El grave historiador de la Orden, Wadding, refiere, á propósito de esto, una historia sacada de los manuscritos de las provincias de Sajonia, Estrasburgo y la baja Germania, que tenia á la vista. «Los primeros frailes, dice, encargados de esta mision no sabian de la lengua alemana mas que una sola palabra, el monosílabo *ja* que significa *sí*. En la primera ciudad en que

na otra parte pudieran cobrar mas ánimo para su empresa ni hallar mas simpatias que en los Estados de la jóven y piadosa Duquesa de Turingia. Asi es que ellos recibieron de su parte las muestras de un afecto lleno de celo y todo el apoyo que estaba en su mano el darles. Isabel comenzó por fundar en el centro mismo de Eisenach un convento de Franciscanos con su iglesia correspondiente tan pronto como estos religiosos se presentaron en Alemania,

entraron, y donde lo extraño de su traje reunió al rededor de ellos una gran turba de curiosos, les preguntaron si querian posada y comer alguna cosa; y como, habiendo respondido *ja*, viesen que les trataban muy bien, resolvieron emplear siempre la misma contestacion. (*Praefatam responsionem cuicumque interrogationi accommodare statuerunt*). Quiso su mala suerte que se le antojase á uno el preguntarles si acaso eran herejes y venian á predicar alguna doctrina contraria á la fe católica, á lo cual se apresuraron á responder *ja, ja*. Al momento se echaron sobre ellos, los ataron y llevaron á la cárcel; y despues de molerlos á palos y tratarlos de la manera mas dura y cruel, los echaron afrentosamente del país. Entonces ellos se volvieron á Italia, donde tal pavor causó á sus hermanos la relacion de estos trabajos, que en sus oraciones rogaban al Señor *ut illos á saevitia Teutonorum liberare dignaretur*; libranos, Dios mio, de la barbarie alemana. (*Wadding*).

y luego escogió de entre ellos para confesor á Fr. Roderigo, uno de los primeros alemanes que abrazaron la Regla seráfica, religioso de extraordinario celo, y que toda su vida profesó á la Duquesa una adhesión sincera. Por consecuencia de estas nuevas relaciones, todo cuanto ella oía referir acerca de san Francisco infundía en su corazón j6ven tan ardiente afecto y entusiasmo hácia aquel hombre extraordinario, que fácilmente se trocó en irresistible impulso de seguir las huellas de este tan superior modelo de todas las virtudes que ella tenia en mayor precio y estimacion, escogiéndole desde luego por su patrono y padre espiritual. Enterada por sus nuevos huéspedes de la existencia de la Tercera Orden en Italia y demás países donde ya se habia propagado la prole franciscana, se penetró muy pronto de las ventajas que una cristiana fervorosa podia prometerse de esta afiliacion. Presentábase á sus ojos como una especie de especial consagracion de las mortificaciones y obras de piedad que por su propia voluntad se habia impuesto á sí misma; y así es que sin vacilar un punto pidió á su marido el permiso de agregarse á la nueva Orden; y conseguido sin difi-

cultad, se dió prisa á contraer este primer lazo con el Santo que muy pronto debia verla reinar á su lado en el cielo. Isabel fue la primera que en Alemania se inscribió en la Tercera Orden, cuya Regla observó y guardó con fidelidad escrupulosa; pudiéndose creer que el ejemplo de una princesa de tan elevada alcurnia y tan famosa por sus virtudes contribuyera no poco á la rápida propagacion de este Instituto.

Presto llegó á oídos de Francisco la preciosa conquista que sus misioneros habian hecho en la persona de Isabel. Á un mismo tiempo supo su agregacion á la Orden, el afecto que esta Princesa le tenia, y las virtudes singulares con que edificaba la Turingia y atraía sobre ella las bendiciones del cielo. Penetrado de admiracion y gratitud, hizo conversacion muchas veces de todo esto con el cardenal Hugolino, protector de su Orden, sobrino de Inocencio III, y papa despues con el nombre de Gregorio IX. Este Pontífice, que mas adelante debia velar por la seguridad de Isabel en la tierra y consagrar su gloria en el cielo, la miraba ya con interés afectuoso; sentimiento que no podia menos de fortificarse

en vista de la simpatía que observaba en la jóven Duquesa hácia el santo apóstol, de quien él era el principal apoyo y el íntimo y tierno amigo. No es extraño por tanto que animase á Francisco en sus afectuosos sentimientos hácia ella, cuando en las conferencias familiares que ambos tenían, era el tema repetido la ejemplar humildad, la piedad fervorosa y austera, y el amor de la pobreza en una princesa tan jóven todavía. En una ocasion invitó el cardenal á Francisco á que la remitiese una prenda de su afecto y memoria; y al decir esto, le quitó de los hombros la capa raída con que iba cubierto, exhortándole á que sin demora la hiciese llegar á manos de su hija de Alemania, de la humilde Isabel, como un tributo debido á la humildad y pobreza voluntaria de que la Duquesa hacía profesion, y tambien como testimonio de gratitud á los servicios que habia prestado á la Orden. «Quiero, añadió el Cardenal, que pues «ella está llena de nuestro espíritu, le dejeis una herencia semejante á la que Elías dejó á su discípulo Eliseo.» El Santo accedió al deseo de su amigo enviando este modesto presente á aquella á quien con tanta razon podia llamar su hija, y acom-

pañándole una carta donde se regocijaba con ella por todas las gracias que Dios le habia concedido y por el buen uso que de ellas hacía.

Fácil cosa es figurarse el reconocimiento con que Isabel recibió un don tan precioso á sus ojos, dándolo á entender por la grande estima en que siempre le tuvo; pues además de echarse sobre los hombros aquel manto siempre que se ponía en oracion para pedir á Dios alguna muy especial gracia, cuando llegó el caso de renunciar sin reserva á tener en propiedad cosa alguna, halló medio de conservar en su poder hasta la muerte aquella querida prenda de su pobre padre. Al salir de este mundo, dejóla en herencia á una amiga como la alhaja que mas estimaba; posteriormente pasó á manos de los caballeros teutónicos de Weissenfels en la diócesis de Spira, los cuales la conservaron con el mayor esmero; y el célebre predicador de aquel siglo, Fr. Bertoldo, refirió á los jueces del proceso de Isabel, que muchas veces habia visto y tocado con veneracion aquel manto, gloriosa bandera de aquella pobreza que en tantos corazones venció al mundo con todas sus pompas y vanidades.

Al abrigo de esta misma bandera va tambien Isabel á recoger y concentrar en el secreto de su alma las fuerzas de que habrá menester para alcanzar sobre el mundo y sobre su propio corazon las victorias brillantes que Dios le reserva para mas adelante; unida con íntimo y filial vínculo al hombre seráfico, dará nuevos pasos en ese angosto y espinoso camino que conduce á la gloria eterna, y que ella debe recorrer en tan breves años.

Entre tanto, y apenas había cumplido los diez y siete, cuando Fr. Roderigo su confesor, que guió sus primeros pasos tras la huella de san Francisco, tuvo que separarse de ella. Hubo que pensar en buscar otro; y el Duque, consultado por Isabel en este conflicto, conociendo con pena que á su parecer no tenia grande instruccion su esposa en las santas Escrituras y la ciencia de la Religion, escribió al Papa pidiéndole para ella un guía espiritual instruido y sábio. El Pontífice le contestó que ninguno mas del caso por su piedad y doctrina que el maestro Conrado de Marbourg que, habiendo estudiado en París, era á la sazón comisario apostólico en Alemania. Efectivamente, Conrado gozaba entre el Clero y los fie-

les de un elevadísimo concepto y estimacion, brillando, dicen los historiadores, en Alemania con el resplandor de un astro. Hombre de santa ciencia, de ejemplares costumbres, constante en la práctica de la pobreza evangélica, no contento con renunciar á la fortuna de su ilustre casa, había rehusado además todos los beneficios y dignidades eclesiásticas; lo cual ha hecho creer á algunos cronistas que perteneció á alguna de las Órdenes mendicantes que á la sazón se propagaban por el mundo cristiano; pero parece lo mas probable que permaneció siempre en el clero secular ¹. Era su exterior sencillo, modesto y aun austero, estrictamente clerical el traje, de grande influjo en las almas su elocuencia. Montado en una muleja recorria toda la Alemania; y donde quiera se presentaba á predicar, acudia inmensa multitud de eclesiásticos y legos á oírle para recoger de su boca el pan de la palabra divina. Por todas partes inspiraba amor ó terror, segun eran fervorosos cristianos los que le oían, ó pueblos contaminados por la herejía. El grande Inocencio III le tenia encomenda-

¹ Justi trata largamente de esta cuestion y de la familia de Conrado en su *Elisabeth die heilige*.

das las funciones de comisario del Santo Oficio en Alemania con la mision especial de combatir los progresos amenazadores de los Valdenses, los pobres de Lyon y otros parecidos que, introduciéndose en las comarcas del otro lado del Rhin, preparaban á la Iglesia los mismos desastres que ya habian causado en la Francia meridional. Al propio tiempo tenia tambien el encargo de predicar la Cruzada; y mas de una vez supo hacer que la Alemania cambiase la tibieza con que miraba estas expediciones sagradas en una constancia y ardor dignos del mismo Inocencio. Los dos sucesores de este pontífice, Honorio III y Gregorio IX, le mantuvieron en las mismas funciones; y él se hizo digno de toda su confianza correspondiendo á ella con el celo, perseverancia y valor indomable que manifestó en toda su carrera. En los veinte años que duró esta, nunca hubo obstáculo ni oposicion, por fuerte que fuera, capaz de hacerle retroceder un paso: su inexorable justicia midió á los príncipes y aun á los mismos obispos, cuando creyó lo merecian, con el mismo raseró que á los seglares pobres; pudiéndose atribuir á esta imparcialidad suya la gran popularidad que supo gran-

jearse en el desempeño de sus penosas funciones. Era, dice un contemporáneo, el terrible acusador de todos los vicios, el terror de los tiranos, el infatigable perseguidor de los herejes. Acabó, segun verémos, por ser víctima de su severidad; pero la muerte violenta que le dieron aquellos, cuyas maldades habia perseguido, no le valió los honores supremos decretados por la Santa Sede á san Pedro Parenticio y á san Pedro de Verona que, como él, murieron hácia la misma época mártires de la fe.

Conrado, á quien probablemente conoceria ya el duque Luis antes de haberle sido especialmente recomendado por el Papa, inspiró al Príncipe desde luego tanta confianza y veneracion, que por medio de un acta firmada y sellada por él y sus hermanos este simple sacerdote fue investido de la autoridad de conferir á los vasallos mas dignos todos los beneficios eclesiásticos de patronato ó colacion de la casa ducal. Era la mejor respuesta que podia dar el Duque á las exhortaciones de Conrado sobre la escrupulosa solicitud con que debia proceder en el ejercicio de un derecho tan importante para la salvacion de las almas. «Cuando conferís, le habia dicho el

«celoso predicador, un beneficio, capellanía ó curato á un sacerdote ignorante ó indigno, cometeis un pecado mas grave que si en un combate matáseis por vuestra mano cincuenta ó sesenta hombres.» Después de esto le encomendó tambien Luis la direccion espiritual de su esposa, en lo cual convino Conrado tanto por respeto á la piedad del Principe como á la recomendacion del Soberano Pontífice.

Cuando la jóven Duquesa que, segun hemos dicho, no tenia cumplidos todavia diez y siete años, supo que iba á consagrarle sus cuidados especiales un hombre tan famoso por la ciencia y santidad, se llenó de humildad y gratitud; y mirándolo como un favor del cielo, se preparó con ayunos y nuevas mortificaciones, diciendo repetidas veces: «¡Pecadora de mí, yo no soy digna de que ese santo varon cuide de mi conciencia! ¡Cuántas gracias, Dios mio, debo daros por vuestra bondad!» Cuando le anunciaron que venia su nuevo padre espiritual, salió á su encuentro y postrándose á sus piés le dijo: «Padre mio, dignaos recibirme por vuestra hija en Dios! no soy digna de vos, pero me recomiendo á vos por el amor de mi hermano.» Conra-

do, que veia en tan profunda y precoz humildad de una princesa poderosa y jóven un presagio de la gloria futura de su alma, no pudo menos de exclamar: «¡Oh Jesús mio! ¡qué maravillas obráis en las almas de vuestros escogidos!» Desde el dia de esta entrevista, cuyas circunstancias recordó diferentes veces con la mayor alegría, se encargó de la conciencia de Isabel, dedicándose con su acostumbrado celo al cultivo de esta planta preciosa que debia crecer á su cuidado para el cielo. Muy luego el instinto de la vida espiritual se desenvolvió en el alma de Isabel con tal fuerza, hiciéronse tan frecuentes y vivos sus vuelos y transportes hácia la perfeccion de la vida cristiana, que Conrado la encontró un dia (y así lo escribió al Papa) anegada en llanto y suspirando amargamente el que sus padres la hubieran destinado al matrimonio, privándola de conservar, para ofrecerla á Dios, la flor de su virginidad. Pero, como observa uno de sus historiadores, á pesar de este sentimiento inspirado por el fervor, en nada disminuyó el amor y ternura para con su esposo. En cambio éste, léjos de poner obstáculos en el camino que le trazaba su director Conrado, cooperaba

á los progresos con todas sus fuerzas, no reparando para ello ni aun en darla permiso de hacer voto de obediencia completa á su confesor en todo lo que no se opusiera á sus derechos y autoridad de marido; al cual voto añadió ella el de continencia absoluta para el caso de quedar viuda. Hizo ambos votos en 1225 á los diez y ocho años de edad en manos de Conrado y en la iglesia de las monjas de Santa Catalina de Eisenach, á la que profesaba una particular afición, acompañando el acto con cierta solemnidad y aparato. Este voto de obediencia lo observó Isabel con la fidelidad mas estricta y con aquella humildad absoluta que nunca se desmintió en ella, ofreciendo á Dios todos los sacrificios que mas caros le costaban y mas duros se le hacian. Mas arriba hemos visto ya la escrupulosa exactitud y delicadeza con que guardaba la prohibicion que Conrado le hiciera sobre no llegarse á aquellos manjares que en su origen pudiesen estar manchados de injusticia para con el pobre pueblo. Fiel este hombre á la inflexible rigidez de su carácter, y considerando á la Duquesa como á una simple cristiana y nada mas, no habia miramiento alguno á que diera entrada pa-

ra templar el yugo voluntario que se habia impuesto á sí misma, y la trataba con una severidad que no podia menos de aumentar sus méritos en la presencia de Dios. Mandó cierto dia á llamarla para que le oyese predicar; pero hallándose en aquel momento de visita con su cuñada la Margravina de Misnia que habia venido á verla, Isabel no cumplió la orden del confesor. Irritado éste con aquella desobediencia, y de que su hija espiritual se hubiese privado de los cuarenta dias de indulgencia concedidos por el Papa á las personas que oian sus sermones, envió á decirla que en adelante no contara ya con él para la direccion de su conciencia. Mas al dia siguiente muy de mañana corrió ella á verle, y le hizo las mas vivas instancias para que desistiese de su cruel propósito y la perdonara su falta. Al principio la rechazó Conrado con dureza; pero en fin postrada á sus piés la Princesa y continuando en aquella postura sus instancias y súplicas, consiguió la gracia que pedia mediante una áspera penitencia que le impuso el confesor y que hizo extensiva tambien á las doncellas como culpables en parte de la desobediencia de su señora.

Nos queda un monumento precioso de la dirección espiritual de Conrado sobre su régia penitente en las doce máximas que le dió como un resúmen de su regla de conducta, y que los cronistas han consignado cuidadosamente. Vamos á copiarlas literalmente:

1. Sufrid con paciencia los desprecios en el seno de la pobreza.
2. Dad á la humildad el primer lugar en vuestro corazon.
3. Renunciad á los consuelos humanos y deleites de la carne.
4. Sed en todo compasiva con el prójimo.
5. Tened siempre la memoria de Dios en el fondo del corazon.
6. Dad gracias á Dios de haberos redimido con su muerte del infierno y de la muerte eterna.
7. Puesto que Dios sufrió tanto por vos, llevad tambien con paciencia la cruz.
8. Consagraos á Dios toda entera en cuerpo y alma.
9. Acordaos á menudo que sois obra de las manos de Dios, y obrad por consiguiente de manera que esteis eternamente con él.
10. Perdonad á vuestro prójimo todo

cuanto deseais que él os perdone; haced por él cuanto deseais que haga por vos.

11. Pensad siempre en lo breve de la vida y que los jóvenes mueren tambien como los viejos; aspirad siempre á la vida eterna.

12. Llorad de continuo vuestras culpas, y rogad á Dios que os las perdone ¹.

CAPÍTULO XI.

De como plugo al Señor manifestar sus gracias en la persona de la amada santa Isabel.

Sancti tui, Domine, florebut, et sicut odor balsami erunt ante te.

(Breviario romano).

Referidos ya de esta manera los rasgos generales de la vida de Isabel durante su union con el duque Luis, tenemos ahora que retroceder á los primeros tiempos de su matrimonio para contar algunos incidentes que de vez en cuando introducian la variedad en aquella vida uniforme, siendo al propio tiempo una prueba interesante y

¹ El texto latino de estas máximas se encuentra en Toppius, Beschreibung der Stad Eisenach. Rehhahn, Hist. Isenac. eccles. Mss.

Nos queda un monumento precioso de la dirección espiritual de Conrado sobre su régia penitente en las doce máximas que le dió como un resúmen de su regla de conducta, y que los cronistas han consignado cuidadosamente. Vamos á copiarlas literalmente:

1. Sufrid con paciencia los desprecios en el seno de la pobreza.
2. Dad á la humildad el primer lugar en vuestro corazon.
3. Renunciad á los consuelos humanos y deleites de la carne.
4. Sed en todo compasiva con el prójimo.
5. Tened siempre la memoria de Dios en el fondo del corazon.
6. Dad gracias á Dios de haberos redimido con su muerte del infierno y de la muerte eterna.
7. Puesto que Dios sufrió tanto por vos, llevad tambien con paciencia la cruz.
8. Consagraos á Dios toda entera en cuerpo y alma.
9. Acordaos á menudo que sois obra de las manos de Dios, y obrad por consiguiente de manera que esteis eternamente con él.
10. Perdonad á vuestro prójimo todo

cuanto deseais que él os perdone; haced por él cuanto deseais que haga por vos.

11. Pensad siempre en lo breve de la vida y que los jóvenes mueren tambien como los viejos; aspirad siempre á la vida eterna.

12. Llorad de continuo vuestras culpas, y rogad á Dios que os las perdone ¹.

CAPÍTULO XI.

De como plugo al Señor manifestar sus gracias en la persona de la amada santa Isabel.

Sancti tui, Domine, florebut, et sicut odor balsami erunt ante te.

(Breviario romano).

Referidos ya de esta manera los rasgos generales de la vida de Isabel durante su union con el duque Luis, tenemos ahora que retroceder á los primeros tiempos de su matrimonio para contar algunos incidentes que de vez en cuando introducian la variedad en aquella vida uniforme, siendo al propio tiempo una prueba interesante y

¹ El texto latino de estas máximas se encuentra en Toppius, Beschreibung der Stad Eisenach. Rehhahn, Hist. Isenac. eccles. Mss.

tierna del favor de Dios para con su humil-
de sierva.

En 1221, poco despues de las bodas de
la Duquesa, el rey Andrés su padre, que
habiéndose cruzado algunos años antes vol-
via ahora de una gloriosa expedicion al
Egipto¹, supo por buen conducto que su
hija estaba ya casada y era realmente du-
quesa de Turingia. Para mayor seguridad
del suceso dispuso que cuatro magnates de
su corte, que iban en peregrinacion á
Aquisgran², pasaran á la vuelta por la Tu-
ringia y le trajeran noticias exactas acerca
de su hija, del método de vida que usaba,
del estado de su corte y del país, y al pro-
pio tiempo la convidasen en su nombre á
venir en compañía de su marido á la corte
de Hungría para que con esta visita se col-

¹ Duró tres años (1218-1221), en cuyo tiempo
los Cruzados se apoderaron de Damietta, Heliópo-
lis, etc. (Bonfin, Decad. lib. VII).

² Desde el reinado de san Estéban tenían los
húngaros por costumbre el ir en peregrinaciones
numerosas á Aquisgran para venerar las reliquias
de Carlomagno allí depositadas. En 1374 ó 1382,
segun otros, el rey de Hungría Luis fué allá en per-
sona con brillante séquito, y constuyó una capilla
llamada *de los Húngaros*, dotándola ricamente en
honor, segun se lee en la inscripcion, *de la santa*

maran de regocijo los dias del anciano pa-
dre, que con ansia indecible deseaba ver á
los dos esposos. Cumplida que fue la rome-
ría al santuario de Nuestra Señora de
Aquisgran por los magnates, tomaron es-
tos en efecto el camino de Turingia en vez
del de Franconia, y por fin llegaron á Wart-
bourg. Con grande obsequio fueron recibi-
dos por el Landgrave, si bien el gozo de la
llegada de tan nobles huéspedes se le tur-
bó pensando que su esposa no tenia nin-
gun vestido conveniente para presentarse
delante de tales convidados; puesto que los
ricos trajes de novia habian sido deshechos
para reformarlos dándoles un corte mas
conforme á su modestia, y por otro lado ya
no habia tiempo para encargar ropa nueva.
Angustiado con tales pensamientos, entró-

*Virgen, de santa Ana, san Estéban, san Emerico,
san Ladislao, santa Isabel y otros Santos de Hun-
gría.* Hasta la revolucion disfrutaron los peregrin-
nos de este pueblo de importantes privilegios.
Sabido es que aun hoy continúa esta santa rome-
ría en la época de la ostension de las santas reli-
quias, que tiene lugar cada siete años y con gran-
de concurrencia. Todavía en 1839 hubo cincuenta
y cuatro mil romeros. Verdad es que en 1496 su
numero llegó á ciento cuarenta y dos mil en un
solo dia.

se en el aposento de la Duquesa y le dijo:
«¡Ay querida hermana! ¡qué harémos ahora que vienen estos señores de la corte de tu padre, y querrán de seguro saber cómo vivimos aquí, y si tú gastas en verdad el tren y arreos de una duquesa! Dígolo porque ¿cómo vas á presentarte á ellos? Tanto te ocupan los pobres, que te olvidas de tí misma, y no quieres usar sino ese traje miserable que es un sonrojo para tí y para mí el que te vean con él las gentes. Y luego, para mayor vergüenza mía, dirán acaso estos señores en Hungría que yo no te proveo de vestidos, y que te han encontrado en un estado indigno de tu clase. Si á lo menos hubiera tiempo de encargárlos nuevos convenientes á tu rango y el mio!» Entonces ella contestó con dulzura: «Señor y hermano querido, os ruego que no os cause esto la menor inquietud, pues tengo resuelto no fundar mi gloria en mis adornos y vestidos: yo me daré traza de excusarme con esos caballeros de la corte de mi padre, tratándoles afable y alegre de tal suerte que se preñden de mí mejor que si me vieran ricamente vestida.» Y luego se hincó de rodillas para pedir á Dios que le concediese el

don de agradar á sus huéspedes; y vistiéndose lo mejor que pudo salió á reunirse con su marido y los señores de la corte de su padre que la aguardaban. Al verla quedaron todos prendados, no solo de su cordial acogida, de la amenidad y dulzura de sus modales, de aquella hermosura deslumbrante y fresca como el alba del día ¹, sino que, con gran sorpresa del Duque y admiración de los forasteros, dejóles también atónitos su magnífico traje de seda y el soberbio manto de terciopelo azul bordado de exquisitas perlas con que se presentó á ellos; tal que, al decir de los húngaros, ni la reina de Francia pudiera ponerse tan bien y tan ricamente vestida ². Después de un lucido y brillante festin, el Duque hizo á sus huéspedes muchas instancias para que permaneciesen más tiempo en el castillo; pero excusándose ellos con que sus compañeros de expedición no querrian aguar-

¹ El monje Roberto.

² *Vita Rhyt.* En todos los monumentos de la edad media, siempre aparece la reina de Francia como tipo de belleza y magnificencia. En Italia sucedia lo mismo.

Ben mi rassembra reina di Franza

Poiche dell' altre mi par la più gente (gentile).

(Guido Guinicelli).

dar, bajó acompañádoles hasta la ciudad, pagó allí el gasto que habia hecho la comitiva y se despidió de ellos buen trecho mas adelante. Volvió luego apresuradamente al lado de su esposa, ansioso de preguntarle y saber cómo lo habia hecho para vestirse de aquella manera tan magnífica: Isabel le contestó con dulce y piadosa sonrisa: «Cosas son estas que sabe el Señor hacer «cuando le place.»

Muchos autores traen de otra manera el mismo milagro ¹. Dicen que corriendo por todas partes la fama de las virtudes de Isabel, un gran señor (segun algunos era el Emperador mismo) vino á los Estados del Landgrave, quien le salió al encuentro y le ofreció la hospitalidad en su castillo. Pero el extranjero no quiso aceptar el convite sino con la condicion de que habian de presentarlo á la Duquesa y dejarle departir con ella. Ofreciólo así el Duque, y le llevó á Wartbourg. Mas la Duquesa que, segun costumbre, acababa de dar á los pobres todos sus vestidos y joyas, hizo decir en se-

¹ Estos son: el manuscrito franciscano de Heidelberg, el de los Bolandistas de Bruselas, el poema del monje Roberto de la biblioteca Real, el Pasional, etc.

creto á su marido que recibiria gran merced si por esta vez tenia la bondad de dispensarla, pudiese encontraba absolutamente sin ropa á propósito para comparecer ante los huéspedes. Insistia el noble convidado en su propósito, y entonces Luis levantóse de la mesa y pasó en persona á suplicarle que viniese, haciéndole de paso algunas dulces reconvenciones por su tardanza en obedecerle. Respondió que iba al momento. «Iré, dulce dueño, y se hará como «lo ordenáis; puesto que fuera una loca en «no obedeceros en todo. Soy vuestra, señor, sois mi amo, y como á tal os he siempre obedecido, y así quiero que sea también en adelante: despues de Dios, sois «vos mi dueño y mi señor ¹.»

Salió el Duque; y ella, hincándose de rodillas, oró de esta manera: «Clementísimo «y fidelísimo Jesús mio, dulce consuelo de «los pobres menesterosos y afligidos, amigo y apoyo de los que en Vos confían, ven «á socorrer á tu pobre sierva que por amor «tuyo se ha despojado de todo cuanto tenia «para adorno de su persona.» Al momento se le apareció un Ángel y le dijo: «¡Oh esposa noble del Rey de los cielos! mira lo

¹ El monje Roberto.

«que ese Dios, que tanto has amado, te envía desde el cielo, saludándote como tier-
no amigo: en señal de tu eterna gloria
«has de vestir este manto y ceñirte esta co-
rona.» Así lo hizo Isabel, y, dando gra-
cias á Dios, se presentó en el salon del con-
vite. Mudos de admiracion y pasmo queda-
ron los convidados al verla tan ricamente
vestida y tan hermosa, pues su rostro des-
pedia resplandores como si fuera de un An-
gel; y cuando hubo tomado asiento y salu-
dado cordialmente á la concurrencia, diri-
gió á unos y otros palabras y razones mas
dulces que la miel, de modo que por oirla
se olvidaban de comer, teniendo en mas
estima el jugo de aquella conversacion que
el de los manjares del festin. Se despidió
el magnate muy contento de haber visto y
hablado á aquella Isabel á quien con tal an-
sia deseaba conocer; y el Duque, despues de
acompañarle un buen trecho, se volvió para
el castillo, muy ansioso de que le dijera su
esposa de dónde hubo aquel riquísimo tra-
je. No pudo ocultarlo Isabel; y entonces ex-
clamó el piadoso Príncipe: «En verdad que
«nuestro Dios es muy bueno! ¿quién no
«servirá con gusto á un Señor que de tal
«modo acude á las necesidades de sus sier-

«vos? Desde ahora para siempre quiero yo
«ser tambien su humildísimo escudero ¹.»

En el siguiente año, 1222, partió para
Hungria el Duque con Isabel á fin de cor-
responder á la invitacion del rey Andrés,
su suegro. Durante su ausencia dejó enco-
mendada la guarda de sus Estados á los
Condes de Muhlberg, de Gleichen y otros;
y para compañía llevó consigo á los de Stol-
berg, Scwartzbourg, Besembourg, Beichlin-
gen con otros muchos caballeros, entre los
que se hacia notar Rodolfo de Varila, hijo
del señor de Gauthier, aquel que once años
antes habia ido á Hungria en busca de la
pequeñuela Isabel. Este caballero habia
sucedido á su padre no solamente en las
funciones de gran copero, sino tambien so-
bre todo en su leal adhesion y cariño á la
Duquesa. Isabel llevaba en su comitiva á
las esposas de los citados Condes y otras
muchas señoras y señoritas de la nobleza.
Recibió el rey Andrés á los viajeros con vi-
va alegría: túvolos mucho tiempo en su
corte, haciendo celebrar frecuentes fiestas

¹ Mr. Stædtler en su traduccion alemana de la
presente historia atribuye, apoyado en muchos tex-
tos, á la impresion que este prodigio hizo en el Du-
que la resolucion de ir á la cruzada.

y torneos donde lucieron particularmente su destreza los caballeros turingios. Como por entonces se celebrasen las bodas del Rey de Hungría que se casaba en segundas nupcias con Yolanda, hija del Emperador francés de Constantinopla, fue ocasion de que el Rey desplegara insólita magnificencia, sobre todo en los dones y presentes de riquísima pedrería que hizo á sus huéspedes, participando de ellos no solo los caballeros y damas de la comitiva de los Duques, sino hasta los criados mas inferiores. La obsequiosa solícitud del Rey de Hungría se extendió hasta mandar construir un carruaje de cierta forma particular para acomodar en él las alhajas y el oro que habia regalado á su hija. Para despedida, como el Duque era gran cazador, dispuso el Rey una gran partida de caza: luego se separaron, y el Duque arribó sin novedad á la Turingia con su esposa, su comitiva y sus nuevas y cuantiosas riquezas.

Al poco tiempo casó á su hermana, la bella Inés, compañera de infancia de Isabel, con Enrique duque de Austria¹; y fuese

¹ Inés fue abuela de aquel jóven Federico, duque de Bade-Austria, que murió en el cadalso con Conradino de Suabia.

con este motivo, ó con el de celebrar su feliz regreso á sus Estados, dispuso en Wartbourg una gran fiesta, á la que fueron convidados los príncipes y señores del ducado con sus esposas. Al sentarse á la mesa se notó la falta de Isabel, que no habia asistido á la ceremonia de costumbre de lavarse las manos con los convidados de su marido: éstos manifestaron terminantemente su resolucion de no ponerse á comer interin no llegara la Duquesa. Al venir ésta de la iglesia al salon del convite, habia encontrado tendido en la escalera un pobre cási totalmente desnudo, de una traza tan enfermiza y débil, que parecia imposible hubiera tenido fuerzas para subir hasta el castillo. Este infeliz principió á dar voces á la Duquesa pidiéndole una limosna por amor de Jesucristo; ella se excusó con que ni tenia tiempo de aguardarse ni nada tampoco que darle, y así que cuidaria de mandarle algun bocado de la mesa. Insistia el mendigo en ser socorrido en el momento, y con tales gritos y lamentos que la Duquesa, vencida por la compasion, se quitó el rico manto de seda que llevaba puesto y lo arrojó al pobre, el cual tomándolo en sus manos lo enrolló precipitadamente y se

marchó muy de prisa. Como Isabel se quedó á cuerpo, y esto era una cosa muy contraria á la etiqueta de aquel tiempo, no osó entrar en el salon del convite, sino que se fué á su cuarto á encomendarse á Dios. Toda esta escena la habia presenciado el Senescal, y corrió á referirla al Duque y á sus huéspedes, diciendo: «Vaya que está bueno lo que hace la señora Duquesa! mientras aquí la aguarda esta lucida concurrencia, se está ella vistiendo á los pobres: en este instante y en mi presencia acaba de dar su manto á uno de ellos.—Voy yo á ver qué es ello, dijo el Landgrave sonriéndose; yo la traeré al momento.» Y dejando por unos instantes á los huéspedes, fuése á la cámara de Isabel, á quien dirigió estas palabras: «¿Cómo no vienes á comer con nosotros, cara hermana? ya ha largo rato que esperamos por causa tuya. —Estoy á tus órdenes, querido hermano. —Pero, ¿y el manto? repuso el Duque; ¿dónde está el manto que llevaste á la iglesia?—Helo dado de limosna, querido hermano; pero si no hay inconveniente en ello, iré así como estoy.» Oyó esto una de las criadas y dijo: «Señora, el manto le he visto yo colgado de un clavo del ropero;

«voy á traérosle.» Y en efecto volvió luego la criada trayendo aquel mismo manto que poco antes llevara el pobre de la escalera. Isabel dió al momento gracias á Dios hincándose de rodillas un breve rato, y luego pasó al salon con su marido. Éste sin hacer caso de la algazara y buen humor á que estaban entregados sus caballeros, y en especial el Duque de Austria y su esposa, sério y pensativo meditaba en las gracias tan numerosas y singulares que Dios otorgaba á su amada Isabel. «¿Quién dudará, dice uno de sus piadosos é ingenuos historiadores, que el manto fue traído por un Ángel, y que el pobre de la escalera era el mismo Cristo que tomó la figura y apariencia de un mendigo para probar á su sierva querida Isabel, como en otro tiempo al glorioso san Martin? De tales gracias ornaba el Señor á aquella querida flor, á aquella Isabel, lirio de pureza y de fe que dejó muy atrás la gloria del mismo Salomon¹.»

¹ Sic pater coelestis suum liliu Elizabeth vestivit, quomodo nec Salomon in omni gloria sua potuit operiri. (*Theod.*).—Los Franciscanos de Eissenach conservaron hasta el siglo XV este manto, del cual habian hecho un ornamento para la misa.

Entre tanto guardaba Dios á esta noble y piadosa pareja una gracia mas dulce y mas querida al corazon de ambos. El Omnipotente no negaria á estos dos esposos la bendicion mas preciosa del matrimonio, ya que eran el modelo ejemplar de una union cristiana; y por eso concedió á su sierva la gracia de la fecundidad, como para recompensarla aquí en la tierra la pureza de su alma y de su cuerpo.

En 1223, á los diez y seis años de edad, Isabel fue madre por vez primera. Al acercarse el parto, dispuso que la condujeran al castillo de Creuzburg sobre el Werra á pocas leguas de Eisenach, por hallarse allí mas sosegada que en Wartbourg y mas cerca de su marido que habia ido á tomar asiento en los Estados de la Hesse en Marbourg. Muchas señoras de la nobleza vinieron á asistirle y cuidarla de noche y de dia; y en 28 de marzo, tres dias despues de la Anunciacion de Nuestra Señora, dió á luz su primogénito. Al momento fueron á llevar esta grata noticia al Duque, quien no habia podido salir de Marbourg á tiempo; colmado de alegría dió ricas albricias al mensajero, y partió corriendo á reunirse con la jóven madre. Todavía llegó al bau-

tismo del niño, á quien llamaron Hermann en recuerdo del Duque padre, difunto. Para celebrar tan fausto suceso y perpetuar su memoria hizo construir de piedra el puente de madera que conducia á la ciudad de Creuzburg. Todavía existe hoy este puente con una bonita capilla gótica consagrada á san Liborio, obispo de Mans.

Un año mas adelante (1224), hallándose la Duquesa en Wartbourg, de donde no habia querido Luis dejarla salir por no separarse de ella, parió una hija que se llamó Sofía como la Duquesa madre. Esta Princesa se casó despues con el Duque de Brabante, y fue el tronco de la actual casa de Hesse.

Tuvo Isabel otras dos hijas; la segunda se llamó Sofía como la primera, y la tercera, que nació despues de la muerte de su padre, Gertrudis: ambas fueron consagradas á Dios desde la cuna, y tomaron el velo de esposas del Señor.

Fiel en todo á la humildad y modestia que eran el norte de su conducta, Isabel conservó escrupulosamente estas virtudes en medio de los goces de la maternidad, como lo habia hecho en medio de las magnificencias soberanas.

Al llegar tras cada parto la época de la purificación, Isabel, en vez de seguir la costumbre de celebrar este acontecimiento con regocijos y fiestas mundanas, tomaba ella misma en brazos al recién nacido, y saliendo secretamente del castillo, vestida con un sencillo traje de lana y á piés descalzos ¹, se encaminaba á la iglesia de Santa Catalina, situada á larga distancia de las murallas de Eisenach. Por aquella bajada áspera y larga, erizada de agudos guijarros que le despedazaban sus delicados piés, conducía ella misma en brazos á su hijo como lo había hecho la Virgen sin mancha: en llegando al templo colocaba sobre el altar á la criatura con un corderito y un cirio, diciendo: «Jesús, Señor mio, á Vos y á vuestra santa madre María os ofrezco este fruto querido de mis entrañas. Ved, Señor y Dios mio, que os le doy con todo mi corazón, como Vos me le habeis dado, pues que sois el Soberano y Padre amabilísimo de la madre y del hijo. Lo único que os pido, la única gracia que me atrevo á solicitar de Vos, es que á este parvu-

¹ De regreso regalaba este vestido á una mujer pobre, recién parida como ella. (*Theod. Jean Lefèvre, etc.*).

«llo bañado en mis lágrimas le admitais en el número de vuestros servidores y amigos, y le otorgueis vuestra bendición.»

CAPÍTULO XII.

De como el buen duque Luis protegia á su pobre pueblo.

Liberabit pauperem á potente, pauperem cui non erat adiutor.

(*Psalm. LXXI, 12*).

Indutus est iustitia ut lorica, ut galea salutis in capite eius: indutus est vestimentis iltionis, et opertus est quasi pallio zell...

Quia ego Dominus diligens iudicium, et odio habens rapinam.

(*Isai. LIX, 17; LXI, 8*).

Todo en la vida de estos santos esposos demuestra la profunda simpatía que les unía, y hasta qué punto ambos eran dignos el uno del otro; la Duquesa, según vimos, empleando toda la energía é ingeniosa ternura de su alma en socorrer á cuantos infelices se hallaban á su alcance; el Duque, como ahora veremos, consagrando su valor y talentos militares á la defensa de los intereses del pueblo que Dios le ha-

Al llegar tras cada parto la época de la purificación, Isabel, en vez de seguir la costumbre de celebrar este acontecimiento con regocijos y fiestas mundanas, tomaba ella misma en brazos al recién nacido, y saliendo secretamente del castillo, vestida con un sencillo traje de lana y á piés descalzos ¹, se encaminaba á la iglesia de Santa Catalina, situada á larga distancia de las murallas de Eisenach. Por aquella bajada áspera y larga, erizada de agudos guijarros que le despedazaban sus delicados piés, conducía ella misma en brazos á su hijo como lo había hecho la Virgen sin mancha: en llegando al templo colocaba sobre el altar á la criatura con un corderito y un cirio, diciendo: «Jesús, Señor mio, á Vos y á vuestra santa madre María os ofrezco este fruto querido de mis entrañas. Ved, Señor y Dios mio, que os le doy con todo mi corazón, como Vos me le habeis dado, pues que sois el Soberano y Padre amabilísimo de la madre y del hijo. Lo único que os pido, la única gracia que me atrevo á solicitar de Vos, es que á este parvu-

¹ De regreso regalaba este vestido á una mujer pobre, recién parida como ella. (*Theod. Jean Lefèvre, etc.*).

«llo bañado en mis lágrimas le admitais en el número de vuestros servidores y amigos, y le otorgueis vuestra bendición.»

CAPÍTULO XII.

De como el buen duque Luis protegia á su pobre pueblo.

Liberabit pauperem á potente, pauperem cui non erat adiutor.

(*Psalm. LXXI, 12*).

Indutus est iustitia ut lorica, ut galea salutis in capite eius: indutus est vestimentis iltionis, et opertus est quasi pallio zell...

Quia ego Dominus diligens iudicium, et odio habens rapinam.

(*Isai. LIX, 17; LXI, 8*).

Todo en la vida de estos santos esposos demuestra la profunda simpatía que les unía, y hasta qué punto ambos eran dignos el uno del otro; la Duquesa, según vimos, empleando toda la energía é ingeniosa ternura de su alma en socorrer á cuantos infelices se hallaban á su alcance; el Duque, como ahora veremos, consagrando su valor y talentos militares á la defensa de los intereses del pueblo que Dios le ha-

bia confiado. Este ingénito amor á la justicia, virtud que hemos señalado como la principal de su carácter, le inspiraba un sentimiento tan profundo de los derechos de sus vasallos y una simpatía tan generosa hácia todas las injurias que les hacian, que solamente por este motivo emprendió expediciones lejanas y costosas, cuya causa, cuando llegaba á saberse, dejaba admirados y llenos de extrañeza á súbditos y vecinos.

En 1225 supo el Duque como en las cercanías del castillo de Lubantsk ó Lubitz, en Polonia, habian robado y despojado de cuanto traian á unos vasallos suyos que andaban traficando por aquel país. Inmediatamente convocó para el día de la Dispersión de los santos Apóstoles ¹ un ejército reclutado en la Hesse, Turingia y Franconia, al cual incorporó los caballeros de Osterland; y luego, sin dar á conocer el motivo de la marcha, le condujo hasta las ori-

¹ Esta fiesta, que se halla en los antiguos calendarios desde el siglo IX, se celebraba el 13 de julio. Tenia por objeto solemnizar la salida de los Apóstoles para sus diferentes misiones despues de la ascension de Nuestro Señor, y el descenso del Espiritu Santo. Célebrase todavía en Alemania y en la Lorena.

llas del Elba. Cuando hubo llegado á Leipzig, dispuso que tambien se agregaran á la expedicion los caballeros sajones de su palatinado y mucha gente de armas de la Misnia, como tutor que era Luis del jóven Margrave de esta provincia, sobrino suyo. Entonces fue cuando declaró á su gente que el proyecto era llegar hasta Polonia para poner sitio al castillo de Lubantsk y vengar el agravio inferido á sus pobres súbditos. Tan frívola pareció la causa de tan larga expedicion, tan general entre los caballeros el disgusto de ir tan léjos por un simple asunto de negociantes, que muchos determinaron abandonar el campo y retirarse á sus tierras una vez que el Duque no queria hacer caso ninguno de sus objeciones; pero fuese vergüenza ó temor á la severidad del Duque, permanecieron en su puesto. De bueno ó mal grado le siguieron hasta Polonia, donde el Duque entró á la cabeza del ejército, haciéndose preceder de una vanguardia de tres mil y quinientos hombres escogidos que llegaron tres dias antes que él al pié de los muros de Lubantsk. Mientras llegaba el jefe, pegaron fuego á la poblacion y embistieron el castillo. Sumamente sorprendido se quedó el

Duque de Polonia cuando supo que un landgrave de Turingia venia de tan léjos á invadir el país á la cabeza de tan poderoso ejército, y le envió al momento una embajada con proposiciones de indemnizacion pecuniaria; pero Luis las rechazó contestando que eran buenas para hechas cuando él habia escrito amistosamente antes de salir á campaña, y que se equivocaba si creia que él habia andado tanto y tomádose tal trabajo para nada. En llegando á Lubantsk apretó vigorosamente el cerco; visto lo cual por el Príncipe polaco, envió á Luis un obispo con nuevas y mas enérgicas representaciones, como era la de hacerle presente que siendo tambien los polacos muy famosos guerreros, tendríale mas cuenta dejar su empeño y volverse sin tardanza por donde habia venido; que de no hacerlo, el Duque de Polonia vendria el lunes próximo á exterminar á todos aquellos alemanes. El Landgrave contestó muy cortesmente que seria muy gustoso en conocer al Duque; que despues del citado lunes, todavia estaria aguardando ocho dias mas á fin de ver qué clase de gente eran aquellos polacos. Pero ni éstos ni su Príncipe se dejaron ver: repetidos los asaltos se rindió el castillo; y

despues de hacerlo arrasar, el duque Luis se volvió á su casa dejando en toda la Alemania oriental un concepto muy favorable de su justicia, de su valor y de su afecto hácia el pobre pueblo.

Algun tiempo despues volvió el Duque á salir á campaña por una causa aun mas importante al parecer, pero que nos da una idea tan exacta de la bondad y popularidad de su carácter, así como de las costumbres de esta época, que bien merece ser referida con algun detenimiento. Dos ó tres años antes, durante la feria anual de Eisenach, habia bajado el Duque á la ciudad y andaba entretenido mirando tiendas y puestos de mercaderes, entre los cuales acertó á ver un buhonero que tenia de manifiesto su modesta pacotilla compuesta de alfileres, dados, cucharas, santitos de plomo y dijes menudos de mujeres. Preguntóle el Duque si con aquello poco ganaba la vida. «Señor, contestó el hombre, á mí me da vergüenza mendigar, y tengo pocas fuerzas para trabajar á jornal; pero con que sólo tuviera yo seguridad de ir de un pueblo á otro, esto que veis aquí, aunque tan poco, me bastara con la gracia de Dios para vivir; y aun pudiera al

«cabo del año granjear alguna ganancia y «aumentar mi capital.» Compadecido el Duque le contestó: «Pues bien; darte he «yo un salvoconducto por un año, á fin de «que puedas recorrer mis dominios sin pa- «gar peajes ni gabelas. ¿Cuánto valdrá tu «tienda?—Unos veinte chelines, respon- «dió el buhonero. —Dalde diez de mi par- «te, dijo el Duque volviéndose á su tesore- «ro que tenia junto á sí, y extendedle un «salvoconducto que lleve mi sello.» Y lue- go dirigiéndose al mercader, añadió: «Quie- «ro ir á medias en tu trato; dame palabra «de ser buen socio, y yo te mantendré li- «bre de toda gabela.» El pobre buhonero estaba fuera de sí de pura alegría, y con- fiando en la suerte se puso en marcha. Al cabo del año volvió á Wartbourg á verse con su noble sócio y enterarle del aumento y estado de su mercancía, que á la verdad habia prosperado mucho, y del cual tomó el Duque algunas menudencias que regaló á los criados. El buhonero repitió puntual- mente su visita todos los años para entre- gar á Luis la parte de las ganancias del pe- queño capital, que poco á poco creció de tal manera que no pudiendo ya llevarle al hombro, fue necesario hacer de la mercan-

cia dos lios respetables y comprar una bor- rica para conducirlos durante las expediciones, cada vez mas largas y mas produc- tivas.

En una de ellas llegó el mercader hasta Venecia hácia fines de 1225, en cuya ciu- dad compró una multitud de objetos ex- tranjeros y de valor, como sortijas, braza- letes y broches de pecho para señoras, co- ronas y diademas guarnecidas de pedreria fina, copas y espejos con marco de marfil, rosarios de coral, etc. Al llegar á Wurtz- bourg en Franconia, de camino para la en- trevista anual con su noble asociado de Wartbourg, el buhonero puso á la venta todas estas mercancías. Viéronlas unos fran- conios que entraron en deseos de adqui- rirlas para sus mujeres ó sus amigos, pero sin pagarlas al dueño; y para cumplir este gusto, estuvieron de acecho emboscados á cierta distancia de la ciudad; y cuando pa- só por allí el mercader, cayeron de impro- viso sobre él y le quitaron toda su hacien- da incluso la horrica. No solamente se bur- laron del salvoconducto que el pobre hom- bre les puso á la vista para librarse de sus manos, sino que quisieron atar y llevarse consigo al portador, que á duras penas lo-

gró escapar vivo de la refriega. Triste y desconcertado llegó á Eisenach donde refirió á su socio y señor la desgracia que le habia sucedido. «No hayas tanta pesadumbre, le respondió éste, por la pérdida de nuestra mercancía; ten un poco de paciencia y déjame á mí el cuidado de ir á «recobrarla.» Y dando la orden de convocar sobre la marcha á los condes, caballeros, escuderos de las cercanías, y aun á los paisanos que servían de infantería, entró sin demora á la cabeza de toda esta gente por las tierras de la Franconia, devastando el país y buscando por todas partes noticias sobre el paradero de su borrica. Noticioso de la invasión el Príncipe obispo de Wurtzbourg, mandó á pedir al Duque la explicacion de aquel hecho. Este respondió que venia buscando una cierta borrica suya que la habia sido robada por unos hombres del país del Obispo; y el Prelado que lo oyó hizo buscarla y devolverla juntamente con el cargamento al Landgrave, quien gozoso y triunfante se volvió para su casa dejando admirado al pobre pueblo por lo bien que sabia ampararle en sus ofensas.

Entre tanto habia recibido del empera-

dor Federico II una invitacion de venir á reunirse en Italia, para donde salió sin tardanza, pasando los Alpes antes de concluirse el invierno; y llegó á tiempo para tomar parte en la campaña del Emperador contra los de Bolonia y demás ciudades insurrectas, tomando asiento, luego de terminada, en la gran Dieta de Cremona por las Pascuas de 1226. Satisfecho el Emperador de su adhesion y bizarría, le concedió la investidura del margraviato de Misnia para el caso de extinguirse la descendencia de su hermana Judith, viuda del último margrave, y al mismo tiempo la de toda la tierra que pudiera conquistar en Prusia y en Lituania, á cuyos países tenia pensado de ir á llevar la fe de Cristo ¹.

¹ Este proyecto fue realizado algunos años después por los caballeros del Orden teutónico, del que Conrado, hermano de Luis, era uno de los principales jefes. Se puede por tanto suponer que los planes del esposo de Isabel no han dejado de influir en este acontecimiento, uno de los de mas bulto é importancia en la edad media por los resultados que tuvo. (*Berthold. Miss. Goth. Sagittarius*).
UNIVERSIDAD DE ROMA
BIBLIOTECA

CAPÍTULO XIII.

De como hubo una grande hambre que asoló la Turingia, y la amada santa Isabel practicó todas las obras de misericordia.



Esurivi, et dedistis mihi manducare: sitiivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

(*Matth.* xxv, 35-36).

No bien partiera el Duque para alistarse en las banderas imperiales, cuando en toda la Alemania se declaró una hambre horrosa cuyos estragos se hicieron sentir principalmente en la Turingia. La plaga redujo al pueblo al último extremo: veíanse bandadas de pobres por los campos, las carreteras y los bosques buscando y arancando para matar el hambre las raíces y frutos salvajes que son el comun alimento de las bestias, y devorando los caballos y asnos muertos, con otros animales mas inmundos. Pero á pesar de tan desesperados recursos, gran número de estos desgracia-

dos murieron de hambre, dejando los caminos y senderos cubiertos de cadáveres.

Á la vista de tan espantoso infortunio, penetró el corazon sensible de Isabel una compasion inmensa. De dia y de noche ya no pudo pensar ni ocuparse en otra cosa que en aliviar la miseria de sus infelices súbditos. El castillo de Wartbourg llegó á ser como el foco de una caridad sin límites, derramando de continuo inagotables beneficios sobre las poblaciones vecinas. Isabel dió principio á sus tareas caritativas distribuyendo entre los pobres del ducado todo el dinero contante de las arcas del Duque, importante la cantidad, muy grande para entonces, de sesenta y cuatro mil florines de oro, producto de la venta reciente de unas posesiones. Despues de esto mandó abrir todos los graneros de su marido; y sin hacer caso de la oposicion de los oficiales de la casa ducal, mandó distribuir hasta el último grano al pobre pueblo; y eso que la cantidad de grano, al decir de los contemporáneos, era tan considerable que solamente para rescatar lo que fue repartido entre los pobres, fuera necesario dar en hipoteca los dos mejores castillos del ducado y muchas ciudades. Esta tan

CAPÍTULO XIII.

De como hubo una grande hambre que asoló la Turingia, y la amada santa Isabel practicó todas las obras de misericordia.



Esurivi, et dedistis mihi manducare: sitiivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

(*Math. xxv, 35-36*).

No bien partiera el Duque para alistarse en las banderas imperiales, cuando en toda la Alemania se declaró una hambre horrosa cuyos estragos se hicieron sentir principalmente en la Turingia. La plaga redujo al pueblo al último extremo: veíanse bandadas de pobres por los campos, las carreteras y los bosques buscando y arancando para matar el hambre las raíces y frutos salvajes que son el comun alimento de las bestias, y devorando los caballos y asnos muertos, con otros animales mas inmundos. Pero á pesar de tan desesperados recursos, gran número de estos desgracia-

dos murieron de hambre, dejando los caminos y senderos cubiertos de cadáveres.

Á la vista de tan espantoso infortunio, penetró el corazon sensible de Isabel una compasion inmensa. De dia y de noche ya no pudo pensar ni ocuparse en otra cosa que en aliviar la miseria de sus infelices súbditos. El castillo de Wartbourg llegó á ser como el foco de una caridad sin límites, derramando de continuo inagotables beneficios sobre las poblaciones vecinas. Isabel dió principio á sus tareas caritativas distribuyendo entre los pobres del ducado todo el dinero contante de las arcas del Duque, importante la cantidad, muy grande para entonces, de sesenta y cuatro mil florines de oro, producto de la venta reciente de unas posesiones. Despues de esto mandó abrir todos los graneros de su marido; y sin hacer caso de la oposicion de los oficiales de la casa ducal, mandó distribuir hasta el último grano al pobre pueblo; y eso que la cantidad de grano, al decir de los contemporáneos, era tan considerable que solamente para rescatar lo que fue repartido entre los pobres, fuera necesario dar en hipoteca los dos mejores castillos del ducado y muchas ciudades. Esta tan

grande generosidad iba acompañada de exquisita prudencia, pues el trigo no se daba en cantidades crecidas, que acaso se hubieran empleado de una manera inconsiderada, sino en pequeñas porciones que se daban al pobre para cubrir la necesidad del día; y á fin de completar el favor, ahorrando gastos al infeliz hambriento, salía ya amasado y cocido del castillo todo cuanto podían abastar los operarios y dependencias del mismo, entregando por sí misma la Duquesa á los pobres los panes aun calientes. Novecientos pobres acudían allí diariamente á participar de la generosidad de la insigne bienhechora.

Pero quedaba un número mucho mayor de los que no podían, por lo débiles, achacosos, ó enfermos, trepar á la altura donde estaba situada la residencia ducal; y esta clase fue la que durante la horrible crisis participó con preferencia de la solicitud y compasión de la Duquesa. Al pié del monte bajaba ella misma los restos de su comida y de la de sus doncellas, que todas guardaban escrupulosamente por temor de amenguar la ración del pobre, y los repartía entre algunos que había entresacado de los mas desvalidos y debilitados. En aquel

hospital de veinte y ocho camas, que, según dijimos, había mandado construir á mitad de la cuesta del castillo, colocó los enfermos de mas cuidado, organizándolo de forma que apenas moría uno cuando entraba á ocupar el lecho vacante otro venido de fuera. En la ciudad misma de Eisenach instituyó otros dos hospicios, el uno bajo la advocacion del Espiritu Santo cerca de la puerta de San Jorge ¹, y el otro bajo la de Santa Ana; el primero destinado para mujeres pobres, y el segundo para toda clase de enfermos. Este último todavía existe ². Todos los días, sin dejar uno, la jóven Duquesa bajaba y subía la áspera y dilatada cuesta que conduce desde el castillo á estos dos hospicios, despreciando la fatiga por el gusto de visitar á sus pobres y proveerles de las cosas necesarias ó agradables; recorría las camas una por una, se informaba de los deseos de los pacientes, y les tributaba los oficios mas repugnantes con un celo y ternura que únicamente por

¹ Hay autores que hacen remontar la fundacion de este asilo á la época de la primera cruzada; de todos modos fue ensanchado por Isabel.

² La inscripcion que hoy se lee sobre la puerta principal dice que fue fundado por la Santa en 1229: acaso está equivocada la fecha.

el amor de Dios y su gracia especial podían ser inspirados. Con sus propias manos daba el alimento á aquellos pobres cuyas dolencias eran mas asquerosas, y luego les hacia la cama, los tomaba á cuestras ó en brazos para cambiarlos de sitio, les enjugaba el rostro, nariz y boca con su mismo velo, haciendo todo esto con una gracia y alegría inalterables. Á pesar de que aquella atmósfera infecta le repugnaba en extremo y no podia sufrirla, allí permanecía firme respirando el aire mefítico de la enfermería en medio de los calores del estío, sin manifestar la menor incomodidad mientras sus doncellas se quejaban en alta voz de la molestia y malestar que sufrían en aquellos sitios.

«Mientras palpitaban de horror los corazones de las personas de su comitiva (dice sobre esto un buen religioso del siglo XVII), esta Princesa del paraíso decia «sonriendo: Cuando Dios me llame á juicio «y me pregunte si he servido á los pobres, «diré yo: Sí, Dios mio, y por mas señas «que mis doncellas y criadas al verme tuvieron náuseas muchas veces ¹.»

¹ El minimita P. Mateo Martin en su obra: *Les apanages d'un cavalier chrétien*, etc. Mons, 1628.

En uno de estos dos hospicios habia fundado un asilo particular para los niños pobres enfermos, abandonados ó huérfanos, objeto especial de una ternura que daba bien á conocer con sus mas afectuosos y dulces cuidados. No tardaron aquellos cándidos corazones en conocer cuán dulce madre les deparaba Dios en medio de su miseria. En cuanto se presentaba en medio de ellos, cual acuden los polluelos á cobijarse bajo las alas de su madre, corrían á su encuentro y se pegaban á sus vestidos gritando ¡madre! ¡madre ¹! y ella, haciéndoles sentar á su lado, les repartía pequeños socorros, reparaba en el estado de cada uno, y se complacia en reservar la explosion de su compasivo afecto para los que veía mas enfermos y asquerosos, tomándolos en su regazo y colmándoles de caricias ².

No contenta con ser la bienhechora de todos estos desventurados, era tambien su amiga y confidenta. Habiéndole revelado

¹ Quemadmodum pulli congregantur sub alis gallinae, ita sub alis maternitatis eius parvuli illi pauperes requiescentes obebantur. (*Theod.*)

² Sibi filialiter assidendo... scabiosos, infirmos, debiles, magis sordidos et deformes specialiter dilexit, capita eorum manibus attractans, et in sinu suo collocans. (*Theod.*)

un enfermo el pesar que causaba á su conciencia el recuerdo de una deuda que no habia podido pagar, le tranquilizó al punto ofreciéndose á pagarla por él, como lo hizo al momento.

El tiempo que le dejaba libre el cuidado y vigilancia de los hospicios, lo dedicaba á recorrer las cercanías de Wartbourg, distribuyendo socorros á los pobres que no podían aproximarse al castillo, visitando las mas escondidas chozas, y haciendo los oficios mas bajos é impropios de su elevada gerarquía. El dueño de una de estas miserables viviendas le pidió un día un poco de leche, quejándose en tono lastimero de no tener fuerzas para acercarse á ordeñar su vaca: la humilde Princesa corrió al momento al establo y se puso á ordeñar la vaca del pobre; pero el animal, poco habituado á ser manejado por manos tan delicadas, no la permitió consumir su benéfica tarea y piadosa intencion.

Procuraba hallarse á la cabecera de los moribundos para animarlos en la lucha de los últimos momentos y recoger su postrer suspiro con un ósculo de fraternal caridad, rogando fervorosamente á Dios horas enteras que se dignara santificar el fin de

estos infelices y recibirles en su gloria. Fiel á su costumbre de cuidar del funeral de los pobres, y no obstante la mortandad siempre creciente, de continuo se la vió acompañar los cadáveres á la huesa, despues de haberlos amortajado por sí misma con telas tejidas por ella para este objeto, ó tomadas de su mismo guardaropa, habiendo un día echado mano para ello del velo blanco que habitualmente llevaba puesto. Tomaba muy á mal que para dar sepultura á la gente rica se emplearan telas nuevas ó de valor; en vez de éstas, mandaba poner otras usadas, y destinar para los pobres el importe de las primeras.

No olvidó su caridad solícita á los presos, pues donde quiera que sabia haber algunos iba á visitarles, rescatando con dineros, si los tenia, á los que se hallaban detenidos por deudas; curaba y vendaba las llagas causadas por los grillos y cadenas, y arrodillada junto á ellos, pedia á Dios que les tuviera en su santa guarda, y les preservase de las penas y castigos de la otra vida.

Tantas ocupaciones, capaces de infundir el desaliento y la fatiga en el alma humana, léjos de inspirar disgusto en la suya,

producian la paz y una alegría angélica. Mientras derramaba á manos llenas sobre tantos pobres, sus hermanos, los tesoros de su caridad, tenia siempre elevados y fijos en el Señor el corazon y el pensamiento, y con frecuencia interrumpia sus benéficas tareas para decir en voz alta: «¡Oh Señor! quisiera poder daros las debidas gracias por la merced que me haceis en poder recoger á estos infelices que son vuestros mejores amigos, y servirles por mí misma.» Y como un dia dijera en el hospital esta oración jaculatoria, creyeron los pobres ver un Angel que bajaba á ella y decia: «Alégrate, Isabel; que tambien tú eres la amiga de Dios omnipotente, y brillas en su presencia como la luna.»

Hubo otras señales prodigiosas que parecieron probar á las almas piadosas y sencillas cuán agradables eran á Dios la caridad y humildad de esta Princesa. Un dia bajó á la ciudad para comprar vajilla y juguetes de vidriado para los niños pobres del hospicio: al volver cargada con todos estos objetos que llevaba recogidos en una punta del manto, volcó por descuido del conductor el carruaje donde venia, cayendo sobre un montón de piedras desde lo

alto de un peñoncillo. Pero no solamente no quedó lastimada del golpe, sino que tampoco se quebró ninguna de las chucherías que traia para los niños, á quienes corrió á entregarlas para que se divirtieran.

Otra vez que llevaba el delantal lleno de provisiones para un grupo de pobres, notó que no iba á tener bastante para todos, pues mientras repartia, acudian otros muchos á participar del socorro. Turbóse con esto, pero luego se recogió en oracion interior continuando en repartir los relieves y mendrugos del delantal, que, conforme sacaba, eran reemplazados por otros milagrosamente y de manera que despues de contentar á cada pobre, todavía le quedaron muchos. Llena de gozo y cantando las alabanzas de Dios, dió la vuelta para el castillo, dando gracias rendidas al Señor que quiso comunicarle su omnipotente virtud conforme á aquella divina promesa: *En verdad os digo: El que en Mí cree, él tambien hará las obras que Yo hago, y mayores que estas hará.* (Ioan. xiv, 12).

No fueron las poblaciones inmediatas al castillo las únicas en participar de tanto amor y cuidados: la maternal y soberana solicitud de Isabel alcanzó tambien á los

puntos mas lejanos en los Estados de su marido. Expidió órdenes terminantes para que las rentas todas de los cuatro principados ¹ que poseia el Duque se invirtieran exclusivamente en el alivio y mantenimiento de los pobres que el hambre dejaba sin recursos, y no obstante la oposicion de la mayor parte de los oficiales del Duque, cuidó por sí misma de que estas disposiciones se cumplieran á la letra. Además para suplir lo personal de auxilios y cuidados para con estos pobres, cosa imposible por la distancia, vendió todas sus joyas, pedrería y otros objetos de valor, y mandó repartirles el importe.

Todas estas disposiciones continuaron hasta la cosecha de 1226; pues entonces la Duquesa, reuniendo todos los pobres aptos para el trabajo, así hombres como mujeres, y proveyéndoles de hoces, camisas nuevas y calzado para preservarles de lastimarse los piés con el rastrojo, los envió á trabajar. Los imposibilitados de ir allá recibieron vestidos hechos ó comprados al efecto por ella y distribuidos con sus propias manos; los que marchaban á la siega

¹ La Turingia, la Hesse, el Palatinado de Sajonia, y el Osterland.

recibian despedida llena de afecto y un socorro pequeño en dinero para el viaje: acabándose la moneda, acudió á los velos y vestidos de telas ricas, y rompiéndolos, daba los pedazos á las mujeres diciéndoles: «Os doy estas cosas, no para adornaros, sino para que, vendidas, os sirvan para aliviar vuestra penuria y ayuden á trabajar segun vuestras fuerzas, porque escrito está: *Que el que no trabaja, no come.*» Una pobre viejecilla, á quien la Duquesa habia dado camisas, zapatos y un manto, recibió con la dádiva tal arrebató de gozo que, prorumpiendo en exclamaciones y gritando que nunca semejante dicha habia conocido, cayó en el suelo como muerta. Asustada Isabel se dió prisa á alzarla del suelo y tuvo á pecado el haber comprometido con su imprudencia la vida de aquella mujer.

Yo he visitado con tierno respeto y sumo cuidado los sitios que fueron teatro de caridad tan inagotable y abnegacion tan sobrehumana. He recorrido todos aquellos escarpados senderos hollados por la infatigable planta de la amiga de los pobres; he paseado largo rato los atónitos ojos por aquel magnífico paisaje que se descubre desde lo alto de Wartbourg, embelesado

con el pensamiento de que tambien los ojos benditos de Isabel habian contemplado casi toda su vida aquella vasta extension de país abrazándola toda entera con aquella amorosa mirada que no tiene en la tierra ni su origen ni su recompensa. ¡Ay! todos los monumentos fundados por la régia limosnera, todos han perecido; y el pueblo, al olvidar la fe de sus abuelos, tambien se ha olvidado de ella: solo quedan resistiendo al olvido algunos nombres que conservan para el peregrino católico la huella de la carísima Santa. En el mismo castillo de Wartbourg la memoria de la humildad y caridad de Isabel ha sido destronada por la memoria de Lutero¹, del orgullo rebelde y victorioso: en aquella antigua capilla donde ella tantas veces oró, se enseña hoy á los viajeros el púlpito del orgulloso herejarca. Pero le ha quedado, y todavia lleva hoy su nombre, el sitio modesto y oculto donde se alzó aquel hospital, construido por ella á las puertas de su palacio ducal

¹ El elector de Sajonia, su protector, al volver de la Dieta de Worms, le encerró secretamente en este sitio para ponerle al abrigo de la sentencia pronunciada contra él. El herejarca llamaba *modestamente* este retiro su isla de Patmos.

como para no perder nunca de vista el cúmulo de las miserias humanas en medio de las grandezas de su clase. Cien años despues de su muerte, en 1331, el hospital fue convertido en un convento de Franciscanos fundado y dedicado á su memoria por el landgravé Federico el Sério. En tiempo de la Reforma fue suprimido con otros diez y siete conventos é iglesias que solamente en la ciudad de Eisenach fueron saqueados y destruidos en un dia, habiendo salido de ellos de dos en dos los monjes y sacerdotes cantando el *Te Deum* en medio de los silbidos y rechifla del populacho¹. No fue mas respetado que los otros el monumento de la bienhechora del país; y los escombros se emplearon en reparar las obras de fortificacion del castillo. Queda sin embargo una fuente, un manantial de agua limpia y fresca que cae en una cuenca de piedra abovedada sin otro adorno que la multitud de flores y frescas sombras que la rodean. Aquí es donde la Duquesa lavaba con sus manos la ropa de los pobres², y toda-

¹ En 1524. Véase la tierna pintura que del suceso hace el historiador protestante: *Bericht von der stadt Eisenach*.

² Ó los mismos pobres, segun otros. Limperg,

vía hoy se llama la *fuelle de Isabel*. Al rededor de este sitio hay una plantacion espesa que le oculta á la vista de la mayor parte de los transeuntes, y algunos pequeños restos de un cercado; el pueblo ha dado á este conjunto el nombre de *Jardin de Isabel*. Mas léjos, en la parte baja oriental de la montaña que domina á Wartbourg, y entre esta montaña y la antigua Cartuja, consagrada en 1394 á la Santa ¹, se despliega á la vista un valle encantador atravesado por un plácido arroyo que corre por medio de praderas llenas de rosas y lirios; sobre los flancos proyectan su sombra venerables encinas, restos de los antiguos bosques de la Germania. En uno de sus recodos forma este valle una garganta secreta y solitaria donde hay una cabaña que en otro tiempo fue capilla. En este sitio reunia Isabel á los pobres, amigos de Dios y suyos; allí la conducia su ingeniosa é incansable ternura por senderos extraviados, y al través de los

das im Jahr 1702, lebende und schwebende Eisenach.

¹ Esta Cartuja, que se llamaba Elisabethenbaus, tambien ha sido completamente arrasada. Solo queda una piedra que es un sepulcro. Sobre el área está hoy la casa de correccion y el jardin botánico.

bosques, cargada con víveres y socorros, para ahorrar á los infelices el trabajo de la penosa subida al castillo, y tambien para sustraerse á las miradas de los demás hombres. Todavía hoy llaman á esta garganta solitaria *Campo de los lirios*; á la humilde cabaña *Reposo de los pobres*; y todo el valle llevaba todavía no ha mucho el dulce nombre de *Valle de Isabel* ¹.

CAPÍTULO XIV.

Que el duque Luis volvió al lado de su esposa, y como administró recta justicia á sus amados monjes de Reinhartsbrunn.

Confidit in ea cor viri sui.
(Prov. xxxi, 2).

In tribus placitum est spiritui meo... concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes.

(Eccli. xxv, 1, 2).

Mientras tanto el duque Luis, sabedor [®] sin duda de los males que alligian á su pue-

¹ He tomado estas noticias sobre el terreno mismo en junio de 1834. Hoy el valle ha sido bautizado de nuevo, y le llaman Marienthal, en honor de una gran duquesa de Sajonia-Weimar.

vía hoy se llama la *fuelle de Isabel*. Al rededor de este sitio hay una plantacion espesa que le oculta á la vista de la mayor parte de los transeuntes, y algunos pequeños restos de un cercado; el pueblo ha dado á este conjunto el nombre de *Jardin de Isabel*. Mas léjos, en la parte baja oriental de la montaña que domina á Wartbourg, y entre esta montaña y la antigua Cartuja, consagrada en 1394 á la Santa ¹, se despliega á la vista un valle encantador atravesado por un plácido arroyo que corre por medio de praderas llenas de rosas y lirios; sobre los flancos proyectan su sombra venerables encinas, restos de los antiguos bosques de la Germania. En uno de sus recodos forma este valle una garganta secreta y solitaria donde hay una cabaña que en otro tiempo fue capilla. En este sitio reunia Isabel á los pobres, amigos de Dios y suyos; allí la conducia su ingeniosa é incansable ternura por senderos extraviados, y al través de los

das im Jahr 1702, lebende und schwebende Eisenach.

¹ Esta Cartuja, que se llamaba Elisabethenbaus, tambien ha sido completamente arrasada. Solo queda una piedra que es un sepulcro. Sobre el área está hoy la casa de correccion y el jardin botánico.

bosques, cargada con víveres y socorros, para ahorrar á los infelices el trabajo de la penosa subida al castillo, y tambien para sustraerse á las miradas de los demás hombres. Todavía hoy llaman á esta garganta solitaria *Campo de los lirios*; á la humilde cabaña *Reposo de los pobres*; y todo el valle llevaba todavía no ha mucho el dulce nombre de *Valle de Isabel* ¹.

CAPÍTULO XIV.

Que el duque Luis volvió al lado de su esposa, y como administró recta justicia á sus amados monjes de Reinhartsbrunn.

Confidit in ea cor viri sui.
(Prov. xxxi, 2).

In tribus placitum est spiritui meo... concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes.

(Eccli. xxv, 1, 2).

Mientras tanto el duque Luis, sabedor [®] sin duda de los males que alligian á su pue-

¹ He tomado estas noticias sobre el terreno mismo en junio de 1834. Hoy el valle ha sido bautizado de nuevo, y le llaman Marienthal, en honor de una gran duquesa de Sajonia-Weimar.

blo, pidió y obtuvo del Emperador el permiso de volverse á su casa. Salió en 22 de junio de 1226, yendo á hacer noche en Cremona la víspera de san Juan á punto que encendian las hogueras en todas las alturas, segun costumbre. Despues de atravesar con felicidad los Alpes, llegó á alojarse en casa de un príncipe que los historiadores no nombran, aunque se sabe era pariente cercano y amigo suyo, y por consiguiente tal vez un duque de Baviera de la casa de su madre. Fue hospedado obsequiosa y magníficamente; y despues de un festin amenizado con música y canto, le acompañaron hasta su dormitorio. Allí el príncipe, curioso de saber á dónde llegaba la virtud de su huésped, habia dispuesto que le tuviesen colocada en la cama una jóven muy hermosa. Luis, que vió aquello, dijo á su copero el señor de Varila: «Echa «de aquí sin ruido á esta jóven, y dale un «marco de plata para que se compre un «manto nuevo, por si tal vez la miseria la «obliga á andar en estos pasos. Te digo in- «genuamente, que aun cuando el adulterio «no fuese un pecado contra Dios, y un es- «cándalo á los ojos de mis hermanos, nun- «ca consentiria en cometerle, únicamente

«por amor de mi querida Isabel y por no «contristarla y turbar su alma.» Al dia siguiente por la mañana, como el príncipe comenzara á chancearse sobre el suceso de la noche anterior, atajóle Luis diciendo: «Sabed, primo, que por todo el Imperio ro- «mano no cometiera yo tal pecado.»

Continuando su viaje, llegó Luis á Augsburgo el dia 2 de julio, y allí se detuvo quince dias á fin de sostener para con el Duque de Baviera la causa de Enrique, hijo del Emperador, y conseguirle el permiso de presentarse en su corte. Terminada felizmente esta negociacion, tomó nuevamente el camino de su Turingia recibiendo grandes honores y obsequios á su paso por Schweinfurt de parte del vecindario; pero habiéndole dado despues de cenar aviso de que su mas mortal enemigo el conde Poppon de Henneberg trataba de atacarle y sorprenderle aquella noche, para evitar este riesgo se marchó de allí al punto, anduvo toda la noche, y llegó á Wartbourg al dia siguiente, viernes, hácia la hora de nona.

La noticia de la próxima llegada del Príncipe muy amado difundió en toda la Turingia una inmensa alegría. Todos aque-

llos pobres famélicos miraron el regreso de su padre y generoso protector como la señal del término de sus desdichas. No menos vivo fue el gozo de su madre y de sus jóvenes hermanos; pero el de Isabel sobrepujo el de propios y extraños, y excede á toda ponderacion. Al fin volvian sus ojos á ver, tras la ausencia mas larga que habia hecho despues de casado, á aquel esposo tan querido, único ser que la comprendia y simpatizaba con todos los vuelos de su alma hácia Dios y la vida perfecta. Verdad es que en cambio ella era tambien la única que, con ese maravilloso instinto que Dios comunica á las almas santas, habia sondeado toda la riqueza del alma de su esposo, que á los ojos de los demás era un hombre vulgar con los mismos sentimientos y pasiones que los otros príncipes contemporáneos suyos. Los altos empleados de la casa del Duque, singularmente el senescal y el mariscal, temerosos de la cólera de su señor en cuanto llegara á saber el despilfarro de sus tesoros y provisiones, se habian adelantado á recibirle y denunciarle las insensatas larguezas de la Duquesa, refiriéndole como, á despecho de todos sus esfuerzos para estorbarlo, esta señora habia

dejado completamente vacios los graneros de Wartbourg, y dilapidado todos los caudales encomendados á su custodia. Tales quejas y reclamaciones en aquellos momentos no produjeron otro resultado que irritar al Duque, el cual les contestó: «¿Está buena mi esposa?... ved lo que deseo «saber; el resto no me importa nada.» Y luego añadió: «Tened entendido que mi «mejor deseo es que Isabelita haga cuantas «limosnas quiera, y que en esto le ayudeis «vosotros en vez de contrariarla, si quereis «darme gusto: dejadla dar por Dios cuanto «guste, con tal de que me deje únicamen- «te á Wartbourg, Eisenach y Naumbourg. «Todo lo demás Dios nos lo volverá cuando «fuere de su agrado: por dar limosna no «hemos de arruinarnos jamás.» Y dicho esto corrió presuroso á ver á su amada Isabel, cuyo gozo al encontrarse en presencia de su esposo no tuvo límites: arrojóse en sus brazos, le besó mil veces con la boca y el corazon. «Cara hermana, dijo Luis mien- «tras la tenia abrazada, ¿qué ha sido de la «familia y servidumbre en este año tan ma- «lo?— He dado á Dios, dijo ella, lo que era «suyo, y Dios nos ha guardado á tí y á mí «lo que era nuestro.»

Añade una tradición, que paseándose el Duque á lo largo y ancho del salon con la Duquesa, vió que por debajo de las puertas entraba el trigo con tal abundancia que se andaba por encima del grano. Enviado el senescal por el Duque á saber la causa de aquel fenómeno, volvió diciendo que las arcas estaban tan llenas de trigo que rebosando el grano se derramaba por los suelos. Los Duques dieron gracias á Dios por ello; y luego el señor de Varila refirió á la Duquesa como en casa del Príncipe habian puesto á prueba la fidelidad de su esposo, y como éste habia triunfado de la tentación. Oyéndolo ella, se hincó de rodillas y dijo: «Señor, yo no merezco tener tal marido; dadnos á ambos vuestra santa gracia para guardar la santidad del matrimonio, para alcanzar junto á Vos la vida eterna.»

Apenas vuelto á sus hogares, el noble y piadoso Príncipe comenzó á entender en los intereses de sus vasallos. Mientras velaba con inteligente prudencia en las graves negociaciones que el Emperador le habia encomendado no obstante su extrema juventud, estaba siempre con espada en mano para la defensa de los monjes y los pobres.

Así es que mientras interponia su mediación entre el Emperador y el rey de Boemia Ottocar, y trataba el matrimonio de la hija de este Soberano con el jóven rey de Romanos Enrique, hacia una excursion por sus Estados á fin de descubrir y remediar los daños y abusos que durante su ausencia en Italia pudieran haberse cometido contra el pobre pueblo. Muchos caballeros de Osterland que habian oprimido á sus súbditos y turbado la seguridad pública huyeron en cuanto supieron que se acercaba el Príncipe, el cual mandó ocuparles los castillos y demoler los de Sulz y Kalbenruck ¹.

Tan luego como pudo pasó á visitar á su querida abadía de Reinhartsbrunn, cuyo abad se le quejó de que un señor de las cercanías, el de Saltza, aprovechándose de la ausencia del Duque, se habia apropiado un terreno propio del monasterio y situado sobre la montaña llamada Aldenberg que domina el valle donde aquel está situado; y que habiendo construido en él un redueto fortificado, vejaba de continuo á los mon-

¹ Berthold. Miss. Este capellan, que sin duda acompañó á su señor en todas sus expediciones, nos ha dejado un minucioso relato de ellas.

jes y dependientes del monasterio. Esta queja la dieron al Duque el mismo día en que llegó, que era un sábado. Al momento expidió órdenes al baillío de Wartbourg y al de Eisenach para que al amanecer del día siguiente se presentaran con la gente de armas y las escalas para el asalto. El Duque oyó una misa rezada al alba del domingo; encargó al abad que no hiciera la procesion ni dijera la misa conventual hasta que él volviera; y luego montando á caballo marchó al frente de la tropa á atacar el castillo. La sorpresa fué completa, el castillo tomado por asalto, y su dueño hecho prisionero y conducido á pié á la abadía amarrado con cadenas: el Duque mandó que saliera la cruz procesional, delante los prisioneros encadenados, y él y su comitiva detrás. El chantre entonó el verso, *Domine, humiliasti sicut vulneratum superbum*; y todos los religiosos contestaron: *In brachio virtutis tuae dispersisti inimicos tuos*: concluida la misa, el Duque tomó al señor de Saltza juramento de no intentar en adelante cosa alguna contra la abadía, y luego le puso en libertad, y mandó arrasar el castillo, tomado por la mañana.

Nada hubiera el buen Príncipe sentido

tanto como el ser gravoso al monasterio; por lo cual para el gasto de su casa, en las temporadas que pasaba allí, tenia cocina y bodega propias dentro del edificio: al marchar, siempre quedaban restos bastantes para mantener la comunidad por tres dias. Pero el domingo este de la expedicion contra el castillo de Saltza, el abad rogó al Duque que se dignara comer con él, y al efecto le sirvió una abundante y rica mesa. El tesorero quiso pagar el gasto á los monjes, pues así se lo habia mandado el Duque llamándole aparte despues de la comida; pero la comunidad se obstinó en negarse á recibir cosa alguna, como cumplia á monjes bien nacidos, dice el limosnero que nos ha dejado la relacion de esta escena. «Amado señor tesorero, decian, toda «nuestra pobreza está á la disposicion del «señor Duque hoy y siempre que guste «honrarnos con su compañía; en manera «alguna tomaremos el dinero.» Con estas razones el tesorero cedió de su empeño y marchóse con el Duque; pero á mitad del camino habiéndole éste preguntado si habia cumplido sus órdenes, y contestando el tesorero que no, por haberse negado los religiosos á tomar cosa alguna; «Pues vol-

«veréis ahora vos allá, replicó vivamente el Duque, y ya que no pagásteis con mi dinero, como yo mandé, pagaréis ahora de vuestro bolsillo.» Y así tuvo que hacerle el pobre hombre, dando la vuelta para la abadía á pagar hasta el último maravé.

Poco tiempo despues el abad del mismo monasterio avisó por escrito al Duque de que *unas personas de importancia* le habian robado un tonel de vino y seis caballos. El Duque escribió á aquellos señores para que sin demora reparasen aquel daño; pero como no hicieran caso alguno de la reclamacion, el Duque, al frente de un ejército, entróse por la Franconia, de donde eran los señores del robo, y devastó las tierras de los culpables, á quienes además obligó á venir descalzos, en camisa y con un dogal al cuello, á dar al convento una satisfaccion del agravio. Lo cual hecho así, púsolos en libertad, pero tomádoles juramento de que enviarian al monasterio una gran cantidad de vino bueno y muchos caballos de recibo.

Un poco despues de estos sucesos hubo gran corte ó asamblea de príncipes en Merseburg, á donde acudieron casi todos los

señores de Misnia, Sajonia y la Marca de Brandemburgo. Vinieron igualmente los de Hesse y Turingia, guiados por el ejemplo de su duque Luis que tambien se presentó allí con Isabel, seguida de numerosa corte. Señalóse esta reunion con un suceso que pinta bien las costumbres de la época de que hablamos. Un caballero de Turingia, muy afamado por su valor y piedad, llamado Gauthier de Settelsædt, amigo y dignatario de la casa del duque Luis, era de la comitiva de su Soberano en esta expedicion, y llevaba consigo una dama de singular hermosura montada en un corcel soberbio y con su magnífico halcon en el puño. Durante el camino hacia Gauthier un alto cada tres millas para justar contra todo viniente, y con la condicion de que si le vencian perderia su armadura y equipajes, el palafren y el halcon de la dama, teniendo ésta tambien que pagar su rescate con un anillo de oro. Si, al contrario, era él quien vencía, el caballero vencido habia de entregar á la dama un anillo de oro. En todas las paradas se disputaron los caballeros el honor de medir sus armas con Gauthier; por lo cual se vió éste siempre precisado á escoger adversario para cortar

la disputa. En esta forma hizo el viaje de ida y vuelta en la expedición á Merseburg sin que nunca le venciesen; de modo que al llegar á Turingia la dama tenia en cada uno de los dedos un anillo, pagado por cada caballero de los vencidos. Estos diez anillos los regaló Gauthier á las damas y doncellas de Isabel, que muy contentas con tal obsequio, así como su señora, dieron muy cordiales gracias al gentil y cumplido paladin.

CAPÍTULO XV.

Que el buen duque Luis se cruzó; y del gran sentimiento con que se despidió de sus amigos, de su familia y de la amada santa Isabel ¹.

Osculantes se alterutrum, severunt pariter.

(I Reg. xx, 41).

Quo abiit dilectus tuus, ó pulcherrima mulierum? Quo declinavit dilectus?

(Cant. v, 17).

Aprende tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo.

(Kempis, lib. II, c. 9).

Poco tiempo duró á la Turingia el gozo de disfrutar de la presencia de su amado Príncipe despues de su vuelta de Italia; é Isabel, que tan grande alegría tuvo al verle de nuevo en sus brazos, iba á ser pronto condenada á una nueva separacion, mucho mas larga y llena de inquietudes. En

¹ El Duque tenia entonces veinte y siete años, y santa Isabel diez y nueve.

la disputa. En esta forma hizo el viaje de ida y vuelta en la expedición á Merseburg sin que nunca le venciesen; de modo que al llegar á Turingia la dama tenia en cada uno de los dedos un anillo, pagado por cada caballero de los vencidos. Estos diez anillos los regaló Gauthier á las damas y doncellas de Isabel, que muy contentas con tal obsequio, así como su señora, dieron muy cordiales gracias al gentil y cumplido paladin.

CAPÍTULO XV.

Que el buen duque Luis se cruzó; y del gran sentimiento con que se despidió de sus amigos, de su familia y de la amada santa Isabel ¹.

Osculantes se alterutrum, severunt pariter.

(I Reg. xx, 41).

Quo abiit dilectus tuus, ó pulcherrima mulierum? Quo declinavit dilectus?

(Cant. v, 17).

Aprende tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo.

(Kempis, lib. II, c. 9).

Poco tiempo duró á la Turingia el gozo de disfrutar de la presencia de su amado Príncipe despues de su vuelta de Italia; é Isabel, que tan grande alegría tuvo al verle de nuevo en sus brazos, iba á ser pronto condenada á una nueva separacion, mucho mas larga y llena de inquietudes. En

¹ El Duque tenia entonces veinte y siete años, y santa Isabel diez y nueve.

efecto; todo en Alemania se disponia para una cruzada. El emperador Federico II, cediendo por fin á las reiteradas instancias de los pontífices Honorio III y Gregorio IX, habia invitado á la nobleza y fieles de la cristiandad á alistarse en las banderas de la Cruz, y seguirle á Tierra Santa para el otoño de 1227. La idea, y aun la sola palabra de cruzada hacia entonces palpitar todos los corazones, y removia hasta los cimientos las naciones enteras. Estas grandes y santas expediciones atraian tan poderosamente las almas, que ningun valiente ni devoto podia sustraerse de su influjo. El recuerdo de las hazañas casi fabulosas de Ricardo Corazon de Leon cuarenta años antes, vivia fresco en la memoria de la caballería y del pueblo: la Europa estaba deslumbrada por el brillante é inesperado éxito de la cuarta cruzada. Habíase visto hundirse aquel carcomido imperio de Bizancio, siempre enemigo ó indiferente para con los cristianos que se batian por la fe, pero que sin embargo ocupaba todavía un lugar inmenso en la veneracion tradicional de los pueblos; alzárase en un dia sobre sus escombros un nuevo imperio fundado por unos pocos señores franceses y al-

gunos marinos de Venecia. No era menester tanto para poner en movimiento y sacar de quicio todas las imaginaciones, aun prescindiendo de las inspiraciones de la fe; pero éstas no habian perdido todavía nada de su fuerza y energía. El siglo XIII todo entero estuvo penetrado de un ardiente deseo de rescatar el sepulcro de Cristo, y hacer que el Oriente doblase la rodilla ante la Cruz; deseo que no murió sino con san Luis. La Alemania, que hasta entonces no siempre fue la primera en lanzarse á tan nobles peligros y aventuras, se sintió de súbito inflamada de un entusiasmo que se revela en los cantos de los numerosos poetas de la época. Walther von der Vogelweide, que es entre todos ellos el que mejor refleja en sus obras las costumbres y pasiones de aquella época, y que tambien se alistó en la cruzada, ha comprendido y expresado como ninguno aquel irresistible impulso que arrastraba á los Cristianos hacia la tierra regada con la sangre de Cristo. «Todos nosotros sabemos, exclama al partir para esta expedición, cuán infeliz es aquella noble y santa tierra, y cuán abandonada y solitaria se encuentra! Llorra, Jerusalen, llorra! ¡cuán olvidada te

«hallas! La vida vuela, y la muerte va á
«sorprendernos en nuestros pecados. En los
«peligros y trabajos es donde se gana la
«gracia: vamos á curar las llagas de Cris-
«tó, vamos á romper las cadenas de su país!
«¡Oh Reina de todas las mujeres, presta-
«nos tu auxilio! allí es donde asesinaron á
«tu Hijo! allí es donde su pureza se dejó
«bautizar para purificarnos! allí es donde
«su riqueza se dejó vender por remediar
«nuestra pobreza! allí sufrió afrentosa y
«horrible muerte! Salve lanza, cruz, espi-
«nas, salve! ¡Ay de vosotros, paganos!
«Dios quiere vengar sus injurias por me-
«dio del brazo de sus valientes!»

Estas mismas emociones son las que por
aquel tiempo dictaron al régio vate de Na-
varra, Tibaldo de Champaña, algunos de
sus mas bellos versos, cuando volviéndose
á sus caballeros, dice: «Tenedlo entendi-
«do, señores; el que no parta para esa tier-
«ra donde Dios vivió y murió; el que no
«tome la cruz para el otro lado del mar,
«trabajo ha de tener para entrar en el pa-
«draiso. Todo el que conserve un resto de
«piedad y alguna memoria del Altísimo,
«debe tratar de vengarle y libertar su tier-
«ra y su patria. Allá irán, cierto estoy, to-

«dos los valientes donceles, todos los que
«aman á Dios y á su honra propia, todos
«los que desean alcanzar la gloria. Solo
«quedarán los poltrones y chicuelos. ¡Cuán
«ciegos son, y cuán olvidada tienen su
«honra los que en toda su vida no se acuer-
«dan de hacer algo por Dios! En el dia del
«juicio final Dios, que se dejó matar por to-
«dos, nos dirá: Vosotros los que conmigo
«llevásteis la cruz, iréis á dónde están los
«Ángeles, y allí me veréis á mí y á María
«mi Madre: mas vosotros los que por mí
«nunca hicisteis cosa alguna, id todos al
«profundo de los infiernos. Dulce Señora,
«Reina coronada, bienaventurada Virgen,
«rogad por nosotros para que nada pueda
«dañarnos!»

Sentimientos de esta clase, en ninguna

1 Ki a en soi pitié et remembrance
Au haut Seigneur, doit querre sa vengeance,
Et delivrer sa terre et son país...
Or s'en iront cil vaillant bachelier
Ki aiment Dieu et l'onour de cest mont
Ki sagement voelent à Dieu aler;
Et li morveus, li cendreus de mourront.
Avugle sunt, de ce ne dout je mie,
Ki un secours ne font Dieu en sa vie,
Et por si pot per la gloire del mont...
Dix se laissa por nos en crois pener,

parte podian hallar eco y acogida mejor que en el corazón del duque Luis de Turingia, de quien Walther habia sido vasallo, ni nadie podia hallarse mas dispuesto que él á seguir á su Emperador y á sus hermanos de armas en la expedición á la Tierra Santa. Caballero de tan brillantes prendas, de fe y piedad tan ardientes, de alma tan generosa, entusiasta, desinteresada, y, en fin, tan cristiana, no podia menos de cruzarse, ó como entonces se decia, enganarse con la *flor de Cristo*. Aparte de estos motivos personales, los ejemplos que registraba en los recuerdos de familia eran un nuevo impulso para lanzarse á la empresa. El hermano y predecesor de su padre, Luis el Piadoso, habia acompañado á Ricardo Corazón de León y á Felipe Augusto á Palestina, y se habia cubierto de

Et nous dira, au jour où tuit venront:

«Vos, ki ma crois m'aidates à porter,

«Vos en irez là où li Angele sont,

«Là me verrez, et ma mere Marie;

«Et vos, par qui je n'oi onques aïe,

«Descendez tuit en infer le parfont...»

Douce dame, roïne corenée,

Proiez pour nos, Vierge bien eürée,

El puis après ne nos puit mescheoir.

(*Poesías del rey de Navarra*, Canc. 51).

gloria¹. Su suegro, el rey de Hungría, Andrés, habia pasado muchos años en Oriente peleando contra los infieles. Sin hacerse, pues, indigno de sus blasones no podia quedarse en su casa; y así fue que no vaciló un momento. Habiéndose encontrado en una correría con el venerable obispo Conrado de Hildesheim, le confió su proyecto; y como el Prelado le aprobase, hizo voto de unirse á la expedición que se preparaba, y recibió la cruz de manos del mismo Obispo.

No obstante, al regresar á Wartbourg se le ofreció al pensamiento el dolor y la cruel ansiedad que su carísima Isabel sentiría al conocer aquella determinación; y así es que resolvió no decirle nada por entonces, tanto mas cuanto que la Duquesa se encontraba á la sazón embarazada de su cuarto hijo; y no sintiéndose con valor para causarla en tal estado aflicción tamaña, pensó en ocultar cuidadosamente su designio hasta el momento crítico de ponerlo por obra. No quiso por tanto colocar desde luego sobre sus vestidos la insignia de cruzado, sino

¹ Un poema alemán muy interesante sobre la cruzada de este Príncipe se encuentra en la historia de las cruzadas de Wilken.

que la llevó secretamente consigo mientras pudo tener oculta su próxima partida.

Pero una noche en que se hallaba solo con la Duquesa, sentados uno junto á otro, en un momento de aquella tierna é íntima familiaridad con que se trataban, Isabel desató el cinturón del Duque y se puso á registrar el limosnero. De pronto sacó de él un objeto que al instante echó de ver era la insignia de los cruzados y lo que aquella cruz significaba para ella. Sobrecogida de dolor y espanto cayó al suelo desmayada: el Duque acudió á socorrerla, y después que la vió recobrar el conocimiento, trató de sosegarla y templar su dolor con afectuosas y dulces palabras, empleando largo rato el lenguaje de la Religión y aun las mismas expresiones de la Escritura á que nunca Isabel se mostraba insensible. «Voy á hacer esto, le dijo, por amor de Jesu-
«cristo; seguramente no querrás estorbar-
«me el que yo haga por Dios lo que ten-
«dria que hacer por un príncipe temporal,
«por el Emperador y el Imperio, si así lo
«exigieran de tu esposo.» Después de un
rato de silencio y de derramar abundantes
lágrimas, contestó ella: «Amado hermano,
«si no has de disgustar á Dios, quédate

«conmigo.» Pero él replicó: «Dame licen-
«cia para marchar, porque es un voto que
«tengo hecho á Dios.» Y entonces entran-
do en sí misma, inmoló su voluntad al Se-
ñor, diciendo: «Contra el beneplácito de
«Dios no quiero que te detengas: sea su
«gracia contigo para que cumplas sus ado-
«rables disposiciones en todo; yo le he he-
«cho ya el sacrificio de tí y de mí misma.
«Guárdete siempre su bondad; sea siem-
«pre contigo la felicidad en todas las co-
«sas, como yo se lo rogaré todos los ins-
«tantes. Parte, pues, en nombre de Dios!»
Y tras otra pausa, hablaron del hijo que
Isabel llevaba en su seno; y de comun
acuerdo resolvieron consagrarle á Dios des-
de que naciera, haciendo que entrase mon-
je en la abadía de Ramersdorf, si era va-
ron, ó en el monasterio premonstratense
de Altenberg cerca de Wetzlar, si era
hembra.

No teniendo ya el Duque motivo para
guardar el secreto sobre su determinacion,
dió conocimiento de ella á todos sus vasa-
llos, haciéndoles saber al propio tiempo que
la expedicion la haria él á su costa sin im-
poner tributo alguno extraordinario á los
pueblos, considerándose feliz en poder por

por este medio restituir al Señor una parte de los beneficios que de su mano tenia recibidos. Despues de proveer á los aprestos militares que requería el proyecto, convocó los Estados del país para una asamblea solemne en Creutzburg. Allí expuso por menor su proyecto, y tomó de acuerdo con la asamblea las medidas necesarias para la buena administracion del país durante su ausencia; exhortó fervorosamente á los señores á gobernar al pueblo con equidad y dulzura, y á hacer reinar la paz y la justicia entre ellos y sus vasallos. Antes de levantar la sesion, dirigió con voz muy dulce á los circunstantes las palabras siguientes¹: «Fieles y queridos hermanos de armas, barones y nobles caballeros, vosotros todos, leal pueblo mio, bien sabeis que en vida de mi padre y señor, de piadosa memoria, nuestra tierra hubo de sufrir crueles guerras y dilatadas revueltas. Ninguno de vosotros ignora los trabajos,

¹ El limosnero Bertoldo, que no dejó al Príncipe en los últimos años de su vida, nos ha conservado este discurso. (Vid. Mss. de Gotha). — Theod. y Winkelmann tambien le traen abreviado. Su autenticidad no puede ser sospechosa. Entonces no se conocian bastante los autores clásicos para que se pensara en imitar sus arengas.

«reveses y fatigas que á mi padre y señor
«le costó el defenderse contra los poderosos
«enemigos suyos, y preservar sus Estados
«de una total ruina; pero que al fin
«consiguió uno y otro á fuerza de valor y
«generosidad, y que por ello su nombre se
«hizo temer de todos. Mas á mí me concedió
«el Señor, como á Salomon hijo de David,
«la quietud y la paz en dias tranquilos
«de reinado. No veo en derredor mio
«vecinos que temer, ni que de mi parte
«puedan recelar injustas violencias; pues
«terminadas felizmente las querellas de
«otro tiempo, hoy, gracias al Dios de paz,
«estoy en paz con todo el mundo. Todos
«debeis reconocer y agradecer á Dios
«tan grande beneficio: en cuanto á mí, por amor
«de este Dios que me ha colmado de gracias,
«para demostrarle mi gratitud por ellas
«y atender á la salvacion de mi alma,
«tengo resuelto ahora el ir á tierra del
«Oriente para consolar la cristiandad abatida
«y defenderla allí contra los enemigos del
«nombre y de la sangre de Dios. Este
«viaje haré á costa mia, sin imponeros,
«queridos súbditos, nuevos tributos para
«atender á los grandes gastos que trae consigo
«caminar tan léjos. Encomiendo á la

«proteccion del Altísimo á mi buena y mi
«muy amada esposa, mis pequeños hijos,
«mis queridos hermanos, mis amigos, mi
«pueblo y mi tierra, todo lo que dejo, en
«fin, de buen grado por el honor de su san-
«to nombre. Os encargo encarecidamente
«que vivais en paz durante mi ausencia; y
«deseo sobre todo que los señores se por-
«ten como cristianos con mi pobre pueblo.
«Últimamente os pido la gracia de que me
«encomendeis mucho á Dios, á fin de que
«me ampare de todo mal y peligro durante
«este viaje, que me traiga salvo y sano á
«vuestra compañía, si esto fuere su volun-
«tad clementísima; pues ante todas cosas
«me someto, á vosotros y á mí, á la voluntad
«de su Majestad divina.» En estas tiernas
razones se nos pone de manifiesto toda la
profundidad de lo que entonces se llamaba
el *Misterio de la Cruzada*¹, misterio de fe,
de abnegacion y amor que será siempre
impenetrable para las frias inteligencias de
los siglos sin fe. Al oír un razonamiento
tan digno de un príncipe cristiano, se apo-
deró de todo el concurso una emocion pro-
funda; los guerreros endurecidos daban

¹ El cronicon Halberst llama á la cruzada *mysterium*. (Hurter, *Historia de Inocencio III*).

muestras del dolor que experimentaban, y
los llantos y numerosos suspiros revelaban
bien á las claras cuán hondo era el senti-
miento que causaba la partida del jóven y
querido Soberano.

Ocupóse luego el Duque en escoger con
gran tino y prudencia las personas á quie-
nes queria encomendar el gobierno de las
provincias, y nombró para las magistratu-
ras de las ciudades á los vecinos mas cir-
cunspectos y seguros. Puso en órden todos
los asuntos particulares de su casa, y re-
comendó eficazmente á su amada esposa á
la solicitud de su madre, de sus hermanos
y de todos sus oficiales y dignatarios. «Por
«mi parte, dijo entonces el cillerero, estoy
«seguro de que la señora Duquesa dará
«cuanto halle á mano, y nos dejará reduci-
«dos á la miseria.» Luis respondió que es-
to le era indiferente, y que Dios cuidaria
sin duda de reponer cuanto la Duquesa die-
ra á los pobres y menesterosos.

Deseando que el pueblo se poseyera de
las impresiones que le dictaban la resolu-
cion de ir á la cruzada, hizo el Duque re-
presentar á su costa en Eisenach por me-
dio de actores sacados de la clerecía un
drama que figurase las escenas de la Pa-

sion y muerte del Salvador. Fácil es comprender el entusiasmo que en las puras y vivas imaginaciones de aquel tiempo debia producir este género de solemnidades dramáticas. Esta de que tratamos fue, por su exactitud, tan admirable y asombrosa, que se creyó oportuno representarla segunda vez ¹.

Visitó Luis tambien todos los conventos de Eisenach, incluso los de monjas, y á todos pidió su bendicion, se encomendó á sus oraciones y les distribuyó abundantes limosnas. Desde allí, en compañía de su esposa, su madre y hermanos, salió de Eisenach

¹ Bis in signum suae magnae devotionis in castra Isennacka per clericos traditionem Salvatoris, passionem et mortem, ac si ea oculis praesentialiter intuerentur, praesentari fecit, eiusdem ludii omnes expensas solvens, sicut ab illis didici, qui praesentes erant. (*Caesar. Heisterb. ap. Mss. Boll.*). — No hay necesidad de extenderse hablando de la importancia de este hecho para la historia dramática de la edad media. Sabido es que todavía se estilan en la alta Baviera representaciones dramáticas de esta clase. Cada siete años se representa la pasión de Nuestro Señor Jesucristo ante una multitud numerosa y muy devota en el canton de Ammergau. En 1834 he asistido yo mismo á una Pasión representada al raso por los habitantes de Mittewold: duró un dia entero del verano.

para Reinhartsbrunn, aquel monasterio que estimaba sobre todos los demás, y con el cual le unian vínculos de especial devoción y dulcísima familiaridad. Despues de asistir allí á los oficios, cuando los monjes salian segun costumbre despues de Completas á tomar agua bendita, el buen Príncipe, situado junto al preste que tenia el hisopo, abrazó uno por uno á todos los monjes, conforme iban pasando, sin omitir los niños de coro á quienes tomó en brazos para imprimir sobre sus frentes un ósculo paternal. Tanta bondad arrancó lágrimas á los religiosos, no oyéndose en mucho rato otra cosa que el ruido de los sollozos sofocados, y de los suspiros que arrancaba de todos aquellos pechos la idea de la partida de su protector. El Duque mismo no pudo tampoco contenerse y rompió á llorar: asaltado por un presentimiento fúnebre, dijo á los monjes: « Con razon llorais, queridos amigos; pues bien sé que cuando no me halle yo aqui para defenderos, caerán sobre vosotros unos lobos rapaces que os han de atormentar cruelmente con sus dientes asesinos. Cuando os halleis en la desgracia y la pobreza, veréis que en mí perdisteis un amigo y un soberano como

«hay pocos. Pero tambien estoy seguro de que el Altísimo, en gracia de mi peregrinacion, ha de abriros las entrañas de su misericordia, como ahora y siempre se lo pido con todo mi corazon.» Luego se separó de ellos, dejándoles afligidos y llorosos de verle ausentarse del monasterio para ir á la cruzada.

Desde allí, siempre en compañía de toda su familia, pasó el Duque á Schmalkalde, punto de reunion de los caballeros y demás que habian de seguirle á la Tierra Santa. Aquí era tambien donde debia despedirse de sus parientes, de su esposa y de cuantos llevaba en el corazon. En llegando tomó aparte á su hermano Enrique, y le dijo: «Con la ayuda de Dios he hecho cuanto pude para andar derecho por el camino de la salvacion de mi alma; de nada me remuerde la conciencia, como no sea de no haber todavía destruido, segun me lo dejó ordenado mi difunto padre, el castillo de Eyterburg levantado con perjuicio del vecino monasterio. Te encargo, pues, carísimo hermano, que no echés en olvido el arrancarlo hasta los cimientos en cuanto yo marche, pues esta será una obra meritoria para tu salvacion.»

Llegó por fin el dia de la Natividad de san Juan Bautista que era el designado para la partida, y fue necesario separarse. Rodeado de los caballeros que habian acudido desde los confines de sus dominios, estrechado por el pueblo que se apiñaba para ver por última vez á su querido Principe, iba Luis á consumir el sacrificio de arrancarse de los brazos y de la compañía de las personas que amaba. Principió por dar su bendicion á sus dos hermanos, anegados en llanto, recomendándoles el cuidado de su madre, de sus hijos y de su amada Isabel. Los niños le tiraban del vestido, le abrazaban llorosos y le decian adios en su infantil lenguaje: «Buenas noches, padre, muy buenas noches, padrecito, corazon de oro.» El Duque lloraba apretándolos amorosamente; y al volverse hácia Isabel, los sollozos y lágrimas le embargaron la voz de tal manera que no pudo articular palabra. Pasando entonces uno de los brazos al rededor de su cuello y estrechando con el otro á su madre, túvolas así apretadas contra el seno sin poder hablar, cubriéndolas los rostros de besos y de lágrimas por espacio de mas de media hora. Por fin rompió el silencio: «Madre amada,

«fuerza es que os abandone; quedan en mi lugar Conrado y Enrique; cuidad de mi esposa, cuya angustia estais viendo.» Pero ni la madre ni la esposa querian desprenderse del objeto de su cariño, y cada una por su lado le tenian sujeto: sus hermanos y los caballeros estaban apiñados confusamente junto á aquel doloroso grupo. Latian de emoción todos los corazones, derramaban amargo llanto todos los ojos contemplando á aquel hijo tan piadoso, á aquel marido tan leal y tierno pugnando por desasirse de los brazos de aquellos dos seres, los mas amados del mundo, para irse á tan lejanas tierras á servir á Dios, exponiendo la vida á cada paso. El pueblo daba á conocer tambien su ruidoso y sincero sentimiento acompañando en el suyo á los príncipes y guerreros ¹.

¹ Mater tenens filium, uxorque maritum,
In diversa pertrahunt et tenent invitum.
Fratres cum militibus velut compeditum
Stringunt...

Erat in exercitu maximus tumultus,
Cum carorum cernerent allerari vultus;
Flebant pariter senex et adultus,
Turbæ cum militibus, cultus et incultus.

(Theod.).—Hay otros muchos pormenores en el manuscrito de Darmstadt.

El dolor de la partida no destrozaba solamente el pecho de la familia del Duque; habia tambien entre la turba de cruzados que debian acompañar al Duque muchos padres, maridos, hermanos que, como su señor, lloraban y se esforzaban en desasirse de su familia y sus amigos: parecia como que todos habian reservado para aquel sitio el momento de la cruel prueba; los de Turingia, de Hesse y de Sajonia estaban allí reunidos, tanto por su angustia como por el objeto de la expedicion. Sin un sobrenatural esfuerzo no podian romperse tantos vinculos; por todas partes sonaban gemidos y sollozos, ruidos sordos y confusos mezclados en una comun agonía ¹.

Mientras tanto habia muchos que, ó por tener mas imperio sobre sus sentimientos, ó porque ya habian anticipado el momento de la despedida, ó bien por carecer de familia y de vinculos que romper, estaban dominados, durante estas escenas so-

¹ Tot honestos nobiles, tam diversa gentes
Cum Thuringis, Saxones illuc venientes,
Ut videntes socios suos abscedentes...

Erat ibi tunc moestitudo maxima, luctus et planctus ingens, voces miserabiles, larga lacrymarum effusio cum rugitu anxio et clamore. (Theod.).

lemnes, por el carácter sagrado de la empresa que iban á acometer. Cruzados y peregrinos antes que nada, mientras los demás lloraban y gemian, ellos entonaron un himno en accion de gracias al Señor que se dignaba hacerles pelear por el honor de su santo nombre. Los acentos de estos cánticos de gratitud iban á mezclarse con los gritos del dolor y los gemidos que se oían por doquiera; viéndose así por un contraste sublime reunida la exaltacion del gozo, que inspira el amor divino, á la expansion de los íntimos dolores que este mismo amor sabe desafiar y vencer.

Cuando por fin pudo el Duque soltarse de los brazos de su madre, se vió como prisionero entre los caballeros que no eran de la expedicion, y el pueblo que tantas razones tenia para amarle; todos á porfia querian detenerle, abrazarle una y otra vez, tomarle la mano, tocar siquiera sus vestidos; mas él, sofocado de dolor, á nadie contestaba ¹. Solamente á fuerza de

¹ Amico luctamine cuncti certavere,
Quis eum diutius posset retinere.
Quidam collo brachiis, quidam inhaerere
Vestibus; nec poterat cuiquam respondere.
(Theod. *Vita Rhyt.*.)

brazos pudo abrirse camino para llegar á donde le guardaban el caballo; y entonces montando en él á toda prisa, se colocó en medio de los cruzados, y partió uniendo su voz á los cánticos sagrados repetidos en coro por ellos.

Todavía tenia á su lado á su carísima Isabel, quien no pudiendo resignarse á despedirse definitivamente de Luis al mismo tiempo que los demás, pudo conseguir acompañarle hasta la frontera de Turingia. Cabalgaban, pues, uno junto á otro con el corazon sumido en la tristeza: la Duquesa no sabiendo qué decir, no hacia mas que suspirar ¹. Cuando llegaron á la frontera todavía no tuvo valor de dejar al esposo, y continuó acompañándole una jornada mas de camino, y luego otra; porque el dolor y el amor la arrastraban á pesar suyo ². Al fin de esta segunda jornada declaró que no sabia si llegaria nunca á tener valor para

¹ Sequebatur non à longe, sed à prope corde moestissimo mulier fidelissima principem dulcissimum, amantissimum coniugem... (Theod.)

² Tunc reversuram vis amoris et separationis dolor retinuit, et ad iter unius diei progredi compulsi; sed nec ista suffecit progressio, processit adhuc discessionis impatiens, diei alterius iter complens. (Theod.)

separarse de Luis, ó si seguiria en su compañía hasta el cabo del viaje. Pero por último tuvo que ceder: el amor divino, fuerte como la muerte, venció en aquellos dos tiernos y nobles corazones el amor de la criatura ¹.

Llegóse al Duque su gran copero el señor de Varila, y le dijo: «Señor, ya es tiempo; pues que ello ha de suceder, dejad que la señora Duquesa se vuelva á su casa.» Oyendo estas palabras los dos esposos se deshicieron en llanto, se abrazaron palpitantes de angustia, despidiendo del pecho gemidos y suspiros tales que dejaron conmovidos á todos los presentes ². Entre tanto insistia el señor de Varila y trataba de separarlos; pero aquellas dos almas, que tan íntima y tiernamente se habían amado, se adherían mutuamente con invencible fuerza en aquel momento supremo. Por fin Luis, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dió la señal de partir. Ense-

¹ Rupit tamen moras affectionis fortis ut mors dilectio Conditoris. (*Theod. ex Berth.*).

² Quis gemitus, quae suspiria, qui singultus, quae lacrymae, quis motus vel strepitus cordis, ubi tam importuna et vehemens scissio, etc. (*Theod. ex Berth.*).

ñando á la Duquesa el anillo que le servia de sello para las cartas reservadas y que llevaba puesto en el dedo, le dijo: «¡Isabel, hermana la mas querida! mira bien este anillo que me llevo y tiene grabado sobre su zafiro el Cordero de Dios con una bandera; é! será para tí la señal cierta y segura de todo lo concerniente á mi persona. El que se presente á tí con esta sortija para decirte que estoy vivo ó muerto, te dirá la verdad, y tú le creerás en todo ¹.» Luego añadió: «¡Bendígate el Señor, Isabelita, hermana querida, tesoro mio! ¡guarde nuestro fidelísimo Dios tu alma y tu valor! ¡dígnese tambien bendecir al hijo que llevas en tu seno! harémos de él, cuando nazca, lo que ya tenemos convenido. ¡Adios! acuérdate siempre de nuestra comun vida, de nuestro tierno y santo amor; nunca me olvides en tus oraciones; no puedo mas... ¡adios!» Y dicho esto, salió dejando á Isabel en brazos de sus

¹ Segun el *Passional* y otros muchos autores, no llevó el anillo, sino que lo entregó á Isabel; ni la piedra era zafiro, sino un jacinco que tenia la propiedad de salirse del engarce y hacerse pedazos cuando sucedia alguna desgracia á la persona que le habia regalado.

doncellas y siguiéndole con la vista mucho tiempo hasta que medio muerta, deshecha en llanto y en medio de los lamentos de sus compañeras, se volvió para Wartbourg, con el presentimiento de que ya no volvería á ver mas á aquel esposo tan querido ¹.

Restituída á su triste mansion, se despojó al punto de su traje y adornos de princesa para vestirse en medio de su justísimo sentimiento el de viuda, que ya nunca habia de quitarse ².

Un piadoso franciscano que escribió en tiempo de Luis XIV la vida de santa Isabel, dice: «Hoy que tan escasa y rara es la amistad verdadera entre casados, aun tratándose de personas al parecer piadosas... quizás causará extrañeza tanto afecto y

¹ Esta interesante escena está representada entre las antiguas pinturas en madera de la iglesia de Marbourg con mucha sencillez y gracia.

² No puedo menos de hacer notar la gran semejanza y analogía entre la tierna despedida que acabo de describir y la que veinte años mas tarde tuvo el otro Luis, el santo Rey de Francia de este nombre, al salir también para la cruzada. Mr. P. Paris nos ha revelado la admirable relación de este pasaje que se puede ver en la crónica de Reims, citada en el Romancero francés, y publicada por el hermano del expresado escritor.

«cariño hácia el esposo en una princesa tan interior y austera.» No es mi intento copiar aquí la defensa que el buen religioso hace de este pasaje tan pronunciado y notable en la vida de nuestra Santa. Pudiérase decir de ella, lo que de María dice san Bernardo: «No os admireis, amados hermanos, de que María se llame mártir por el corazón; pues para eso fuera menester olvidarse de que san Pablo cuenta entre los crímenes mas grandes de los gentiles «el ser hombres sin afectos.» (S. Bern. *Serm. de 12 stellis*). Bastará á mi propósito dejar sentado, segun los numerosos pormenores que he referido, que entre todas las almas coronadas con la gloria de la Iglesia, no hay una que hasta tal punto ofrezca el tipo de la esposa; ninguna que en tan alto grado haya realizado la idea que se puede formar de un matrimonio verdaderamente cristiano; ninguna que así haya ennoblecido y santificado un amor humano, ensalzándole tan alto en un corazón inundado por el amor de Dios.

Por lo demás, en estos siglos de emociones fuertes y puras, no era tan raro el espectáculo de la union entre las afecciones legítimas de la tierra y la piedad mas fer-

vorosa y austera. Seria una dulce y fecunda tarea (que tal vez emprenderé algun día) la de demostrar cómo la fe santificaba y redoblaba al mismo tiempo en las edades católicas los sentimientos mas tiernos y apasionados del corazon humano; y de qué modo el amor, aun el puramente humano, inclinándose siempre ante la cruz del Salvador, se impregnaba de exaltacion y energía por medio de esa incesante victoria de la humildad cristiana contra el orgullo y el egoismo. Los sentimientos, quizás menos variados, extensos y refinados que hoy, eran entonces muy de otra manera profundos; y tan luego como la Religion imprimia en ellos el sello de su inmortalidad, resaltaba en los mismos no sé qué fuerza maravillosa é íntima, y una como transfiguracion inefable, donde venian á reunirse á la vez la calma de la duracion y la frescura de la inocencia, toda la energía de la pasion con toda la pureza y sencillez de la Religion. Cuantos conozcan los monumentos históricos y literarios de la edad media, apreciarán la verdad de este aserto: por cuya razon lo que caracteriza principalmente la vida moral é interior de esta época, es la union inseparable de las afec-

ciones mas vivas y ardientes con su consagracion legitima, y el ver como entonces la obligacion religiosa era una especie de elemento esencial de las expansiones y tiernos desahogos del corazon. Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, Isabel ha sido una personificacion admirable y completa de su siglo. Si; porque este es aquel siglo en que san Luis guardaba inalterable á su esposa Margarita la ingeniosa y apasionada ternura de los años juveniles¹; y ostentando el anillo que siempre llevaba puesto, y sobre el cual habia hecho grabar este mote: DIOS, FRANCIA Y MARGARITA, decia con simplicidad deliciosa: *Fuera de este anillo no hay amor para mi*. Este es aquel siglo, repito, en que Eduardo I de Inglaterra hacia construir y levantar aquellas quince cruces de piedra, cuyos restos pueden figurar entre las maravillas del arte cristiano, en cada uno de los puntos

¹ Joinville passim.—« El gran rey san Luis, tan arigido con su carne como enamorado de su esposa, fue casi criticado por el exceso en estas caricias; aunque en rigor mas bien merecia ser loado por saber prescindir de su temple marcial y «valeroso para doblegarse á estas niñerías que exigen la conservacion del amor conyugal.» (*Vida de voto de san Francisco de Sales, parte 3.^a, cap. 38.*)

donde habia hecho alto el féretro de su esposa Eleonora durante la travesia de la ciudad donde habia muerto á Westminster. Pompa fúnebre á la verdad magnífica y tierna cual nunca hubo otra; pero correspondiente y digna de la mujer que veinte años antes habia ido en compañía de su esposo á participar de todos los peligros de la cruzada, chupaba con sus propios labios el veneno introducido en las venas de Eduardo por el hierro sarraceno, y de este modo exponia la vida para salvar la de su marido.

Pero lo verdaderamente notable y hasta ahora, que yo sepa, nunca apreciado en lo que vale, es que esta union de que hablamos se halla consagrada no menos por la ficcion que por la realidad, y que de ella dan evidente testimonio las creaciones de la fantasia, no menos que los mómumentos de la historia. Toda la poesia contemporánea de Isabel, ó anterior á su época, respira el mismo espíritu. Hasta mas adelante no se encuentran obras que traten de inspirar interés hácia un amor ilegítimo, ó no consagrado por la Iglesia¹; pues antes

¹ *Tristan* es el primer poema grande de la edad media donde el interés gira sobre una pasion que

de estas tentativas, al hacer la historia de dos corazones, era de necesidad el matrimonio, ó cuando menos los desposorios, para autorizar á las almas católicas á recrearse con el relato de los poetas: el amor y el interés, léjos de terminar con el matrimonio, como sucede en las obras de la imaginacion moderna, parecia como que únicamente con él era cuando principiaban. La fidelidad conyugal es en cierto modo el eje y el nervio de toda esta poesia; y las escenas mas animadas y novelescas, las que se ven entre esposos. Todo lo cual no se entiende únicamente de las leyendas¹, y poemas consagrados de una manera especial á los asuntos religiosos, puesto que las obras puramente caballerescas en la apariencia y profanas, llevan tambien impreso el sello de la consagracion del sentimiento por el deber. De la mujer, sí, pero de la mujer esposa fiel y piadosa, es de quien hacen la apoteosis los poetas caba-

la Religion condena. Hasta mediados del siglo XIII no se popularizó este libro, sobre todo en Alemania.

¹ Tales son, por ejemplo, la leyenda de san Alejo, que corre en aleman é italiano; tambien las de santa Notburga de Suabia, de santa Matilde, y los episodios de Faustiniano y Crescencia en el *Kaiser Chronik* publicado por Mr. Massmann.

llos en estos versos tan numerosos, donde casi la divinizan, y parece como que quieren hacerla entrar á la parte de la tierna veneracion reservada á María ¹. En nuestra literatura nacional, el púdico é interesante amor de Rolando y su prometida Auda en la novela de Roncesvalles; la admirable historia de las desventuras de Gerardo de Roussillon, tan generosamente compartidas por su esposa, bastarian para darnos una idea del partido que nuestros poetas han sabido sacar de este dato enteramente cristiano. En Alemania, patria adoptiva de nuestra Isabel, puede decirse que ha sido mucho mas fecundo y mejor gustado que en ninguna otra parte este modo cristiano de mirar el amor. El mas brillante y popular ejemplo de ello le tenemos en los *Nibelungen*, en *Sigifredo* y *Chriemhilde*, estos esposos modelo de candor, ingenuidad y abnegacion. Esta estrella del amor puro que ilumina las tradiciones históricas mas bellas del país, como

¹ Por ejemplo el poema de *Winsbeka*, en Schiller, *Thesaurus antiquit. Germann.*; los de Enrique Frauenlob, que debió su nombradía á sus bellos cantos en honor de las mujeres; muchos poemas manuscritos de Heidelberg, etc.

las de Enrique el Leon, Florencia, Genova de Brabante, el conde Ulrico, es tambien el foco luminoso de los grandes poemas de los ciclos caballerescos. Parseval se queda tan absorto á la vista de tres gotas de sangre sobre la nieve, imágen y recuerdo de la tez sonrosada y blanca de su esposa, que por contemplarlas desprecia la gloria y los combates. La esposa de Lohengrin, siempre que el esposo se ausenta, se desvanece y está desmayada hasta que aquel vuelve. En *Titurel*, cuando dos esposos fieles se reunen por la muerte, salen de su tumba dos hermosas vides que se entrelazan y sostienen una á otra. Símbolos nobles y dulces de aquellas santas afecciones que no daban á la tierra mas que encantadoras flores, pero cuyas raíces y frutos estaban en otra parte.

FIN DEL TOMO PRIMERO. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
Censura.	5
INTRODUCCION.	7
Indicacion de las fuentes históricas consultadas para escribir esta vida.	193
CAPÍTULO I. — De cómo el duque Hermann reinaba en Turingia y el rey Andrés en Hungría, y de como nació la AMADA santa Isabel y fue llevada a Eisenach.	217
CAP. II. — De cómo honraba a Dios la niña santa Isabel.	237
CAP. III. — Que antes de casarse tuvo santa Isabel que padecer por amor de Dios.	246
CAP. IV. — De cómo el jóven duque Luis permaneció fiel a santa Isabel y se desposó con ella.	253
CAP. V. — Como el duque Luis, marido de santa Isabel, era agradable a Dios y a los hombres.	264
CAP. VI. — Como el duque Luis y la amada santa Isabel vivian juntos delante de Dios en el santo sacramento del Matrimonio.	276
CAP. VII. — Como la amada santa Isabel mortificaba su cuerpo.	285
CAP. VIII. — De la gran caridad de la amada santa Isabel, y de su amor a la pobreza.	298
CAP. IX. — De la gran devocion y humildad de la amada santa Isabel.	316

CAP. X. — Como la amada santa Isabel fue conocida y amada por el glorioso san Francisco, y como tomó por confesor al maestro Conrado de Marbourg.	330
CAP. XI. — De cómo plugo al Señor manifestar sus gracias en la persona de la amada santa Isabel.	351
CAP. XII. — De cómo el buen duque Luis protegía á su pobre pueblo.	367
CAP. XIII. — De cómo hubo una grande hambre que asoló la Turingia, y la amada santa Isabel practicó todas las obras de misericordia.	376
CAP. XIV. — Que el duque Luis volvió al lado de su esposa, y como administró recta justicia á sus amados monjes de Reynhartsbrunn.	391
CAP. XV. — Que el buen duque Luis se cruzó; y del gran sentimiento con que se despidió de sus amigos, de su familia, y de la amada santa Isabel.	403

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

